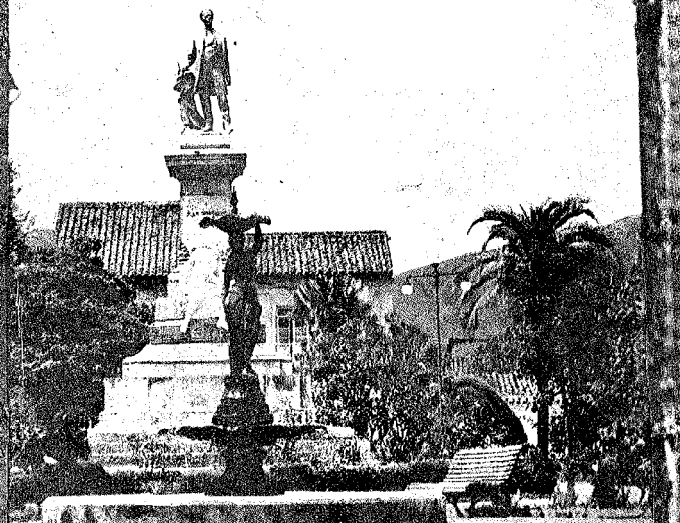




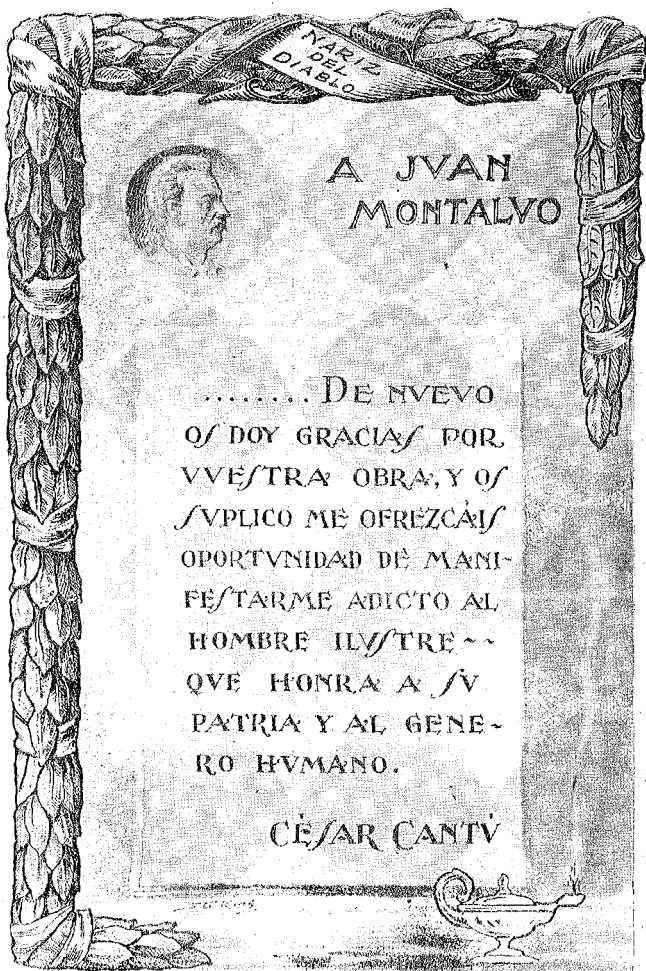
75

# NARIZ DEL DIABLO



El monumento a Montalvo  
Ambato.





A JUAN  
MONTALVO

..... DE NUEVO  
OS DOY GRACIAS POR  
VUESTRA OBRA, Y OS  
SUPlico ME OFREZCAIS  
OPORTUNIDAD DE MANI-  
FESTARME ADICTO AL  
HOMBRE ILUSTRE ~ ~  
QUE HONRA A SU  
PATRIA Y AL GENE-  
RO HUMANO.

CÉSAR CANTÚ



# JUAN MONTALVO

ENSAYO BIOGRAFICO POR AGUSTIN L. YEROVI

## I

**E**L HOMBRE de grande ingenio tiene más de una semejanza con las cimas. Como éstas, llena los horizontes con la enormidad de sus proporciones; yergue la frente entre lo desconocido del infinito; agita en lo interior el fuego cósmico de la erección y resplandece con el fulgor de los astros. También, como las cumbres, tiene el privilegio de atraer para sí nubes y tempestades.

El Ecuador, notable en el mundo físico por sus montañas y volcanes: el Chimborazo, el Tungurahua, el Cotopaxi, el Pichincha, el Sangay, no deja de serlo igualmente en los dominios de la inteligencia.

De promoverse un certamen sud-americano, en el que cada nación concurriría con sus hombres más preclaros, no es aventurado afirmar que correspondería a la Patria de los sucesos del 10 de Agosto y del 9 de Octubre, uno de los primeros puestos, sino por el número, por la calidad de sus representantes.

En la antigüedad: Mejía, Espejo, Miguel de Santiago, Maldonado; en la aurora de la independencia: Olmedo, Lamar, Rocafuerte; posteriormente, Moncayo, García Moreno, Gómez de la Torre, Dolores Veintemilla, Malo, Pedro Carbo, Aguirre, Urbina y Roca.

Pertenece a estos últimos, si bien más joven, JUAN MONTALVO. Su personalidad es tan compleja y poderosa, que al estudiarla tiene de tomarse como evidentes ciertos personajes y sucesos mitológicos.

Montalvo es algo como un ciclope, un gigante. De ser cierta la tradición de la espada de Aquiles, el mérito de la pluma de Montalvo llevaría a la inducción de que ella hubo de ser forjada en fraguas donde se funden diamantes, y se elaboran rayos.

Montalvo simboliza la perfección en la forma y manera de expresar el pensamiento.

En las pocas letras del alfabeto, cosa a la verdad muy rara, encuentra suficiente material para revestir con belleza imperecedera, todas las producciones de su exuberante fantasía y dar precisión y colorido a todos los sentimientos y agitaciones de su alma volcánica.

No ha muchos meses, al ser incorporado José M. Heredia en la Academia Francesa, a propósito de uno de los grandes poetas del siglo, entre otras cosas, expresó lo siguiente:

"Es el Maestro del verbo y de las imágenes. Conoce todas las palabras del idioma. Prodigioso visionario, su fantasía objetiva es tal que materializa la idea. Hace cosas lo impalpable y ver lo invisible. Ha encontrado colorido para pintar las sombras, e imágenes para figurar la nada".

Semejantes conceptos parecen que fueran consagrados al gran escritor ecuatoriano.—Tal fue Montalvo.

## II

La personalidad de Montalvo, queda dicho, es compleja; algo más: múltiple. Sus escritos lo comprueban.

"El Cosmopolita" evidencia al publicista; "Los Siete Tratados", al filósofo; "El Espectador", al erudito; "Las Catilinarias", "La Mercurial Eclesiástica", al crítico y polemista; "Granja", "El Descomulgado", al dramaturgo; "El Padre Luchinise", "La Juventud se va", "Las cartas de un padre joven", al poeta; "El Ensayo de imitación de una obra imitable", al burlesco épico a la manera de Rabelais y Cervantes.

Más, para la justa y cabal apreciación de Montalvo, junto con el estudio de sus libros, es indispensable el conocimiento de su modo de ser íntimo; se necesita, a manera de buzo en las profundidades del océano, pene-

trar hasta el fondo de su alma, sorprender en ella los tesoros que guarda, las situaciones que ha pasado, las *tempestades* de que ha sido víctima.

El procedimiento si bien psicológico, tiene la ventaja de disipar sombras y de dar realce a prendas desconocidas.

M. P. Bourget, ese inquisidor de almas, al someter a Montalvo a su sistema de *essays*, pasaría por sorpresa al encontrar en una sola individualidad el distintivo característico de muchos de sus contemporáneos notables. A la verdad, Montalvo, *ántrax* de la generación actual, testigo de *verdaderas tragedias sociales*, tiene algo del cosmopolitismo de Bayle, un si es no es de la sensibilidad filosófica de Renán, el romanticismo de Flaubert, la belleza de estilo y amor al arte de los hermanos Goncourt, el moralismo sui géneris de Dumas hijo, el pesimismo de Byron, y por qué no decirlo, cierto misticismo profano de Baudelaire.

Doña Emilia Pardo Bazán definió al autor de los "Siete Tratados": "alma religiosa y pensamiento heterodoxo". Y a fe que a él no le causó disgusto el calificativo.

Los conceptos anteriores sirven para poner de manifiesto que no entra como propósito, en el ensayo biográfico acometido, la suprema labor de un análisis crítico de las obras de Montalvo. Apreciar las propias fuerzas, así como evitar aventuras, es obra de cordura. El gran esfuerzo, la gran equidad de muchos, consiste en señalar la existencia de un tesoro. "Toca a seres más afortunados, llegar a la estimación y pleno disfrute de lo antes indicado.

En asuntos del género, conviene no olvidar, además, las influencias del tiempo. El hombre de genio para los contemporáneos, produce efectos semejantes a la proximidad del sol: aturde y ciega.

Shakespeare ha menester más de trescientos años para ser perfectamente apreciado; a Danto en la época de Lamartine, se le considera todavía un caos; Stendhal, y fue pronóstico suyo, solo en estos últimos años, empieza a ser comprendido.

El elemento tiempo adquiere más importancia cuando se trata de existencias cuya consigna parece fuera la lucha. Sud-américa no ha tenido polemista más ardiente, ni las libertades defensor más poderoso. Combatió a Gareña Moreno, o sea la Teocracia; combatió a Ventemilla, o sea la Dictadura Militar; combatió el vicio, la ignorancia, la rutina, la servidumbre, la injusticia.

El terreno de acción se conserva aún, candente y movedido; el humo del combate levanta todavía brumas que oscurecen al vencedor; los ayes y la sangre de las víctimas, como que alejan a los admiradores del héroe. No debe inquietar. La apoteosis, la inmortalidad vendrán al fin. La gloria, por lo común, tiene períodos largos de incubación. El altar donde el genio brilla con todos sus resplandores, lo levanta siempre la posteridad.

Una que otra apreciación contemporánea respecto del mérito de Montalvo, dado el nombre de sus autores, es del caso, sin embargo, recordarlás. Son como los esclarecimientos de la aurora que preceden a la claridad del día.

Don Miguel Antonio Caro, al leer uno de los primeros números de "El Cosmopolita", le dirigió una carta y, entre otros conceptos, expresa lo siguiente:

"Digo a usted, sin lisonja, que me ha sorprendido en sus escritos, un raro conjunto de condiciones, por una parte difícil de conciliar y por otra nada comunes en autores americanos. Hallo en usted un estilo natural y riguroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintorezo y frase castigada. Por lo que hace al fondo, noto elevación de miras, grandeza de pensamientos y riqueza de recuerdos".

Por la misma época, Don Rufino Cuervo, filólogo profundo, escribía a Montalvo: "Espero se digne enviarme la colección de "El Cosmopolita", pues será la joya de mi biblioteca. Al dirigirme a usted, lo hago impulsado por el interés que naturalmente anima a toda persona en favor de obras que por la filosofía y erudición que entrañan, así como por su estilo robusto y castigado lenguaje, honran a la nación que tiene la gloria de contar como hijos a sus autores".

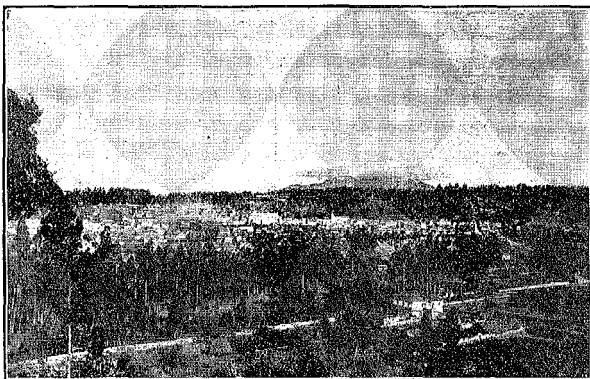
M. Augusto Meulmans, en un bellissimo artículo, se expresa así: "Los escritos de Montalvo contienen tantas ideas diversas, tantas apreciaciones de varia índole, tanta filosofía personal, tanta poesía, tanta inspiración que se hace imposible aplicarles análisis riguroso; así como es casi

Imposible analizar rigurosamente los "Ensayos" de Miguel de Montaigne; el "Libro de la Sabiduría" de Pierre Charrón, o las "Máximas" de La Rochefoucauld".

Rafael M. Merehán, crítico que se ha holgado en tomar gazapos a Víctor Hugo y no muy afecto a Montalvo, en su obra "Estudios Críticos", confiesa a la postre lo siguiente:

"Montalvo recuerda muchas veces a Víctor Hugo, en la frase sonora, la grandiosa imagen. Cuando se releen páginas aisladas, y se saborean, frase a frase, en concienzudo regodeo, se comprende cuanto vale este experimentado escritor, de quien América puede enorgullecerse. Inventa caracteres como los de las mujeres de Mitrídates, cartas como las de los sabios alemanes, banquetes de filósofos, inventa en fin un *Don Quijote*, emblemas verdades vulgares, como una costurera habil que convierte un vestido viejo en un traje arreglado a la elegancia de la moda; conoce todos los primores de la lengua y saca de los vocablos combinaciones inesperadas y audaces, que los pensamientos mismos, triviales a veces, se sorprenderían de verse acicalados así".

J. M. Vargas Vila, fogoso publicista colombiano, a quien parece



VISTA PANORAMICA DE AMBATO

que Montalvo ha dejado como heredero de su pluma, en un hermosísimo artículo, entre otras cosas, dice esto:

"Al salir de las representaciones de Esquilo, los griegos golpeaban sobre los escudos colgados a las puertas de los templos, gritando: Patria! Patria!"

"Acabando de leer a Montalvo, los pueblos y los corazones dignos se golpean el pecho, gritando: Venganza! Venganza!"

"El azotó con frase poderosa a esa nidada de cuervos, que posados en el Senador infectan la América, con su olor de fieno de carabos que se escapan de su nido.

"Tenía la cólera en los labios y la mansedumbre en el corazón.

"Era piedada rugiente.

"Era implacable, porque era insospechable.

"Era puro y fuerte como el cristal de las cavernas profundas. Parecía hecho por la condensación de las lágrimas de un pueblo. Tanto así era de luminoso y triste. Su rugido era casi un gemido. Se sentía el mártir



bajo el verdugo. Era la misericordia fulminando. Anaba al pueblo con amor trágico,...

"Es en sus libros soberbio como Ezequiel; sombrío como Isafas; mal-dico y profetiza.

"Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina.

"Era puro; fuerte, sin mancha ni desmayos. Su anatema mataba.

"No escribía; sino esculpía".

### III

El viajero que visita el Ecuador, si después de admirar al Rey de los Andes, sigue dirección a Quito, al andar de algunas leguas tiene que detenerse sorprendido por el encanto de una perspectiva.

De improviso y de los bordes del camino, descúlgase entre nopales, melocotoneros y sauces, una pequeña ciudad, que al avanzar sobre la planicie se explana y levanta en delineadas calles y blancos edificios.

Luego descendiendo al río, salva las aguas, surge por la orilla opuesta para con frescos arboledas y abigarrados edificios, perderse en la cima de abrupta y pajiza cordillera.

De no presentar más de un inconveniente las comparaciones de lo grande con lo pequeño, de lo antiguo con lo moderno merecería designarse dicha población con el nombre de Florencia del Ecuador.

No cuenta, es cierto, la ciudad andina, con mármoles, museos, palacios; más hay en sus horizontes igual o mayor brillo; el semicírculo de los Alpes, lo reemplazan los promontorios más bellos de los Andes; allá el Monte Morcillo; acá el Tungurahua; allá el Arno silencioso y de ondas turbias; acá el cristalino y bullicioso Ambato, con sus vegas y jardines pósticos.

Florencia, como Ambato, en proporción a la importancia de las naciones de que forman parte, puede ser considerada centro importante en lo intelectual, artístico y comercial.

Florencia contribuyó a la resurrección de las ciencias y artes, mediante ese esfuerzo vivificador llamado Renacimiento; Ambato, en momentos de decadencia para la patria, ha sido santuario de las ideas modernas, y contribuyó con el mérito y esfuerzo de hijos como Pedro Fermín Cevallos, Nicolás Martínez, Juan León Mera, Constantino Fernández, Juan B. Vela, al brillo de la historia, de la poesía y magistratura ecuatorianas.

Florencia se jacta de ser la cuna del Dante; Ambato tiene la gloria de contar a Montalvo como el más grande de sus hijos.

La ocasión es llegada, aunque sea a vuela pluma, de poner en relieve, algo de lo más notable de la existencia de ciudadano tan ilustre.

El origen del carácter, ha dicho un escritor, está muchas veces en el linaje.

Rectitud, inteligencia, honrría de bien, intransigencia con el vicio, amor a la libertad, dotes que poseyó Montalvo en alto grado, puede decirse las tuvo por efectos de raza.

Desde tiempos lejanos, sus antecesores constituyeron en Ambato, una verdadera aristocracia, aún más por virtudes de familia, que por títulos de nobleza.

El niño por lo común, es seguro pronóstico de lo que será más tarde el ciudadano. Alguien ha dicho que el padre del hombre es el niño. Apenas Montalvo concurría a las escuelas, por la contracción al estudio, por la dignidad de su porte y por cierta austeridad y modo de ser de carácter hizo prever lo que sería más tarde.

Conocidas las aptitudes del niño, y dada la poca importancia de los planteles de instrucción en Ambato, los padres resolvieron enviarle a Quito.

En esta ciudad no tardó en llamar la atención de profesores y condiscípulos. Entre sus facultades intelectuales descollaba una: la memoria. Era colosal, sin que sufriera menoscabo en el transcurso de los años.

Cuentan que en una solemnidad del Colegio de San Fernando, colegio muy en boga, por entonces, uno de los pocos amigos de Montalvo, pronunció un discurso muy aplaudido. Por la noche, en un círculo de estudiantes, recita Montalvo la producción literaria de su amigo. Los jóvenes se agitan, el autor palidece, alguien deja oír la palabra plagio. "No, dice Montalvo, el discurso de un amigo, obliga toda mi atención: lo sé de memoria".

La influencia de tan poderosa facultad, se valoriza en todos sus escritos. Montalvo no sólo deleita al lector; le instruye. Nadie como él emplea más recuerdos y alusiones; páginas tiene en las que cuenta por decenas citas históricas; mas con cuánta espontaneidad y maestría!

Debe atribuirse a su prodigiosa memoria, la costumbre de escribir sin necesidad de consultar con los libros. Un escritor separado de su biblioteca, de las notas y apuntamientos que guarda, es algo como pintor, a quien se le limita la luz.

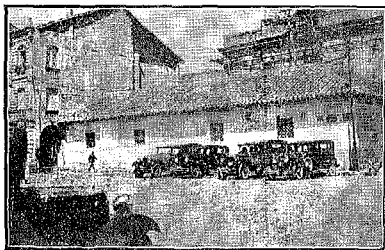
En la mesa donde fueron escritos "Los Siete Tratados" y "El Espectador" a buen seguro no había una sola obra de consulta.

A la muerte de Montalvo, el inventario de sus libros se reducía a unos pocos de autores contemporáneos de escasa importancia. Cosa curiosa! No poseía ni un Diccionario español. El Semanario de Caldas era, entre los libros encontrados, lo más valioso.

Montalvo, especie de enciclopedia ambulante, se servía de su memoria, con la misma facilidad que de la tinta en que mojaba su pluma. Su cerebro era como una máquina para gravar en planchas de acero. Lo que una vez leía, jamás lo olvidaba.

Después de obtener los grados del Bachillerato, concurrió por algún tiempo a las clases de Derecho. Lo delicado de su salud, o más bien cierta repugnancia para continuar una carrera en la cual no siempre al mérito corresponde el mejor

puesto, motivó el abandono de la Universidad, y su regreso a Ambato.



AMBATO.—LA CASA DE MONTALVO

Establecido en el país natal, contrajo, de la manera más asidua, al estudio. Pudo decirse que había hecho voto de clausura; a nadie visitaba; por nadie era visto. Los clásicos griegos y latinos, entre ellos Plutarco, Aristóteles, Horacio y Cicerón, eran sus compañeros íntimos.

Más de una ocasión, al rayar la aurora, sorprendió el padre

que el lecho de su hijo, no había sido ocupado. El motivo de la vigilia era fácil de comprender: en el escritorio se veían pliegos de papel y libros aquí y allá, todavía no cerrados.

Con frecuencia salía por la mañana a la estancia del Fieco, con el doble objeto de disfrutar de la perspectiva de la naturaleza y procurar a los órganos musculares el ejercicio físico indispensable.

Muy a menudo, en altas horas de la noche, se lo sorprendía ya por las colinas que dominan la ciudad, ya a orillas del Ambato, ya sentado bajo el follaje de los árboles, ya reflexivo y taciturno delante de las lápidas de un cementerio. Qué hacía? El lo ha revelado cuando dijo: "Relaciones con las estatuas, quacueros con las tumbas, secretos con la Eternidad, achaques son del genio".

Durante este período de su existencia, su ocupación predilecta, más bien que escribir, era leer. Parece que hubiera previsto el leguero porvenir que le esperaba. Menester le era instruirse, hacer provisión de lectura porque en breve el destierro lo llevaría a lugares donde la adquisición de libros no le sería posible.

Asciendo a doce años la duración de su ostracismo, de los cuales siete hubo de permanecer en Ipiales, pequeño villorio colombiano, en el cual no existía otra biblioteca que la del Párroco, compuesta de un Año Cristiano y uno que otro volumen de moral casística. Al correo que, por casualidad, conducía un número de la *Estrella de Pasto* se le daba la importancia de

una fiesta. Las personas aún de mediana sensibilidad pueden apreciar la enormidad de este tormento que no existe en el "Infierno del Dante"; un hombre, en toda la plenitud de su inteligencia, condenado a no leer.

Fue en tal situación y en tal lugar, que bosquejé los "Capítulos olvidados a Cervantes", entre ellos el BUSCAPIE, producción que por la altura de ideas, amplitud de doctrina, rectitud de criterio, hermosura y pureza de idioma, no hay exageración en colocarla como la más alta muestra de inteligencia en las letras españolas del siglo diez y nueve.

#### IV

"La Democracia" publicación hebdomedaria redactada en Quito por los años de 1852 a 1857; engalanó sus columnas con los primeros artículos de Montalvo. Los quilates del escritor como su originalidad y tendencias, fueron apreciados desde el comienzo. El General Urbina, a la sazón Presidente del Ecuador, para quien rodearse de hombres inteligentes era norma de política llamó a la Capital al joven literato y procuró halagarle del mejor modo. Es evidente que, por entonces, se le hizo la oferta de enviarle a Europa con cargo diplomático.

Poco tiempo después, el General Francisco Robles, reemplazaba en el ejercicio de la primera Magistratura al General Urbina, y éste era nombrado Ministro Plenipotenciario cerca de Gobiernos de Europa. La ocasión se mostró propicia para que Montalvo realizara los deseos de conocer el viejo mundo. Urbina, de acuerdo con lo ofrecido, nombró como Secretario y Adjunto, respectivamente, a los jóvenes Francisco Javier Salazar y Juan Montalvo.

Peligros inminentes de guerra con el Perú, hicieron indispensable la permanencia en la Patria del Ministro Diplomático nombrado. Consiguió, sin embargo, partir con anticipación a Europa los otros miembros del personal de su Legación.

"No quiero que pierdan tiempo les dijo: El Ecuador espera mucho de Uds. Váyanse; sí, como no lo dudo, se consagran al estudio, después de breve plazo podrá enorgullecerse la Patria de contar con un buen militar y un gran literato". Así se cumplió. Mas ¡oh veleidades de la política! Quienes de tal modo eran distinguidos por Urbina, al andar el tiempo, figuraron como sus mayores enemigos.

Montalvo escarmentó a Urbina e hizo lo mismo con los liberales de la talla de Espinosa, Mestanza y Manuel Gómez de la Torre.

Montalvo, al dirigirse a Europa, satisfacía una de las ambiciones y necesidades de su existencia. La educación más esmerada, como la instrucción más vasta, han menester, por complemento, del caudal de conocimientos que sólo se adquiere con los viajes.

Montalvo, en París, centro intelectual, estaba como en su elemento; con verdadero fervor contrájose a cada uno de los ramos a que le arrastraba secreta predilección. Un día se le veía en la Sorbona, otro en el Colegio de Francia, otro en el Instituto, otro en el Palacio de Bellas Artes. Unas veces oía a Claudio Bernard, otras asistía a clases de humanidades, ya se le veía en las bibliotecas como en los museos, y en la redacción de diarios, es decir, en todo centro en donde creía apagar la sed de instrucción que le devoraba.

Después de varios meses, conocía al París intelectual mejor que el más culto parisiense, al extremo de poder pasar como una especie de cicerone de todo lo artístico, espiritual y noble que contiene la Atenas moderna.

Por aquella época, el autor de *Graciosa de Rafael*, *de los Girondinos*, *de las Meditaciones*, yacía ciego en el ocaso de su vida. Montalvo no podía olvidar cuanto la América española y cuanto él mismo debían a Lamartine. La sensibilidad y delicadeza de afectos, el amor a la libertad, han tenido como fuente de inspiración las tiernas y elevadas producciones del vate de Mácón. En la actualidad, puede estar olvidado, pospuesto; pueden los admiradores del *hombre bestia*, mirar con desdén a lo que llaman romanticismo; mas la poesía vive y se renueva a través de las escuelas y vicisitudes literarias, arrastrando a cuantos sean capaces de esperar, sentir y crear.

Montalvo juzgó como deber sagrado visitar a Lamartine.

Las frases obsequiadas, mutuamente, las conoció el público de París.

Pocos días, después, el joven ecuatoriano, le dirigía por la prensa un

lierno y conmovedor  
vez, una hermosísima

"He leído en  
Ojalá en mi patri-  
gado a reparti-  
dos. Interro-  
ré lejos de e"

La p  
le califier  
daje en  
lo a q"

los añ  
el ad  
En ad

El  
Soldadesca  
Guillermo Fra  
sa la presencia de  
secuencias, dirigió a  
rio, la sana filosofía,  
za de la frase. Le dice a



VENTANA DE LA HABITACION  
DE DON JUAN

literario. Montalvo, elegido colaborador, en uno de los primeros números, dió a luz un notable artículo que tenía por epígrafe "Dios se acomoda a todos". Posteriormente, sin que se conozca el motivo se abstuvo de escribir.

Hay revoluciones de revoluciones; las de trascendencia las realiza siempre la inteligencia.

El año de 1866, sin que hasta hoy lo confiesen hombres de afejas miras, señala una evolución trascendental para el Ecuador. De ella apareció como protagonista único, Juan Montalvo, o sea su publicación monumental: "El Cosmopolita".

Hasta entonces, las ideas liberales habían tenido caudillo, prosélitos,

22

Después de lo que  
dieron consistieron en  
tes. Poco a poco se  
acordó con el mayor  
señalada de un libro  
supuración. Llegó  
un extranjero  
constantes pro  
que se enun  
cubierta  
mediana V  
un monu-  
no a ori-  
Gunya-  
del  
Pedro  
lo ca  
gum-  
Ovha.

Ua.  
clen-  
mos la p  
valor y au-  
des políticas,  
quirirlas a fuerza  
sentido, caerá con  
fuerza que no consista  
ridad".

A quien iban dirigidos  
ceptos, era a don Gabriel Ga-  
reno.

Cuentan que cuando leyó dicha  
carta, aparentó reír. Acaso juzgo  
loco al autor, ya que la misiva tenía  
por objeto algo semejante a poner ar-  
neses a un torrente.

Mientras duró la primera admi-  
nistración de García Moreno, escribir  
en favor de las libertades era de lo  
más riesgoso. Había que esperar me-  
jores tiempos.

El año 62, los superiores del Co-  
legio de la Unión, a quienes la juven-  
tud ecuatoriana debe mucho, publi-  
caron "El Iris" periódico puramente  
literario. Montalvo, elegido colaborador, en uno de los primeros números, dió a luz un notable artículo que tenía por epígrafe "Dios se acomoda a todos". Posteriormente, sin que se conozca el motivo se abstuvo de escribir.

V

víctimas; en la prensa más de un publicista pudo cosechar laureos, desconcertar al enemigo; pero hay que decir muy alto: nadie como Montalvo levantó tanto el pabellón del partido; ninguna pluma ha disparado dardos más mortíferos al enemigo; ningún pecho ha alimentado tanto fuego por el culto de la libertad; nadie como él ha sabido hipnotizar, seducir, esas dos poderosas falanges de la sociedad: pueblo y juventud.

Treinta años van corridos, desde entonces, y aún se sienten los succumbimientos producidos en toda la nación, al oír las vibraciones de ese verbo regenerador.

Amigos y enemigos mostrábanse estremecidos, los unos de admiración, los otros de pavor.

Para la importancia de "El Cosmopolita", aglomeráronse requisitos, por lo común, muy difíciles de reunir.

Estaba de su parte lo noble de la causa: el levantamiento moral de un pueblo. Contaba con la oportunidad del momento: al Ecuador le era dado respirar con libertad durante un pequeño intervalo. Además, su autor poseía las virtudes que más atraen y sirven en la prensa. Era valiente, franco, apasionado por lo justo y lo bello.

En el primer número de "El Cosmopolita" dice a García Moreno: "García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter, ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y, según es larga, diestro en el manejo de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con su ira? La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto, ni se sienta con ánimo para morir de su mano, o matarle en propia y natural defensa, habla de ir, inconsideradamente, a echarle el agrar en el ojo".

A varios críticos, entre los cuales descubrió un amigo, después de probarle la incompetencia y mala fe, termina: "si estos caen en mi pluma, quedarán en tiras, en hilachas; y si es preciso que caigan en mis manos, les obligaré a bofetones a ser hombres. ¿No saben que hay mucha diferencia entre las pobres gentes aferradas a la vida, y los que la desprecian? El león es generoso, pero si le licren aleosamente, ruga, salta, devora, vende cara su vida. Podré caer, pero será sobre otros".

Tanto como valor, poseía franqueza. No ocultaba ni aquello que tenía seguridad iba a causarle daño. Verdadero apóstol, juzgaba como deber dar a la publicidad, junto con la doctrina, sus más íntimos sentimientos. Perseguía el engrandecimiento de la patria. Menester era hablar la verdad entera, sin disfraces ni miramientos. Había declarado guerra a la tiranía para vencerla; debía disponer de elementos a manera de rayos que no pueden ser ocultos por el fulgor y estrépito que producen.

"El Cosmopolita", si bien obra de combate, es la personificación de Montalvo. En los tres tomos de "El Espectador", por ejemplo, podrá ser más académico, más sobrio en imágenes y figuras, más culto; en "El Cosmopolita", demuestra la omnipotencia de las selvas tropicales, la pasión y fuego de la juventud, lo majestuoso y abrupto de los Andes donde nació su cuna. A manera de Juan Jacobo Rousseau, con su libro de "Las Confesiones", Montalvo con "El Cosmopolita" bajo el brazo, puede presentarse el día del juicio final, ante el Ser Supremo y decirle: "Este libro soy yo".

## VI

El Ecuador, no debe mucho a sus cuerpos parlamentarios. Las Constituyentes y Congresos, con pocas excepciones, han representado los intereses del Gobierno: no del pueblo. En las colectividades, además, se observa, un hecho muy especial; los hombres más honorables, por influencia del número, aceptan y sancionan hechos que, individualmente, rechazarían horrorizados. Psicológico o no, el fenómeno, merece ser estudiado: acaso como los abismos, las mayorías tienen también fuerza de atracción.

La Legislatura del 69, por la conducta de sus miembros, como por los sucesos que realizó, bien merece ser considerada como una excepción honrosa. Es verdad, "El Cosmopolita" con sus doctrinas y propaganda, contribuyó a ello, con no escasa parte.

Después de mucho tiempo la lista de liberales propuestos como representantes, triunfó en todas las provincias de la República.

Los miembros del Municipio de Quito, conservadores todos, desconcertados con la derrota, por arte de escamoteo pusieron a un lado a Don

Manuel Angulo, Senador electo, para dar ascenso a su hombre-dios: García Moreno.

La suerte les había favorecido siempre. ¿Por qué temer que les fuera hurafía en esta ocasión?

Llega el día de la instalación del Congreso.

Montalvo no era Diputado: en calidad de espectador, acompañado de jóvenes amigos, se coloca en la barra del Senado.

Entra luego Don Gabriel García Moreno y, cosa casual, su persona completa el número para el *quorum* establecido por el reglamento.

—Declaro, dice el Presidente, instalado el Senado de la República.

—No hay número, contesta el Secretario del momento, Dr. Mariano Mestanza.

El Presidente ordena se cuenten de nuevo los Senadores presentes.

Era cierto: al incluir a Don Gabriel García Moreno había *quorum*.

—Declaro instalado el Senado; hay número, dice por segunda vez el Presidente.

—No; repite el Secretario. En las curules hay un Senador espúreo. Los periódicos y el pueblo todo, aseguran que no es Senador legítimo el Sr. Dr. Gabriel García Moreno.

Un estruendo de aplausos resuena en los ámbitos del salón.

García Moreno se puso de pies.

—Pido, dijo, que se dé lectura a las credenciales que me acreditan como Senador por la provincia de Pichincha.

El Dr. Mestanza, agitado por excitación nerviosa, lee: "Quito, Julio del 60...."

García Moreno, levantándose con vehemencia, exclama:

—Señor Presidente: pido que se rectifique la lectura; la comunicación lleva la fecha del año 66; no la del 60 como se ha leído.

—Equivocación de cifras, replica el Dr. Mestanza.

Terminada la lectura, por considerarse asunto personal, García Moreno se retira.

La discusión principia. Nunca la oratoria ecuatoriana alcanzó mayor altura.

Mestanza, desde el asiento de la Secretaría, con frases de rayo, anatematiza la conducta del Municipio, debía llamarse al Dr. Angulo,



DETALLE DE LA CASA DE MONTALVO

y hace ver que, por honra y deber del Senado, en reemplazo de García Moreno.

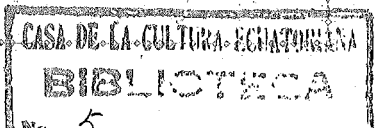
Después del Dr. Mestanza, habló el Dr. Parra. La resonancia de su voz era tal, que las vidrieras del salón parecían estremecerse. Luego el Dr. Mata, el Dr. Julio Castro.

No cabía duda. La expulsión de García Moreno fue acordada por la mayoría.

Al salir de la Sala, Montalvo recibió una ovación. La juventud con el pueblo, gritó: este triunfo es obra de "El Cosmopolita".

Otros sucesos de importancia se desarrollan en esa Legislatura, que merecen ser apuntados, siquiera, ya que en ellos influyó, muy de cerca, Montalvo.

El Ministro de lo Interior, especie de favorito del Presidente de la República, es denunciado ante las Cámaras, como infractor de la Constitución. Acontecimiento natural y casi diario, en países monárquicos, produjo el colmo de la indignación y resistencia en el Gobierno. A los procedimientos legales para la continuación del proceso por parte de la Legislatura, responde el Poder Ejecutivo con medidas arbitrarias y violentas. Llega un día en el que cuantos legisladores, por motivos del momento, salen del re-



cinto de la Cámara, son tomados y conducidos a prisión. Enteradas las dos Cámaras de lo ocurrido, resuelven reunirse en sesión permanente hasta concluir con la acusación propuesta contra el Ministro.

La corriente del mal tiene el impulso y los abismos del Niágara. Como expediente fácil para impedir lo que temía, opta el Gobierno por un acto de lo más grave y también atentatorio al orden constitucional: intenta disolver las Cámaras Legislativas.

Los dados fueron arrojados, mas el Gobierno criminal se desconcierta con un pequeño obstáculo. El Decreto de disolución, debía ser autorizado por empleados inferiores. Demanda la firma al Gobernador de Pichincha, éste rehusa; demanda al Jefe Político, niégase igualmente. Uno de estos empleados era sobrino del Ministro acusado.

Vienen los vértigos, aumenta el furor. Ordénase que un batallón de línea invada el santuario de las leyes para dispersar, por la fuerza, a los Padres Conscriptos que estaban reunidos. El batallón cumple su cometido: a són de tambores y clarines avanza hasta las curules, dispara tiros de fusil y amenaza con bayonetas al pueblo. Entre el humo producido por las detonaciones, se descubre que ninguno de los Legisladores ha abandonado su puesto.

El Presidente del Congreso, poniéndose de pies, entre el ruido de las detonaciones, exclama: "Espero que cumplamos todos con nuestro deber". Otro anciano octogenario, con acento solemne, dice: "Harto he vivido ya. Nada más honroso como término para mi existencia que morir aquí sosteniendo la Constitución". Un profesor de latín dice sobre los peñidos de la barra, y dirigiéndose a los Diputados, dice: "No estáis solos". La escena recordaba a las de los mejores tiempos de Roma.

Los soldados, en vista de la actitud impenable de los Legisladores, y disgustados del triste papel que se les imponía, guardan las bayonetas y sin orden superior, se retiran del Congreso.

El Gobierno desconcertado, se limita a ordenar que se coloquen en las calles contiguas al Palacio Legislativo todas las fuerzas residentes en la Capital. Trataba, sin duda, de lo que se llama *situar un fuerte*.

Entre tanto restablecida la discusión parlamentaria, varios diputados, proponen un voto de censura contra el Gobierno.

Pocos días después, el primer Magistrado, vióse obligado a resignar el mando. No le fue posible encontrar un solo hombre digno que quisiera formar parte de su Gobierno. Descendió del solio Dn. Jerónimo Carrión, cosa no muy rara en política, por lo que puede llamarse *efecto del vacío*.

Lo narrado sugiere reflexiones. En la actualidad, de ocurrir hechos semejantes, ¿los resultados serían los mismos? La conducta autoritaria de un Gobierno, ¿encontraría en los Representantes de hoy igual resistencia a la de los miembros de la Legislatura del 67? Los hombres públicos se abstendrían, rechazarían, como hicieron los de entonces, aceptar empleos honorosos y lucrativos, al ser ofrecidos por un Poder rechazado por la Nación? Con el transcurso del tiempo, el pesimismo reemplaza a la fe política. Tememos que soldados del porvenir, provistos de mejores armas, en vez de proceder como los del 67, acaso extremen su valor victimando a todos los delegados del pueblo.

## VII

Con la renuncia obligada del Presidente, los partidos políticos debían pensar en la persona que, según las leyes, sustituiría a este Magistrado.

Contadas veces, el patriotismo, ha dictado mejor acuerdo. García Moreno y Montalvo, polos opuestos en política, se reunieron por única vez, en la designación del mismo ciudadano: Dn. Javier Espinoza. La República entró acoyó con frenesí dicha candidatura, y la elección fue unánime.

El Ecuador disfrutó, por poco, tiempo de un Gobierno honrado y bienhechor. Si hubo algo desgraciado en aquella época, como la catástrofe de Imbabura, los cargos deben ser dirigidos a la Naturaleza.

El plazo presidencial debía terminar. Nuevamente los partidos se aprestan a otra lucha eleccionaria.

El liberal proclama como su candidato a un hombre de gran instrucción, de gran inteligencia y de honradez acrisolada: Dn. Francisco Javier Aguirre.

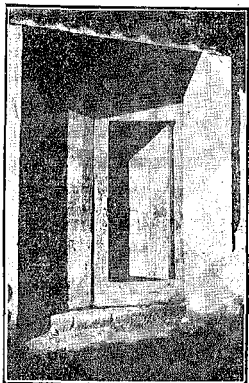
El partido conservador se fija en García Moreno.

La lucha toma proporciones desconocidas, merced a la amplia libertad electoral asegurada por el Gobierno. La prensa ruge, en todos los ámbitos de la República, dominando poderosa y avalladora la voz de "El Cosmopolita". Cuánta belleza y majestad en cada uno de sus artículos! Cómo la juventud febricitante, tomaba como oráculo al propagandista de las doctrinas liberales!

"García Moreno, decía, no puede ser Presidente, porque la América republicana no confía en él: este hombre en ninguna ocasión ha podido ni querido ocultar sus simpatías por los enemigos de América.

"García Moreno no puede ser Presidente, porque tiene azar con las repúblicas vecinas; aborrece a Colombia, Colombia no le quiere; detesta al Perú, el Perú no se muere por él. ¿Estamos en situación de abrir una campaña? Malos sacerdotes que pedís a García Moreno: vuestro Señor y Maestro Divino, era dulce y caritativo; no se lavó las manos con sangre; no sufragó por el poder absoluto y tiránico; no persiguió a los pueblos, unido a sus opresores,

"García Moreno no puede ser Presidente, porque las tres cuartas partes de la nación ven en él su ruina.



LA PUERTA DE CALLE  
DE LA CASA DE MONTALVO

Para unos es la tumba; helado y tético, García Moreno se les presenta como un espectro horripilante; para otros, es el destierro; García Moreno se le aparece en forma de hambre cual fantasma lívido y pavoroso; para otros es la infamia; García Moreno zumba a sus oídos y serpentea como el látigo; para otros es el martirio; retine con el chis chas funesto de los grillos y la barra. Yo sé muy bien que todos estos inconvenientes son títulos para sus partidarios, y que se sonríen satisfechos, cuando contemplan en el terror que infunde su amo. Más para la razón no es así, motivos no son esos de regocijo, ni cabe que el ánimo salte de alegría, al ver que una gran porción de hombres, se horripila en presencia de una horrenda muerte".

El éxito de la lucha electoral no podía ser dudoso. Desmoralizado el partido conservador, pretendo conseguir del primer Magistrado, medidas coercitivas contra varias sociedades liberales cual si fueran centros revolucionarios. Semejante pretensión sufrió el rechazo más completo. ¿Que hacer?

No parar en los medios, a trueque de conservar el poder, figura como doctrina vieja para muchos políticos. A la traición levantaron altares; reprodujose la escena de Judas Iscariote; corrompieron los cuarteles y en noche trágica consumose la más inicua de las revoluciones.

Pocos días después, lo notable del partido liberal, Montalvo el primero, seguía camino del destierro. Era poco. Gracias a la juventud había salvado la vida.

Ipiúles, pueblo ya mencionado, mereció las simpatías del proscrito y debió ser, desde el momento, lugar de su residencia; pero los compañeros de destierro, indujéronle a seguir para Europa. Llegó a Francia la víspera de que se desencadenara la formidable guerra del 70. Pocos han admirado y amado más que él, a la patria de Enrique IV. ¡Cuánto hubo de sufrir su alma, con los desastres y consecuencias de aquella horrible lucha!

Coincidió, con su llegada a París, la muerte en esta ciudad de doña Antonia Jijón de Barba, matrona quiteña a quien estimaba cordialmente.

El artículo necrológico, escrito con tal motivo, hará época en las producciones de su género. "El Padre Lachaise" no puede ser leído, por quien de veras ame a su madre, sino de rodillas y con lágrimas en los ojos.



Contrariado en más de un propósito y sin seguridad de medios para la subsistencia en lo porvenir, resolvió volver a América. "El genio, como ha dicho el poeta, tiene atados a sus pies o sus alas, esos fragmentos de metal que lo recuerdan siempre su cuna de barro y su sepulcro de polvo".

Establecido, a su regreso, en Iquitos, un periódico de "anamá dió" publicó a cierto artículo en favor de García Moreno, que tenía por objeto preparar en el Ecuador la reelección de dicho personaje, en el siguiente período constitucional.

Era el colmo. Montalvo se presentó a la palestra y de tal modo, que los escritores del Istmo tuvieron que retractarse.

El folleto "La Dictadura Perpetua" causó honda sensación; aún más que escrito de polémica era la sentencia de muerte decretada contra García Moreno.

### VIII

La ley, expresión preceptiva de la voluntad de un pueblo, presta con frecuencia más solicitud y prerrogativa en guarda de un ciudadano particular, que de toda una sociedad.

El asunto se presta a reflexionar.

N., a pesar de prohibiciones repetidas, penetra tarde de la noche en casa de J. La violación de la puerta del hogar, en esta vez, tiene, como consecuencia, mancilla de honra y menoscabo de intereses. J. mata a N. Qué pasa? La ley lo indulta, la sociedad dice: "Bravo!"

El caso es otro. Con nombre diferente vuelve aparecer Nerón en el mundo. De conformidad con sus instintos, incendia la ciudad, teatro de sus depravaciones. Las garantías han desaparecido. Honor, vida, fortuna, todo depende de su capricho. En esto un ciudadano virtuoso, angustiado por la suerte de la Patria, resuelve salvarla. Toma el puñal de Bruto y en pleno día dá con el tirano en tierra.

La nación está redimida. Qué pasa? La ley dice al redentor: tu has delinquido, irás al cadalso. La sociedad grita: Bruto, tu eres asciano.

El tiranicidio es y será asunto de debate eterno. Sin adelantar doctrina propia, conviene precisar los hechos siguientes:

1º En obsequio de la moral, debe distinguirse el brazo que hiere, y la culpabilidad del agredido. Difieren en lo absoluto los puñales de Bruto y de Ravaillac, así como no puede haber paridad entre Enrique IV y un Melgarejo.

2º Los ataques al tiranicidio aumentan en relación de la decadencia de una sociedad. El heroísmo es considerado, por muchos, como obra de locos.

3º El carácter austero, la severidad de principios, el patriotismo acrisolado, ante la disolución y la esclavitud de la patria, recurren a medios no siempre de aprobación general.

4º La figura de Bruto como la de Carlota Corday, pueden, para muchos, ser anatematizadas; más, si la severa moral las condena, abusévalas el patriotismo.

De su parte están los seres más sensibles y corazones bien puestos. Olmedo, el manso y dulce Olmedo, en su alfabeto poético, dedicado a su hijo, aún niño, trae la estrofa siguiente:

Tiranía y opresión,  
Suenan y expresan lo mismo;  
Para salir de este abismo  
Es honrosa toda acción.

Y no se arguya que fue aquella travesura poética u obligada por el consonante. En su majestuosa oda "El Arbol", se lee esto:

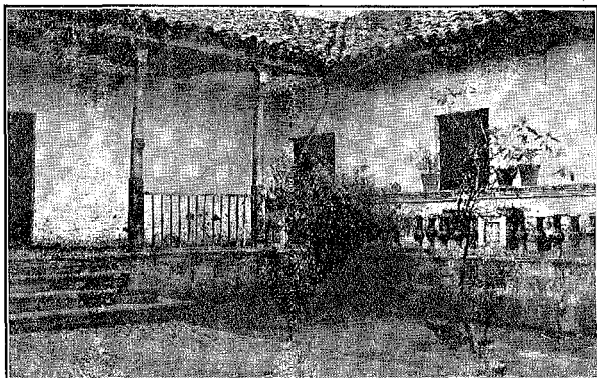
En el infausto y execrable día  
En que se vió la libertad francesa  
En carro vencedor, en triunfo atada,  
Cuando al trono de Luis, César subía  
En medio del tumulto y la alegría  
De un pueblo esclavo.... Bruto ¿dónde estabas?  
No es tarde aún; ven besaré tu mano  
Bañada con la sangre del tirano.

Pocos publicistas han expresado su opinión, al respecto, con más detenimiento que Montalvo. En el tratado "Los Héroes de la Emancipación de la raza hispano americana", se expresa así:

"La vida de un tiranuelo ruin, sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y, quizá, sin conocimientos; la vida de uno de esos héroes maléficos que toman a pechos el destruir la parte moral de un pueblo, matándole el alma con la ponzoña del fanatismo, sustancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar, como se mata un tigre, una culebra".

En la época que escribió "La Dieta dura Perpetua", otro ecuatoriano ilustre, el Dr. Pedro Moncayo, daba a la luz pública, un pequeño folleto, cuyo epígrafe era "El Tiranicidio".

Alejados ambos escritores del suelo de la patria y distantes uno del otro, se hallaban sin embargo de acuerdo en doctrina y designios.



INTERIOR DE LA CASA DE MONTALVO

Lanzada la chispa, ella tenía de encontrar alimento en el seno generoso de esa juventud que acepta el sacrificio por perseguir el ideal.

La propaganda se inicia. Una veintena de jóvenes jura redimir la República y romper las cadenas con que se la tiene sujeta.

Después de algún tiempo, y mediante ofertas, logra comprometer a un jefe de la guarnición de la plaza.

En día convenido, cuando la guardia de vigilancia la compusiera gente hablada de antemano, acudían los conjurados, y el cuartel sería tomado sin gran resistencia. Pero qué ocurre!

La víspera de llevar a la práctica lo acordado, el militar superior con quien contaban los jóvenes conspiradores, les previene, como condición indispensable para cumplir sus compromisos que debían entregarle de antemano vivo o muerto a García Moreno. Sobre tanta, la proposición, era sospechosa.

La incertidumbre causada por tal exigencia, puede apreciarse; juzgábase uno traicionados, otros víctimas de una farsa; otros, y estaban en lo justo, solo veían muestras de cobardía.

Retraerlos era imposible. De no estar impuesto García Moreno.

ese momento, lo estaría al día siguiente. *Alea, jacta est!* pronunciaron los conjurados.

El 6 de Agosto de 1875, muy por la mañana, en la placeta de Santo Domingo, en Quito, frente a la casa de García Moreno, distingue un grupo numeroso de jóvenes. El semblante de cada uno de ellos descubre ese tinte característico de las grandes emociones. *¿Qué les reunió allí? ¿Qué se proponían? Esperaban salir García Moreno, como salía de costumbre, a las 8, para tomarle vivo o muerto.*

Los relojes públicos suenan la hora; el Mandatario esperado no aparece.

El tiempo comienza a correr con la lentitud propia de horas de agonía: las 9, las 10, las 11, las 12.

García Moreno, puntual como pocos en las horas de labor oficial, diariamente se presentaba en Palacio a las 11. Su ausencia, en ese día, motivaba algo grave. Tenía conocimiento de la conspiración? ¿Estaban delatados los jóvenes?

En esto aparece una columna de soldados al mando de un oficial. Los conjurados se consideran perdidos. Cada cual procura evadir el golpe, y se dispersan por las calles inmediatas.

La presencia de la tropa no tenía otro objeto que cambiar la guardia a la hora acostumbrada en la casa del Presidente.

En esos instantes salía García Moreno.

Algunos de los conjurados lo distinguen y se ponen como a la pista.

Cuando el Magistrado llega cerca del templo de la Catedral, ellos en número de cinco, se adelantan y ascienden la escalera de piedra que conduce a las puertas del Palacio Presidencial. En ese momento, un hombre se une a ellos: era Rayo. Parece evidente que no lo conocía el mayor número de los conspiradores. Quién le habló y comprometió, hubo de ser alguno que estaba al corriente de la venganza y odio que profesaba aquel hombre a García Moreno.

Llega éste, en compañía de uno de sus edecanes, al sitio donde se lo esperaba: con la calma que denuncia seguridad en el resultado, Rayo descarga, con arma terrible, un golpe mortal. El agredido se pone en guardia, lleva la mano a la faltriquera; mas, disparos de revólver que le asestán los verdaderos conjurados, impiden que haga uso del arma que llevaba. Nuevas agresiones de Rayo imposibilitan toda defensa. Como en retirada, trata de esquivar los golpes hasta que, limitados sus pasos por el ancho del portal, cae del altozano del Palacio, dando una vuelta giratoria en el espacio.

Extraña coincidencia! Montalvo en la "Dictadura Perpetua" anuncia que García Moreno morirá dando piruetas en el aire y dejando un olor de azufre. El pronóstico se cumplió.

La noticia de lo ocurrido salva las fronteras patrias. Los amantes de la libertad experimentan júbilo; vístense de duelo precisamente aquellos que colocan en los altares a Judith asida de los cabellos de Holofernes, y que como base de moral, invocan la doctrina "ojo por ojo, diente por diente".

Montalvo sumido entre las breñas del destierro, saluda el acontecimiento como una aurora para la patria, y con la arrogante franqueza de quien cree proceder bien, exclama: "No hay duda; mis ideas prendieron; no es el acero de Rayo, es mi pluma que le mata".

Confesiones de tal naturaleza, como que no fueran para nuestros tiempos.

## IX

García Moreno había muerto. ¿Vinieron, como era de esperar, tiempos mejores para el Ecuador?

Triste es decirlo! La política en sus tumbos, precipita entre el fango el oro que arrastra, para ostentar en la superficie burbujas que, a pesar de su brillo, ni son de provecho, ni resisten a la acción del tiempo.

Después de días de terror, un ciudadano despierta las simpatías de la Nación. No faltaban motivos para ello. Además de sus méritos como literato, tuvo la altivez de rechazar por oficial la candidatura para la Vicepresidencia de la República ofrecida por García Moreno. Esto mismo ciuda-

dano, cuando redactor de un periódico, había condenado del modo más enérgico la Constitución y otras leyes vigentes.

La elección del Sr. Dr. Antonio Borrero, como Presidente Constitucional del Ecuador, fue tan popular, tan entusiasta, como no había antecedentes hasta entonces.

Corresponder a la confianza pública, como servir con lealtad a los principios profesados cuando ciudadano, parecen cosas sencillas cuando un magistrado se levanta, así, por el esfuerzo popular. Por desgracia, en la práctica se ve lo contrario.

Apenas propuesta la candidatura de Borrero, una voz disonó, entre las muchas que la acogían. La del partido llamado terrorista.

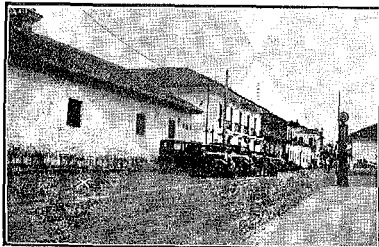
La calificó de candidatura del crimen, dando a comprender que Borrero era cómplice en la muerte de García Moreno.

Borrero en el poder, como asustado de la inculpación hecha, y con el propósito de evitar la repetición de la calumnia, confía los principales cargos de la República a viejos partidarios de García Moreno.

Todavía hay algo más grave. Borrero, por su honradez y austeras costumbres, había pasado como un Catón. Los argumentos empleados para probar los inconvenientes de las leyes en vigencia se repetían de persona a persona.

¿Cómo imaginar que sus hechos, estuvieran en oposición con sus doctrinas? Es evidente: Dr. Antonio Borrero no sólo prestó juramento sobre la "Constitución Garciana", sino que puso en movimiento todo su prestigio, para que ella no fuera reformada tan pronto como lo deseaba la Nación.

La impaciencia, no deba negarse, suele ser imprevision. El quererlo todo, de una vez, es el camino más a propósito para retardar aquello que se quiere ver realizado cuanto antes; más, también es cierto que un pueblo al romper las cadenas, no acepta plazos para asegurar su libertad.



CASA DE MONTALVO VISTA  
DE LA CALLE BOLIVAR

La revolución del 8 de septiembre del 76 se impuso. Miembros del Partido Liberal, figuraron ya como actores principales, ya como colaboradores.

La pregunta hecha, apenas muerto García Moreno, tiene que ser repetida en esta ocasión. ¿Ganó, o ha ganado el Ecuador con la transformación política del 76?

Un suceso acaecido pocos días después de la revolución bastó para apreciar las consecuencias que debía esperar la República.

El Ejército revolucionario organizado en la Costa por Veintemilla, y el Ejército del Interior, se aprestaban para salir el uno al encuentro del otro.

Informaron a Montalvo de que personas de Quito influían en el sentido de evitar la lucha fratricida. Sin dar reposo al asunto, publica una hoja en la cual propone una combinación que, de ser aceptada, el movimiento revolucionario del 8 de septiembre, habría tomado distinto rumbo. La propuesta consistía en formar un Gobierno provisional de tres personas notables, al cual los ejércitos de Borrero y Veintemilla se someterían. Dicho Gobierno convocaría, sin retardo alguno, una Constituyente para que se ocupara en modificar las leyes, única aspiración del pueblo.

Lo cuerdo, lo justo, es tomado por los ambiciosos como causa de peligros. A Veintemilla la explosión de quintales de dinamita, cerca de su persona, no le habría causado más grande impresión que el escrito aludido.

En avanzada noche, cuando Montalvo descansaba en el lecho, oye ruido de armas y golpes a las puertas de su aposento. Era un cuartelero de Veintemilla. Apenas consintieron que cambiase de vestido el escritor. Lleváronle a la orilla de la ría donde estaba lista una embarcación para conducirle enseguida a un vapor inglés que, después de pocos momentos, abandonaría el puerto.

Por las circunstancias que precedieron, como por las condiciones económicas en que se hallaba Montalvo, este destierro lo calificó como el más cruel y sombrío de su vida. No contaba ni con lo necesario para satisfacer el valor de su pasaje.

Vencedor el ejército revolucionario en los campos de Galte y los Molinos, el crédito del partido, tanto como los intereses de la sociedad toda, reclamaban del modo más imperioso, la inmediata convocatoria de una Constituyente. "El peligro de la Dictadura, ha dicho Robespierre, no consiste tanto en el Dictador, como en la Institución misma. Es una Magistratura que inspira desconfianza a las Naciones. Fundada contra la tiranía, se cambia involuntariamente en tiranía permanente, salva por un día, y pierde por un siglo".

Llegadas las elecciones, la Provincia de Esmeraldas, tuvo el denuesto patriótico de elegir como uno de sus Diputados al expatriado por Veintemilla: a Montalvo.

La nación entera ansiaba ver al redactor de "El Cosmopolita" en la tribuna parlamentaria, ora como defensor de las libertades públicas, ora como piloto avisado, dando dirección conveniente a las tendencias liberales que motivaron la revolución.

Sea, tal vez, por estar enfermo o por la convicción de que, dada la índole de la mayoría de los miembros de la Constituyente, era inútil todo esfuerzo, Montalvo se abstuvo de concurrir. Su ausencia, en muchos debates, no solo el partido, sino acaso él mismo, la deploraron. Junto con Carbo, Portilla, Vázquez, Quevedo, Vélez, Seminario, Peña, cuánto de bueno pudo hacer!

Elegido Veintemilla Presidente Constitucional, podía esperarse optara por una política, sino liberal, al menos de conciliación con los miembros de ese partido. Todo lo contrario: Montalvo y otros buenos liberales, fueron el blanco de la persecución.

Vivir en escondites con sobresaltos, incomunicado de la familia; andar errante por páramos, por montañas, no es vivir. Venga la expatriación con todos sus horrores, al menos, no se mendiga ni luz, ni aire.

Montalvo toma otra vez camino del destierro, y abandona su patria... ya para siempre!

En tales lo abrigaba por tercera vez. Como de costumbre, contrájose a escribir; mas ya con plan determinado. Quería concluir las obras principales, escribir otras, para enseguida ir personalmente a Europa, y cuidar de la publicación.

El trabajo avanzaba; pero la situación de la patria era cada día más triste: llegaban a sus oídos los gritos lastimeros del pueblo esclavizado. ¡Cómo ser indiferente!

A manera del desterrado de Jersey, resuelve convertir su pluma en instrumento de castigo. En vez de los *Châtiments* de Víctor Hugo, redacta "Las Cutilinarias". Llega a doce el número de éstas. Quien principia a leer una, tiene que devorarla hasta el fin. Se siente adherido al libro, cual si obrara la influencia de una pila eléctrica. Víctima el lector de impresiones, ya de piedad, ya de admiración, ya de terror, no acierta si venerar o maldecir al autor, que, en ciertas páginas, se presenta como apóstol de la justicia y del bien, y en otras, como genio de odio y de venganza.

"Las Cutilinarias" pueden ser consideradas como inhumanas. Montalvo, moralmente, ha degollado a Veintemilla, lo ha despedajado, lo ha pasado por brazos, y después de ahofetearlo y esculpirlo, lo ha expuesto al público.

Montalvo tenía conciencia del poder y de los efectos de su pluma. Por sólido que pareciese el Gobierno de Veintemilla, era imposible resistiera a los ataques dirigidos. El autor de "Las Cutilinarias", al partir para

Europa, como león que vuelve los ojos sobre su víctima, pudo dirijirlos a Veintemilla y decir: "Dejo una presa sin vida".

## X

Amigos personales lograron allegar fondos necesarios, para que, tan luego como estuviere en Francia, procediera a la publicación de los "Siete Tratados". La aparición de esta obra coincidía con el triunfo de las armas de los ejércitos llamados restauradores, que ocasionaron la caída de Veintemilla.

A propósito de esto, un joven ecuatoriano escribía, por aquella época en París, lo siguiente:

"Al tiempo que con las armas consiguió los ecuatorianos un triunfo sobre la tiranía y la barbarie, uno de nuestros compatriotas, lo alcanza por la inteligencia y la pluma. Montalvo y Alfaro, los dos amigos, cada cual completa su obra para honra de la patria; y, como por feliz compromiso, uno y otro, salen bien al mismo tiempo. No olvidemos la inmensa parte del señor Sarasti en la libertad del Ecuador, ni sería justicia que nos contentáramos con dar la palma literaria a nuestro Don Juan, cuando todos saben lo que ha hecho contra los tiranos, y en especial contra el malvado Veintemilla. Las armas coronan la obra de la pluma: Alfaro y Sarasti son los colaboradores de Montalvo. Al menos Ignacio de Veintemilla puede gloriarse de ser personaje célebre aún en España, gracias a "Las Catilinarias".

La obra de "Los Siete Tratados", tanto en Europa como en América, produjo gran novedad. En poder de la familia de Montalvo, existen como ochenta autógrafos, que alguno califica, con justicia, como documentos públicos, de autores renombrados, entre ellos de César Cantú, Núñez de Arce, Valera, Manuel del Palacio, Trueba, Cánovas del Castillo, María del Pilar Sinués de Marco, etc., en los cuales felicitan al autor del modo más entusiasta.

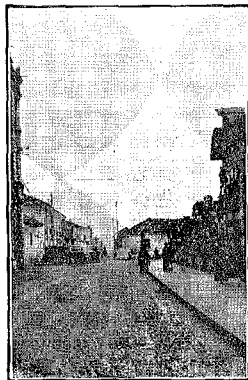
Satisfecho de estos triunfos, Montalvo resolvió visitar España. La prensa de Madrid, de aquella época, relata en muchos de sus órganos, tales como "El Globo", en su número del 22 de Julio de 1883, "El Progreso", y "La Correspondencia" del 5 de Julio del mismo año, las expresivas demostraciones de que fue objeto. Castelar se constituyó en su *cicerone*: lo llevó a la Academia, las Cortes, los Museos, los Teatros. La Academia Española, por conducto de su secretario perpetuo, le dirigió una carta de salutación; otras instituciones literarias se apresuraron a nombrarlo miembro correspondiente.

Después de lo ocurrido, Montalvo debió regresar a la Patria, y no lo hizo. Conviene precisar el motivo, a más del iluminismo de poeta, poseía la clarividencia del hombre superior que lee lo porvenir.

Con los sucesos desarrollados a raíz de la caída de Veintemilla, ya pudo conocer lo que esperaba a la patria.

En el Ecuador, heroísmo, abnegación, entusiasmo, no son virtudes muy escasas. La desgracia consiste en que nunca los resultados prácticos corresponden a los esfuerzos prestados; casi siempre, los frutos del patriotismo se vician, o por falta de criterio o por ambiciones desapoderadas.

Muy fácil sería abundar en ejemplos.



CALLE BOLIVAR. AMHATÓ

Lo cuerdo, lo justo, es tomado por los ambiciosos como causa de peligros. A Veintemilla la explosión de quintales de dinamita, cerca de su persona, no le habría causado más grande impresión que el escrito aludido.

En avanzada noche, cuando Montalvo descansaba en el lecho, oyó ruido de armas y golpes a las puertas de su aposento. Eran emisarios de Veintemilla. Apenas consintieron que cambiase de vestido el escritor. Leváronle a la orilla de la ría donde estaba lista una embarcación para conducirlo enseguida a un vapor inglés que, después de pocos momentos, abandonaría el puerto.

Por las circunstancias que precedieron, como por las condiciones económicas en que se hallaba Montalvo, este destierro lo calificó como el más cruel y sombrío de su vida. No contaba ni con lo necesario para satisfacer el valor de su pasaje.

Vencedor el ejército revolucionario en los campos de Galte y los Molinos, el crédito del partido, tanto como los intereses de la sociedad toda, reclamaban del modo más imperioso, la inmediata convocatoria de una Constituyente. "El peligro de la Dictadura, ha dicho Robespierre, no consiste tanto en el Dictador, como en la Institución misma. Es una Magisteratura que inspira desconfianza a las Naciones. Fundada contra la tiranía, se cambia involuntariamente en tiranía permanente, salva por un día, y pierde por un siglo".

Llegadas las elecciones, la Provincia de Esmeraldas, tuvo el denuedo patriótico de elegir como uno de sus Diputados al expatriado por Veintemilla: a Montalvo.

La nación entera ansiaba ver al redactor de "El Cosmopolita" en la tribuna parlamentaria, ora como defensor de las libertades públicas, ora como piloto avisado, dando dirección conveniente a las tendencias liberales que motivaron la revolución.

Sea, talvez, por estar enfermo o por la convicción de que, dada la índole de la mayoría de los miembros de la Constituyente, era inútil todo esfuerzo, Montalvo se abstuvo de concurrir. Su ausencia, en muchos debates, no solo el partido, sino acaso él mismo, la deploraron. Junto con Carbo, Portilla, Vázquez, Quevedo, Vélez, Seminario, Peña, cuánto de bueno pudo hacer!

Elegido Veintemilla Presidente Constitucional, podía esperarse optara por una política, sino liberal, al menos de conciliación con los miembros de ese partido. Todo lo contrario: Montalvo y otros buenos liberales, fueron el blanco de la persecución.

Vivir en escondites con sobresaltos, incomunicado de la familia; andar errante por páramos, por montañas, no es vivir. Venga la expatriación con todos sus horrores, al menos, no se mendiga ni luz, ni aire.

Montalvo toma otra vez camino del destierro, y abandona su patria... ya para siempre!

Ignales lo abrigaba por tercera vez. Como de costumbre, contrájose a escribir; mas ya con plan determinado. Quería concluir las obras principales, escribir otras, para enseguida ir personalmente a Europa, y cuidar de la publicación.

El trabajo avanzaba; pero la situación de la patria era cada día más triste: llegaban a sus oídos los gritos lastimeros del pueblo esclavizado. ¡Cómo ser indiferente!

A manera del desterrado de Jersey, resuelve convertir su pluma en instrumento de castigo. En vez de los *Outinments* de Victor Hugo, redacta "Las Catilinarias". Llega a doce el número de éstas. Quien principia a leer una, tiene que devorarla hasta el fin. Se siente adhirido al libro, cual si obrara la influencia de una pila eléctrica. Víctima el lector de impresiones, ya de piedad, ya de admiración, ya de terror, no acierta si venerar o maldecir al autor, que, en ciertas páginas, se presenta como apóstol de la justicia y del bien, y en otras, como genio de odio y de venganza.

"Las Catilinarias" pueden ser consideradas como iulimanas. Montalvo, moralmente, ha degollado a Veintemilla, lo ha despedaçado, lo ha pasado por brazas, y después de abofetearlo y esculpirlo, lo ha expuesto al público.

Montalvo tenía conciencia del poder y de los efectos de su pluma. Por sólido que pareciese el Gobierno de Veintemilla, era imposible resistiera a los ataques dirigidos. El autor de "Las Catilinarias", al partir para

Europa, como león que vuelve los ojos sobre su víctima, pudo dirijirlos a Veintemilla y decir: "Dejo una presa sin vida".

## X

Amigos personales lograron allegar fondos necesarios, para que, tan luego como estuviere en Francia, procediera a la publicación de los "Siete Tratados". La aparición de esta obra coincidía con el triunfo de las armas de los ejércitos llamados restauradores, que ocasionaron la caída de Veintemilla.

A propósito de esto, un joven ecuatoriano escribía, por aquella época en París, lo siguiente:

"Al tiempo que con las armas consiguen los ecuatorianos un triunfo sobre la tiranía y la barbarie, uno de nuestros compatriotas, lo alcanza por la inteligencia y la pluma. Montalvo y Alfaro, los dos amigos, cada cual completa su obra para honra de la patria; y, como por feliz compromiso, uno y otro, salen bien al mismo tiempo. No olvidemos la inmensa parte del señor Sarasti en la libertad del Ecuador, ni sería justicia que nos contentáramos con dar la palma literaria a nuestro Don Juan, cuando todos saben lo que ha hecho contra los tiranos, y en especial contra el malvado Veintemilla. Las armas coronan la obra de la pluma: Alfaro y Sarasti son los colaboradores de Montalvo. Al menos Ignacio de Veintemilla puede gloriarse de ser personaje célebre aún en España, gracias a "Las Catilinarias".

La obra de "Los Siete Tratados", tanto en Europa como en América, produjo gran novedad. En poder de la familia de Montalvo, existen como ochenta autógrafos, que alguno califica, con justicia, como documentos públicos, de autores renombrados, entre ellos de César Cantú, Núñez de Arce, Valera, Manuel del Palacio, Trueba, Cánovas del Castillo, María del Pilar Simués de Marco, etc., en los cuales felicitan al autor del modo más entusiasta.

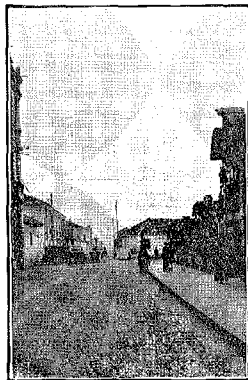
Satisfecho de estos triunfos, Montalvo resolvió visitar España. La prensa de Madrid, de aquella época, relata en muchos de sus órganos, tales como "El Globo", en su número del 22 de Julio de 1883, "El Progreso", y "La Correspondencia" del 5 de Julio del mismo año, las expresivas demostraciones de que fue objeto. Castelar se constituyó en su *cicerone*: lo llevó a la Academia, las Cortes, los Museos, los Teatros. La Academia Española, por conducto de su secretario perpetuo, le dirigió una carta de salutación; otras insituciones literarias se apresuraron a nombrarlo miembro correspondiente.

Después de lo ocurrido, Montalvo debió regresar a la Patria, y no lo hizo. Conviene precisar el motivo, a más del iluminismo de poeta, poseía la clarovidencia del hombre superior que lee lo porvenir.

Con los sucesos desarrollados a raíz de la caída de Veintemilla, ya pudo conocer lo que esperaba a la patria.

En el Ecuador, heroísmo, abnegación, entusiasmo, no son virtudes muy escasas. La desgracia consiste en que nunca los resultados prácticos corresponden a los esfuerzos prestados; casi siempre, los frutos del patriotismo se vician, o por falta de criterio o por ambiciones desapoderadas.

Muy fácil sería abundar en ejemplos.



CALLE BOLIVAR. AMBATO



La revolución contra Veintemilla, era una de aquellas pocas que en Sud-América, justificará la historia. ¿No era natural, lógico, esperar que concluida, se organizase el país convenientemente, cuando menos, que se elevara a la primera Magistratura al ciudadano más digno y de más méritos?

El partido conservador ha cometido grandes pecados con la patria; pero pocos de mayor magnitud como el haber llevado al Poder a quien en el Solio tenía que causar sufridos a aquella. La elección de Caamaño escondida a toda alma honrada. Las desgracias venidas, y por venir, obra son de esa elección. Se elevó a un arlequín con entrañas de Nerón.

Montalvo procedió bien en no regresar; acometer nueva campaña, era para empañar méritos conquistados.

Un pueblo casi siempre se da a los Magistrados que merece. Resolvió abstenerse de cuanto se relaciona con la mezquina política ecuatoriana.

Protestar desde Europa, exhibir en su horrible desnudez al nuevo Magistrado era, en cierto modo, desacreditar a la patria, era dar ocasión para que sus enemigos lo llamaran, otra vez, maldiciente o difamador. El ilustre polemista no quiso honrar con su pluma al que más tarde, por asuntos de rufianería, pondría en almoneda el pabellón de la patria.

## XI

Veintemilla, cuando seguía camino del destierro, aseguran que dijo: "me voy, mas dejo a Ignacio Ordóñez". ¿Consideró castigo para el país? ¿Creyó que lo vengaría? No hay duda: el antiguo Dictador sabía conocer a los hombres. Pocos eclesiásticos cuenta el Ecuador, más exagerados y propensos a las contiendas políticas, que el anterior Arzobispo de Quito. Los liberales eran para su señoría, seres infernales; propender a su exterminio, obra santa.

La llegada a Quito del libro "Siete Tratados" dióle ocasión para, una vez más, poner en claro sus tendencias.

Con orden de qué se leyera en todas las iglesias de la Capital y de las parroquias, el día domingo, cuando hubiere mayor concurso de gente, expide una pastoral en la que condena la obra referida, por suponerla "nidada de vitoras en cesto de flores", y anatematiza al autor, porque no gusta del culto de las imágenes, porque no cree en las penas eternas, y porque el escritor dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, para darle sacrílegas bendiciones en su rostro divino.

¡Habrá fanático!

Montalvo, en alguna de sus obras, ha confesado carecer de paciencia para ciertas lecturas; pastorales con el consabido exordio de "amados hijos, venerables hermanos", le estomatigaba. Cuánta indignación debió causarle la del señor Arzobispo Ordóñez, cuyo efecto calculado era, no solo impedir la circulación del libro, sino provocar la indignación del pueblo, para el día propio ejecutar la lapidación de Montalvo, como en cierta época, se hizo con el *Cirujano de La Condamine*.

Debió influir, para el aumento de su enojo, la diferencia de apreciaciones de católicos de otros países, y las de sus compatriotas.

Cantú, el religioso Cantú, en carta muy honrosa para el autor de "Los Siete Tratados", afirma encontrar en la obra *rectitud moral y elevación constante*. Mientras tanto, el Arzobispo Ordóñez condena el libro por causar grave daño en la honestidad de las costumbres.

Montalvo, en defensa propia, y para confundir a sus enemigos, procedía con la velocidad del rayo. Ocupación de solo un mes, fue la famosa "Mercantil Eclesiástica", obra de 230 páginas, en la cual, con elevación de doctrina, gallardía de estilo y fuerza de lógica que subyuga, despodaza, concepto por concepto, la consabida Pastoral, y entrega a las generaciones venideras, molido y maltrecho, al exagerado sacerdote.

La "Mercantil Eclesiástica", debía de ser la última obra de combate. Tres años dejó transcurrir hasta la aparición del primer volumen de "El Espectador". El "Ensayo de Imitación de una Obra Inimitable", o "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", no obstante estar concluida, andaba encerrada en las gavetas de su escritorio. Consideraba mejor que nadie, lo atrevido de la empresa; no quería que la viese el público, sino purgada de todo defecto. Algunos libros, a manera de viejos católices, para alcanzar la gloria, necesitan antes pasar por el purgatorio.

La acogida favorable que mereció, en el mundo de las letras, el primer volumen de "El Espectador", aceleró la publicación del segundo, y luego la del tercero que debía cortar la preclara existencia del autor.

Una tarde de la primavera del 83, salía fatigado de corregir las últimas pruebas. La atmósfera tibia y transparente de la mañana, había cambiado durante las horas del trabajo. Una lluvia torrencial tomó a Montalvo sin abrigo en el trayecto hasta su casa.

Al día siguiente, el eximio escritor yacía postrado con dolores intercostales. Uno de los triunfos de la medicina moderna, consiste en poder dominar, siquiera momentáneamente, en las enfermedades, el elemento dolor. Francia, es el centro mas adelantado del mundo médico; Montalvo residía en París, y sus médicos no lograron mitigar, en lo menor, sus crueles padecimientos.

Los dolores, después de persistir, cosa de un mes, cesan repentinamente sin que hubiera motivo a que atribuírlo. En cambio aparece una fiebre lenta y constante.

Alguien ha dicho que la fiebre es a la enfermedad, lo que la sombra al cuerpo. La calentura de Montalvo, daba la evidencia de que estaba comprometido algún órgano importante.

Compatriotas del enfermo, consiguieron que el reputado Dr. León Labbé, de acuerdo con los médicos de cabecera, examinara a Montalvo. En los dominios de Hipócrates, se perpetran crímenes de verdadera bandolería. Recetar, sin conocer las enfermedades, es tanto o algo más, que salir armado a los caminos y arrancar a los viajeros la bolsa y la vida. Algunos médicos superiores, suelen castigar el crimen de sus colegas. Véase un ejemplo.

Después de examinar prolijamente el Dr. Labbé, al enfermo en presencia de los médicos que, desde el comienzo de la enfermedad, lo habían asistido, se retiró en unión de los compañeros a una habitación inmediata. Quien estas líneas escribe, con interés igual al parente más íntimo de Montalvo, siguió a los facultativos.

Como de costumbre, el médico de cabecera hizo la historia de la enfermedad, calificó la fiebre de *neriosa*, y los dolores, de *neurálgias*.

El otro, como resumen de un largo discurso, manifestó hallar en el enfermo antecedentes reumáticos.

—Han concluido Uds.? preguntó el Dr. Labbé.

Como fuera la respuesta afirmativa, sin dar contestación alguna a lo expuesto por los colegas, se limitó a pedirles que pasaran nuevamente donde el enfermo.

Siéntase el Dr. Labbé, toma el pecho del enfermo, aprecia sus extensiones, vuelve la cara a los médicos y dice:

—Tiene el señor un derrame pleural. Vendré mañana a las 9, y órezo extraerle, lo menos, un litro de líquido.

Tomó el sombrero, y, con la amabilidad del verdadero francés, dijo: "Aurovoir".

Bofetón más terrible y merecido no ha sufrido la ignorancia.

Al día siguiente, merced a la punción ejecutada por el Dr. Labbé, fue extraído el líquido de naturaleza cerosa y en la cantidad anunciada. Los otros médicos no volvieron. "Han hecho bien, dijo Montalvo, no les quedaba otro partido que desertar".



EL RIO AMBATO

Después de lo ocurrido, amigos y admiradores del escritor bien pudieron considerarlo salvado. Triste engaño! Era un prolongamiento para la catástrofe que debía sobrevenir.

Pocos días habían transcurrido, cuando aparecen los dolores de antes, pero con mayor agudeza. Advertido, inmediatamente, el Dr. Labbé, acudió cerca del enfermo y después de nuevo exámen, manifiesta que la enfermedad había tomado un aspecto gravísimo: no se trataba ya de la presencia de un líquido como el extraído: lo que existía era un gran foco de supuración.

La operación por ejecutar era riesgosa y cruenta. Debía realizarla un cirujano especialista, necesitaba, además, una asistencia y vigilancia constantes por personas de la ciencia. Aconsejó se lo trasladara a una casa de salud, de las más recomendadas, y que él acompañara al cirujano que se encargaría de operar.

La situación del enfermo, no permitía esperas. Conducido al establecimiento indicado, reunidos los médicos de la casa, acordaron proceder inmediatamente a la operación.

Uno de ellos manifestó cuán indispensable era la inmovilidad del paciente, e indicó, el uso de anestésicos.

Montalvo que alcanzó a oír, exclamó: "En ninguna ocasión de mi vida he perdido la conciencia de mis actos. No tema, Doctor, que me mueva. Operará Ud. como si su cuchilla no produjera dolor".

La Cirujía posee recursos maravillosos, mas también crueles. La operación que sufrió Montalvo, horroriza. Consistió en levantar dos costillas de la región dorsal, después de cortar en una extensión de un decímetro, las partes blandas de esa región; dar la mayor dilatación a la herida, mediante pinzas que recogen carnes sangrientas, y luego colocar algo como una bomba, que tiene el doble objeto de aspirar los productos del foco purulento, o inyectar líquidos anticépticos; es decir: algo como fuego.

Todo esto duró cosa de una hora; mientras tanto, el enfermo no había exhalado una queja, ni contraído un músculo. La actitud serena y hasta majestuosa, interesó a médicos, practicantes y espectadores. Uno de ellos exclamó: "ese hombre es un carácter". No se engañaba.

Los padecimientos de Montalvo y los esfuerzos de la ciencia, debían ser estériles. El germen mortífero, cuya puerta de salida, fue abierta mediante la operación, burlando a la ciencia, buscó paso por otros órganos, desbordó su corriente y envenenó toda la economía. Montalvo comprendió el trance, y pidió a los amigos que lo condujeran a su habitación. Quería morir en ella. En carruaje, especial, y con los mayores cuidados, pudo llevarse. Por la tarde aseguraba estar mejor. "Solo siento, dijo, que toda la vida se concentra en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía, como no la he hecho en mi juventud".

Dos días después, el 17 de Enero de 1889, uno de sus amigos más íntimos llegaba angustiado a la calle Cardinet, número 26, para informarle de la situación del enfermo, en las horas de la noche que no había estado a su lado. No sin gran sorpresa, lo encontró vestido de negro y con frío. "Puede motivar su atención, dijo, *verne de la manera que me encuentra*. El paso a la Eternidad es el acto más serio de un hombre. El vestido tiene que guardar relación".

Hizo al amigo algunas confidencias, y como postrer pedido añadió: "Ud. volverá pronto a la patria. En la última carta, dije a mi hermano, y de no haberla recibido, repítale, que en los días de mi enfermedad, ni Dios, ni los hombres me han faltado". Volviéndose a una doméstica de toda su confianza: "Te pido, le dijo, no olvides mi encargo. Un cadáver sin flores, me ha entristecido siempre". Goethe pedía luz en el supremo instante: Montalvo mendigaba flores para su cadáver.

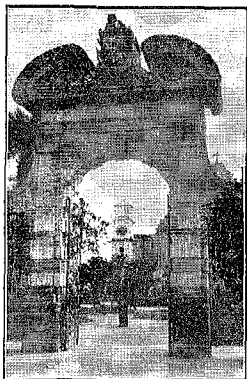
No habló más. Sin alteración en el semblante, sin dejar oír un estertor, agonizó.

Los ceremoniales fúnebres con asistencia de lo más notable de la colonia Sud-americana, fueron celebrados en la Iglesia de San Francisco de Sales. El féretro lucía valiosas coronas y abundantes flores naturales.

De los encargos hechos al amigo; uno no pudo ser cumplido; que el cadáver fuese enterrado en el cementerio de Montmartre. Los restos de los grandes hombres pertenecen a la patria; realizar sus deseos, era tender a una expropiación.

La predilección por el cementerio de Montmartre se adivina: Descan-

san en esa mansión muchos mártires de la libertad. Bajo una cruz yacen todas las víctimas del golpe del 2 de Diciembre de 1852. En la avenida principal se encuentran cuatro tumbas de los polacos deserrados. La primera contiene la inscripción siguiente: *Exortare aliquis nostris exossibus ulior. Paedo en algún día nacer de nuestras cenizas un vengador. ¿Tendrá un vengador Montalvo?*



AMBATO. UNA DE LAS PORTADAS DEL PARQUE MONTALVO

ve castigado en su grandeza por la soledad". Pingüera al cielo, no tuviera otra contemperidad. ¿Y las tempestades? Y los dardos de la envidia? Y la furia de los ciegos que no alcanzan a distinguir el águila? Parece más exacto aquel pensamiento de Heine: "En todas partes, donde una alma grande da vuelo a sus pensamientos, encuentra un Gólgota".

*Un genio es un acusado.* En lo antiguo como en lo presente, la ciega, el calvario, la privación, el cadalso, el destierro, la burla, el ultraje, el odio, parecen satélites del astro genio.

Montalvo en su carrera, giró en una atmósfera, rodeada de todos esos elementos empozoñados; a pocos escritores se les ha calumniado, vituperado, escarnecido, tanto como a él.

Insultar a Montalvo, pasaba como título de recomendación, cerca del partido dominante de cierta época. Manifestarse enemigo, prueba de religiosidad y buen juicio; recomendación segura para obtener puestos en la Academia, en los Ministerios, en las Cofradías.

Su vida retraída y casi austera le evitó, es cierto, calumnias de tal naturaleza como las que han amargado la existencia de otros hombres superiores. Por más que se esforzaron los eternos Zoilos, perseguidores de todo mérito, no podían llamarle asesino como se ha llamado a Byron, sal-

La ciudad de Guayaquil que deploró, cual ninguno, la pérdida del abogado patriota y eminente literato, dispuso la venta inmediata de tan valiosas reliquias. Hoy guárdalas el Comenterio Católico, no obstante la repugnancia de almas poco piadosas.

Los lugares para sus monumentos están designados. Uno a orillas del Ambato y otro en Guayaquil, junto a Olmedo. La estatua del ciudadano inmaculado, don Pedro Carbo, no debe estar lejos. De ese modo, la avenida de Olmedo, se convertirá en *Avenida de los inmortales.*

XII

Stendhal en una de sus obras, hace esta afirmación: "El hombre grande es como el águila; cuanto más se eleva, se hace menos visible, y se



AMBATO. EL PALACIO DE LA GOBERNACION

teador como a Shakespeare, incestuoso como a Molière, rufián como a Fideas, venal como a Ovidio y Milton.

La campaña contra Montalvo tenía que reducirse a desvirtuar sus méritos o interpretar mal sus propósitos y doctrinas.

Montalvo, aún en la actualidad, no está plenamente juzgado. Sin embargo, nadie se atreve, ya, a disputar sus méritos como gran escritor, como unívoco patriota y como hombre de gran carácter. Cuando vivo eran estas las cualidades negadas, o las que servían como blanco de sus difamadores.

La posteridad dudará al saber que las producciones de Montalvo, reproducidas o solicitadas por muchas de las naciones en que se habla el idioma de Cervantes, fueron en su patria postergadas o despreciadas.

El elogio más notable de cierto personaje que, según Jenner, tiene la prerrogativa de conceder *patentes* de ingenio, fue el siguiente: "solo sabe reducir". También a Víctor Hugo, se le prodigó elogio parecido, al cual contestó de esta manera: "La Venus hotentote dice a la Venus de Nilo: no tienes sino la forma".

La "Carta de un padre joven" producción que, por lo apasionada y sentimental, como por el encanto de la forma, puede tan sólo compararse con la Nueva Héloïsa; las cartas de Mademoiselle Lespinace, la Sofía de Mirabeau, o las elegías de Parry, desencadenó una tempestad de insultos y de difamación. La carta aparece escrita por *Tomarook*. Era imposible que no descifraran el pseudónimo los émulos. "Infame!", "inmortal!", gritaron. "¡Has degradado a la mujer que amas!". Mientras tanto bastaría para asegurar fama literaria, ser autor de aquellas páginas inmortalizadas por la pasión.

La Academia ecuatoriana miró con horror a Montalvo. Aún hoy, es seguro, en la Antología que prepara, no consentirá figure su nombre entre los prosadores nacionales.

Escrúpulos de inmortales!

Los dictados de *hereje*, *inmoral*, tenían que causar más efecto que el ser dirigidos contra Littré, Taine, Renán y Dumas, cuando fueron elegidos miembros del Instituto de Francia.

Es de sentir que entre los académicos ecuatorianos, no haya habido un Saey, para que hiciera la defensa de Montalvo, como la hecha en favor de Renán. Entonces se hubiera oído este precioso discurso: "M. Renán (o sea Montalvo) es hereje, sobre ciertos puntos; no lo niego. Pero querría saber quien de nosotros no es algo hereje. Usted, M. de Montalembert (o sea don Juan León Mera) ¿sabe usted que si yo fuera inquisidor encontraría sin busear mucho, algo por qué quemarle? Usted, M. de Broglie (o sea don Pablo Herrera) ¿es de una perfecta ortodoxia su fe en lo sobrenatural? Usted, M. de Falloux (o sea Rvdo. Padre Proaño) ¿es usted en el rebano una oveja muy dócil?—Y acaba con estas palabras: "perdonámonos recíprocamente nuestras herejías". La argumentación es concluyente.

El cargo de inmoral no tiene mayor fundamento. En el "Tratado de la belleza" pintó cuadros que envidiaría Rubens, por su colorido.

En aquel mismo tratado, sentó el principio de que la belleza era desnuda; La gazmoñería gritó indignada; un Académico hizo tema de discurso de incorporación, refutar aquella monstruosidad. Asunto de educación.

En la exposición última de París, un compatriota de Montalvo, visitaba los salones de pintura: dos de ellos, contenían exclusivamente cuadros hermosísimos de mujeres desnudas. El viajero no esquivó su admiración. Después de un momento, recordó las censuras a Montalvo y el escándalo que aquellos cuadros producían en algunas gentes de Sud-américa. Quiso, enseguida darse cuenta del estado de ánimo de los concurrentes. Cosa para! Había entre estos, hasta niños de pocos años y su semblante, no revelaba otra cosa que sentimientos de admiración por lo bello.

Anatole France ha dicho que el más noble de los pudores, es el debido al buen gusto. Acá, en países de los Andes, la hipocresía ha invadido los dominios en la apreciación de lo bello.

Para juzgar la inmoralidad de obras del genio, conviene un tribunal competente, compuesto de miembros avezados en los encantos y misterios de la Estética; a quien se alarme de la belleza desnuda, le basta recordarle que la hoja de viña, surgió después del pecado.

"El Cosmopolita", manifestación colosal del genio o instrucción del autor, fue recibido por sus enemigos entre rechiflas y sarcasmos. Don Ga-

briel García Moreno, se adhirió a los suyos. Descolgó olvidada lira, y encubierto con la máscara del anónimo, publicó varias piezas satíricas, de las cuales bueno es citar el siguiente soneto:

A JUAN

QUE VOLVIO TULLIDO DE SUS VIAJES SENTIMENTALES

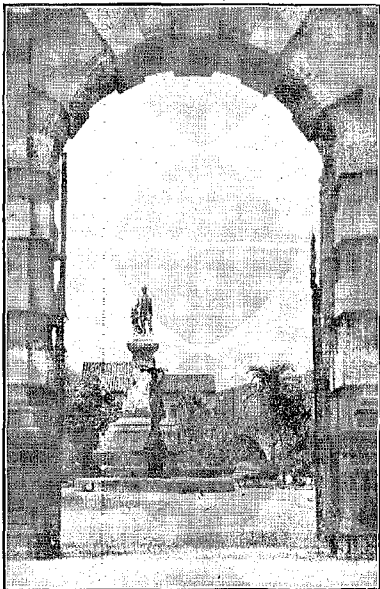
Dejando Juan sus áridas colinas  
Y el polvoroso suelo de su cuna,  
Do en nudoso nopal crece la tuna  
Coronada de inúmeras espinas,  
Recorrió mil regiones peregrinas;  
Y más allá pasara de la luna  
Si tullido en lecho, por fortuna,  
No quedara en las márgenes latinas.

Oh! tiempo mal perdido! oh desengaños!  
Dejar las tunas, el nopal, la sierra  
Por variar de costumbres y de teatro;  
Y tras tanta fatiga y largos años  
Regresa de cuadrúpedo a su tierra  
Quien, yéndose en dos pies, volvióse en cuatro.

XIII

Los menores episodios de su vida, bastan para el conocimiento de los extremos hasta donde llegó su patriotismo.

Montalvo amó a la patria hasta el sacrificio; mas no con ese espíritu de hipócrita santuronería, que se manifiesta por jaclancias vanidosas, actos de venganza, o ambiciones descenfonadas. El patriotismo de Montalvo era aquel que "fortifica y eleva a las naciones, que hace su deber siempre, lleva una vida sobria, honrada y recta, y trata de sacar partido de las ocasiones que se le presentan para llegar al verdadero progreso". Tal proceder irritaba a sus enemigos.



AMBATO. EL MONUMENTO A MONTALVO EN EL PARQUE DE SU NOMBRE

Montalvo, protestaba contra la paz de esclavos, paz de sepulcros, —Demagogo—Como poderoso medio de mejoramiento de las costumbres, invocaba los ejemplos de hombres y mujeres ilustres de la antigüedad. —Pagano—Buscaba con los resortes de su poderosa imaginación, medios ciertos para que, en lo intelectual y moral, el pueblo se levantara hasta donde ha llegado el de otras naciones. —Utopista—Daba a conocer, sin quererlo, el fruto de sus viajes y estudios. —Vano—Si pedía virtud, moderación al clero, impío; si hablaba de honor al ejército, conspirador; si se dirigía a la juventud, inmoral.

Convencido de que la política significa transacción, y que no siempre se sirve a lo que más se quiere, y que en lo general es preferible una evolución a la mejor revolución, procuró más de una vez evitar llegasen los partidarios a los extremos. Montalvo aplaudió a García Moreno cuando vino éste en la elección de Don Javier Espinosa. Montalvo trató de mediar entre Borrero y Veintemilla, para impedir la sangre de Galte. Montalvo, entre las candidaturas de Don Pedro Carbo y Don Francisco J. Aguirre, estuvo por la última, juzgándola más posible, más conveniente para la época de transacción que se buscaba. ¿Merceden estos actos reproches? Indudablemente para los políticos fogosos: ver las cosas con anticipación, tener más juicio que otros, es pecado imperdonable en ocasiones. A Montalvo, el hombre inquebrantable, el hombre sin tacha, se le juzgó intrigante, ambicioso de poder.

Y tales cargos injuriantes, no solo procedían de enemigos; el partido liberal ha sido siempre madrastra para con los suyos. De vivir Montalvo, no sería extraño, estuviera en su quinta de Ficoa, llorando ultrajes y desengaños. Oigásele lo que hubo de proferir, a propósito de cargos injustos que a diario se prodigan los liberales:

“En todo caso, el convencido, el moderado, bien intencionado, sincero, constante, es un pícaro para los liberales de vida airada.

“Al diablo sea ofrecido el fruto de tanto estudiar, tanto escribir, tanto expatriarse, tanto padecer, tanto gemir por las desgracias comunes, por los males de la patria. Rectitud, austeridad, firmeza, son los tres enemigos, no del alma, sino de la suerte del hombre de bien, del patriota desprendido. ¿Cómo hemos de formar buenos ciudadanos, cargándoles la mano por todas partes a los amigos de la cosa pública, lejos de animarlos con algún estímulo?”

#### XIV

El carácter designa al hombre. Es la suprema cualidad; dignifica el ingenio y da realce a las demás virtudes.

Tendencia para el bien, energía moral, elevación de miras, rectitud en el proceder, amor a la verdad, fortaleza, constancia en la lucha, integridad, todo esto constituye el hombre de gran carácter.

Por desgracia, tiene como piedra de toque, los contrastes de la vida. En la actualidad, entran también la influencia del oro y las seducciones del Poder.

Las caídas de la dignidad, tienen hasta su lógica. La vida material aumenta en dificultades: lo superfluo hace un siglo para un monarca, es hoy indispensable al ciudadano más modesto.

En política existen dos bandos: opresores y oprimidos.

¿Cómo renunciar a las comodidades de la vida, cómo resistir al desempeño en la escena política de *hombre martillo*, un vez de *hombre yunque*, si para ello basta la flexibilidad de la columna vertebral?

Las genuflexiones pueden ser consideradas como industria productiva. La misma poesía es objeto de tráfico. La inspiración no se busca ya en el templo de Apolo, sino en Palacios de Gobiernos o de millonarios. Las estrofas, elogios por la prensa, se cotizan por billetes de banco.

Acaba de pasar un hecho curiosísimo.

Inglaterra, como se sabe, tiene un poeta oficial con el título de “poeta laureado”. Muerto no ha mucho Tennyson, verdadero literato, la Reina Victoria, en los primeros días de este año, ha nombrado en su reemplazo a Mr. Agustín Alfred.

Los títulos para esto son los siguientes:

El Duque de Clarence, primogénito del Príncipe de Gales, a la muerte de éste correspondiente la sucesión al trono.

Quando el pueblo inglés se preparaba entusiasta a celebrar las fiestas del próximo enlace de la Princesa María de Teck con el Duque de Clarence, muere el Duque.

Suceso tan trágico, daba motivo para la resonancia del laúd más tierno.

Agustín Alfred, evoca las musas sagradas, y helo ahí con una elegía disforme en la cual pide descanso eterno para el difunto, y condena a viudez perpetua a la infortunada novia.

Las conveniencias de Estado, no son indiferentes al tratarse de himeneos. Nada tan diplomático como consolar el duelo de la Princesa de Teck. Se le busca otro novio. ¿Quién? Es el Duque de York, hijo también del Príncipe de Gales, el cual temeroso le pasara lo que a su hermano, cábase inmediatamente.

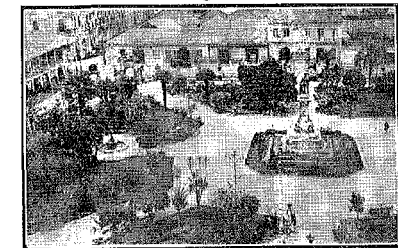
¿No es cierto, que tal suceso debía desconcertar a M. Agustín Alfred? De ningún modo: la impavidez inglesa trasciende a filosofía. Templó nuevamente la lira y en numerosos ditirambos cantó el amor a la pareja.

Esto es nada. El poeta laureado tiene la inspiración de las malas causas. Acaba de escandalizar a toda la Europa. Se conocen los sucesos del Transvaal. Fuerzas inglesas inspiradas por Caelio Rodas, con la intención de apoderarse de vilesimas minas de este territorio, preparan un golpe de sorpresa, a mano armada. La guardia del Transvaal no solo resiste sino que vence y aprisiona a los invasores. Alemania, Francia, Portugal, interesadas en esas posesiones, toman actitud enérgica. El Emperador Guillermo, felicita al Presidente Kruger por cable, por el triunfo obtenido sobre los ingleses.

La opinión universal califica el hecho como acto de vandalaje. El Ministro de las Colonias,

Mr. Chamberlain, alarmado de la actitud europea, ordena la prisión y juzgamiento de sus compatriotas filibusteros.

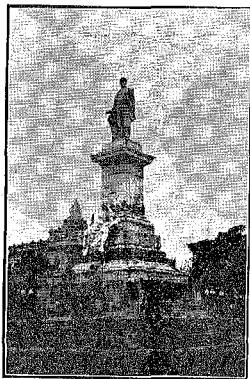
Si en todo esto hay poesía, debería ser para exacerarlo. Pues bien, Mr. Jameson, el jefe de los bandoleros, tiene las proporciones de un héroe para el poeta laureado. El "Daily News" ha llenado las columnas de uno de sus números con un poema de M. Agustín Alfred al caudillo inglés del Transvaal.



AMBITO. EL PARQUE MONTALVO

¿Será en lo porvenir, destino de los poetas desamparar el papel de pulcheros y bufones de las Cortes?

El carácter de Montalvo estaba modelado según el temple de antiguos griegos y romanos ilustres. Era hasta soberbio con los poderosos explota-



OTRA VISTA DEL MONUMENTO



dores de virtudes; refractario a toda empresa de lucro, enemigo irreconciliable de la ciega y venal fortuna. Montalvo, no es hipóbole, en caso semejante a Mucio Scévola, habría puesto los brazos al fuego, antes que cometer una debilidad. Tan lejos llevaba su altivez en aquello de no comprometer su dignidad, que, en más de una ocasión, tomó como ofensa acciones de amigos, motivadas por el deseo de servirlo o favorecerle.

Durante una de sus residencias en Europa, varios sud-americanos proyectaron la fundación de un periódico español. Por unanimidad acordaron hablar a Montalvo para que como Director se ocupase de la Redacción. El comisionado dejó escapar, como argumento para decidirle, que se trataba de un *buen negocio*. Fue bastante para el rechazo: "Mi pluma, dijo colérico, no se presta para asuntos de lucro".

Un amigo íntimo, conocedor de la desfavorable situación económica de Montalvo, le insinúa, por una carta, resolverse a escribir pequeñas obras mensuales, que serían bien pagadas y aceptadas por el público.

"Si la Providencia, me hubiera favorecido con la pluma que manjeara usted, agregó dicho amigo, no sólo tendría dinero para mí, sino para todos los compatriotas expatriados".

La referida carta produjo en el autor de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", los efectos de un venabio; aún pasado mucho tiempo, su recuerdo lo exasperaba. "Este buen sujeto, repetía, ha creído que a mi pluma podía dar el uso de una cuchara".

Tal elevación de carácter y refinamiento de dignidad, motivábale contrariedades sin cuento, ya que eran explotadas por sus enemigos, en el peor sentido. Crofante, torco, huraño, intratable. De cuánto no se le acusó! El clero lo designaba en contosonarios y pulpitos, como la personificación del diablo. Aún muchos de sus amigos, no excusaban recriminaciones: era ingrato y orgulloso.

En vísperas de una revolución liberal, cuando se repartían ya los cargos públicos, alguien recordó a Montalvo. "Ese hombre traería dificultades", dijeron los más. "A mucho hacer, se le colocará de bibliotecario", dijo el caudillo del movimiento. Desde ese momento, pudo juzgarse lo que el país podía esperar de aquella revolución.

Montalvo cultivó las musas; compuso versos, escribió dramas. En los primeros números de "El Cosmópolis" publicó composiciones poéticas; mas, a decir verdad, junto a la dialéctica y brillo inimitable de sus artículos en prosa, quedaron aquellas como oscuras. Sus enemigos, impacientes contra el polemista, atacaron al poeta. Montalvo no puso mucho empeño en la defensa.

En cuanto a sus dramas, que son "Granja", "El Descamulgado", "La Leprosa", "El Dictador", hay algo que ha influido en las apreciaciones críticas publicadas hasta la fecha.

Cuando se procedió, después de la muerte de Montalvo, al inventario de los papeles de su escritorio; alguno descubrió en la canasta de coleccionar desperdicios de papel, los dramas inéditos señalados. Encuentro tan casual, en tal lugar, indujo a los presentes, a la creencia de que Montalvo, había mirado en menos esos trabajos. El hecho ha alcanzado publicidad, dando origen a que varios, sin haber leído, ni menos asistido a la representación escénica, alzan los hombros con desdén, cuando se habla de los dramas de Montalvo.

El gran polemista cuatoriano, ¿fue poeta, fue dramaturgo? He ahí el punto por resolver.

Poesía no es sólo la expresión de sentimientos en palabras sujetas a medida y cadencia. La poesía consiste, en acepción aún limitada, en cierto indefinible encanto que, en personas, en obras de arte, y aún en cosas de la naturaleza física, halaga y suspende al alma, infundiéndole suave y puro deleite.

El poeta, según unos, es el guía en el camino de las conquistas intelectuales y morales; va a la vanguardia del pensamiento filosófico.

Según otros, es un ser que piensa con el alma, siente con el corazón, juzga con el espíritu.

Al decir de otros, el poeta inunda de luz la civilización.

Según Víctor Hugo, es un genio destinado a dar alimento a las masas.

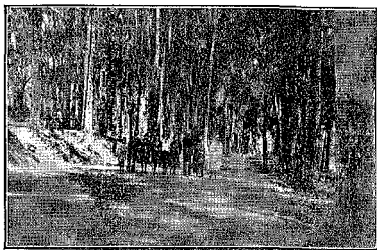
Se pregunta—¿Montalvo, no reúne estas condiciones?

Montalvo es poeta, hasta en sus costumbres. Sorprendámonlo.

"Las noches de luna, habla él, salgo a pasear, me voy lejos; el río murmulla adentro en su playa; argentino y espumoso, va pasando bajo las sombras de los árboles, como una serpiente gigantesca; los bosques de sus orillas están negros, la noche le profundiza y les comunica cierto horror, ese horror de la virgen y deshabitada Naturaleza; la luna, a medio crecer, pasa de nube en nube; el espacio vasto y sublime, se extiende infinitamente; la gente duerme; algunos animales dan sus voces, allí, perdidos en la distancia, y un hombre, un solo hombre, vela y contempla, y forma parte en esa grandiosa escena, solitario y pensativo, sentado en una piedra, o arriado al tronco de un árbol que le oculta en su sombra nocturna".

El poeta, ante todo debe amar la moral, inspirar nobles acciones, instruir con agrado. Montalvo, en sus producciones poéticas, descuellan tales cualidades.

La oda "Consejos a un niño", recuerda a Herrera. Cuenta austeridad de precepto, nobleza de sentimiento, sublimidad de imágenes, pompa en el lenguaje. Aquella oda pudo ser calificada como catecismo de moral poética. Véase una muestra:



AVENIDA BELLAVISTA. AMBATO

"Virtudes no se llaman  
 "Las prácticas serviles  
 "Del bajo devotismo que el insulso  
 "El ignorante vulgo toma a pechos.  
 "Virtudes son los hechos  
 "Que comunican honra al extendido  
 "Género humano, y que respeto infunde  
 "En los hombres de bien, y a los malvados  
 "Sin luz ni amor de cólera confunde.

La poesía habla a la imaginación, anima la naturaleza, pone en acción a seres invisibles. En la composición. "Al pie del Monte Blanco", se leen estrofas atrevidísimas:

"Levante, montaña, rompe nubes;  
 "Vé a llamar a las puertas del Empíreo:  
 "Respondieron? Qué dicen? En su trono  
 "Viste a Dios, al Dios inmenso has visto?"

El poeta es sensibilidad. La despedida a todo lo que es digno de amar, ha producido y produce raudales de inspiración. Montalvo en "La juventud se vá" llora la rapidez de esa época en los versos más sentidos:

"Flor de la edad, detente! que a lo menos  
 Vea tu aspecto a mi sabor: te esquivas,  
 Aún no bien te miramos, ya nos dejas.  
 Quien te detenga ya no hay, no hay quien te siga.  
 A no volver, y apenas que llegas  
 Huyen los años de la edad florida:  
 Como el agua del río, la que corre  
 No vuelve más por la ribera misma".

Poesía es pasión fuego.—Montalvo, a quien ama dico esto:

"Huye los labios, que si el fuego salta  
De los míos allá, los prondorfa,  
En devorantes llamas que no aflojan  
Hasta que forman un montón de ruinas....

"Tal es la helada, paru el trigo en cierce  
Tal para tí mi amor, Adclaida;  
Siempre, siempre fue así—pecho tan hondo  
Ya encendido volcán, ya tumba fría.

La poesía no es ajena a la prosa.

Hay verdaderos poemas ajenos a la rima y al verso. Montalvo era incomparable para esto: las impresiones más hondas de su alma, las creaciones más asombrosas de su ingenio, las reveló en prosa. Montalvo cantaba sin apelar a las reglas de la Métrica. Reproducir trozos en los cuales el lector se siente arrebatado por los encantos de lo ideal y de lo bello, sería dar a este trabajo proporciones desconocidas.

Además merece no ser olvidada la opinión de Emilio Fouguet, a propósito de la monomanía de extraer páginas escogidas de autores que se quieren sean conocidos. Recuerda, con esta oportunidad, la mariposa de Taine. La historia es conocida.

Un naturalista amigo del gran filósofo francés, le dice un día: "Peseo una mariposa, quiero venga a conocerla". Taine vá: adherido a un cartón, distingue varios fragmentos: alas, cabeza, miembros, colocados en orden, según sabía y rigurosa clasificación.

Los pocos fragmentos vistos, eran lo mejor de la mariposa. Los trozos selectos de obras de grandes autores, producen igual efecto.

#### XVI

Como crítico de trabajos dedicados al teatro Francisco Sarcay está considerado como verdadero maestro.

Por regla de apreciación, tiene una invariable: atenderse, en lo absoluto, a las impresiones que manifiesta el público durante la representación de la obra que trata de juzgar.

Vá más lejos. Es costumbre en Francia, cuando el estreno de una pieza dramática, invita, para esa noche, a lo que puede llamarse la aristocracia del talento: concurren sólo autores notables, compositores distinguidos, redactores de diarios, &c.

Pues bien, Sarcay presta poca atención al juicio expresado por esta clase social, y da entera importancia al del público *que paga* por cercero más ingenuo.

Como antecedente crítico, conviene aplicar dicha regla a las obras de Montalvo.

Desde que Guayaquil tiene teatro, no hay error en afirmar que nunca se ha visto público más entusiasta ni más impresionado que en las noches de las representaciones de "Granja" y el "Descomulgado". Los actores fueron llamados al proscenio multitud de veces; y cuando éstos presentaron al público el retrato del autor, hombres y mujeres se pusieron de pie, prorumpiendo en gritos atronadores.

Fácil es prever las objeciones que se hagan.

El entusiasmo habido, dirán, más que una ovación a Montalvo, era una demostración política.

Por más ilustrado que se suponga al público de Guayaquil, no es posible concederle las dotes críticas que tiene el de París.

La réplica es sencilla. En época de mayor tirantéz política, aun al ser oídas alusiones del caso, jamás se vió cosa semejante. "El Descomulgado" y "Granja" eran, además, obras ajenas a la política.

El público de Guayaquil, como otros muchos de Sud-América, con motivo de que en sus teatros se presentan piezas escogidas, de mérito indudable, ha educado el gusto de la manera más delicada. Infinidad de dramas que alcanzan *casa llena* y que delician a espectadores de Europa, aquí causaban indignación, y gente de *cazuela* se desahogaría con silbatos.

Y no se arguya con la aceptación que siempre alcanza "Don Juan Tenorio". Cosa idéntica pasa en España. Al decir de Emilio Castelar, el tal drama "es una muaceta que florece todos los años".

Al día siguiente de las representaciones de "Granja" y el "Descomulgado", los diarios de la ciudad, como era natural, manifestaron su opinión. Algunos, entre ellos los mejor escritos, mostraron estar pocos satisfechos del mérito de las obras. Algún mormuró muy bajo, que por honra del autor, habría convenido más que se hubieran perdido los dramas.

Los motivos para conclusiones tan duras como inesperadas, consistían en que Montalvo había pecado contra los preceptos del arte.

Dijose que en vez de dramas, se tenían largos diálogos, escritos en correctísimo lenguaje, más faltos de acción.

Dijose que no tenían intriga, ni escenas culminantes, ni objeto social. En resumen: había completa pobreza de medios y recursos teatrales.

Tienen importancia, justicia esos cargos?

Conocidas las tendencias del teatro moderno, tendencias que como nadie las conoce Montalvo, la crítica es infundada.

El dogmatismo para sujetar a reglas invariables las obras del genio, sino está abolido por completo, no tardará mucho. La manumisión del talento, no puede tardar más que la manumisión del esclavo.

La crítica moderna debe tener presente este hecho: "Que el arte es flotante e incierto, sujeto a la moda y capricho. No tiene leyes ni reglas; vive de instintos y sentimientos. El placer que una obra motiva, es sola medida de su mérito. Esta es la causa de la eterna diversidad en las opiniones".

En obras para el teatro, los autores más distinguidos no buscan sino sencillez de medios, estudio de los caracteres, desarrollo de las verdades humanas. Se ha declarado guerra a muerte a los artificios, ficciones, recursos inesperados, intrigas, en fin, a todo aquello que en lenguaje teatral se llama *fofle*.

El gran iniciador de esta campaña es Julio Lemaitre, y debido en parte a ella, acaba de ser nombrado miembro de la Academia Francesa.

Montalvo, en sus dramas, manifiesta iguales tendencias: siguiendo a los clásicos antiguos, más en el espíritu, que en la escuela, intenta un verdadero renacimiento dramático. El argumento lo subordina al interés de los caracteres; en vez de aparatos de trama, prefiere el análisis de pasiones y sentimientos.

¿Quién ha olvidado a ese personaje, "El Descomulgado"? ¿Quién a Cornelia? ¿Quién a Granja? ¿Quién al fraile franciscano? Se dan la mano con caracteres creados por Molière, Corneille, Manzoni.

Los dramas de Montalvo, presentan otra singularidad. En "El Descomulgado" por ejemplo, el protagonista es el autor, Montalvo; el asunto del drama, episodios de su vida. ¿Cuánto tino, cuánta maestría eran necesarios para no traer a menos o no dar proporciones exageradas a su propia individualidad.

Para ello se sirve de un medio, acaso único en las obras de ese género. Después de haber despertado en la exposición gran interés, respecto del primer personaje, tarda en presentarlo, hasta que llega lo culminante de la escena: el público ansía y se deleita al verlo. El Descomulgado aparece como una divinidad, y como ésta, solo se deja ver por cortos momentos.

Todos los dramas de Montalvo tienen argumentos, sucesos reales de crónicas recientes. El *Descomulgado*, es él como se ha dicho, con episodios conocidos de su vida. *Granja*, la historia del asesinato perpetrado por Remigio Astudillo en su esposa, Señora Chica Cortázar. *Jara*, el asesinato



AMBATO. EL COLEGIO NACIONAL BOLIVAR  
Y LA PLAZA DEL MERCADO

de Ruales por Antonio Jaramillo. *El Dictador*, los sucesos trágicos cuando la muerte de doña Rosa Ascásubi. *La Leprosa*, las tribulaciones de una infeliz atacada de esa terrible enfermedad, la elefancia.

Los mejores autores, dan por invencible las dificultades que se presentan en composiciones cuyo argumento y personajes son conocidos por el público; y que en las facultades creadoras del autor desaparecen para dar campo exclusivo a la verdad, en los detalles como en el conjunto. Montalvo superó tales dificultades.

Avanzar algo más en opiniones propias, equivaldría a una contradicción. Se ha dicho, y bueno es repetirlo, no entra en el presente trabajo biográfico el estudio crítico de las obras de Montalvo. Respecto de los dramas, se ha querido precisar las disidencias. De un lado niegan su mérito, de otro se sostiene lo contrario. Del primer lado están jóvenes de talento, escritores de nota; del otro un admirador de Montalvo, y el público que enseña e inspira a Sarcey. ¿De cuál lado estará la justicia? Conviene apelar al tiempo; es imparcial y coloca las cosas en su puesto.

## XVII

Al terminar, no está demás la apreciación de ciertos hechos. Existen aún muchos émulos de Montalvo. El odio alimentado contra él, de seguro se hará extensivo a las presentes páginas.

Propalar que se ha menospreciado la verdad, acaso sea el arma con que pretendan herir.

Talvez digan: han forjado un cuadro sin sombras, han divinizado un demonio, han pretendido la apoteosis de un monstruo. Sea!

El autor de estas líneas, no lo oculta: pertenece a la escuela de aquellos que aman al genio incondicionalmente.

Sin embargo, no ignora que las sombras sirven como medio para resaltar la belleza, así como las nubes son necesarias para atenuar los resplandores del sol.

Sabe bien que en lo humano no existe la perfección. Que considerar a Montalvo sin defectos, sería hasta risible.

Bien. El asunto es de equidad.

Montalvo tuvo sombras, defectos; cometió errores, faltas.

¿Qué exige ahora la crítica severa?

Estudiar las causas, las *situaciones del alma, el médium*, o sea la atmósfera moral que produjo todo cuanto se juzga a primera vista indebido.

El cargo constante contra Montalvo se reduce a ciertas asperezas de carácter; lo creen maldiciente, insociable o irascible.

La clave para descubrirlo lo que muy bien podrá llamarse dolencias del ánimo, se tiene en sus libros; léedlos: "La misantropía, dice, casi siempre es la virtud desengañada, y herida en sus más nobles misterios".

En otra ocasión: "Considerar la verdad por su aspecto filosófico, no es ofender a nadie: hay plumas que son como el áspid sagrado: no pican sino a los malos".

Oigámosle todavía: "Aislamiento, terquedad, esto, en fin, que llaman en mi orgullo y hurañería, no es sino desgracia: iba a decir amor, pero está bien decir desgracia".

Su exaltación es mayor y la hace conocer en estos términos:

"Que no siempre soy bueno, es indudable: ocasiones hay en que de buena gana le clavaría un puñal en el pecho al género humano si fuese una sola persona; mas no porque le tenga por bueno, sino al contrario por parecer tan inicuo, que merece la muerte. La virtud también tiene sus peligros: desearla pura y cabal es aborrecer a los hombres".

Las siguientes líneas inspiran lástima:

"Días hay en que quisiera no ser yo: un mal desconocido me infecta el alma; la vida es una enfermedad para mí; deseo la muerte, y la llamo con cólera; no viene, y rompo a quejarme de ella. El aire contiene para mí solamente un principio venenoso; bebo en el agua este espíritu destructor que se infiltra en mi corazón, y lo hinchaba hasta llenarme el pecho, y me ahoga sin dejarme la facultad de pedir socorro? ¿Quién es? Por qué me persigue? Las ruedas de mi vida se han desmontado; camino a paso desigual y una niebla espesa me circunye. Si no pensara con tanto juicio me tuviera por loco".

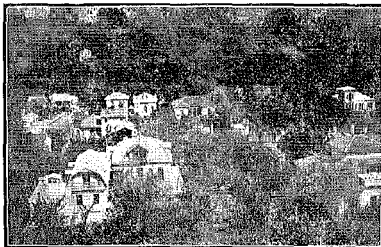
Es indudable: el hombre superior lleva en su ser la nostalgia del ideal. Nada más sombrío que la desproporción de una alma noble con la sociedad mezquina que la rodea.

El estudio de las causas que influyeron en los defectos de Montalvo, conduce a indagar el origen de ese odio y horror que le profesaron muchos de sus contemporáneos. El secreto no es desconocido. Un genio tiene muchos puntos de semejanza con otro. Montalvo es la continuación de Ezequiel. Los defectos del uno son idénticos a los del otro. A Montalvo y Ezequiel odiaron sus contemporáneos.

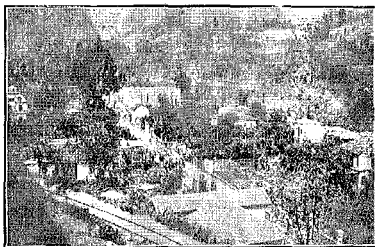
¿Por qué? "Ambos llenaron la palma de la mano con ascuas encendidas para sembrar en la ciudad; ambos enseñaron que aceptar la servidumbre están repugnante como comer estiercol".

Quien realizó tales hechos, debía ser odiado.

No importa! La humanidad progresa. El mérito de Montalvo será conocido en todas sus gigantescas proporciones y es muy posible que la presente biografía, censurable en la actualidad, sea tolerada después de un siglo.



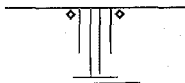
CONSTRUCCIONES MODERNAS EN MIRAFLORES  
AMBATO



AMBATO. AVENIDA DE MIRAFLORES

biografía, censurable en la actualidad, sea tolerada después de un siglo.

(De la Revista "Album Ecuatoriano".—Quito.—1898.)





SR. DR. DN. AGUSTIN L. YEROVI







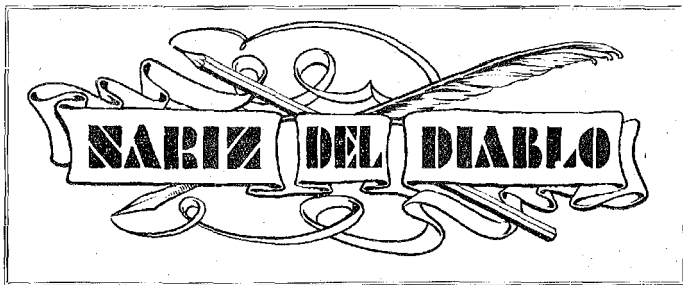
JUAN MONTALVO



*(Impreso por Alberto León M.—Fotografiado Guerrero Hnos.—Otro César A. Villacés)*

"Su espíritu aletea en sus obras, fresco, chispeante, gozando de la juventud eterna de la inmortalidad"....





AÑO X

13 DE ABRIL DE 1932

Nº 75

## NUESTRO HOMENAJE

**NARIZ DEL DIABLO** rinde su homenaje de fervorosa admiración al escritor insigne, gloria del Ecuador y de América española, don Juan Montalvo.

AL conmemorar el Centenario de su nacimiento, hemos querido recordar lo que con mayor prestigio se escribió casi contemporáneamente sobre su vida, su obra y sus infortunios. De ahí que reproduzcamos, fiel, exacta e íntegramente, el ensayo biográfico por Agustín L. Yerovi, amigo que fué de Montalvo desde las aulas universitarias y compañero de destierro algunas veces y su íntimo y fraternal confidente en los momentos mismos en que, en la soledad de su cuartito de la Rue Gardinet, en París, se despedía para la eternidad.

HEMOS procurado que este ensayo tenga, a la vez, la suficiente documentación gráfica, de modo que la personalidad y el medio de Montalvo surjan con la mayor claridad posible en la mente de las generaciones de nuestro tiempo, empeñadas

en completar más vivamente, los recuerdos del ecuatoriano egregio.

A ESTE fin, hemos procurado allegar también documentaciones hasta hoy inéditas. Cartas en que se condensan, como en esencia, las impresiones del minuto político. Frases que subrayan un momento de la historia nacional o de la historia de esa vida, ya en el camino de los desencantos profundos.

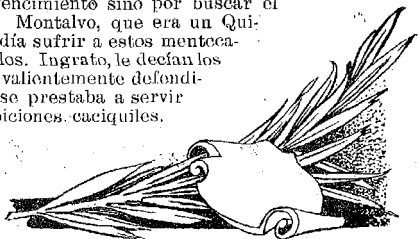
CON esto pensamos dar algo del aporte decisivo que necesita nuestro tiempo para la reconstrucción. La figura de Montalvo va tomando, día a día, en la conciencia de América, relieves particulares e inconfundibles, y, en la historia nacional del Ecuador, es, más singularmente, de un interés capital para la revisión y aprecio de toda una época. Urgen, por tanto, las evocaciones fidedignas, amplias y sin la limitación que pueden imponer las supersticiones políticas o las adhesiones sin examen. Si del epistolario de Montalvo resultan, por ejemplo, algunas de nuestras respetables leyendas destruidas, no debemos dudar que la sinceridad epistolar es, en casos como el de Juan Montalvo, más valiosa para fijar la verdad que muchísimas de las retóricas apasionadas destinadas al público....

CUMPLIMOS con nuestro deber. Y que la noble y austera figura de Montalvo, el maestro de vida rectilínea y de pensamiento sin enrucijadas, siga cumpliendo con el suyo en la historia: guiando-fanal eterno—los hombres nuevos, para que la Patria cumpla con el ideal de mejores destinos, que fué siempre la aspiración de los espíritus más selectos de todos los tiempos.

CARTAS DE MONTALVO

CON MUCHA justicia un país pobre de escritores como el nuestro guarda una admiración sin límites para los hombres que pudieron sobresalir y distinguirse de entre los demás; y con más razón todavía si este nombre, como el de Montalvo, ha servido para disimular nuestra pequeñez, publicando su renombre fuera de la patria. En efecto, el Ecuador pasaría inadvertido entre las repúblicas de América si no fuera por tres o cuatro nombres que se han impuesto al conocimiento general. Entre esos pocos nombres está el de Montalvo, y el Ecuador lo sabe y por eso se prepara con entusiasmo a celebrar la memoria del gran escritor, con motivo del primer centenario de su nacimiento.

La admiración por el escritor es general y hay *montalvistas* apasionados que quisieran para el escritor todo el cúmulo de perfecciones: Montalvo no debía jamás tener un desgarrón en su vestido, porque anó la pulcritud y la elegancia; Montalvo no fué egoísta, porque tuvo el amor a la humanidad; Montalvo no fué soberbio al despreciar los dones pequeños; Montalvo no fué ingrato al atacar a los mismos que le protegieron. Por este prurito de perfeccionamiento admirativo, poco conocemos de la vida íntima del escritor, para que se le pueda juzgar con la amplitud debida. Que fué ingrato! ¿Por qué? El era el verbo del liberalismo tímido de ese tiempo; quienes se amparaban bajo esa idea, procuraban que el liberalismo se difundiera por medio de los escritos de Montalvo y daban su contribución para que el escritor publicara sus obras en el país o fuera de él. Y sucedía, por desgracia, que esos mismos hombres, cuando la ocasión se ofrecía, se aprestaban a servir a los enemigos políticos. La actitud anterior no había sido a causa de un convencimiento sino por buscar el camino de la figuración. Montalvo, que era un Quijote noble y airado no podía sufrir a estos mentecatos y se lanzaba contra ellos. Ingrato, le decían los traidores a las ideas tan valientemente defendidas; ingrato porque no se prestaba a servir de instrumento de ambiciones caciquiles.



## NARIZ DEL DIABLO

No creo que tengan razón los *montalvistas* empeñados para querer que permanezcan ocultos esos datos que servirán para establecer la verdadera personalidad del escritor. Montalvo fué un hombre y como tal podía tener defectos, y los tuvo seguramente; pero eso no quitará que sea uno de los escritores más grandes de América, el representante más notable que el Ecuador muestre de su cultura y el propagandista más encendido de las ideas de civilización y de progreso.

Mientras tanto, por lo mismo que Montalvo pertenece ya a la inmortalidad, es preciso que se le conozca lo que fué y valió, no solamente como escritor sino como hombre; y por esta misma razón, es conveniente y necesario que se publiquen las cartas que se puedan encontrar. Montalvo fué sobre todo para los ecuatorianos de ese tiempo un luchador infatigable y un eterno perseguido de los ultramontanos; cuando Montalvo se comunicaba con sus copartidarios lo hacía con la sinceridad vehemente que ponía en sus actos, y los hombres, liberales o conservadores, eran juzgados con severidad. ¿Qué valió en la política Montalvo? El partido liberal de entonces no tenía sino dos o tres nombres con los cuales aspirar a la administración de la República: Pedro Carbo, varón de proclamas virtudes, pero poco apto para las luchas jurídicas; Alvaro, el joven luchador no madurado todavía para el mando, y Montalvo el hombre excelso que estudiaba las organizaciones extranjeras y que con brazo castigador iba señalando los desmanes que los políticos cometían en su Patria. Montalvo era la suprema esperanza liberal. ¿Qué hubiera sido Montalvo de Presidente de la República? En sus cartas se encuentran muchas observaciones sobre la política ecuatoriana y datos interesantes para estudiar este y otros aspectos del hombre y del escritor.

¿Y sus cartas con los literatos con quienes conservó correspondencia? No se podrían descubrir en ellas muchos secretos de su maravilloso estilo? Y ¿cuál era la actitud de Montalvo ante la literatura española? Montalvo cita a Castelar; pero su Castelar es el político. Y ni siquiera la política española encuentra un eco señalado en su pluma, sin embargo de que la Madre España atravesaba por aquellos días angustiosos de la primera República. Cita a Menéndez y Pelayo, con un gran respeto, pero poco nos dice de la literatura de ese tiempo, sin embargo de que era la época del verdadero renacimiento español y en la que una pléyade de hombres ilustres sobresalía sobre las diferentes disciplinas del espíritu.

¿Y las letras francesas? Sabemos que Montalvo tuvo un tiempo el proyecto de escribir en francés, prueba de que conoció prolijamente su literatura. En sus escritos se encuentran con frecuencia los nombres de Lamartine, Chateaubriand, Víctor Hugo y tal vez de Gautier. ¿No había más en la literatura francesa de ese tiempo? Acordémonos que era la época en que apagado el romanticismo, Baudelaire daba a la poesía un temblor nuevo con sus *Flores del Mal*, que Leconte de Lisle escribía sus poemas cósmicos, que Horedia cincelaba los Trofeos y que el simbolismo nacía lleno de vaguedad y de misterio. Dentro de los mismos gustos de Montalvo, no estaba Musset que se disputaba el principado de la poesía con Víctor Hugo y Lamartine? Si en sus escritos quedan pocas huellas de sus opiniones literarias respecto a los escritores franceses, es posible que en su correspondencia se encontraran muchos datos de esta clase.

Y el Montalvo íntimo, el del hogar, el esposo, el padre de familia? No es suficiente la carta de un padre joven para juzgar este aspecto, hay necesidad de otros documentos más. Sospecho que como todo hombre de vibrante vida exterior debió ser muy suave en el hogar.

Se ha estudiado la obra de Montalvo; pero de la vida se conoce poco; lo que el mismo dejó escrito o lo que nos cuenta el Dr. Yerovi. Algunos majaderos, creyendo que pudieran deslustrar la brillantez de esta gloria, nos hablan de la poca pureza de la sangre de Montalvo. ¿Cuál es la verdadera ascendencia del escritor? Consta que admirando como admiraba a Estados Unidos, tenía horror a entrar en ese país por aquello que le había acontecido a un Ministro del Brasil. Montalvo dice que la obscuridad de la tez la debía a las viruelas e insinúa hallarse su ascendencia en los Montalvos, en los millonarios Montalvos de Cuba; pero en realidad nada sabemos de la exacta genealogía del escritor. Y habría que saberla. Al fin no será la América del Sur el territorio de la raza cósmica que asuma la civilización del mundo? Espejo perderá algo de su mérito por no ser descendiente directo de los nobles venidos de las playas de Sanúcar de Barrameda? ¿Dejará de ser un ingenio notable dentro de la novela el viejo Dumas porque no fué de pura sangre gala? ¿Quién, en el Ecuador, no tiene infiltraciones de sangre indígena? Y en resumidas cuentas, ¿qué han hecho nuestros nobles?

Todo cuanto contribuya a poner en claro la vida del escritor y a explicar su obra y su pensamiento, será contribución admirativa, aporte para conocer la psicología



## INARIZ DEL DIABLO

del hombre, del escritor, del político. Las cartas que hoy se publican nos hacen conocer muchos detalles históricos que serán justamente apreciados en su oportunidad. En esas cartas se le ve en el destierro de Ipiiales; planeando las *Catilinarias*; siguiendo ávidamente la política ecuatoriana y las guerras de la *Restauración*. Se conoce a los amigos de Montalvo y se puede reconstruir el medio de trasnochada ideología de los liberales de aquel tiempo.

Cuando se publique el epistolario completo de Montalvo se podrá hacer un estudio de las cartas con la amplitud correspondiente. Mientras tanto, creo inútil añadir otras observaciones a las que ya hice en el opúsculo que sobre este mismo asunto escribí en 1927, a raíz de la publicación que hizo el Municipio del Cantón Cuenca de las cartas que Montalvo había dirigido en diferentes épocas a su amigo y admirador, Sr. Federico Malo.

ISAAC J. BARRERA.

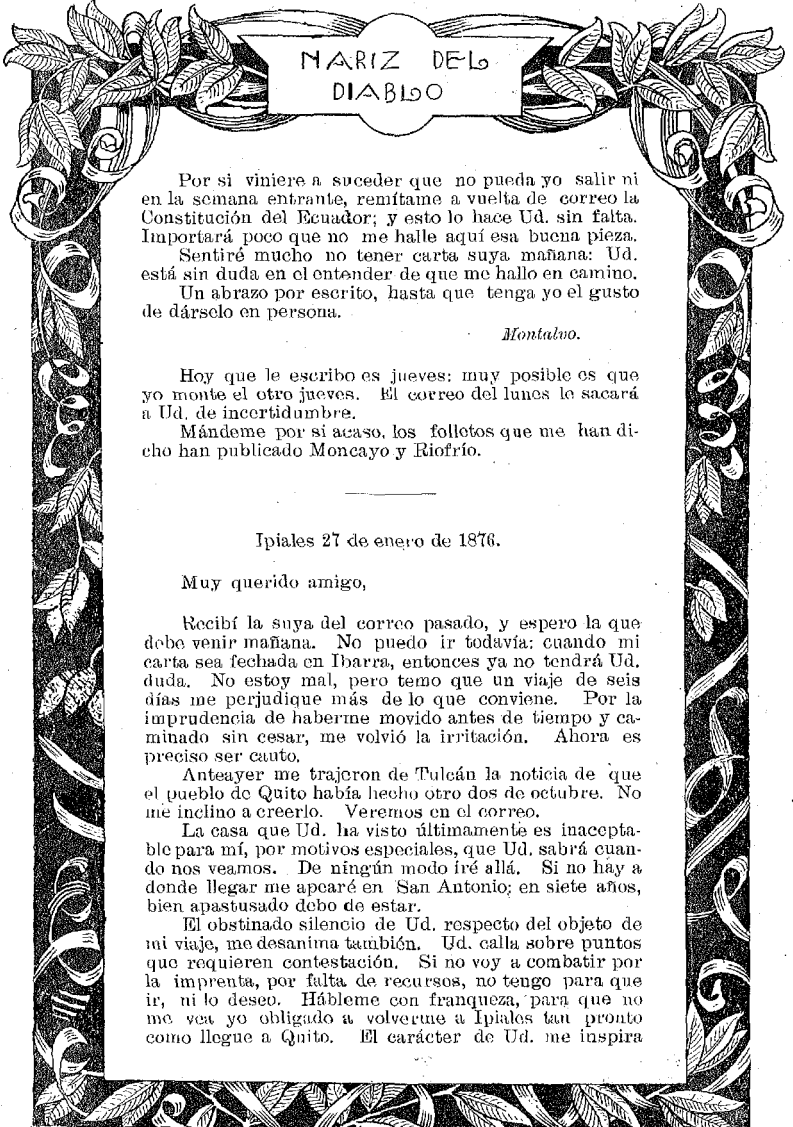
SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiiales 19 de enero de 1876.

Muy querido amigo,

Un contratiempo ocurrido la víspera de mi salida, me ha obligado a diferir el viaje por algunos días; y lo peor es que ni sé siquiera en qué fecha me sea posible ponerme en camino. Ud. no salga sino esperando el correo el lunes; pues de aquí o de Ibarra, no dejaré de escribirle. Aunque no es segura mi permanencia aquí hasta el otro viernes, día de correo en Tulcán, escríbame sin embargo; que nada se habrá perdido con que me devuelvan hacia allá su carta, si fuere que yo me hubiere marchado. Dígame qué hay de la casa de Mercedes Garzón.

Hasta ahora no me entregan las cosas remitidas por Ud. a Tulcán; de suerte que si, como estaba resuelto, hubiera salido el 10, hubiera yo carecido de esos trastos. Pantalones de montar tengo dos; en vano se ha privado Ud. de los suyos; no era eso lo que yo necesitaba.



## MARIZ DEL DIABLO

Por si viniere a suceder que no pueda yo salir ni en la semana entrante, remítame a vuelta de correo la Constitución del Ecuador; y esto lo hace Ud. sin falta. Importará poco que no me halle aquí esa buena pieza.

Sentiré mucho no tener carta suya mañana: Ud. está sin duda en el entender de que me hallo en camino.

Un abrazo por escrito, hasta que tenga yo el gusto de dárselo en persona.

*Montalvo.*

Hoy que le escribo es jueves; muy posible es que yo monte el otro jueves. El correo del lunes le sacará a Ud. de incertidumbre.

Mándeme por si acaso, los folletos que me han dicho han publicado Moncayo y Riofrío.

Ipiales 27 de enero de 1876.

Muy querido amigo,

Recibí la suya del correo pasado, y espero la que debe venir mañana. No puedo ir todavía: cuando mi carta sea fechada en Ibarra, entonces ya no tendrá Ud. duda. No estoy mal, pero temo que un viaje de seis días me perjudique más de lo que conviene. Por la imprudencia de haberme movido antes de tiempo y caminado sin cesar, me volvió la irritación. Ahora es preciso ser cauto.

Anteayer me trajeron de Tulcán la noticia de que el pueblo de Quito había hecho otro dos de octubre. No me inclino a creerlo. Veremos en el correo.

La casa que Ud. ha visto últimamente es inaceptable para mí, por motivos especiales, que Ud. sabrá cuando nos veamos. De ningún modo iré allá. Si no hay a donde llegar me apararé en San Antonio; en siete años, bien apastusado debo de estar.

El obstinado silencio de Ud. respecto del objeto de mi viaje, me desanima también. Ud. calla sobre puntos que requieren contestación. Si no voy a combatir por la imprenta, por falta de recursos, no tengo para que ir, ni lo deseo. Hábleme con franqueza, para que no me vea yo obligado a volverme a Ipiales tan pronto como llegue a Quito. El carácter de Ud. me inspira

NAFIZ  
DEL  
DIABLO

confianza; pero como no juzgo lo mismo de los demás, justo es que yo tenga mis dudas.

Reciba Ud. el más cordial abrazo, mi querido Rafael, y disponga de su mejor amigo.

*Montalvo.*

Habitación en piso bajo, de ninguna manera admita Ud. Mi salud no lo sufre.

SR. RAFAEL PORTILLA

Ipiales febrero 21 de 1876.

Muy querido amigo:

El Sr. Burgos le habrá dado probablemente noticia del otro amigo que debe ir dentro de poco. Como ya dije a Ud. en mi anterior, espero que Ud. emplee todo su ardor en la comisionsita que llevará.

Mañana veremos por el correo si algo ocurre de nuevo entre Uds., bien es que Ud. es muy poco amigo de comunicar las cosas.

En adelante sírvase Ud. del nombre de Evangelista Burgos para escribirme hasta que regrese el Dr. Rosero, a quien también verá Ud. en Quito dentro de 8 o 10 días.

Adios. y el abrazo de costumbre.

*Montalvo.*

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales 9 de febrero de 1876.

Muy apreciado amigo.

Su carta del correo último me llamó la atención por las noticias de Guayaquil que ella contenía. Otras del mismo correo decían que Guayaquil se había pronunciado por Urquina. Después nada he sabido, y es-

pero con impaciencia la de Ud. que deben traerme hoy de Tulcán.

Estoy sano y bueno. Según lo que Ud. me diga en su carta, tomaré mi resolución, y el viernes entrante le fijaré la fecha de mi partida. Si ni casa adonde llegar tengo, no quiero aventurar un viaje que me acarrearía mil disgustos.

Un amigo mío que sale el lunes le entregará a Ud. otra carta mía: recíbala sin enfado, y haga lo que en ella le recomendaré. Habiendo resuelto mi vuelta a Quito, escribí a Panamá, de donde me venían mis recursos, porque suspendieran la remisión acostumbrada. Mi retardo involuntario aquí ha hecho que vengan a agotársome los medios de subsistencia, y me he visto obligado a tomar una sumita en cambio de una letra que Ud. cubrirá en Quito, dejando el reembolso para cuando por ahí arreglemos nuestras cosas. No son sino 30 pesos, los indispensables para mi viaje. El sujeto es Dn. Evangelista Burgos, que puede tomarle algunos efectos.

Dispense Ud. esta molestia a la que me he animado conceder de la amistad de Ud., y reciba un cordial abrazo de su decidido amigo.

*Montalvo.*

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales 14 de febrero de 1876.

Muy apreciado amigo,

El dador de esta es el Sr. Evangelista Burgos, persona de quien le hablé a Ud. ya. Es de mis mejores amigos de Ipiales, y espero le trate Ud. como a tal y aún le preste los servicios que le pudieren ocurrir como comerciante. Yo aprecio a este amigo, y Ud. verá que mis recomendaciones son fundadas.

La sumita que Ud. tiene que poner a su disposición, bien sea en efectos de su almacén, bien en dinero sonante, es de treinta y siete pesos (37).

Le devuelvo sus zamarros, que puede Ud. necesitarlos allí: yo tengo dos por falta de uno.

NAFIZ  
DEL  
DIABLO

Un abrazo, mi querido Rafael, y hasta que reciba Ud. otra carta mía.  
La acostumbrada del correo irá, sin perjuicio de ésta.

Suyo de corazón.

*Montalvo.*

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales febrero 18 de 1876.

Muy querido amigo,

Dentro de pocos días buscará a Ud. de mi parte una persona, y le hablará sobre un asunto importante. Tómelo con el ardor que a Ud. le caracteriza, y haga lo posible porque *la comisión* sea cumplida. La misma persona le dirá los motivos de mi retardo. Esta no es Burgos, quien debe llegar a Quito el mismo día que U. reciba mi carta, sino otra que irá algunos días despues, pero de quien él le dará noticia.

Mucho tardaban Uds. en fundar algún periódico: no puede sino parecerme bien que Uds. se hayan resuelto al fin a escribir, si lo han de hacer con buen juicio y con valor. No pienso lo mismo acerca de *la colaboración* que U. me propone, por varias razones. Dirán desde luego que todo lo hace uno solo, y esto no conviene a un partido. Uds., por otra parte, deben ejercitar el talento y la energía, sin mendigar la colaboración de nadie. Y finalmente, no me parece justo en razón que, dejando de ser yo *Cosmopolita*, me ponga ahora a ser *joven liberal*, lo que no sería dar un paso adelante.

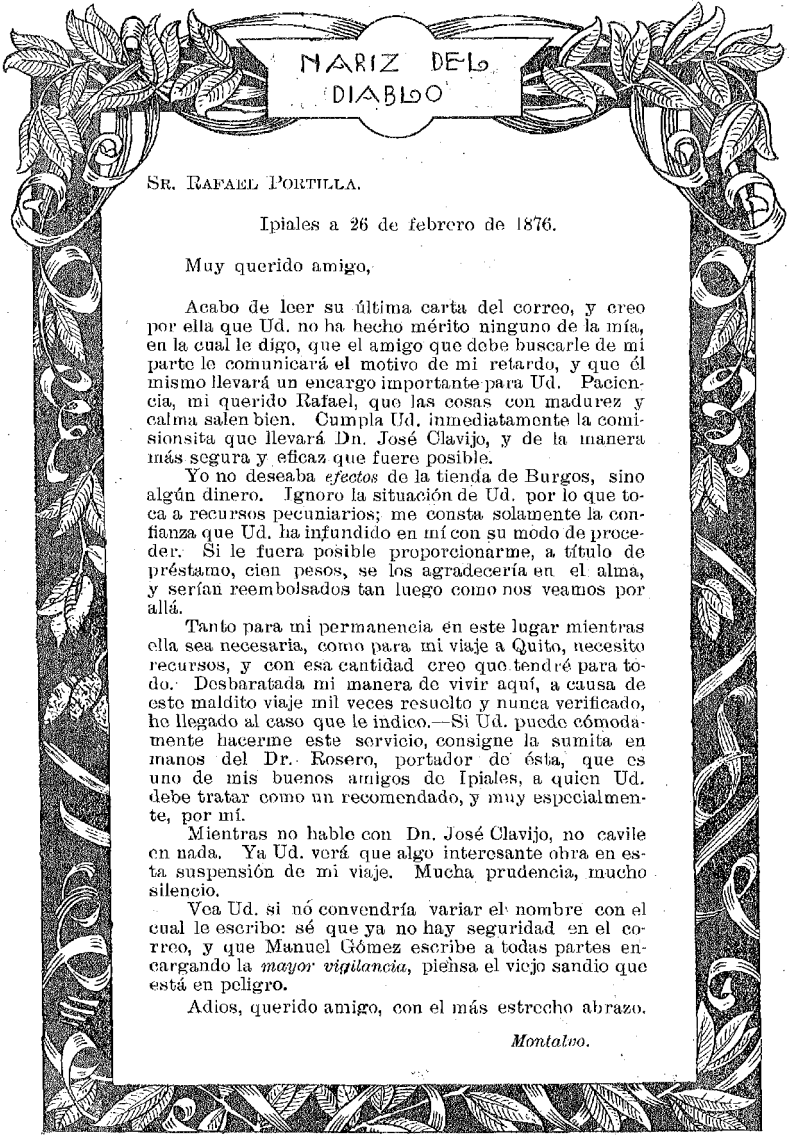
Pero sí aconsejaría a Uds. en general no herir directamente a Dn. Antonio: échente toda la culpa (como de justicia) al viejo Gómez, y hángalo con fuerza. No le acusen de ambición, sino de codicia, de avaricia, y digan en mil formas que a él se deberán las desgracias que sobrevengan.

Ojalá Burgos hiciera algún negocio con Ud. Si esto es así, autorícele a darme aquí lo que yo le pida, que serán cortedades, durante los días que aún tenga que permanecer.

Adios, y el más cordial abrazo.

Su amigo de corazón.

*Montalvo.*



NARIZ DEL  
DIABLO

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales a 26 de febrero de 1876.

Muy querido amigo,

Acabo de leer su última carta del correo, y creo por ella que Ud. no ha hecho mérito ninguno de la mía, en la cual le digo, que el amigo que debe buscarle de mi parte lo comunicará el motivo de mi retardo, y que él mismo llevará un encargo importante para Ud. Paciencia, mi querido Rafael, que las cosas con madurez y calma salen bien. Cumpla Ud. inmediatamente la comissionsita que llevará Dn. José Clavijo, y de la manera más segura y eficaz que fuere posible.

Yo no deseaba *efectos* de la tienda de Burgos, sino algún dinero. Ignoro la situación de Ud. por lo que toca a recursos pecuniarios; me consta solamente la confianza que Ud. ha infundido en mí con su modo de proceder. Si le fuera posible proporcionarme, a título de préstamo, cien pesos, se los agradecería en el alma, y serían reembolsados tan luego como nos veamos por allá.

Tanto para mi permanencia en este lugar mientras ella sea necesaria, como para mi viaje a Quito, necesito recursos, y con esa cantidad creo que tendré para todo. Desbaratada mi manera de vivir aquí, a causa de este maldito viaje mil veces resuelto y nunca verificado, he llegado al caso que le indico.—Si Ud. puede cómodamente hacerme este servicio, consigne la sumita en manos del Dr. Rosero, portador de ésta, que es uno de mis buenos amigos de Ipiales, a quien Ud. debe tratar como un recomendado, y muy especialmente, por mí.

Mientras no hable con Dn. José Clavijo, no cavile en nada. Ya Ud. verá que algo interesante obra en esta suspensión de mi viaje. Mucha prudencia, mucho silencio.

Vea Ud. si nó convendría variar el nombre con el cual le escribo: sé que ya no hay seguridad en el correo, y que Manuel Gómez escribe a todas partes encargando la *mayor vigilancia*, piénsa el vicjo sandio que está en peligro.

Adios, querido amigo, con el más estrecho abrazo.

Montalvo.

NARIZ DEL  
DIABLO

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales marzo 8 de 1876.

Muy querido amigo,

Su carta del correo último me faltó, pero después me entregaron la que ha venido yo no se por qué conducto. Debo decirle que llegó a mis manos por pura casualidad, y que en adelante, a menos que no sea conocida la persona, nunca se vuelva a valer de mozos que no tienen cuenta con entregar o no las cartas que se les confía. Le había yo indicado el nombre de Evangelista Burgos para que se sirviese de él en tanto que volvía el Dr. Rosero. "Sra. Mercedes Muñoz de Burgos, Ipiales", este es otro nema de que Ud. puede servirse.

Recibí y mandé a Tulcán los ejemplares que Ud. me mandó de "El joven liberal". Para los impresos si, no se contenten ustedes con el correo, y busquen siempre conductores particulares. Conviene que los difundan con profusión por todos los pueblos. Una cosa no me ha gustado, y es que lo hubiesen hecho ustedes quincenal. Las circunstancias piden que abran los jóvenes un poco la bolsa, y lo hagan semanal. Hasta ridículo es un periódico de cuatro páginas cada quince días.

Hay también un error grande en este número: si el viejo Torres coge la caña, y hace el plebiscito que ustedes piden, todo lo han echado a perder. ¡Y que esto hayan ustedes solicitado en vista de las *peticiones* de todas partes porque no haya Convención! Pues no ven la inmensa mayoría que sacarían los herederos de García Moreno? En Tulcán, por ejemplo, reunieron las milicias, e hicieron formar a la gente. Y piden ustedes plebiscito! Ni más insinúen esta idea, sino convocatoria de la Convención, despedido, se entiende, el Ministro anti-convencional. Echen ustedes esta idea al público sin pérdida de tiempo. Si, vencido Borrero por la opinión general, se resuelve a convocar la Convención verán ustedes que el viejo Torres todavía se queda triunfante, convocándola él mismo que le está combatiendo. Acompañen ustedes siempre estas dos ideas: Convención, y despedida del Ministro anti-liberal. De otro modo éste ganaría las elecciones seguramente en casi todas las provincias, y no hacemos sino empeorar de causa.

Puesto que saben ustedes quienes son los de ese libelito, a ellos el castigo. Harán mal en ponerse a nom-



## NARIZ DEL DIABLO

brar a esos jóvenes que están, como Ud. dice, sirviendo de parapeto. Aun cuando ellos lo afirmen en adelante acháquenlo ustedes siempre a sus verdaderos dueños: al viejo como empresario, y a los dos libelistas conocidos como redactores.

Supongo que se habrá ya Ud. visto con Clavijo. Ansioso estoy de saber el estado de la comisionsita que anda por allá la opinión. Por el correo, no han de contestación a la que llevó el dicho Clavijo, le diré a Ud. algo acerca de mi viaje.

Comídase Ud. a mandarme los impresos de Guayaquil: preciso es que yo me halle al corriente de como anda por allá la opinión. Por el correo, no han de llegar. Aprovechese de cuantos portadores se presenten. Puede Ud. mandarlos a Ibarra al Dr. Amadeo Rivadeneira, encargándole me los pase.

Un buen abrazo, mi querido Rafael.

Montalvo.

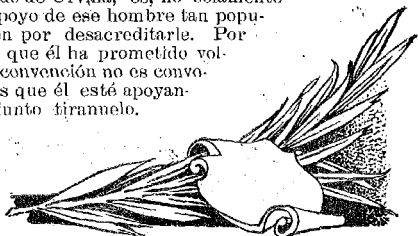
SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales a 16 de marzo de 1876.

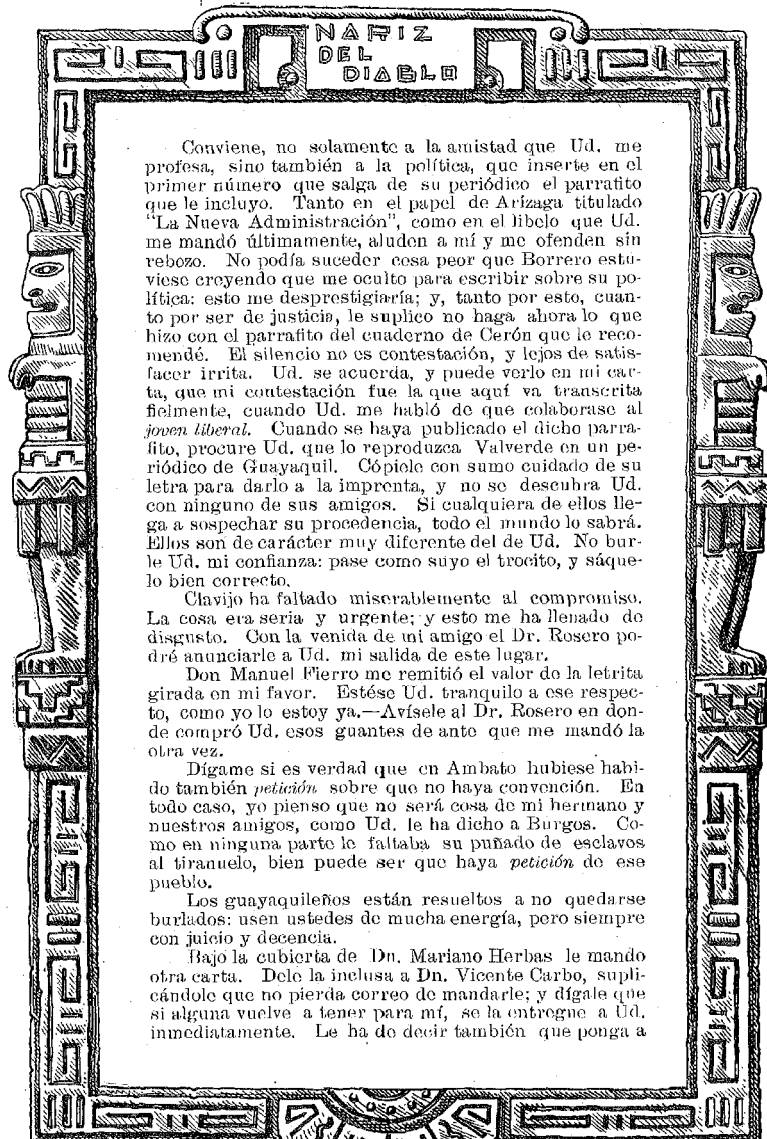
Muy querido amigo:

Recibí la suya del último correo, *esos bochinchos* sin objeto ni elevación, lejos de servir para algo, perjudican a un partido. Me alegro que Ud. mire las cosas con tan buen juicio, y prescindia de lo que puede desacreditarle. *Le han puesto su firma a pesar suyo*, me dice Ud., pero no me dice en que la han puesto, ni me manda papel ninguno. Preciso es que me envíe los de Guayaquil por costumbre, a fin de que vea yo como va la opinión pública. Conviene que no alojen ustedes un punto en materia de Convención, protestando siempre contra el Ministro heredero de García Moreno.

Lo que están diciendo de Urvina, es, no solamente por autorizarse con el apoyo de ese hombre tan popular ahora, sino también por desacreditarle. Por cartas de Guayaquil sé que él ha prometido volverse al destierro si la convención no es convocada. No crean ustedes que él esté apoyando el régimen del difunto tiranuelo.







NAFIZ  
DEL  
DIABLO

Conviene, no solamente a la amistad que Ud. me profesa, sino también a la política, que inserte en el primer número que salga de su periódico el parralito que le incluyo. Tanto en el papel de Arizaga titulado "La Nueva Administración", como en el libelo que Ud. me mandó últimamente, aluden a mí y me ofenden sin rebozo. No podía suceder cosa peor que Borrero estuviese creyendo que me oculto para escribir sobre su política: esto me desprestigiaría; y, tanto por esto, cuanto por ser de justicia, le suplico no haga ahora lo que hizo con el parralito del cuaderno de Cerón que le recomendé. El silencio no es contestación, y lejos de satisfacer irrita. Ud. se acuerda, y puede verlo en mi carta, que mi contestación fue la que aquí va transcrita fielmente, cuando Ud. me habló de que colaborase al *joven liberal*. Cuando se haya publicado el dicho parralito, procure Ud. que lo reproduzca Valverde en un periódico de Guayaquil. Cópielo con sumo cuidado de su letra para darlo a la imprenta, y no se descubra Ud. con ninguno de sus amigos. Si cualquiera de ellos llega a sospechar su procedencia, todo el mundo lo sabrá. Ellos son de carácter muy diferente del de Ud. No burle Ud. mi confianza: pase como suyo el trocito, y sáquele bien correcto.

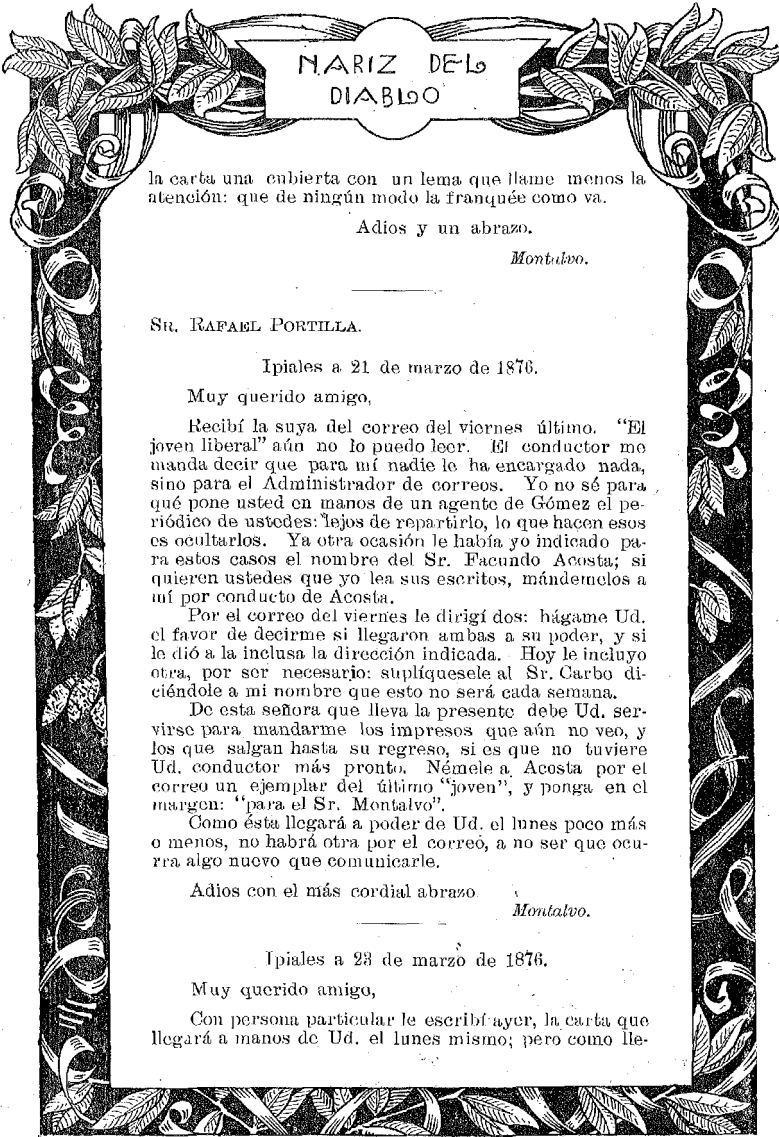
Clavijo ha faltado miserablemente al compromiso. La cosa era seria y urgente; y esto me ha llenado de disgusto. Con la venida de un amigo el Dr. Rosero podré anunciarle a Ud. mi salida de este lugar.

Don Manuel Píerro me remitió el valor de la letrita girada en mi favor. Estése Ud. tranquilo a ese respecto, como yo lo estoy ya.—Avísele al Dr. Rosero en donde compró Ud. esos guantes de ante que me mandó la otra vez.

Dígame si es verdad que en Ambato hubiese habido también *petición* sobre que no haya convención. En todo caso, yo pienso que no será cosa de mi hermano y nuestros amigos, como Ud. le ha dicho a Burgos. Como en ninguna parte le faltaba su puñado de esclavos al tiranuelo, bien puede ser que haya *petición* de ese pueblo.

Los guayaquileños están resueltos a no quedarse burlados: usen ustedes de mucha energía, pero siempre con juicio y decencia.

Bajo la cubierta de Dn. Mariano Herbas le mando otra carta. Dole la inclusa a Dn. Vicente Carbo, suplicándole que no pierda correo de mandarle; y dígame que si alguna vuelve a tener para mí, se la entregue a Ud. inmediatamente. Le ha de decir también que ponga a



NARIZ DEL  
DIABLO

la carta una cubierta con un lema que llame menos la atención: que de ningún modo la franquee como va.

Adios y un abrazo.

*Montalvo.*

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales a 21 de marzo de 1876.

Muy querido amigo,

Recibí la suya del correo del viernes último. "El joven liberal" aún no lo puedo leer. El conductor me manda decir que para mí nadie le ha encargado nada, sino para el Administrador de correos. Yo no sé para qué pone usted en manos de un agente de Gómez el periódico de ustedes: lejos de repartirlo, lo que hacen esos es ocultarlos. Ya otra ocasión le había yo indicado para estos casos el nombre del Sr. Facundo Acosta; si quieren ustedes que yo lea sus escritos, mándenlos a mí por conducto de Acosta.

Por el correo del viernes le dirigí dos: hágame Ud. el favor de decirme si llegaron ambas a su poder, y si le dió a la inclusa la dirección indicada. Hoy le incluyo otra, por ser necesario: suplíquesele al Sr. Carbo diciéndole a mi nombre que esto no será cada semana.

De esta señora que lleva la presente debe Ud. servirse para mandarme los impresos que aún no veo, y los que salgan hasta su regreso, si es que no tuviere Ud. conductor más pronto. Némele a Acosta por el correo un ejemplar del último "joven", y ponga en el margen: "para el Sr. Montalvo".

Como ésta llegará a poder de Ud. el lunes poco más o menos, no habrá otra por el correo, a no ser que ocurra algo nuevo que comunicarle.

Adios con el más cordial abrazo

*Montalvo.*

Ipiales a 23 de marzo de 1876.

Muy querido amigo,

Con persona particular le escribí ayer, la carta que llegará a manos de Ud. el lunes mismo; pero como lle-

INARIZ  
DEL  
DIABLO

gará tarde, no quiero que Ud. extrañe la falta de la acostumbrada, y le pongo estas cuatro líneas.

Nadie tiene noticia en Tulcán del *joven liberal*. Ni un solo ejemplar ha venido. Ustedes se han propuesto escribir para Quito puramente.

Un abrazo.

*Montalvo.*

Nota.—(Esta carta lleva en el sobre la dirección para la señora Trinidad Albán.—Quito).

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ípiales abril 7 de 1876.

Muy querido amigo,

Puesto que ustedes tienen por conveniente, iré; pero no me es posible salir antes del 1<sup>o</sup> de mayo: el invierno es tan riguroso, y los caminos están tan malos, que sería imprudencia ponerse en viaje ahora mismo. Puede Ud. anunciar esa fecha a los amigos tanto de Quito como de Guayaquil.

Dígale a Cornejo que me espere: su viaje a Europa ahora me parece antipatriótico y digno de censura.

A Ricardo, mi sobrino, que le escribiré la semana entrante directamente: que vaya al correo.

Sigue Ud. mandando los periódicos a los agentes de Manuel Gómez, para que los quemem: gran cosa.

Un fuerte abrazo.

Su afmo.

*Montalvo.*

Nota.—(Esta carta tiene el noma para la señora Trinidad Albán.—Quito).

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ípiales abril 20 de 1876.

Muy querido amigo,

Recibí la suya del correo pasado. Siento no me haya Ud. mandado el folleto del Sr. Moncayo de que me habla.

NAFIZ  
DEL  
DIABLO

Si me es posible saldré antes del 1º. Hurtado escribió a Burgos que tenía esas botas-polinias de hule sin pie que le pedí a Ud. Mándeme a vuelta de correo sin falta pagando el porte, y dirigidas al Sr. Moreno. Así vendrán seguras. La carta de Ud. que llegará o habrá llegado hoy a Tulcán no llega a mis manos sino de noche.

Bermeito me ha escrito. Entréguele la inclusa y dígale, como de parte de Ud. puramente, que no charle de esto. Parece exaltadísimo ese joven a quien no conozco.

Adios querido amigo

*Montalvo.*

Guayaquil 4 de abril de 1877.

Mi querido Rafael,

Ayer supe la muerte de su hermano Roberto, y aunque a éste no le conocía, el haber sido hermano de Ud., es sobrado motivo para lo vivo de mi pesadumbre. Qué cadena de trabajos y sinsabores, mi bueno y querido amigo! Mi carta que le entregará Pacho Moncayo, escrita ahora cuatro días, llegará pues en muy mala sazón, por que en estos casos el espíritu no está para nada.

Escríbame y crea en la sinceridad de mi amistad y el cariño que le profeso.

*Montalvo.*

Guayaquil mayo 11 de 1877.

Muy querido amigo,

No ha habido quien acepte el giro que Ud. indica. Nadie tiene necesidad de mandar dinero allá y Ud, debía saberlo. Lo mejor hubiera sido que Ud. lo remitiera por el correo, y ya estuviera en mi poder esa sumita tan necesaria. Pague el porte, y mándemelo a correo vuelto. Diríjalo al Sr. Carvallo.

NARIZ DEL  
DIABLO

El cargamento no llega todavía, y aún dicen que sufrirá algún retardo el buque. No debe Ud. precipitar su venida en tan malos caminos. Yo le avisaré.

Adios, mi bueno y querido Rafael.

*Montalvo.*

SR. RAFAEL PORTILLA.

Guayaquil junio 2 de 1877.

Muy querido amigo,

En la Casa de Vélez y Co. rechazaron la letra, porque, dijeron, Daniel Cornejo no tiene un real en su poder, ni siquiera saben quién sea ese sujeto y solamente al ver la libranza con mi recibo, dió el socio de Vélez los cien pesos, a causa, dijo también, que mi nombre estaba allí, y porque Eloy fue en persona. Quien tiene fondos en esa Casa es Manuel Cornejo.

Subsane pues Ud. este daño, mi querido Rafael. Sin la urgente necesidad, habría yo devuelto ese dinero. Es punto de delicadeza para Ud. y para mí; espero que a vuelta de correo mande una letra buena, ó escriba á esos señores, ó traspase la letra a Manuel. No se descuide.

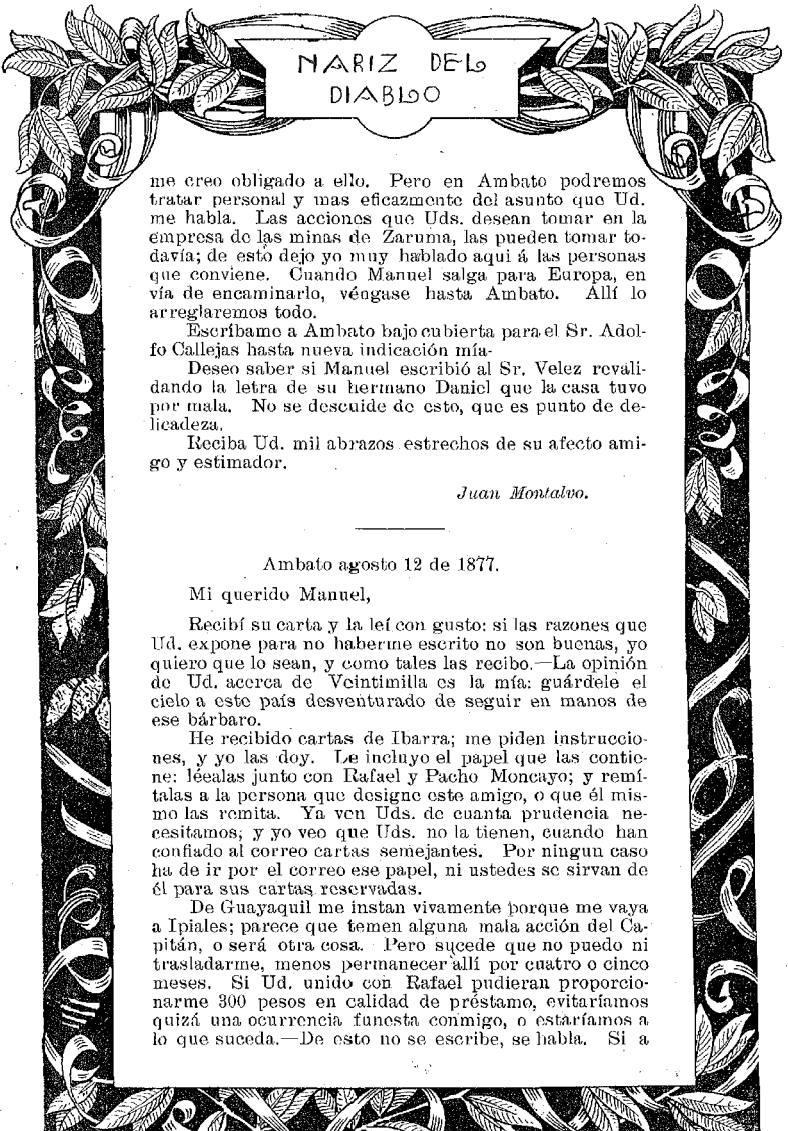
Siento darle estas molestias, mi querido amigo; pero en cambio reciba U. mil abrazos.

*Montalvo.*

Guayaquil junio 20 de 1877.

Mi querido Rafael,

Hoy acabo de recibir su carta del último correo. La anterior me fue entregada cuando ya era tarde para contestarla. Me voy a Ambato ciertamente por falta de medios de subsistencia en Guayaquil; y no falta así como quiera, sino absoluta. Cuando ménos debía irme,



## NARIZ DEL DIABLO

me creo obligado a ello. Pero en Ambato podremos tratar personal y mas eficazmente del asunto que Ud. me habla. Las acciones que Uds. desean tomar en la empresa de las minas de Zaruma, las pueden tomar todavía; de esto dejo yo muy hablado aqui á las personas que conviene. Cuando Manuel salga para Europa, en vía de encaminarlo, véngase hasta Ambato. Allí lo arreglaremos todo.

Escribamo a Ambato bajo cubierta para el Sr. Adolfo Callejas hasta nueva indicación mía.

Deseo saber si Manuel escribió al Sr. Velez revalidando la letra de su hermano Daniel que la casa tuvo por mala. No se descuide de esto, que es punto de delicadeza.

Reciba Ud. mil abrazos estrechos de su afecto amigo y estimador.

*Juan Montalvo.*

Ambato agosto 12 de 1877.

Mi querido Manuel,

Recibí su carta y la leí con gusto; si las razones que Ud. expone para no haberme escrito no son buenas, yo quiero que lo sean, y como tales las recibo.—La opinión de Ud. acerca de Veintimilla es la mía: guárdele el cielo a este país desventurado de seguir en manos de ese bárbaro.

He recibido cartas de Ibarra; me piden instrucciones, y yo las doy. Le incluyo el papel que las contiene: léelas junto con Rafael y Pacho Moncayo; y remítalas a la persona que designe este amigo, o que él mismo las remita. Ya ven Uds. de cuanta prudencia necesitamos; y yo veo que Uds. no la tienen, cuando han confiado al correo cartas semejantes. Por ningún caso ha de ir por el correo ese papel, ni ustedes se sirvan de él para sus cartas reservadas.

De Guayaquil me instan vivamente porque me vaya a Ipiiales; parece que temen alguna mala acción del Capitán, o será otra cosa. Pero sucede que no puedo ni trasladarme, menos permanecer allí por cuatro o cinco meses. Si Ud. unido con Rafael pudieran proporcionarme 300 pesos en calidad de préstamo, evitaríamos quizá una ocurrencia funesta conmigo, o estaríamos a lo que suceda.—De esto no se escribe, se habla. Si a

Uds. no los fuere imposible la reunión de esa sumita a mi paso por Quito hablaríamos de todo. Ya se entiende que ese sería un préstamo, pagadero en la primera posibilidad. Para no repetir las mismas cosas, omito este punto en la carta de Rafael: enséñele esta, y confírenle con él.—No se les oculta la necesidad del secreto en este proyecto de viaje. Dn. Ignacio es hombre que me puso un malvado atrás cuando me desterró a Panamá: sin los avisos secretos y las precauciones de mis amigos, no sé lo que hubiera sucedido. Tomó el picaro su pasaje para Panamá; pero le botaron en Esmeraldas, amenazándole con entregarle a la justicia en Tumaco. Ya Uds. ven cual debo ser la reserva: ahora más que nunca tienen Uds. que velar por mí.

Si el servicio que les pido es hacedero, comuníquemelo por el primer correo de una manera figurada; nada es más fácil. Digan por ejemplo: hemos conseguido el libro que Ud. desea, &; y yo prepararé mi viaje, para verificarlo tan luego como el Conde llegue a Guayaquil; pues ya Uds. advierten que no quiero ir oculto como de fuga, sino como quien quiere ver a sus amigos de Ipialles; y si es posible, dando a luz al paso un Regenerador; como que bien pudiera permanecer en Quito diez o doce días, antes de que llegasen *las instrucciones del Mariscal*. Han de saber ustedes que algunos clérigos han dado en mirarme con ojos de esperanza: sé que dicen que yo he de ser protector. ¡Qué fenómenos!

Cuando se trate de cosas reservadas, nunca lo hagan por el correo; procuren verse con mi sobrino César, y ontrégueñle las cartas, advirtiéndole que me las mande con persona particular y de toda confianza. Por lo demás, pueden Uds. usar de un lenguaje simbólico que nada signifique, y corre de mi cuenta entenderlas. Si voy, hablaremos acerca del periódico: la cosa debe ser buena. No den el primer número hasta no hablar conmigo.

Ha venido la deposición disimulada del Dr. Fernández, nuestro amigo: el miedo nos va a echar un terrorista del calibre del Carlo Salvador. Vean Uds. aún en esto si yo estoy seguro aquí.

Procuren Uds. sacar algún partido, si se ponen de acuerdo con los *modistas* para las elecciones. Como puedan ustedes poner de su parte dos en los ocho, sería ya un adelantado. Rojos no admitirán. ¿Qué dicen Uds. si indicasen a Andrade Marín y otro de su mismo temperamento?

Me han dicho que los terroristas de Quito se han propuesto proscindir; es verdad esto?

Estas cartas van con un individuo que debe volver inmediatamente. Contesten, y pueden usar de franqueza.

Reciba Ud. el más cordial abrazo de su sincero amigo, que nunca le olvida, mi querido Manuel

*Montalvo.*

Si hay Convención y soy electo Diputado, es claro que volveré; no se equivoquen Uds. Entonces habrá razón para arrostrar cualquier peligro.

Ambato agosto 12 de 1877.

Mi querido Rafael,

Le escribo por el correo. En esta le diré solamente que lea la que dirijo a Manuel y se entere de ella. Ojalá Ud. coopere con eficacia para que se realice el viaje de que hablo en esa carta. Ud. es el amigo en quien más confío para todo. El proceder de Cornejo para conmigo no puede ser más extravagante y ruin: sobre lo que Ud. le habló, contrajo un compromiso conmigo y me dió palabra. Núñez ni siquiera me escribe, y sé que va a embarcarse.

Reciba Ud., mi querido amigo, el más estrecho abrazo.

*Montalvo.*

Conteste por medio del que lleva estas cartas.

La inclusa para Tulcán procure mandarla con conductor particular.

Hable con Pacho Moncayo.

Ambato marzo 3 de 1878.

Mi querido Rafael,

Hoy habrá recibido Ud. el encargo que le mandé por conducto privado: el miércoles tenga cuidado: irá lo más que Ud. necesita.

Un amigo nuestro, muy liberal, escribe acá procurando desacreditar "La Candela"; sin duda porque sus



## NARIZ DEL DIABLO

autores, cualesquiera que sean, no lo han ido a pedir órdenes. Aquí me han dicho que se venden de 80 a 100 ejemplares. El amigo escribe que en Quito no ha tenido una sola adhesión, porque no vale de nada. La escuela del gato no se compone de uno solamente.

Lo de la *imprensa* es ridiculez. Procure hacer saber que yo rechazaré ese regalo, por ser de valor y producir utilidad. Un objeto femenino, como la pluma, pudiera yo haber recibido, como prenda honrosa de las señoras. La *pluma* será como la *corona* del Cosmopolita. Lo de la imprenta es intriga de esos pillos: lo que quieren es frustrar esa manifestación de las señoras.

Si Roberto está ahí todavía, dígame que, como me dijo que él se iría dos días después de mi salida, no le he escrito.

Dónde están pues los famosos papeles de Imbabura? Ustedes son terribles: la incuria y la indolencia van al extremo. Las firmas estaban allí; los hechos todos reunidos y averiguados: lo que ha faltado es quien haga algo. Qué hubiera sido del *noble* y *agradecido* Cornejo, si yo fuera como mis amigos... De Ud. no me quejo, porque Ud. lo hace todo; pero los otros canallas!

Un abrazo.

*Montalvo.*

Sepa que a las instancias de la tía Cornelia Castrato y compañía respecto de "La Candela", el gran mundo ha respondido: "Después se arreglará todo". Castrato está medio muerto; y la tía medio loca.

Ipiales 29 de octubre de 1879.

Muy querido amigo,

La última carta de Ud. no ha podido ser contestada hasta hoy, a causa de haberme hallado enfermo, en cama, unos cinco o seis días. Estoy mejor, y no pierdo tiempo de escribirle.

Ha de saber Ud. que Dn. Venancio Rueda ha ordenado a las autoridades de esta provincia a solicitud del Gobierno que ustedes pusieron el dos de octubre, que me internen, lo mismo que a los Cornejos, y otros emigrados de Tulcán que se hallaban aquí. En el tal Rue-

da podrá no haber sino tontera y precipitación; pero qué opinan ustedes, si no habrá también alguna malicia en Pólit? conque ustedes ponen sobre el cadáver de García Moreno hombres que intenten aquello a que ni el mismo se atrevió? Si mi posición en estos pueblos de Colombia hubiera sido dudosa, aquí tienen ustedes que el día de la libertad del Ecuador habría sido el de mis mayores trabajos, pues no tengo comodidad para ningún viaje.—El tal Rueda ha llevado su merecido: tan luego como llegue a manos de usted el cuadernito que sobre este asunto han publicado los vulcanes, dele la mayor circulación que le sea posible; envíe a Cuenca y Guayaquil un buen número de ejemplares, lo mismo que a las otras provincias, y que el escrito produzca su efecto.—En dicho cuaderno se halla un magnífico documento, y es la nota del Sr. Ramón Corón, Jefe Municipal de Obando, a la Legación Colombiana. Es preciso que dicha nota sea reimpresa en Quito con el encabezamiento y el comentario que van incluidos en esta carta. Cópíelos de su letra, mi querido Rafael, pues, como Ud. ve, yo no debo hacerlo todo. Es asunto de Ud., y reservado. Haga un bonito papel, bien impreso, y sáquelo cuanto antes en gran número de ejemplares. Acá me mandará usted unos noventa por conducto particular. Procure ponerlos en Otavalo, en manos del Sr. Víctor Gangotena, suplicándole me los remita con seguridad. Puede Ud. adelantarme unos tres o cuatro ejemplares por el primer correo, dirigidos a Tulcán al Sr. Dr. Ramón Rosero; y aún fuera bueno que los mande en forma de carta.

Nuestro amigo el Dr. Orbe, corresponsal de Dña. Trinidad, sale hoy mismo para Otavalo, y tardará unos dos meses. Sirvasc Ud. de hoy para adelante del nombre que le cito.—Dr. Ramón Rosero, pero escríbame y hágalo siempre con detenimiento.

Los billetitos han tenido su inversión; no he querido dar a Ud. una ocasión de disgusto.

Si está en Quito mi amigo Máximo Terán dígame a mi nombre que contesté su carta por medio de Fernando Freire, el mismo que me la trajo. Deseo saber si la ha recibido; el silencio que guarda me infunde alguna sospecha. Es preciso que me escriba.

Después le escribiré más detenidamente; hoy estoy convaleciente, y no dobo excederme.

Le mando por correo un ejemplar *del folleto*, por sí le llegue. Si lo recibe, échele el mismo día a la imprenta la consabida nota. Así el encabezamiento como el comentario, no son sino indicaciones: expláye-



## NARIZ DEL DIABLO

los Ud. y modifíquelos como tenga por conveniente.

Adios querido amigo.

Un abrazo.

*Montalvo.*

A última hora.

Los pobres de Tulcán después de haber salido su folleto, han entrado en un miedo cerval de que les persiga el Gobierno, y han resuelto destruirlo. Pero no hay por qué no se publiquen los documentos, y ahora con más razón. Délos a luz todos como van, sin falta.—Mandaré a Imbabura algunos ejemplares.

Ipiales octubre 29 de 1879.

Muy querido amigo,

Quando estaba yo esperando con ansia la contestación de Uds. a las que les dirigí con fecha 7 de octubre, vuelven esas cartas a mis manos, porque el conductor de ellas no halló a quien entregarlas. Ud. es culpable de este retardo, y lo hubiera sido de lo más que pudiera haber resultado: debió Ud. decirme con tiempo lo que me ha dicho después, esto es, que no debía dirigir yo a nadie a la tienda. Sea Ud. más previsivo. Una persona que apenas conoce una calle de Quito, por mucha que sea su buena voluntad, no podrá dar con Ud., y menos no sabiendo a donde ir a buscarle. Hoy va un individuo expreso: el punto no puede ser más interesante, y de la contestación de Ud. depende quizá la libertad de ese pueblo desventurado. Le mando abierta una carta; impóngase de ella, ciérrela, entrégala y exija la contestación, deben Uds. apoyar fuertemente la intención que él tuvo cuando hizo la oferta; díganle que si la cumplo, el éxito es casi seguro. En Tulcán y pueblos circunvecinos con frecuencia hay gritos sediciosos: "Viva....." "Muera el Mudo!" "Muera el ladrón". Aquí en Ipiales ha habido también últimamente un terrible vocerío de vivas, y ofertas calurosas. Así los he puesto a estos pueblos en cuatro días. Desengañarlos del *liberalismo* del Mudo, no hay quien no quiera beberle la sangre. Fue ya el terrible papel que dieron a luz los li-

## NARIZ DEL DIABLO

berales de Obando cuando llegaron las cartas *del aviso*, que fueron muchas y a diferentes personas: quizá Uds. no tuvieron noticia de todas ellas, pues las había de mujeres también. Nunca pensé que Montenegro fuese adecuado para la proeza: el peligro, el peligro inminente está en que el infame busque sus sicarios en donde puede hallarlos por docenas. No cierren Uds. el ojo, puede ser que el papel de los colombianos le intimide y contenga: díganme qué efecto ha producido. Hagan lo posible porque algunos ejemplares del papel lleguen a Babahoyo.

Denme razón exacta y clara del asunto de las cuentas de Montenegro: cuál ha sido la resolución del Tribunal, y cómo ha hecho ese pillo su defensa. En una carta me dicen que han probado él y el Mudo que solamente 20 mil pesos se tomaron del Tesoro para la Caja de Comisaría; que los restantes los puso él *de su bolsillo*. Es preciso que seamos exactos en los cargos: deseo saber a ciencia cierta que hay en esto, con las cantidades fijas. No olvide por nada este punto ni lo exajerem, ni desfiguren.

Deseo igualmente saber qué hubo de cierto en esa desaparición de ciertas fojas del libro del Ministerio de Hacienda, con lo cual el Mudo robó veinte mil pesos. Cuál fue en este negocio el papel de Castrato, y qué circunstancias corrieron. Con puntualidad y exactitud, todo.—Item, el robo de los soles del Banco. Uds. dijeron 30.000; otros han dicho 40, y otros ciento: cuál suma es la verdadera? Algo más que Uds. sepan en punto a rapiñas y robos, díganmelo, poniéndose de acuerdo con M.; quien por su parte es preciso me mande escritos los nombres de las personas y los lugares que intervienen en la aventura del Mudo en Madrid: exígaselos, si él no quiere escribirme.

Excusado es advertir a Uds. que mi proyecto de viaje debe mantenerse en profunda reserva: mil Berruecos hallaría el galopín de Flores en la montaña de Barbacoas, o en Tumaco. Corran la voz que yo saldré de aquí a Europa en julio.

Hé aquí un punto singular. Debo al Mudo doscientos pesos, que se los pedí fiados en París en un terrible aprieto, y en mala hora. Hasta ahora no he podido tratarle como se le debe tratar, a causa de ser deudor suyo, aunque de esa miseria. Quedando yo solventado y libre de ese amargo recuerdo, ya podré echarle a los perros todo él despedazado, como lo exige la pobre Patria moribunda.

Mi viaje a Panamá no será infructuoso, pues mi ánimo es dar a luz allí media docena de folletos que le dejen para los gusanos al malhechor: Eloy piensa también que esto es necesario, para venir a las manos. Con los reales que tengo aquí apenas podré llegar a Panamá; no me es dable, pues, mandarles esos malhadados doscientos pesos: si Ud. puede disponer de esta suma, hará Ud. un doble servicio personal a mí, y público al país; pues si no se hace ese pago previamente, me será imposible dar a la estampa las "Ocho Catilnarias" o "La Espada de dos filos". A M. le hablé ya de esto, y le di la comisión de que fuese él a entregar al Mudo el dinero, cuando yo se lo mandase. Mandarlo, podré de Panamá; pero el tiempo es precioso, y el pago debe estar hecho para que yo pueda principiar a publicar las "Catilnarias". Supla Ud. esos

(Aquí faltan hojas)

Díganle a R. que la pérdida de los diez mil pesos de caución no importa nada, cuando se trata de la libertad y acaso de la vida. En triunfando, como es probable, el Gobierno reembolsará o quitativamente esa pérdida. Y como ya él no debe pensar en recaudarlos del Mudo, salga o nó de allí, esa prenda no debe ser inconveniente para que se venga acá junto con los otros dos amigos. No toman estar mal aquí: tengo una linda casa, cómoda y alegre, y dispongo de toda élla; estarán Uds. aquí como príncipes, y si son enamorados, no les ha de faltar pastusas de buen reje. Para raspar la bola, dejen ustedes arreglando el medio de comunicaciones y avisos, ahora y después. ¿Qué dicen Uds. de doña M.? Me parece que lo haría bien: mas que no sea la única.

"El Times", num. 18, está magnífico: se lo mando. El anterior estaba flojo. Ya tiene mucho de *"Candela"*. C. me ha mandado a ofrecer recursos: a él yo nada le admito para mí, mientras no le vea uno mismo con nosotros, como antes. Que cumpla la oferta principal, que es lo que me importa. Y Ud. debe ver la preferencia que haga, cuando rehusando una oferta personal, me someto más bien al duro caso de suplicar a Ud. por esos doscientos pesos. Para mí, nada quiero: en llegando a Panamá, ya tengo todo. Lo llevaría yo muy a mal que fuesen Uds. a pedir a C. esa suma para dársela al Mudo. Si Ud. no la puede reunir, que no se haga nada.

Deben Uds. hacerle advertir al pícaro de Aparicio Cornejo, que Uds. saben que él es el que le está enfure-

## INARIZ DEL DIABLO

ciendo al Mudo contra Uds. de día y de noche con mentiras y chismes infames. Si no tiene miedo, no se ha de contener.

(No hay conclusión).

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales noviembre 3 de 1879.

Muy querido amigo,

Temo que mi carta del correo anterior no haya llegado a mano de Ud., por haber ido tarde a Tulcán cuando la balija estaba cerrada. Pero fue fuera de ella. No sabré esto sino mañana, con la contestación de Ud.

"La Revolución del Norte" se ha recaudado: le mando un buen número de ejemplares. Límpíelos como se debe, sin descuidar de remitir algunos a todas las provincias, especialmente a Guayaquil y Cuenca. Insisto en que se reimprima en Quito la Nota Oficial del Jefe Municipal de Obando, con algún comentario. Haga Ud. esto mi querido Rafael. El mudo Pólit ha intentado hacer conmigo lo que jamás intentó García Moreno mismo; y el tal Rueda se muestra tonto y malo. Muere el tiranuelo y yo voy al Patía a consumirme en una horrible internación. Pregunte a los amigos si esto es lo que quisieron cuando fueron a poner en el mando a ese estúpido que siempre ha tenido fama de tonto y de malo.—Si el pueblo del dos de octubre le muestra miedo, realmente no merece la estima de nadie.

Mándeme un ejemplar de cada una de las reimpressiones que han hecho de mis papeles. Si la nota del Sr. Ceron es reimpresa a su vez, ya le dije a Ud. que necesitaba unos cuarenta ejemplares. Por el correo nada llega. Procure Ud. remitir todo al Sr. Víctor Gargotena, a Otavalo, suplicándole que me pase a Tulcán dirigido al Sr. Ramón Rosero. Puede Ud. asimismo dirigirse al Sr. Gonaro Larrea a Ibarra. Gargotena lo hará con más empeño. Facundo Acosta en Tulcán, es otro amigo a quien usted puede mandar cartas e impresos para que me los pase.

Me dicen que Uds. han perdido las elecciones en Quito; ¿sería posible? qué vergüenza para ese pueblo! desechar a Borrero por Sáenz!—Escribame con detención.—Adiós, amigo querido.

Montalvo.

SR. RAFAEL PORTILLA.

Carchi 19 de noviembre de 1879.

Muy querido amigo,

He salido al campo por más de ocho días. Por el correo entrante escribiré a Ud. nuevamente de Ipiales.

No llega hasta ahora, ni llegará probablemente a mis manos el impreso que Ud. me ha mandado por conducto del Sr. Gangotena. Es preciso que me lo vuelva a mandar, y hágalo pues este mismo correo, siquiera diez ejemplares, si no pudiera conseguir mayor número. Conviene que lo remitamos a Popayán y Bogotá. Dirija Ud. en dos paquetitos uno para el Dr. Rosero, otro para el Sr. Pacundo Acosta, advirtiéndome que son para mí. En forma de carta mándeme tres o cuatro, siempre al Sr. Rosero.

Distraído anduvo Ud. en no darme acuso del cuaderno titulado "Revolución del Norte". Dije a Ud. que le había mandado cien ejemplares. Deseo saber si los recibió, y qué le ha parecido al público. ¡Qué tontos y de mala fé se han portado los tales colombianos! Ese papelucho ridículo que han escrito es la confesión de su derrota. Salir con la suplantación después del papel de los Acostas! Dispense Ud. lo han escrito por allá este último! El Sr. Ceron se halla en campaña, peleando con los Túqueres: tan luego como vuelva a Ipiales les dará su merecido a sus pundonorosos compatriotas. Dn. Venancio parece un hombre muy inocente. Si nuestros Gobiernos usaran la temeridad que deben a ese le botarían tan luego como sepan en Bogotá su modo de proceder.

Ud. nunca me envió ningún papel de los que puedan interesarnos aunque me da noticia de ellos. Reciba un cordial abrazo de su afmo. amigo.

*Montalvo.*

Corresponda sus recuerdos a Semblantes.

SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales 24 de Diciembre de 1879.

Muy querido amigo:

Recibí la apreciable de Ud. del último correo. Comprendo el descontento de que Ud. me habla, pero no he

recibido sorpresa: así debía ser todo. Si hay buena voluntad en los pueblos para las reformas, el Sr. Borrero no resistirá por malicia: espera tal vez que exijan de él lo que deseen. Me ha llamado particularmente: de la nota oficial de Manuel Gómez yo no hubiera hecho caso; pero conviene llevar adelante nuestro sistema, y aunque sea para un nuevo destierro, me he determinado a ir. Espero que Uds. los jóvenes me ayudarán en lo que debemos hacer, por la razón, no por la fuerza.

Estoy tocando con varias dificultades meramente físicas para mi viaje: no sé siquiera dónde apearne en Quito: tal es el horror que han infundido en mi ánimo mis antiguos amigos. Ud. se encarga, querido Rafael, de prepararme alojamiento correspondiente al decoro que debo guardar en mi posición. Yo de mi genio soy inclinado a lo espacioso y decente: ahora se añade la necesidad de colocarme bien. No me gustan esas casitas para un hombre solo: quisiera un buen departamento en una casa habitada por una familia honesta. A vuelta de correo hágame Ud. alguna indicación a este respecto, a ver si la apruebo.

Con Cornejo, que sale el lunes, le mandaré decir el día de mi salida de este lugar y aún le haré algunos encarguitos relativos al viaje.

Ya ansio por conocer a Ud. y abrazarle como a uno de mis mayores amigos. Si ve a Terán, quédesele de su silencio.

*Montalvo.*

Hable con Manuel Cornejo respecto de estas cosas; aunque él ni siquiera me ha mandado saludes.

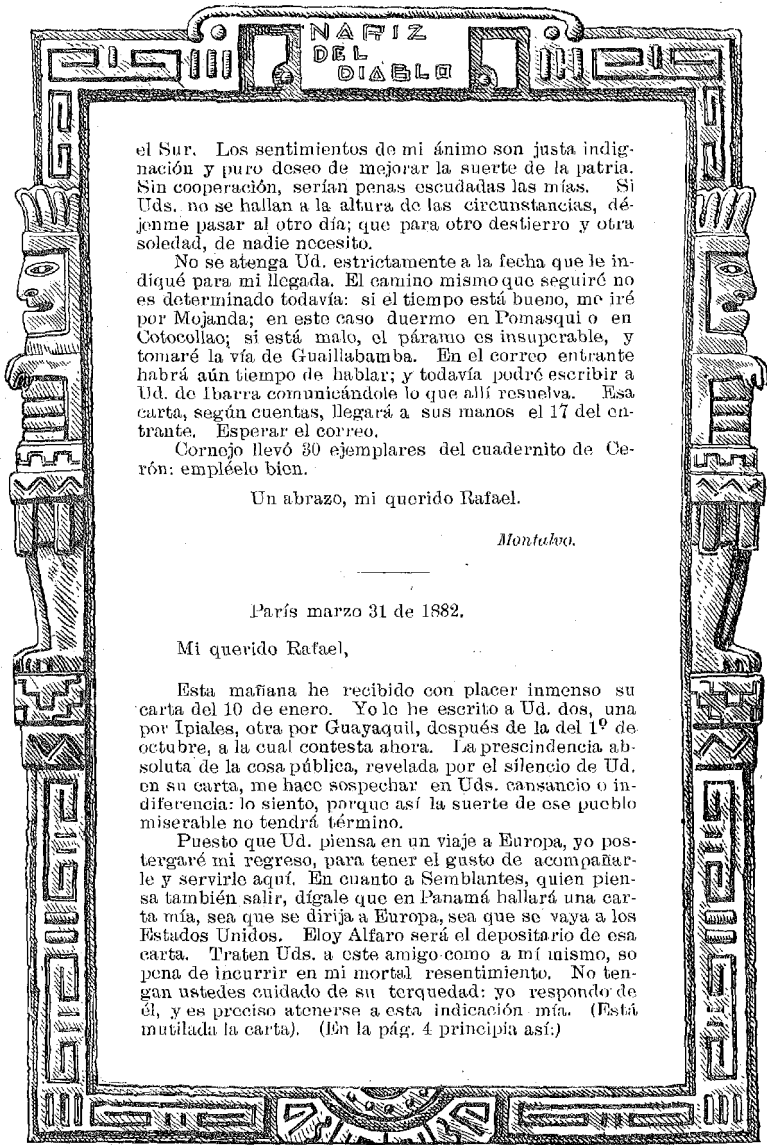
SR. RAFAEL PORTILLA.

Ipiales, 31 de diciembre de 1879.

Muy querido amigo,

Escribí a Ud. con Cornejo la carta que recibirá mañana o el domingo. Tan larga y de confianza yo no sé si Ud. va a tocar con inconvenientes y molestias. De sus paisanos no tengo idea superior, y aguante Ud. Si la cosa está difícil o incómoda, desista Ud. del empeño: pasará de largo, y veremos qué suerte nos espera por





NAFIZ  
DEL  
DIABLO

el Sur. Los sentimientos de mi ánimo son justa indignación y puro deseo de mejorar la suerte de la patria. Sin cooperación, serían penas escudadas las mías. Si Uds. no se hallan a la altura de las circunstancias, déjenme pasar al otro día; que para otro destierro y otra soledad, de nadie necesito.

No se atenga Ud. estrictamente a la fecha que le indiqué para mi llegada. El camino mismo que seguiré no es determinado todavía: si el tiempo está bueno, me iré por Mojanda; en este caso duermo en Pomasqui o en Cotocollao; si está malo, el páramo es insuperable, y tomaré la vía de Guailabamba. En el correo entrante habrá aún tiempo de hablar; y todavía podré escribir a Ud. de Ibarra comunicándole lo que allí resuelva. Esa carta, según cuentas, llegará a sus manos el 17 del entrante. Esperar el correo.

Cornejo llevó 30 ejemplares del cuadernito de Cerón: empiéelo bien.

Un abrazo, mi querido Rafael.

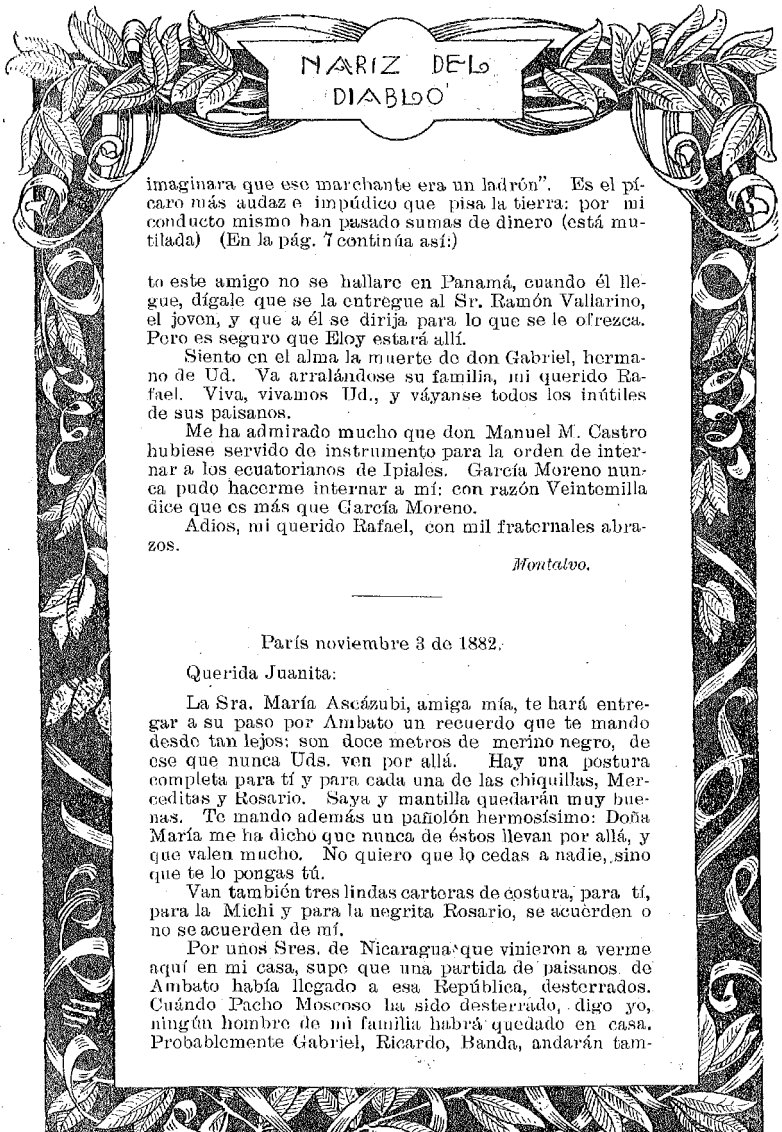
*Montalvo.*

París marzo 31 de 1882.

Mi querido Rafael,

Esta mañana he recibido con placer inmenso su carta del 10 de enero. Yo le he escrito a Ud. dos, una por Ipiales, otra por Guayaquil, después de la del 1<sup>o</sup> de octubre, a la cual contesta ahora. La prescindencia absoluta de la cosa pública, revelada por el silencio de Ud. en su carta, me hace sospechar en Uds. cansancio o indiferencia: lo siento, porque así la suerte de ese pueblo miserable no tendrá término.

Puesto que Ud. piensa en un viaje a Europa, yo postergaré mi regreso, para tener el gusto de acompañarle y servirle aquí. En cuanto a Semblantes, quien piensa también salir, dígame que en Panamá hallará una carta mía, sea que se dirija a Europa, sea que se vaya a los Estados Unidos. Eloy Alfaro será el depositario de esa carta. Traten Uds. a este amigo como a mí mismo, so pena de incurrir en mi mortal resentimiento. No tengan ustedes cuidado de su terquedad: yo respondo de él, y es preciso atenerse a esta indicación mía. (Está mutilada la carta). (En la pág. 4 principia así:)



## NARIZ DE LO DIABLO

imaginara que ese marchante era un ladrón". Es el pícaro más audaz e impúdico que pisa la tierra: por su conducto mismo han pasado sumas de dinero (está mutilada) (En la pág. 7 continúa así:)

to este amigo no se hallare en Panamá, cuando él llegue, dígame que se la entregue al Sr. Ramón Vallarino, el joven, y que a él se dirija para lo que se le ofrezca. Pero es seguro que Eloy estará allí.

Siento en el alma la muerte de don Gabriel, hermano de Ud. Va arralándose su familia, mi querido Rafael. Viva, vivamos Ud., y váyanse todos los inútiles de sus paisanos.

Me ha admirado mucho que don Manuel M. Castro hubiese servido de instrumento para la orden de internar a los ecuatorianos de Ipiales. García Moreno nunca pudo hacerme internar a mí: con razón Veintemilla dice que es más que García Moreno.

Adios, mi querido Rafael, con mil fraternales abrazos.

*Montalvo.*

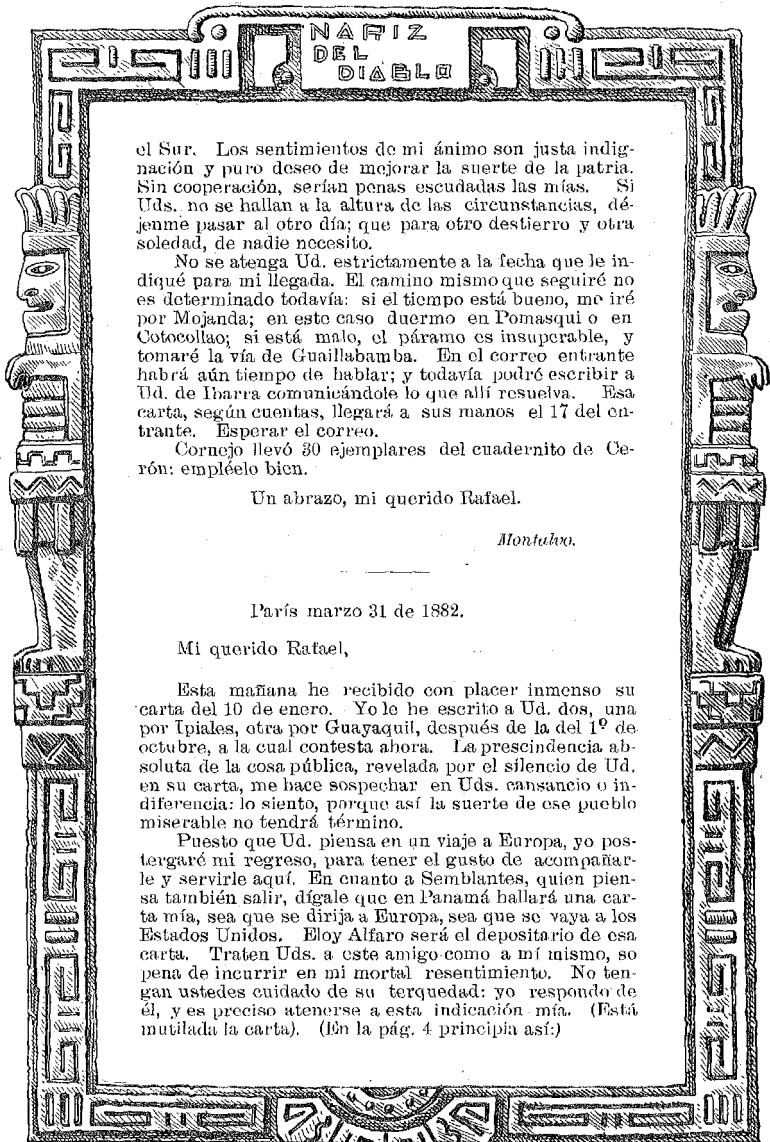
París noviembre 3 de 1882.

Querida Juanita:

La Sra. María Ascázubi, amiga mía, te hará entregar a su paso por Ambato un recuerdo que te mando desde tan lejos: son doce metros de merino negro, de ese que nunca Uds. ven por allá. Hay una postura completa para tí y para cada una de las chiquillas, Mercedes y Rosario. Saya y mantilla quedarán muy buenas. Te mando además un pañolón hermosísimo: Doña María me ha dicho que nunca de éstos llevan por allá, y que valen mucho. No quiero que lo cedas a nadie, sino que te lo pongas tú.

Van también tres lindas cartoras de costura, para tí, para la Michi y para la negrita Rosario, se acuerden o no se acuerden de mí.

Por unos Sres. de Nicaragua que vinieron a verme aquí en mi casa, supe que una partida de paisanos de Ambato había llegado a esa República, desterrados. Cuando Pacho Moscoso ha sido desterrado, digo yo, ningún hombre de mi familia habrá quedado en casa. Probablemente Gabriel, Ricardo, Banda, andarán tam-



el Sur. Los sentimientos de mi ánimo son justa indignación y puro deseo de mejorar la suerte de la patria. Sin cooperación, serían penas escudadas las mías. Si Uds. no se hallan a la altura de las circunstancias, déjenme pasar al otro día; que para otro destierro y otra soledad, de nadie necesito.

No se atenga Ud. estrictamente a la fecha que le indiqué para mi llegada. El camino mismo que seguiré no es determinado todavía: si el tiempo está bueno, me iré por Mojanda; en este caso duermo en Pomasqui o en Cotocollao; si está malo, el páramo es insuperable, y tomaré la vía de Guailabamba. En el correo entrante habrá aún tiempo de hablar; y todavía podré escribir a Ud. de Ibarra comunicándole lo que allí resuelva. Esa carta, según cuentas, llegará a sus manos el 17 del entrante. Esperar el correo.

Cornejo llevó 30 ejemplares del cuadernito de Cerón: empléelo bien.

Un abrazo, mi querido Rafael.

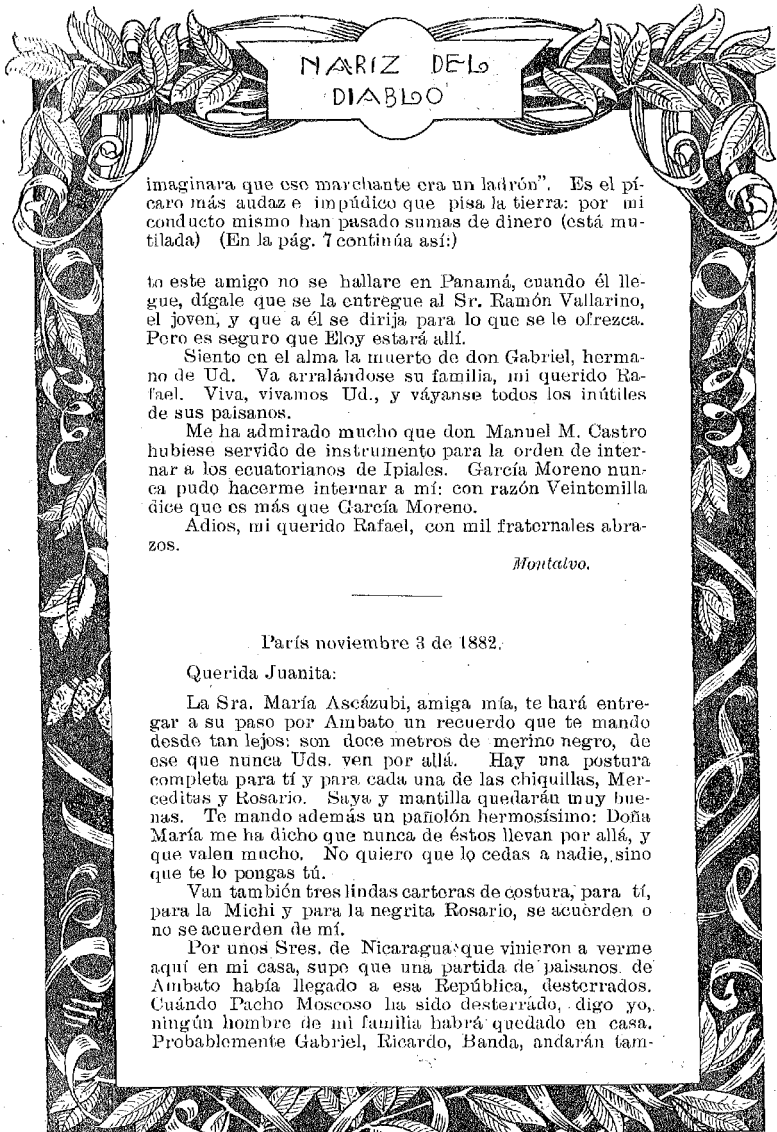
*Montalvo.*

París marzo 31 de 1882.

Mi querido Rafael,

Esta mañana he recibido con placer inmenso su carta del 10 de enero. Yo le he escrito a Ud. dos, una por Ipiales, otra por Guayaquil, después de la del 1<sup>o</sup> de octubre, a la cual contesta ahora. La prescindencia absoluta de la cosa pública, revelada por el silencio de Ud. en su carta, me hace sospechar en Uds. cansancio o indiferencia: lo siento, porque así la suerte de ese pueblo miserable no tendrá término.

Puesto que Ud. piensa en un viaje a Europa, yo postergaré mi regreso, para tener el gusto de acompañarle y servirle aquí. En cuanto a Semblantes, quien piensa también salir, dígame que en Panamá hallará una carta mía, sea que se dirija a Europa, sea que se vaya a los Estados Unidos. Eloy Alfaro será el depositario de esa carta. Traten Uds. a este amigo como a mí mismo, so pena de incurrir en mi mortal resentimiento. No tengan ustedes cuidado de su terquedad: yo respondo de él, y es preciso atenerse a esta indicación mía. (Está mutilada la carta). (En la pág. 4 principia así:)



## NARIZ DEL DIABLO

imaginara que ese marchante era un ladrón". Es el pícaro más audaz e impúdico que pisa la tierra: por su conducto mismo han pasado sumas de dinero (está mutilada) (En la pág. 7 continúa así:)

to este amigo no se hallare en Panamá, cuando él lleque, dígame que se la entregue al Sr. Ramón Vallarino, el joven, y que a él se dirija para lo que se le ofrezca. Pero es seguro que Eloy estará allí.

Siento en el alma la muerte de don Gabriel, hermano de Ud. Va arralándose su familia, mi querido Rafael. Viva, vivamos Ud., y váyanse todos los inútiles de sus paisanos.

Me ha admirado mucho que don Manuel M. Castro hubiese servido de instrumento para la orden de internar a los ecuatorianos de Ipiales. García Moreno nunca pudo hacerme internar a mí: con razón Veintemilla dice que es más que García Moreno.

Adios, mi querido Rafael, con mil fraternales abrazos.

*Montalvo.*

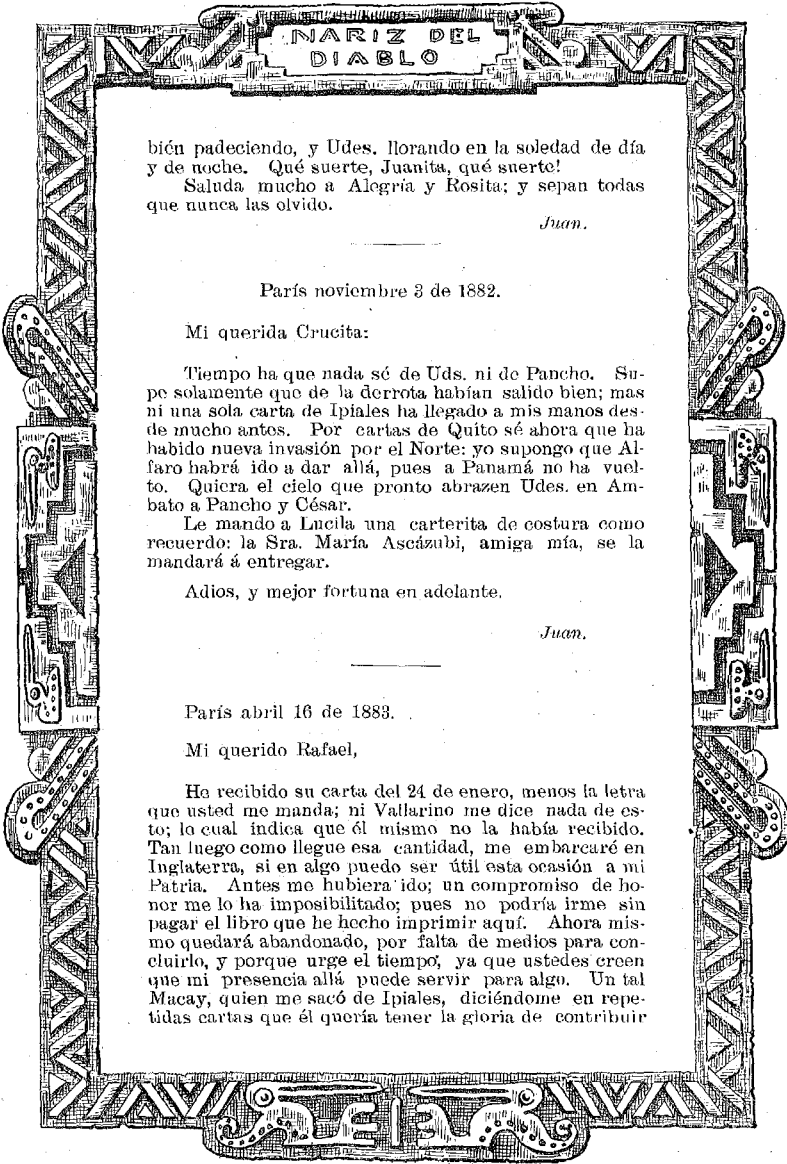
París noviembre 3 de 1882.

Querida Juanita:

La Sra. María Ascázubi, amiga mía, te hará entregar a su paso por Ambato un recuerdo que te mando desde tan lejos: son doce metros de merino negro, de ese que nunca Uds. ven por allá. Hay una postura completa para tí y para cada una de las chiquillas, Mercedes y Rosario. Saya y mantilla quedarán muy buenas. Te mando además un pañolón hermosísimo: Doña María me ha dicho que nunca de éstos llevan por allá, y que valen mucho. No quiero que lo cedas a nadie, sino que te lo pongas tú.

Van también tres lindas cartoras de costura, para tí, para la Michi y para la negrita Rosario, se acuerden o no se acuerden de mí.

Por unos Sres. de Nicaragua que vinieron a verme aquí en mi casa, supe que una partida de paisanos de Ambato había llegado a esa República, desterrados. Cuando Pacho Moscoso ha sido desterrado, digo yo, ningún hombre de mi familia habrá quedado en casa. Probablemente Gabriel, Ricardo, Banda, andarán tam-



NARIZ DEL  
DIABLO

bién padeciendo, y Udes. llorando en la soledad de día y de noche. Qué suerte, Juanita, qué suerte!

Saluda mucho a Alegría y Rosita; y sepan todas que nunca las olvido.

*Juan.*

París noviembre 3 de 1882.

Mi querida Crucita:

Tiempo ha que nada sé de Uds. ni de Pancho. Supe solamente que de la derrota habían salido bien; mas ni una sola carta de Ipiales ha llegado a mis manos desde mucho antes. Por cartas de Quito sé ahora que ha habido nueva invasión por el Norte; yo supongo que Alfaro habrá ido a dar allá, pues a Panamá no ha vuelto. Quiera el cielo que pronto abracen Udes. en Ambato a Pancho y César.

Le mando a Lucila una carterita de costura como recuerdo: la Sra. María Ascázubi, amiga mía, se la mandará á entregar.

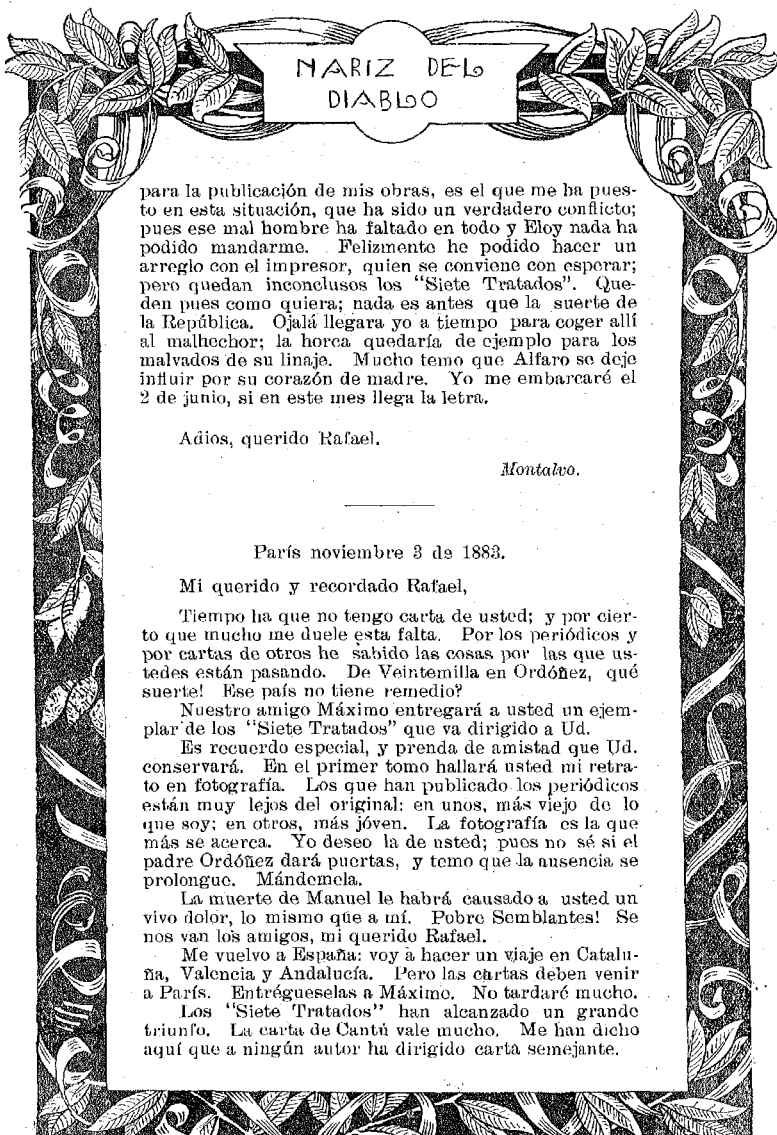
Adios, y mejor fortuna en adelante.

*Juan.*

París abril 16 de 1883.

Mi querido Rafael,

Ha recibido su carta del 24 de enero, menos la letra que usted me manda; ni Vallarino me dice nada de esto; lo cual indica que él mismo no la había recibido. Tan luego como llegue esa cantidad, me embarcaré en Inglaterra, si en algo puedo ser útil esta ocasión a mi Patria. Antes me hubiera ido; un compromiso de honor me lo ha imposibilitado; pues no podría irme sin pagar el libro que he hecho imprimir aquí. Ahora mismo quedará abandonado, por falta de medios para concluirlo, y porque urge el tiempo, ya que ustedes creen que mi presencia allá puede servir para algo. Un tal Macay, quien me sacó de Ipiales, diciéndome en repetidas cartas que él quería tener la gloria de contribuir



## NARIZ DEL DIABLO

para la publicación de mis obras, es el que me ha puesto en esta situación, que ha sido un verdadero conflicto; pues ese mal hombre ha faltado en todo y Eloy nada ha podido mandarme. Felizmente he podido hacer un arreglo con el impresor, quien se conviene con esperar; pero quedan inconclusos los "Siete Tratados". Queden pues como quiera; nada es antes que la suerte de la República. Ojalá llegara yo a tiempo para coger allí al malhechor; la horca quedaría de ejemplo para los malvados de su linaje. Mucho temo que Alfaro se deje influir por su corazón de madre. Yo me embarcaré el 2 de Junio, si en este mes llega la letra.

Adios, querido Rafael.

*Montalvo.*

París noviembre 3 de 1883.

Mi querido y recordado Rafael,

Tiempo ha que no tengo carta de usted; y por cierto que mucho me duele esta falta. Por los periódicos y por cartas de otros he sabido las cosas por las que ustedes están pasando. De Veintemilla en Ordóñez, qué suerte! Ese país no tiene remedio?

Nuestro amigo Máximo entregará a usted un ejemplar de los "Siete Tratados" que va dirigido a Ud.

Es recuerdo especial, y prenda de amistad que Ud. conservará. En el primer tomo hallará usted mi retrato en fotografía. Los que han publicado los periódicos están muy lejos del original: en unos, más viejo de lo que soy; en otros, más joven. La fotografía es la que más se acerca. Yo deseo la de usted; pues no sé si el padre Ordóñez dará puertas, y temo que la ausencia se prolongue. Mándemela.

La muerte de Manuel le habrá causado a usted un vivo dolor, lo mismo que a mí. Pobre Semblantes! Se nos van los amigos, mi querido Rafael.

Me vuelvo a España: voy a hacer un viaje en Cataluña, Valencia y Andalucía. Pero las cartas deben venir a París. Entrégueselas a Máximo. No tardaré mucho.

Los "Siete Tratados" han alcanzado un grande triunfo. La carta de Cantú vale mucho. Me han dicho aquí que a ningún autor ha dirigido carta semejante.

NARIZ DEL  
DIABLO

Adios, mi querido Rafael, con el más afectuoso abrazo.

*Montalvo.*

Si ve a mi hermano, dígame que su carta fue por el vapor inglés hacen dos días.

París a 15 de diciembre de 1883.

Mi querido Rafael,

Por conducto de Eloy le dirijo otra carta; pero tengo que ponerle esta otra con un objeto especial. Cuando le dije a Ud. que mi amigo el Sr. Vallarino no había podido todavía mandarme la letrita que Ud. le remitió para mí, fue la pura verdad. Entre las mil cartas más que no han llegado a manos de ustedes fue, sin duda, la en la cual le daba a Ud. aviso de que la dicha letra había al fin llegado a mi poder, menguada, muy menguada; pues de Guayaquil a Panamá solamente se había perdido más de la tercera parte en el cambio. Este es casi siempre el 50% del Ecuador a Europa; vea pues Ud. cuanto pudo haber llegado a mis manos. En cuanto al Sr. Vallarino, lejos de haber cometido abuso de ninguna clase, me ha servido como el más fino amigo durante las ausencias de Eloy: Dios sabe cómo me hubiera ido sin él en la primera campaña. Ramoncito Vallarino es uno de mis más queridos amigos, y de esos que, como Ud., merecen y poseen toda mi estimación. Deseo que Ud. le escriba sin pérdida de tiempo dándole una satisfacción; pues él se halla inquieto con el juicio de Ud.

Repito mis abrazos.

*Montalvo.*

París mayo 14 de 1884.

Mi querido Rafael,

No sé siquiera si Ud. ha recibido la larga carta que le dirijo con motivo de la candidatura del indio Ramón

Horrero. Ud. no me escribe en ningún caso; pero yo no quiero dejar pasar esta ocasión de saludar a Ud., como que es uno de mis amigos a quienes no puedo olvidar. Han venido a verme estos dos jóvenes de Quito; con ellos le escribo, mi querido Rafael, pues me han dicho que le conocen y son amigos de Ud.

Si hubiera patria para mí, me fuera ya, pues por ahora nada tengo que hacer en Europa. No puedo dar a la estampa todavía mis otros libros, por falta de fondos; pues lo poco que hasta ahora me han mandado de los "Siete Tratados", me está sirviendo para la subsistencia.

Por de pronto haga sacar en una hojita suelta muy clara el artículo que Ud. hallará en el periódico que le mando. Me parece que no hay inconveniente, pero si eso le había de causar molestias, no lo haga. Sabrá el padre Ordóñez en lo que se ha metido? Un periódico francés ha publicado ya un furibundo artículo sobre la pastoral y el autor. Este irá después.

Mil y mil abrazos.

Montalvo.

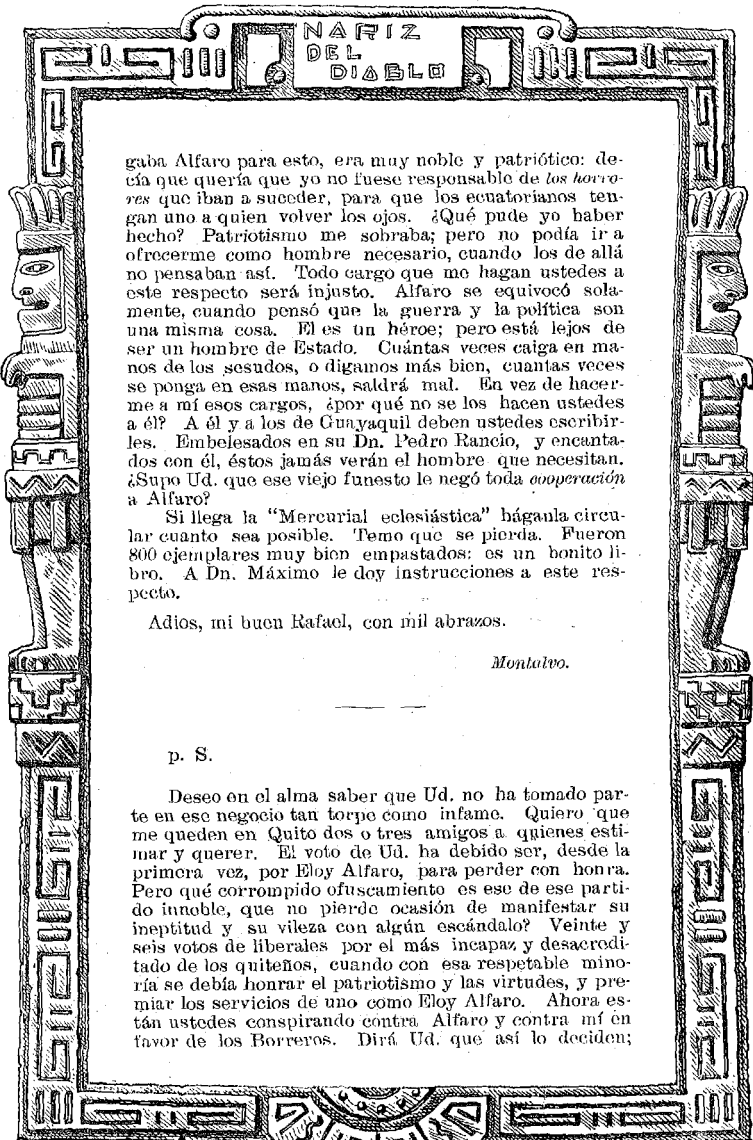
París Agosto 14 de 1884.

Mi querido amigo,

Recibí la contestación que Ud. ha dado al fin a mi carta respecto de la famosa *combinación* del indio Ramón Borrado. Seis meses ha necesitado Ud. para contestar cuatro líneas; con lo cual no me convida Ud. a escribirle; y sin embargo, yo no puedo dejar de hacerle mis recuerdos; pues de mis pocos amigos del Ecuador, Ud. ocupa lugar preferente en mi memoria.

Alfaro me comunicaba todo, pero en nada *estaba de acuerdo* conmigo: no se equivoquen ustedes. Un sesudo cualquiera le convence más que yo; y como Ud. sabrá, el sucio Javier fue quien le dictó la política que siguió en Guayaquil. Digo que el sucio hizo nombrar a Dn. Pedro Rancio Jefe Supremo; y que esto fue lo que todo lo echó a perder. Hallándome yo presente, no dudé que Alfaro se hubiera dejado guiar por mí; pero, lejos de hacerme invitación ninguna, eché de ver que por allá no descaban sino mi ausencia. El motivo que ale-





NARIZ  
DEL  
DIABLO

gaba Alfaro para esto, era muy noble y patriótico: decía que quería que yo no fuese responsable de los horrores que iban a suceder, para que los ecuatorianos tengan uno a quien volver los ojos. ¿Qué pude yo haber hecho? Patriotismo me sobraba; pero no podía ir a ofrecerme como hombre necesario, cuando los de allá no pensaban así. Todo cargo que me hagan ustedes a este respecto será injusto. Alfaro se equivocó solamente, cuando pensó que la guerra y la política son una misma cosa. El es un héroe; pero está lejos de ser un hombre de Estado. Cuántas veces caiga en manos de los sesudos, o digamos más bien, cuantas veces se ponga en esas manos, saldrá mal. En vez de hacerme a mí esos cargos, ¿por qué no se los hacen ustedes a él? A él y a los de Guayaquil deben ustedes escribirles. Embelesados en su Dn. Pedro Rancio, y encantados con él, éstos jamás verán el hombre que necesitan. ¿Supo Ud. que ese viejo funesto le negó toda cooperación a Alfaro?

Si llega la "Mercurial eclesiástica" háganla circular cuanto sea posible. Temo que se pierda. Fueron 800 ejemplares muy bien empastados: es un bonito libro. A Dn. Máximo le doy instrucciones a este respecto.

Adios, mi buen Rafael, con mil abrazos.

Montalvo.

p. S.

Deseo en el alma saber que Ud. no ha tomado parte en ese negocio tan torpe como infame. Quiero que me queden en Quito dos o tres amigos a quienes estimar y querer. El voto de Ud. ha debido ser, desde la primera vez, por Eloy Alfaro, para perder con honra. Pero qué corrompido ofuscamiento es ese de ese partido inoble, que no pierde ocasión de manifestar su ineptitud y su vileza con algún escándalo? Veinte y seis votos de liberales por el más incapaz y desacreditado de los quiteños, cuando con esa respetable minoría se debía honrar el patriotismo y las virtudes, y premiar los servicios de uno como Eloy Alfaro. Ahora están ustedes conspirando contra Alfaro y contra mí en favor de los Borreros. Dirá Ud. que así lo deciden;

¿quienes? Los viejos. Pero a los jóvenes les toca el valor, la resistencia, la idea nueva y grande; y cuando los viejos no son grandes caudillos, los jóvenes hacen su deber consultando su propia conciencia, impulsados por la sangre de sus venas. ¿Los jóvenes son carneros? 26 votos ponen ustedes, por 6 u 8 que pondrán los morlacos; y todo es para los floreanos del indio Ramón. Caso de aceptar ese horrible partido, ustedes debían haber puesto por condición *sine qua non* Eloy Alfaro, Comandante General de Guayaquil, para tenerle por las narices al traidor Borrero. Yo, ni en eso hubiera entrado, porque sé que para almas elevadas vale más sucumbir con honra, que triunfar con infamia y vergüenza. Acababa Ramón Borrero de hacer la apología de Flores en plena Cámara; todos ustedes saltaron de indignación; y he allí que ese Borrero es el candidato de ustedes. Cuáles son más ruines, los terroristas o los liberales? Ya sé lo que responderán algunos, —“por evitar la persecución”. Antonio Borrero, Presidente hecho por nosotros, no solamente toleró, sino también fomentó las tentativas de asesinato que se hicieron contra mí en las calles de Quito. Y en resumiendo cuentas, para evitar la persecución, no es necesario cubrirse de vergüenza, y desmentir, y escarnecer, y sacrificar a los buenos.

*Montalvo.*

Deseo le comunique Ud. esta carta a mi sobrino Adriano. Si se ha ido ya a Ambato, mándescla.

París enero 29 de 1888.

Mi querida Lucila,

Ha llegado a mis manos, hacen tres o cuatro días, la carta que has encomendado al Sr. Freiro. El Sr. Ballén me ha dicho que se la ha entregado un joven León. Me contrista la enfermedad que te está affigiendo; aunque no me parece cosa grave; pues una carnosidad en el ojo no es de cuidado. Con todo, has debido enviarme una explicación técnica de un médico; ¿pues qué datos he de dar yo al oculista? Y es seguro que éste pedirá explicaciones, cuando tu no me haces ni la menor. Voy

## INARIZ DEL DIABLO

a consultar, sin embargo, a uno de los primeros especialistas de París; y con el mismo Sr. Freire te remitiré la receta o el método curativo que dé.

Igualmente imprevisiva has andado en el encargo de los anteojos; porque si ellos son para ver a la distancia, era indispensable decir, siquiera poco más o menos el grado de tu miopía. Cada cual compra sus anteojos probando el vidrio que le corresponde: si él es más o menos, todo esfuerzo de la vista es perjudicial. Lo que haré será enviarte los anteojos que necesitas con un reemplazo de lunas de graduación sucesiva, para que las hagas poner allá según convenga al grado de tu vista. Y no te mandaré en la forma que pides, porque aún en los hombres, son feos esos *pince-nez*, o anteojos de narices; mucho más en una señorita. Serán tan bonitos y tan finos los que te envíe, que podrás salir a la calle sin aprensión. Aquí todas las señoras miopes los usan, y en las jóvenes es una especie de elegancia. También esto te lo confiaré al Sr. Freire. El librito que me pides, no le encargaré a él por no abusar de su confianza. Probable es que, si él supiera lo que es, se negara a llevarlo. Te lo mandaré, pues, con otro conductor.

Siempre me ha admirado la facilidad con que tu señora madre consintió en la división y la separación de la familia, cuando los nietos, los niños son el consuelo de la vejez y la alegría de la casa. Mucho me alegro de que piensen ustedes en incorporarse de nuevo y vivir todos juntos; aunque siento que dejen para siempre el lugar de nuestra cuna y el lecho de nuestros padres.

Abraza a Pancho y Crucita, y tú cree siempre en el afecto de tu tío

Juan.

París marzo 7 de 1888.

Mi querida Lucila,

Te escribí directamente con tu nombre, tan luego como hubo recibido tu carta. Hoy vuelvo a servirme del correo, por falta de conductor particular. Por el correo mismo te envío el lente que necesitas; aunque lo más probable es que no te sirva, porque lo he comprado sin dato ninguno respecto del grado de tu miopía.

## CURRIZ DEL DIABLO

Si no he acertado, no lo uses: si fuerzas la vista con un vidrio que no te convenga, te expones a otra enfermedad. Lo que harás será decirme, aunque sea poco más o menos, el grado que te corresponde. ¿De dónde proviene el que pidas lente para un ojo solamente? Si eres miope, lo eres de los dos; el designar la fuerza de la visión es causa de enfermedades de otra naturaleza. Lo mejor es que uses anteojos completos, los que yo te enviaré, así como me digas la graduación que deben tener. El lente que te envío es del número tres, como para persona que hasta hoy no ha usado anteojos.

El oculista me ha respondido lo que ya te respondí yo mismo; y él dice más, es a saber, que ni con una explicación por escrito, explicación de médico, podría dar receta ninguna, porque si hay enfermedades que requieren examen personal, son las de los ojos. Y tú ni siquiera me has enviado una relación técnica de un facultativo. Así es que el oculista a quien he consultado se ha admirado de mi consulta; consulta sin dato de ninguna especie.

Esa carnosidad que te ha sobrevenido en el un ojo no me parece de cuidado: personas hay que la tienen de por vida, sin peligro de la vista. Sin embargo, tu aprensión es justa, y conviene hacer lo que razonablemente sea posible para hacerla desaparecer. Para ver a la distancia, yo también tengo anteojos, que cargo al bolsillo; y siento mucho no haber conocido este admirable arbitrio hacen veinte años que tan mal he visto.—Adios mi buena Lucita, y memorias a Pancho, Crucita y todos.

Juan.

Mi querida Lucita,

Díle a Pancho que entregue esa carta a Orteguita y le obligue a ponerla en la primera página de su periódico. Es preciso que esta intriga sea desbaratada.

Salgo del sepulcro después de tres meses de cama, y no puedo todavía ni guiar la pluma.

Juan.



NARIZ  
DEL DIABLO

SRA. ZOILA ORTEGA DE CHIRIBOGA.

aris, febrero 14 de 1885.

Mi buena y querida Zoilita:

Su carta del 9 de Diciembre ha llegado a mis manos, sin que haya podido yo saber porqué conducto. Siento que la ocasión con que Ud. me ha escrito sea tan triste; pero le agradezco su comedimiento, tanto más cuanto que ninguno de mis parientes ni mis amigos ha tenido a bien comunicarme el gran suceso que le ha hecho a Ud. acordarse de mí. Por un periódico de Panamá supe ya la muerte que han dado a mi sobrino Leopoldo; pero la duda me dejaba un resto de esperanza. La carta de Ud. me dice toda la verdad, la cual no puede ser más terrible. Si Leopoldo habrá dejado conocer gran valor y gran carácter, tenía que morir; ese pueblo no tolera prendas ni virtudes. Lo que me asombra es el modo como le han matado. Esos son los hombres cristianos y buenos? La barbarie que toma esas formas impías e infames, aterra, y está poniendo horriblemente un país, o por lo menos un partido.

A su tiempo, Leopoldo será el objeto de un escrito mío, no tenga Ud. cuidado; aunque pienso que eso le importa nada a él.

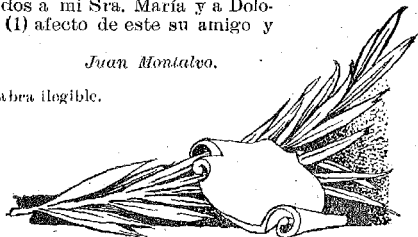
Si yo mismo por impulso propio no habría de hacer un recuerdo de ese pobre niño, el deseo de Ud. me habría inspirado y animado. La felicidad de ese generoso difunto no estará en que yo le dedique algunas páginas, sino en que una mujer como Ud. se interesa por él. Si el asunto de esta carta no fuera la tumba, aquí le diría a Ud. cuánto y cómo me he acordado siempre de Ud.

Si desea Ud. escribirme, dirija Ud. sus cartas al Sr. José Ferrer, a París. Como halle Ud. el modo de hacerla franquear en Guayaquil, llegará a mis manos. El secreto está en que sea franqueada en Guayaquil. Si desde Ambato la manda Ud. directamente, no llegará. Dígale esto a mi sobrino Adriano.—Qué suerte están corriendo mis demás sobrinos y mis amigos ¿por qué se descuidó Ud. de decirme, Zoilita?

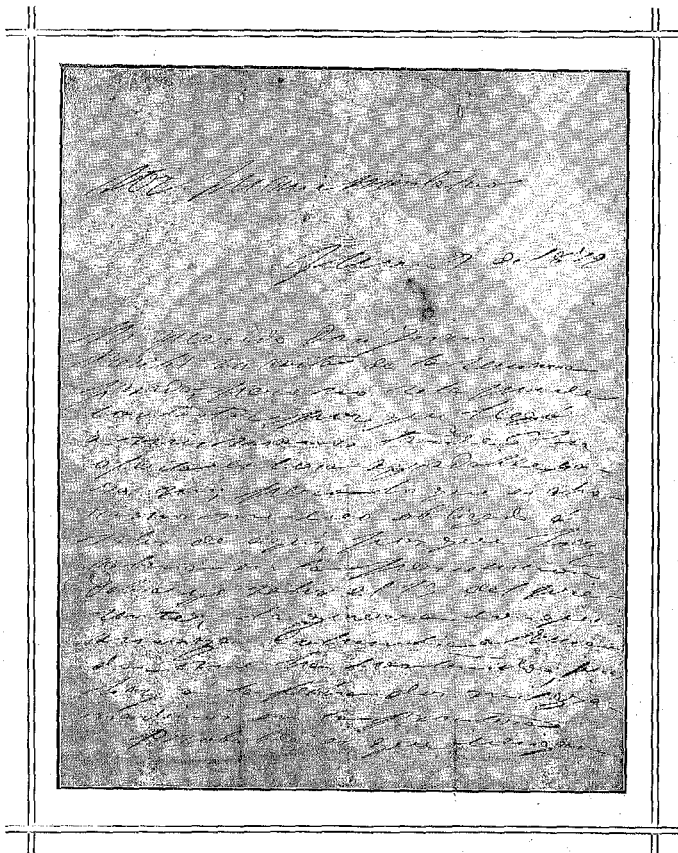
Haga Ud. mis recuerdos a mi Sra. María y a Dolóritas, y Ud. no dude del (1) afecto de este su amigo y admirador.

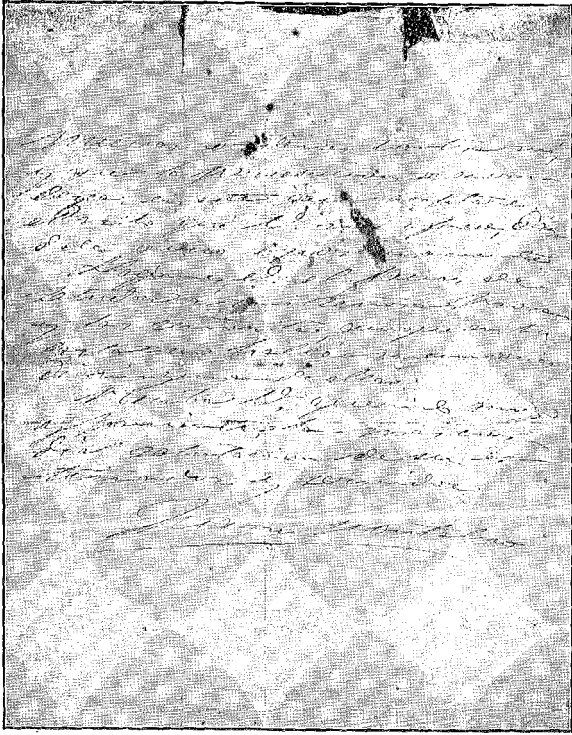
Juan Montalvo.

(1) Aquí hay una palabra ilegible.



**UN AUTOGRAFO DE DON JUAN**





The image shows a rectangular frame containing a scan of a handwritten document. The text is written in a cursive script and is mostly illegible due to the quality of the scan and the texture of the paper. The frame has a double-line border.

## JUAN MONTALVO

**M**ÚLTIPLE personalidad la de Dn. Juan Montalvo: en ella se condensan las facultades del literato en su máximo grado de extensión y de intensidad, las que un profundo análisis psicológico descubre en el que ama y cultiva la expresión de la hermosura. Escribió principalmente para satisfacer su vocación de llenar el mundo con las eternas armonías de su verbo incomparable, para hacer del idioma de Cervantes algo como un milagro evocador que habta de mostrar una gran parte de la inagotable realidad, idioma acicalado y original en su pluma, con la potente originalidad de su alma de poeta, ora impetuosa y oceánica, ora tierna y arrulladora, a la que con razón puede llamarse una de las mejores lirras de América.

Lució, también, en sus obras la verdad en algunos de sus aspectos, aunque no con propósito científico, la ensalzó con su palabra artística que le valía siempre por música divina y luchó con tenacidad indomable contra los abusos de una política insana. La virtud cívica y religiosa le merecieron encantadores encomios, siquiera las tuvo por demasíadamente desvalidas y escasas.

Montalvo, escritor combatido si los hay, piedra de escándalo para innumerables de sus contemporáneos, ejemplar dudoso para su posteridad; ensalzado por unos hasta la idolatría, condenado por otros hasta el insulto, su recuerdo suscita variados comentarios y largas controversias. La gloria, entretanto, madre misericordiosa, desde su inmortal Olimpo está viendo pasar el turbión de la maledicencia y acariciando a Montalvo, su hijo predilecto, lo guarda en lo más íntimo de su regazo, para devolverlo purificado a la admiración de las sucesivas ya nuevas generaciones, más tolerantes y por la acción del tiempo más justicieras.

De Montalvo, indubitable gloria ecuatoriana, consagrada ya por el mármol y por la aristocracia intelectual de América y Europa, voy a hablar yo ahora, con breves y modestos juicios, pero sinceros, pero bien intencionados; para no desmentir la tradición de sencilla firmeza con que lo que aparece verdadero se expone en esta tribuna, y aunque mis conceptos no puedan estar a la altura de los que ha merecido al ingenio de reputados escritores, el justo renombre del ilustre ambateño.

### RESEÑA HISTORICA

No citaré fechas ni por menudo los sucesos, según lo pide la estricta narración histórica: encuadrar bien la personalidad de Montalvo en el marco de los anales de la Nación, requiere labor



más paciente y prolija que la que está a mi cargo. Un cuadro, sin embargo, de la índole de los tiempos en que vivió, hará muy al caso.

Tocóle venir al mundo el año 1832, fruto del matrimonio del ciudadano Marcos Montalvo y de la ciudadana Josefa Fiallo; fué su padrino el Sr. Francisco Flor, según reza la fe de bautismo publicada en Ambato el año de 1916 en el folleto "De la Risa", obra del mismo inmortal escritor Don Juan María Montalvo y Fiallo. Su infancia se desvaneció entre los primeros años de la República, cuando la audacia, habilidad y don de gentes del primer Flores, se esforzaban para constituir nuestra patria soberana, independiente y libre. Conocidos son ya la inexperiencia, errores y ambiciones de nuestros compatriotas de más expectación que han pasado revista en el cuartel de nuestra historia: si se exceptúan pocos nombres consagrados por los servicios de grande importancia prestados a la República, casi a todos alcanza en la aurora y adolescencia el país, la lilde de inexpertos que se debatían con su afán de poder y de civilización, en un ambiente por demás ingrato a sus nobles deseos y halagüeñas esperanzas.

La suma de los beneficios ha pesado más en la balanza de la justicia, en tratándose de algunos políticos consagrados por la historia, como el insigne Rocafuerte, el genial García Moreno, el dignísimo Roca, el mismo Flores, grande por su diplomacia, su valor, su pericia militar y por el título de padre y fundador de nuestro Estado, siquiera algunas sombras oscurezcan los rayos de su gloria.

La mayoría, no obstante, de nuestros gobernantes, duro es confesarlo, ha unido sus nombres a os desinmas de una ancestral demagogia, que, a fuerza de la raigambre personalista de antaño viciadora de nuestra política, a causa del caudillaje militar, imprevisivo, corrompido y temerario, ha dado a la patria días de luto, la ha sumido en grave postración política y económica y ha desencadenado por largos lustros la tormenta revolucionaria, trastornadora de las mismas bases del orden social y fecunda en todo linaje de males.

Llegado Montalvo a madurez de la razón, no pudo menos que conmovirse ante el espectáculo de una patria convulsa y ensangrentada, en que la ambición cegaba en flor innumerables vidas, en que la ignorancia, o escasa preparación cultural, no era óbice para escalar los primeros puestos de la Magistratura, en que permanecían obscuros los fueros de la doctrina, cediendo su puesto al desate de las más bajas pasiones. Pocos caracteres de noble grandeza se dibujaban por entonces en el horizonte de nuestra historia, un Ascázubi, un Malo, un Fernandez Salvador, un Angulo, un Arteta y otros más que apenas podían traer algún consuelo a un corazón como el de Montalvo, que se sentía hervir en fuego de patriotismo, en amor del bien y la verdad y que se sentía, además, inclinado a una singular altivez de pensamiento unida a una doliente austeridad catoniana.

La transformación política, desde un secular coloniaje a los años de la Magna Guerra, sirvió en toda América para despertar

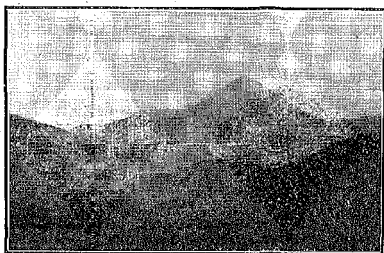
junto con un admirable espíritu de libertad y autonomía, la influencia omnímoda de los hombres de espada, ese instinto guerrero del mando que, cuando no arraiga en cerebros cultos, tórnase actividad destructora, caudillaje militar en que germinan como en pútrido pantano, los delétereos miasmas de la codicia, de la concupiscencia de placeres y del despotismo que infesta el puro ambiente republicano. Desde la Magna Guerra a la plenitud de la Independencia, nuestra amada patria tuvo que soportar por largo tiempo los antiguos defectos de sus hombres, sus costumbres y sus leyes, pues, de poco sirve cambiar las instituciones, si los hombres no se modifican; y así, cuando nuestro Montalvo esgrimía la pluma como una espada, poniendo su mentalidad al servicio de muchos ideales, con acentuados caracteres estaban: la anarquía de las doctrinas imperando entre ciudadanos de viso, la general impericia en los encargados del supremo poder y la "prepotencia de los especuladores" sobre las masas del pueblo.

No digo que semejantes males hayan imperado sin interrupción durante los años de la vida de Montalvo, antes, por

fortuna, hay paréntesis gloriosos en las páginas de nuestra Historia; pero, en determinados lustros no fue escasa la relajación del Clero, la ignorancia en materias religiosas, la impunidad de los delitos y hasta la apoteosis de ciertos delinquentes.

Mucho hay de que alegrarnos durante la República en materia

de Instrucción Pública, principalmente con García Moreno y Rocafuerte; conocidas son las prerrogativas y excelencias del arte quiteño, pero el nivel moral estuvo ciertamente algunos años bajo cero, la Iglesia vivía en pupilaje, merced a un absurdo regalismo, a la pretendida sucesión de la República en los derechos de patronato concedidos por la Santa Sede a los Reyes de España, errónea apreciación consagrada por la ley, que indujo a los gobiernos a nombrar dignidades eclesiásticas, asignar rentas, suspender beneficios, agregar y suprimir las fiestas religiosas y hasta otorgar el pasc a los documentos pontificios. La Iglesia toleró este sistema para evitar a la sociedad mayores males, vió con dolor cómo la intromisión del poder civil la envolvía mal de su grado en el ingrato campo de las luchas políticas, en el desate de las ambiciones terrenales, y, cómo apuntaba ya en los albores de la República un prurito de propaganda rebelde a sus dogmas y puras enseñanzas.



EL TUNGURAHUA

Rocafuerte señalaba ya con mano maestra en su mensaje del año 39 los males de nuestra democracia, la avaricia de los propietarios, la superficialidad en materias religiosas, la osadía de los proletarios del doctorado; estos males como tantos otros, han continuado, salvo contadas excepciones, hasta nuestros tiempos. Poco fruto podía dar una Religión que no era vivida, aunque desde el Congreso de 1833 se prohibiesen los escritos impíos y la defensa de proposiciones contrarias a la Católica, única reconocida por el Estado, y, aunque el mismo ilustre Rocafuerte antes de García Moreno, encargara la pesquisa y censura de los libros impíos, igualmente que cuidará a los curas, a fin de que atendiesen en debida forma sus curatos. Las mejores medida gubernativas, si están aisladas, acaban en el fracaso mientras no se apoye con decisión a la única fuerza capaz de transformar por completo a los individuos, la Religión católica ilustrada por la ciencia, dignamente defendida y caritativamente predicada. (1)

Montalvo nació poeta, nació rebelde, sentíase impelido a corregir abusos, a enderezar tuertos, sacar follones y malandrines a la pública vergüenza, muy desarrollado en él el Quijote que todos llevamos dentro. Esta improba labor, a su entender, estaba encomendada a su pluma.

Apenas adolescente sentía alentar en su cerebro la más rica fantasía, cuando escribía cuentos de su invención, para entretejer los ratos de ocio a su cuñada, la esposa del Dr. Francisco Montalvo, su protector. Esa misma exhuberante fantasía había de enriquecerse más y más con el andar de los tiempos, acopiando los múltiples elementos de cultura que le suministraban, la experiencia de nuestros hombres y de nuestras cosas, una asidua lectura de la historia de Roma y de Grecia y de los clásicos castellanos y franceses, místicos del siglo de oro, escritores de costumbres, la mayor parte sobre todo de los que forman el acervo literario de la hispana gloria.

Dotado de un buen espíritu de observación, de una rápida fantasía creadora, de una invencible ambición de honor; pobre y oscuro en los comienzos y luego perseguido en el apogeo de su carrera literaria, fácil es presumir que la vida le fue un sendero cubierto de espinas, donde no hallaría otros consuelos que los anexos a la profesión de transparentar el alma en la encantadora música de la palabra.

Todo lo que acabo de escribir, prueba que en el Ecuador no había ambiente propicio a su genio, de modo de hacerle suave el sendero de la vida. Escribía en una República trabajada por múltiples factores de descomposición social, religiosa y política, donde apenas había echado raíces la prensa periódica, donde aún estando el catolicismo profesado por aristócratas y gobernantes, todavía era escaso el número de lectores católicos, aún de los que se sentían alentados con la lectura de escritos en que la Religión campeaba como dueña y soberana.

Hasta 1860, por lo menos, y quizás después, eran las publicaciones periódicas relativamente escasas y grandes las dificultades

(1) Los datos históricos están tomados del celebrado libro de J. L. R. titulado Historia del Ecuador, tomo primero.

des para imprimir. Montalvo tuvo que luchar contra su pobreza, contra los impresores, contra el ambiente de opinión que le fue adverso, contra amigos y adversarios para dar a la estampa sus producciones. Gran parte de su vida la pasó en el destierro, entregado muchas veces a los rigores de la miseria. París le vió sumido en grande estrechez económica; Ipiales le vió entregado a la vida frugal y solitaria, austero por lo regular en sus costumbres, altivo siempre hasta rayar en olímpico orgullo. Todo ello contribuiría para llamar la atención del público hacia su persona, pero, aún dándole el mayor número de lectores nacionales, pena causa su labor en lo que tiene de útil y provechosa conocida por contados, curiosos compatriotas que, un número de *El Cosmopolita*, por ejemplo, se lo pasarían los unos a los otros y de balde. Me permito creer que lectores gratuitos habrá tenido muchos, de ser cierta su afirmación de que "Tres números de *"El Regenerador"* apoyado por los jóvenes liberales de Quito y Guayaquil, bastaron para quitarle al presidente más popular que habíamos tenido en tierra de lirones, sus 20.000 votos".

Escritos los de Montalvo en que, a merced de sus inmensas pasiones, ora altivo como un dios irritado, ora romántico como un héroe de novela; ya feroz como una fiera, ya simpático como un gentilhomme, ahora iba a fulminar como un rayo a los perversos, ahora cantaba el amor y la vida del campo, ahora soliviantaba a la plebe, ahora esgrimía a la manera de Víctor Hugo el látigo de "Los Castigos", pero siempre grande hasta en la diatriba, es claro que salían de lo más recóndito de su albedrío y de su ingénita altivez; no podían pues comportarle sino una labor costosa, en ocasiones sin esperanzas terrenas y siempre sin remuneración satisfactoria.

Para castigar a los que reputaba tiranos o perversos atizó las pasiones propias de la democracia, para vengarse de sus enemigos les puso en descomunal ridículo, para entrar con paso franco en el cielo de los inmortales, hizo de su cerebro uno como un santuario de la hermosura, todo con variada ilustración y según su leal sabor y entender. No era, pues, temperamento para adular las pasiones de los grandes, o atarse al carro de la opinión común, sólo por el prurito de la ganancia. Seguro está que no entró nunca en su programa de político ni literato, el afán de la pecu-



VISTA PANORAMICA DE BAÑOS,  
UNO DE LOS RINCONES PREDILECTOS  
DE DON JUAN MONTALVO

nia. En múltiples pasajes de sus libros muestra soberano desdén por el dinero; le roe las entrañas como un guijarro la dádiva interesada. La hipocresía era su fantasma; cuando pudo la tendió en tierra acribillada de heridas por su tajante verbo. Otras humillaciones le *inslingiría* la despiadada pobreza, pero nunca la da esclavizar su entendimiento al querer de los poderosos de la política, mérito nó el menor, al tratarse de un varón que no contó más capital que su talento, calidad heroica que abonará su grandeza a los ojos de las nuevas generaciones.

De continuo sintió tristeza de haber nacido en un país entregado en cuerpo y alma en manos del militarismo demagógico, poblado en su mayor parte por la infeliz raza indígena supersticiosa y esclavizada, tierra de costumbres primitivas en gran parte y con el acervo de pasionillas mezquinas, propias de las poblaciones pequeñas; porque lo eran y aún lo son las que con el nombre de parroquias y aún cantones están diseminadas en nuestro litoral y sierra interandina. La educación va borrando poco a poco esa misérrima lucha de personas engendrada por rencillas familiares, contrapuestos intereses, bajas envidias que forman el capítulo de la miserias lugareñas. Cuando vivió Montalvo, sus talentos no fueron comprendidos por la inmensa mayoría de sus conciudadanos; luego que lo fueron por los más inteligentes e ilustrados de sus compatriotas, en muchos de ellos naciera la envidia; en otros, el furor contra un hombre semejante con quien no podrían contar para su partido o para la defensa fanática de sus ambiciones.

Desprecio no abrigaba para con su patria, como algunos pretenden; las frases duras que estampó en sus escritos, al parecer contra ella, se deben al mismo fervoroso patriotismo que le consumía el alma, sentimiento que, al verse contrariado por desdichado encadenamiento de sucesos, se exhalaba en frases rebosantes de amor patrio ofendido y de acerba, personal amargura. El sólo pensamiento de que sus compatriotas se volvieran para siempre pueblo esclavizado, pueblo corrompido, le sacudía en el corazón al dios de la venganza, y entónces, la pluma de Montalvo estallaba en apóstrofes candentes. Para combatir la esclavitud, para defender la soberanía de la Patria, la independencia y solidaridad de América, para difundir el amor a la libertad, el odio a los que reputó tiranos, sí que se armó de todas armas: el párrafo de consumado retórico, la ironía sangrienta, el látigo del ridículo, hasta el ataque personal rayano en la diatriba: díganlo sus célebres Catilinarias.

Amigo de algunos hombres de figuración en la política o en las letras, gustaba de su amistad y compañía, mientras lo que él llamaba su dignidad y otros estimaron refinado orgullo, se lo permitía; luego que sus amigos políticos se separaban de las normas que se había trazado, altruistas o nó, buenas o malas de Gobierno, o de las reglas de un tinoso proceder, los fugigaba sin misericordia. No era de los hombres que a título de agradecimiento de los beneficios recibidos se imponen a sí propios el silencio ante la iniquidad, y menos descenden a pensar con la cabeza de sus benefactores. Quizas por esto la tilde de ingrato le persiguió hasta

los postreros años de su vida. Sin detalles de ésta, no podemos juzgar con acierto de ese calificativo con que se le afrentaba. Tiranos de la política, o tiranos del dinero, pienso en ocasiones que el calificativo de ingrato, es el último que prodigan con saña a cuantos no nacieron para sus esclavos!

¿Quién podrá negar la influencia que ejerció su pluma en la sociedad de su tiempo? Sus contrarios le miraban como un adversario de cuenta: que era temible el odio de ese ingenio irritado, lo están acreditando las persecuciones y destierros de que fue víctima. Los opositoristas inhábiles están muy bien en su puesto de combate; el derecho de ellos en su incapacidad: a esos no destierra ni persigue un mandatario inteligente, les agradece y apoya, porque sabe que nada hay mejor para desprestigiar una causa que su mala defensa. Los jóvenes, sobre todo, se enardecían con la lectura de Montalvo y seguían sus lecciones con adhesión fervorosa; así se explica cómo vuelve de continuo a la juventud las miradas de su esperanza; así el que se jactara malamente de que su pluma hizo el luctuoso 6 de Agosto del año de 75; así que ya desde entonces surgieran prosélitos de sus ideales, imitadores y remedadores de su estilo incomparable. Cuando Montalvo se creyó en peligro, se fió en la defensa de la juventud; y, a un respetable ciudadano, su admirador y amigo, el señor Celiano Monge, he oído que jóvenes le escudaron valerosos en cierto motín callejero.

Hay interés de conocer la fisonomía de los varones que se distinguieron por sus cualidades intelectuales. La humanidad se ha mostrado curiosa del aspecto físico de los hombres representativos, que diría Emerson, y muchos de ellos no han peleado por librarse de fotografías, que yo sepa. Montalvo, él mismo nos lo cuenta en el tratado de la Belleza, nada tenía de parecido a Esopo. Varón de elevada estatura, con ella andaba prevaleciendo entre los de su especie. La cabeza bien puesta sobre el tronco, ensombrecida su espaciosa frente con "una explosión de anillos de azabache": así llama el remilgado ese capricho de la naturaleza que consiste en curvar en partes los flexibles tallos que son el pelo, hasta que se derramen como ondas de tiniebla, vertidas en el santuario del pensamiento por el manantial callado de la noche; la nariz ancha y recta, pronunciada la boca, negros los ojos, centelleante de carbunclos la mirada como para herir derechamente al corazón del enemigo; el paso claudicante, en vez de perjudicar dicen que realzaba la majestad de su andar reposado.



LA CASCADA DE AGOYAN.—BAÑOS

Barbas!, exclama él mismo, "aquí te quise ver escopeta", no las tenía, vistas a lo menos, amén de que si hubiera sido solamente por tal cual picadura de la viruela, derecho se adjudicaba para decir con Mirabeau enfermo en los brazos de su hermana: "sostén a la primera cabeza de la Francia". Nada nos dice de la pigmentación de su piel, si no es que le corría por ella una disolución de rosas, allá por sus candorosos años. Más tarde, puesto que no era zambo ni mulato, tengo para mí que, si no sorprendió por la blancura, tampoco ocurriría al blanquete, galán como él, dueño del amor a las primeras de cambio.

Donde la Cordillera de los Andes se abre en dos brazos paralelos, a trechos deja abiertó el espacio a fértiles valles y vistosas hondonadas. En una de éstas, circuida en magestuosa curvatura por un camino de hierro, cual si la locomotora no acertara a dejar la comarca, sin saludarla por algún tiempo con sus jadeantes resoplidos y en alardes de acelerado movimiento, se ostenta una pequeña Ciudad rodeada de campos de perenne verdura, amonó huertos y sotos fiorentísimos que impregnan el ambiente de agradable olor y cautivan las miradas del viajero. ¿Quién que sepa de los primores de esa región, acierta a distraerse del peregrino espectáculo de la naturaleza ubérrima, que estalla de pronto en magnífico concierto de claros manantiales, árboles y flores? Las casas de la Ciudad antaño tenían profusión de huertos y jardines; pinos, manzanos y perales cimbreaban sus floridas copas por sobre los cerramientos de las heredades, ensanchando la belleza del panorama. Hoy, la arquitectura moderna, esclava de la comodidad y del negocio, va convirtiendo los huertos en edificios elegantes, descuajando arbustos y cegando plantas que eran su orgullo y su encanto. Hacia un lado de la población mansamente se desliza un río de ancho cauce, que lame en sus orillas suntuosas quintas, lugares de recreo que entrepasa, galán parlero, murmurando historias de amor en sus sonantes aguas. El río y las vegas del Ambato, han sido tema predilecto del cantar de sus poetas. No ha mucho que una "pequeñita musa" de sus riberas cantó las viñas que en ellas crecen y despliegan su follaje de lozana verdura, las anchas hojas de la cepa orgullo; allí, dijo, en las alas de la brisa juega de las palomas de Bngaddí el arrullo; que es Chipre con sus ánforas, es Grecia que exprime el jugo del racimo, avara, lo que añora su mente cuando aprecia la tierra ausente y como ausente cara: que hacia ella vuelve el corazón que entiende con íntima ternura, de ese mundo pequeño que se extiende como un punto de luz en la espesura: (1) versos que ensalzan con razón la cuna de Montalvo. No me le figuro de otro modo, grande anador como era del silencio de las florestas, que en la vega derecha del Ambato, paseando a la sombra de los árboles en los campos de su amada Pícoa, extasiado en la música de las aves que mezclan sus delicadas armonías con el soplo del viento adormido en el ramaje. Un monumento que lo mostrara meditando bajo la frondosa copa de un ciprés funerario, mirando como de lejos despeñarse el agua de su río, sería digno emble-

(1) Versos de los Cantos "De mi vida" de la Sra. María Natalia Vaca de Flor.

ma de su espíritu hecho de altivez y melancolía, formado de dulces trinos de canoras aves y de bramidos detorrrente!....

## FACULTADES LITERARIAS

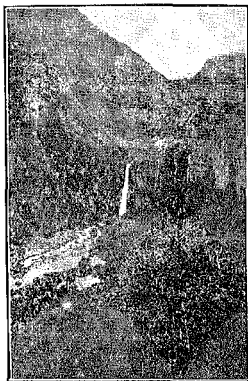
Montalvo perteneció de completo a la escuela clásica en materia literaria, entendiendo por clásico lo que más se acerca a la suma hermosura en el difícil arte de la palabra. Mucho se ha abusado del vocablo clásico, dando este nombre únicamente a una escuela literaria, como si la humanidad tuviera prefijado un tiempo en que algunos de sus ingenios han de llegar a un grado de

grandeza insuperable, fuera del cual no queden sino los siglos de ruina de los idiomas y decadencia literaria. Nacimiento, desarrollo y muerte son por cierto fenómenos de la vida intelectual que se observan en las entidades aisladas, Estados o individuos, pero sin perjuicio de la perfectibilidad literaria general, que en el transcurso de los años se revela sufragando por el creciente progreso del linaje humano. Por esto, dentro de las escuelas literarias caracterizadas por el nombre de un corifeo que las domina, (escuela Dantesca, Shakespeareana) o por las similitudes de concepción y de estilo (escuela modernista), o por la influencia de las costumbres, ideas y sentimientos de una región o pueblo (escuela sevillana, americana), cabe el concepto de lo clásico, calificativo que no está circunscripto a las producciones del lugar y tiempo determinado, sino que abarca las obras maestras

de todos los autores y de todas las escuelas, las que una crítica de sabios y la sanción del general aplauso, fijan como estrellas de primera magnitud en el firmamento de todas las literaturas del mundo.

De este modo, el romanticismo, el parnasianismo, el preclasicismo tuvieron y tienen sus clásicos, o sea sus autores que, fijados los caracteres de su escuela, o las normas de alguna nueva, conquistan sitio de honor por sus talentos y por el singular éxito de sus obras.

Montalvo es un clásico porque en tiempos de general cultivo y esplendor del habla castellana, supo colocarse en primera línea entre los escritores de su tiempo, y no a modo de feliz imitador sino de real capitán que levanta banderas, aparte entre los aficionados a las buenas letras, conservando siempre en la factura de



HAÑOS.—LA CASCADA DEL RIO ULDA. SITIO FRECUENTADO POR DON JUAN Y EN EL QUE FIRMO UNA DE SUS MAS HERMOSAS COMPOSICIONES POETICAS



la composición el sello de constante originalidad, que es el distintivo de los autores dotados del divino don de la fantasía creadora. Clásico es Montalvo por las fuentes en que bebió la pureza y esplendor de su lenguaje; clásico por su estilo castizo y correcto, por la afición caballeresca a la pureza y propiedad de las palabras que le llevaron a veces a un anacrónico arcaísmo; clásico porque su obra literaria figura con insuperable ventaja en el rol de las mejores producciones de los ingenios del Siglo de Oro de la Literatura española.

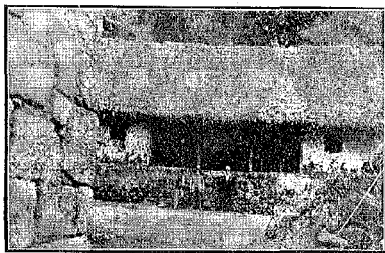
Con Montalvo tuvo también América la edad de oro de su arte literario, si acaso América puede ufanarse en el presente con algún arte especial y distinto del bien delincado acervo de la cultura artística de la Península Ibérica; y si creo que América se ufana con un rico plantel literario caracterizado de modo general por la novedad y elevación de pensamientos de sus literatos, por el hervor de una imaginación tropical, por el atinado empleo de galas literarias tomadas de las pintorescas, abruptas, majestuosas regiones en que viven y se inspiran, por la exuberancia de un sentimentalismo ardiente, férvido en la alegría, desolado en la tristeza, por la genial disposición para derramar por doquiera las sales de una comicidad aguda y en ocasiones ática.

Montalvo, a nuestro parecer, por esto es principalmente escritor representativo de la América Hispana, por su ardorosa y brillante fantasía que supo exhibirla en fluida y anchurosa vena de poesía tropical; por la nobleza y fluctuante novedad de sus pensamientos, que, aún cuando manejaba el ridículo lo servía para realzar el golpe efectista de sus admirables invectivas; por el nutrido y selecto arsenal de imágenes tomadas del suelo en que le cupo en suerte nacer y vivir, por la intensidad de las pasiones encendidas en la fragua de su pecho, grande en el amor, grande en el odio, grande en todo, hasta en los desplantes de su gigantesca soberbia. Montalvo, de este modo, ha concentrado en sí, por medio de su obra en lo que tiene de poética y política, todos los caracteres de nuestras democracias turbulentas e indómitas, jóvenes y audaces, propicias para el descontento y la novedad, que, en momentos de patriótico anhelo se lanzan a las más grandes conquistas de la civilización y del derecho, pero también apasionadas e irreflexivas, se entregan desenfundadas a los fatídicos desmanes de la fuerza.

Estudiemos por menudo las facultades artísticas de Don Juan Montalvo. No hay duda sino que el escritor nace, en el sentido de que sus facultades naturales, si no diferentes de las que tiene la generalidad de los hombres, se distinguen, aún fuera del estudio y de la experiencia, por una aptitud especial para la producción literaria. Memoria, entendimiento y voluntad todos los humanos poseen en mayor o menor grado. Aquel estado de esas facultades que determina la vocación literaria y predispone al escritor para el cumplimiento de su misión social, es el objeto de nuestro análisis. Por más que la Psicología experimental nos reserve todavía verdaderas novedades científicas sobre el influjo del temperamento en la mentalidad de los escritores, pero, debemos dar por averiguada la eficacia de ese factor en la composición literaria. Los períodos robustos y apasionados de Fray Luis

de Granada están acusando su constitución sanguínea y fuerte, conforme al retrato que de este príncipe de las letras españolas hizo el pintor Pacheco; los apóstrofes calenturientos del B. Juan de Avila y la vehemencia de su estilo lleno de frases entrecortadas por súbitas exclamaciones, están delatando su temperamento bilioso, conforme a su retrato, obra del inmortal Greco; el estilo elegante, gracil, lleno de digresiones, de sintáxis peregrina, de Santa Teresa de Jesús, sus portentosas visiones, su encantadora sinceridad, la sensibilidad exquisita que acompaña a sus más sutiles pensamientos, dice mucho de su constitución nerviosa, casi hasta los límites de la enfermedad y sin perjuicio del vivísimo, y sabio, y discreto razonar de la amable doctora avilesa. Notado ha sido en la época moderna este influjo fisiológico en el espíritu, y con abundancia de pruebas, y aún antes de que la observación puramente psicológica anotara los resultados, ya en obras de simple Preceptiva, como la de Navarro y Ledesma, se apuntó esta verdad con los mismos ejemplos. Viven aún perso-

nas que conocieron a Don Juan, y nos hablan de su temperamento apasionado, de su amor a la soledad y aislamiento que calificaron sus compatriotas de misantropía y orgullo. Sus retos soberanos a la tiranía, su *yoismo*, si cabe la palabra, para indicar la constante preocupación con su



ESTADO ACTUAL DE LA CASA DE MONTALVO  
EN LA HACIENDA DE PUNTSAN.—BAÑOS

grandeza personal, la que, a vueltas de mil cambiantes del pensamiento, le hace volver sobre sí para tratar de sí propio a veces con predilección innegable; su estilo original, caracterizado por la rotundidad del período, el estro fervoroso, la vena poética agil y contundente, la imagen brillante y oportuna, nos muestran un temperamento formado de una mezcla extraña de acometividad y orgullo, de pasiones fieras y firmeza incontrastable, calidades que acompañan según los fisiólogos a las constituciones sanguínea y biliosa. Alto, fuerte, bronceado el color del rostro, viva la mirada, no es aventurado suponer que el cuerpo del escritor americano podía servir de digno receptáculo de una alma de fuego a lo Juan de Avila; Don Juan Montalvo apóstol de la democracia, predicador calenturiento de la libertad; a lo Luis de Granada, por la música del período y robusta plenitud del pensamiento. Los ejemplares típicos no se realizan sino en los campos de la mera abstracción; sus digresiones a lo Montaigne, su delicada sensibilidad artística podían delatar también, junto con el vigor de su fantasía, la extrema finura de sus nervios.

Hay una facultad en la mente, la más desarrollada en el escritor, que ha recibido el nombre de imaginación reproductora. Consiste en el poder de asimilar y retener en el alma, las notas características de lo hermoso en la contemplación del Universo, pero, no a modo de egoísta satisfacción que no trasciende al exterior, sino con viveza tal, que capacita al escritor para transmitir a los hombres su conocimiento artístico, por medio de la palabra hablada o escrita.

La manera cómo impresiona a los oyentes o lectores el poder artístico de un autor literario, no solamente depende de esta fuerza general de la imaginación reproductora, sino de la dirección general que reciben todas las facultades de su alma, en virtud del estudio y la experiencia y del influjo ya conocido de su temperamento fisiológico.

Montalvo como escritor ante todo aparece dotado de una gran imaginación reproductora; nadie como él para asimilar el valor literario de todas las cosas del mundo que se ofrecen a su conocimiento; nadie como él para retener en su mente el valor artístico de tales cosas, ora su arte vaya por el camino de lo sublime o de lo grandioso, de lo cómico o de lo ridículo; nadie como él para reflejar en sus escritos exacta y pura la viveza de la impresión recibida, junto con la naturalidad del pensamiento; es por esto que, no tenía Montalvo, como dice Rodó, un retoricismo nemotécnico como defecto de su magistral estilo; nó, el calificativo de retórico que le han prodigado para significar lo que el vulgo entiende por retórico y retóricas, o sea la atención a la verba musical sin freno ni sustancia, por ningún título merece este príncipe de las bellas letras americanas. La palabra para Montalvo no es traje de lujo con que cubre la desnudez del ingenio; nó, jamás; para Montalvo la palabra artística es como la piel tersa y pulida de un desnudo pictórico para el cuerpo de un pensamiento que, si no llega a la potencialidad filosófica del maestro Rodó, es sustancioso y diáfano como el agua de los manantiales, o real y aterrador como las corrientes de una cascada. Remolinos y saltos espantables caracterizan a veces el desatado aluvión del ingenio de Montalvo, pero nunca como alardes de vaniloquia, sino como íntima unión del pensamiento y la palabra, un pensamiento artístico y una palabra pulida por el divino cincel de los próceres del buen decir castellano. Grande imaginación reproductora la de Montalvo: en breves rasgos retrataba una persona, con breves pinceladas pintaba un cuadro; creciente la inspiración de su alma, marcha a compás del interés, curiosidad y admiración de sus entusiastas lectores.

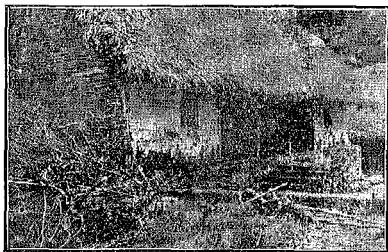
Deleitémonos, escuchando algunas de sus hermosas descripciones:

La bella edad de la adolescencia, está descrita de la siguiente manera:

"Mirad esa joven erguida con el donaire y elegancia que la da su paso de princesa, alta la frente, ingenua la mirada, como quien endereza su camino hacia el trono que le han otorgado las Gracias en la cumbre de la felicidad. Los catorce años, derramándose en flores y rocío por toda ella, le concilian esa frescura primorosa con la cual ha de sazonar luego el fruto de la vida; la cabellera, di-

vidida en dos madejas rubias, se le cuelga a la espalda y corre por ella hacia abajo cual dos chorros de luz espesada al calor de la sangre: la tez sirve de capa al líquido viviente que circula repartiendo calor a los miembros: en las mejillas hace alto este perpetuo viajero, y arde un instante, aprovechándose del fuego que allí tiene depositada la vergüenza. Los ojos no enturbiados aun por esas lágrimas que son testigos de dolores criminales, miran francamente, y en el centro de ellos estamos viendo la prefiguración de la suerte de esa niña, si feliz, si desgraciada. Cuando sonríe, el arco iris, reducido a proporciones pequeñas está acreditando su presencia con las curvas en que se mueven esos labios: cuando se ríe, la música del paraíso, música perdida junto con la inocencia, oímos brotar de pecho humano y salir por una garganta en gorgoritos que nos hartan de armonía los oídos, de alegría el corazón. El pecho no provoca aún con esos blancos pañecillos coronados de fuego, con que han de producir en nosotros mil delirios: a esa edad, el pecho de la mujer es altar inconcluso, no consagrado por

el sacerdote de la malicia, cuyo ídolo permanece dormido entre cortinas nunca abiertas. Pero así, nadando en un océano de inocencia, esa niña es hermosa: la admiramos sin codiciarla, la amamos sin mancillarla con malos pensamientos, pero le estamos envidiando al mortal dichoso



OTRA VISTA DE LA MISMA CASA.  
A LA DERECHA EL CUARTO QUE OCUPABA DON JUAN

que ha de plantar en ese corazón el árbol de la vida, ese que suda lágrimas, gime al viento del mundo y da fruto de dolores perpetuos después de tal cual manzana de felicidad".

Otra descripción:

"¿Oís ese mugido lento y amoroso que está resonando en la dehesa? Es la vaca de ubres henchidas que clama por el ordeño: el becerrito acude, se arrodilla debajo de su madre, chupa las tetas con ahinco, llama la leche con clabazadas furibundas, las deja en punto y se retrae. ¡Mirad si es armónico y provocativo el ruido de los dos recios chorros que salen del puño de la vaquera y se rompen en caliente espuma en el asiento del dornajo! La leche, vino natural, es el verdadero principio de la vida; en las venas, sangre; en los huesos, tuétano; en los conductos más recónditos, quilo precioso".

Otra:

"Entrad conmigo en esta heredad embelesante: sus jardines encierran las familias de las flores, desde la rosa abierta en insolente desparrajo, hasta la humilde violeta que se está calladita a la

sombra de sus hermanas mayores. Descuella la azucena a modo de infanta real: la margarita esparce por los contornos su oloroso aliento, y el jazmín la corresponde echando a su vez raudales que acarician el olfato y pasan a embriagar el alma. El lirio, el lirio azul que se gallardea como un embajador del paraíso, hace figura de poeta en medio de todas esas ninfas de Flora: cantando está, pero de suerte que sus entonaciones no le oyen sino los silfos y las mariposas, a las cuales ha pasado el alma de la aurora muerta de amor por el arco iris. Galán es el clavel que no puede faltar en esos saraos resplandecientes donde rosas, azucenas y margaritas danzan como frenéticas, suspirando apasionadas en los mil brazos de favonio. Al pie de ellas aprenden a bailar y susurrar esas pequeñuelas, soberbias ya con su hermosura, que se prometen triunfos del alcado céfiro: gramonilla y coronilla se llaman estas princesas de menor cuantía, las cuales suelen tener sus desvíos y aventuras con el ambiguo pensamiento que les echa sus besos aromáticos. Un ciclamor pomposo, de pies en un recodo del jardín, expone su mundo de flores carmesíes en una exhibición de maravillas con las cuales naturaleza acredita su poder: y al otro lado se apiña más y más un colegio de mirtos, en cuyas profundidades rompe con la aurora la música de mil jilgueros. Purpúres de color de tierra serían desapacibles en tan poéticos dominios: la yedra, extendida sobre ellas, las cubre con sus pámpanos, mientras los arbustos corimbulosos están ofreciendo a la redonda sus racimos de mil formas y matices".

El poeta tiene una como intuición de la hermosura, aprovecha en lo que conoce todos aquellos accidentes y circunstancias que sin destruir la naturaleza del objeto descrito, antes conservándolo intacto y puro, lo sublima a regiones elevadas donde todo es luz, armonías, sin sombra de oscuridad ni desconcierto. La imaginación del poeta tiene, por decirlo así, sola y única, este poder de transfigurar las cosas, sin que pierdan su esencia ni su figura, como si la materia creada sufriera en su mente una delicada alquimia de donde surgiera luminosa, impalpable, etérea, derramando por todas partes alegría y belleza.

Grados tiene la hermosura que resplandece en los seres de la naturaleza; y su contraria, la fealdad, parece venida a suministrarla los contrastes de donde salen a los estadios del arte, mediante el empleo de lo feo en consideradas proporciones, lo cómico y lo ridículo. La comicidad es la sal del ingenio, apenas arranca una débil sonrisa, pero, se infiltra en las reconditeces del ánimo y lo deleita en grado sumo. Supone en su dueño una percepción clara de las esencias de los seres y un arte prodigioso para combinar y juntar sus semejanzas y diferencias, para producir algo de lo más hondamente artístico, que es la emoción cómica; quizá por esto dijo Cervantes que el donaire no es sino de los altos ingenios; y, como el ejercicio continuo de la maldad embota la sensibilidad, daña las facultades, tuerce a veces el juicio acerca de las relaciones de las cosas, quizás por esto dijo el Conde de Maistre "el malo nunca es cómico". Lo ridículo es un contraste entre lo hermoso y lo feo que implica una gran proporción de esta última calidad, mueve a risa, pero a una risa mezclada de malicia contra el prójimo. Ridiculizar implica un dabo que se hace a

otro; la carcajada estrepitosa y dafina responde al ridículo; una emoción suave, un deleite íntimo del alma, intenso como el que mas y acompañado apenas de leve sonrisa, responde generalmente a lo cómico. Montalvo tuvo como pocos, quizás como nadie el don de lo cómico, pero, por desgracia como nadie empleó también el ridículo, ora para castigar a los perversos, ora para enterrar reputaciones. Ningún hombre imparcial justificará jamás este don diabólico de su ingenio: Oídle:

"Otras no saben qué hacer de la carne que se les sale del vestido y se derrama por todas partes. Abúltaseles la cara, acórtaseles la garganta: el dios del amor no irá, sin duda, a disparar de allí sus flechas. Demos que las canas son vanas; pero esas culebritas que empiezan a serpentear por la frente, por los ojos, por la barba ¿no se llaman arrugas? Mirad si sobre esas encías pálidas se levanta la orden primorosa de dientes marfilados que asomaban afuera cual pequeñuelos dioses cuando la hermosa sonreía! Huesitos amarillos son ahora; amarillos, pero delicados: no los miréis con fuerza; la vista es harto poderosa para derribarlos; si atáredes una araña con su propio hilo a uno de ellos, irse ha con su estaca la hija de las paredes. La crasitud de sus miembros la trae sofocada a esa mujer voluminosa: su alicento es labor ímproba: aun muy feliz si el tabaco no le convierte en sepultura la boca que ahora veinte y cinco años era gruta de coral donde los amores gustaban de triscar y hacer su musical ruido. Los ojos... Démosles tregua a las gordas: venid acá, señoras flacas, y decidnos, ¿cómo os dais maña

en llevar unidas las cien mil cucharas que componen vuestro cuerpo? Hojalata vieja, castra



AVENIDA DE "AGUAGATES", EN LA HACIENDA PUNTSAN

puercos, matraen, ruido de cuero seco, huévos vacíos echados en las piedras, cantimplora rota, vejiga con alma de maíz, todo he oído en este mundo; pero cosa que me lastime más el órgano auditivo que la osamenta de una cuarentona soltera y devota, no hay en la circunferencia de la tierra. Sería yo un pazguato si dejara pasar la oportunidad de una *vendetta*: yo soy veneciano sin puñal: muchas veces me he vengado; nunca sin réirme. Aquí viene como anillo al dedo darle una tanda a una niña de cincuenta navidades que empeñada en hablar bien de mí, con sus ojitos de lagartija y su voz de preñadilla: "De talento, instruido, enérgico: debe ser diputado: ¿caso para ser legislador es preciso ser blanco ni buen mozo?" Oiga, mamá Difi... Para dar leyes no es preciso ser blanco ni buen mozo; pero para quedarse con la desvergüenza se-

sombra de sus hermanas mayores. Descuella la azucena a modo de infanta real: la margarita esparce por los contornos su oloroso aliento, y el jazmín la corresponde echando a su vez raudales que acarician el olfato y pasan a embriagar el alma. El lirio, el lirio azul que se gallardea como un embajador del paraíso, hace figura de poeta en medio de todas esas ninfas de Flora: cantando está, pero de suerte que sus entonaciones no le oyen sino los silfos y las mariposas, a las cuales ha pasado el alma de la aurora muerta de amor por el arco iris. Galán es el clavel que no puede faltar en esos saraos resplandecientes donde rosas, azucenas y margaritas danzan como frenéticas, suspirando apasionadas en los mil brazos de favonio. Al pie de ellas aprenden a bailar y susurrar esas pequeñuelas, soberbias ya con su hermosura, que se prometen triunfos del alocado céfiro: gramonilla y coronilla se llaman estas princesas de menor cuantía, las cuales suelen tener sus desvíos y aventuras con el ambiguo *pensamiento* que les echa sus besos aromáticos. Un ciclamar pomposo, de pies en un recodo del jardín, expone su mundo de flores carmesíes en una exhibición de maravillas con las cuales naturaleza acredita su poder: y al otro lado se apifa más y más un colegio de mirtos, en cuyas profundidades rompe con la aurora la música de mil jilgueros. Paredes de color de tierra serían desapacibles en tan poéticos dominios: la yedra, extendida sobre ellas, las cubre con sus pámpanos, mientras los arbustos corimbulosos están ofreciendo a la redonda sus racimos de mil formas y matices.

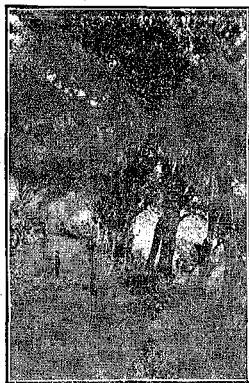
El poeta tiene una como intuición de la hermosura, aprovecha en lo que conoce todos aquellos accidentes y circunstancias que sin destruir la naturaleza del objeto descrito, antes conservándolo intacto y puro, lo sublima a regiones elevadas donde todo es luz, armonías, sin sombra de oscuridad ni desconcierto. La imaginación del poeta tiene, por decirlo así, sola y única, este poder de transfigurar las cosas, sin que pierdan su esencia ni su figura, como si la materia creada sufriera en su mente una delicada alquimia de donde surgiera luminosa, impalpable, etérea, derramando por todas partes alegría y belleza.

Grados tiene la hermosura que resplandece en los seres de la naturaleza; y su contraria, la fealdad, parece venida a suministrarla los contrastes de donde salen a los estadios del arte, mediante el empleo de lo feo en consideradas proporciones, lo cómico y lo ridículo. La comicidad es la sal del ingenio, apenas arranca una débil sonrisa, pero, se infiltra en las reconditeces del ánimo y lo deleita en grado sumo. Supone en su dueño una percepción clara de las esencias de los seres y un arte prodigioso para combinar y juntar sus semejanzas y diferencias, para producir algo de lo más hondamente artístico, que es la emoción cómica; quizá por esto dijo Cervantes que el donaire no es sino de los altos ingenios; y, como el ejercicio continuo de la maldad embota la sensibilidad, daña las facultades, tuerce a veces el juicio acerca de las relaciones de las cosas, quizás por esto dijo el Conde de Maistre "el malo nunca es cómico". Lo ridículo es un contraste entre lo hermoso y lo feo que implica una gran proporción de esta última calidad, mueve a risa, pero a una risa mezclada de malicia contra el prójimo. Ridicularizar implica un daño que se hace a

otro; la carcajada estrepitosa y dafina responde al ridículo; una emoción suave, un deleite íntimo del alma, intenso como el que mas y acompañado apenas de leve sonrisa, responde generalmente a lo cómico. Montalvo tuvo como pocos, quizás como nadie el don de lo cómico, pero, por desgracia como nadie empleó también el ridículo, ora para castigar a los perversos, ora para enterrar reputaciones. Ningún hombre imparcial justificará jamás este don diabólico de su ingenio: Oídle:

"Otras no saben qué hacer de la carne que se les sale del vestido y se derrama por todas partes. Abúltaseles la cara, acórtaseles la garganta: el dios del amor no irá, sin duda, a disparar de allí sus flechas. Demos que las canas son vanas; pero esas culebritas que empiezan a serpentear por la frente, por los ojos, por la barba ¿no se llaman arrugas? Mirad si sobre esas encías pálidas se levanta la orden primorosa de dientes marfilados que asomaban afuera cual pequeñuelos dioses cuando la hermosa sonreía! Huesitos amarillos son ahora; amarillos, pero delicados: no los miréis con fuerza; la vista es barto poderosa para derribarlos; si atáredes una araña con su propio hilo a uno de ellos, irse ha con su estaca la hija de las paredes. La crasitud de sus miembros la trae sofocada a esa mujer voluminosa: su aliento es labor improba: aun muy feliz si el tabaco no le convierte en sepultura la boca que ahora veinte y cinco años era gruta de coral donde los amores gustaban de triscar y hacer su musical ruido. Los ojos... Démosles tregua a las gordas: venid acá, señoras flacas, y decidnos, ¿cómo os dais maña

en llevar unidas las cien mil cucharas que componen vuestro cuerpo? Hojalata vieja, castra



AVENIDA DE "ACACATES", EN LA  
HACIENDA PUNTAS

puercos, matraca, ruido de cuero seco, huévos vacíos echados en las piedras, cantimplora rota, vejiga con alma de maíz, todo he oído en este mundo; pero cosa que me lastime más el órgano auditivo que la osamenta de una cuarentona soltera y devota, no hay en la circunferencia de la tierra. Sería yo un pazguato si dejara pasar la oportunidad de una *vendetta*: yo soy veneciano sin puñal: muchas veces me he vengado; nunca sin réirme. Aquí viene como amillo al dedo darle una tanda a una niña de cincuenta navidades que empenada en hablar bien de mí, con sus ojitos de lagartija y su voz de preñadilla: "De talento, instruido, enérgico: debe ser diputado: ¿caso para ser legislador es preciso ser blanco ni buen mozo?" Oiga, mamá Difi... Para dar leyes no es preciso ser blanco ni buen mozo; pero para quedarse con la desvergüenza se-



ría preciso no ser ni vieja ni fea: yo no perdono sino a las bonitas; y eso esperando en que ellas me sirvan algún día de palacio de cuerpo legislativo, donde talento, instrucción y energía hallen ancha y cómoda butaca; que para sentarme sobre una talega de costillas de pescado, no quiero ser ni emperador".

(Mama Difi. era, opinan algunos, la señorita Deifilia Callejas, sobrina de la esposa del Sr. Gabriel Urbina, hermano del General del mismo apellido. Dicha dama era persona de distinguida inteligencia, entre las de su sexo, y, con relación al tiempo en que vivió, de no vulgar educación y recomendables prendas. Parece que en una tertulia de personas de suposición, se dejó decir contra Montalvo las frases que él tan duramente castiga; aún si las dijo, una dama debe gozar siempre de las consideraciones de un caballero.)

En cuanto a buscar en Montalvo una finalidad moral de su vocación literaria, no hay duda que en una gran parte de sus obras se la encuentra, principalmente en lo que mira a combatir las tiranías, pero, no en todos sus libros. Aunque repetidas veces sentó el principio de que el escritor debía ser un varón bueno, amante de la verdad y no debía tomar la pluma sino a propagarla haciendo el bien a sus semejantes, al extremo de que por este lado aparece acérrimo partidario de la teoría de la moralidad en el arte; sin embargo, preciso es decir que tal opinión eminentemente pasajera, no resplandece por su cumplimiento en toda la producción del insigne escritor americano. Aunque en teoría quisiera talvez que su pluma enseñe, que sus conceptos se ajusten a las más estrictas prescripciones de la moral, de hecho no cumple en todas sus obras su ideal severo y apostólico, lo que no va en perjuicio de la hermosura literaria ni de la cumplida estética de su labor; porque, aunque hasta el presente se haya confundido con frecuencia la belleza moral y la artística, no hay duda que son distintas y pueden mostrarse juntas o separadas.

El escritor, como todos los hombres, esta sometido en todos y cada uno de sus actos a las leyes de la moral; bien sabemos que ha de responder ante un Tribunal sin apelación e incapaz de engaño de las calumnias, de los insultos, de las tergiversaciones del ajeno pensamiento para lanzar sobre su prójimo el más inmerecido desprestigio, para fomentar rencillas y divisiones movido del rencor o de la envidia; el escritor no puede eludir las leyes de la moral, pero, esto no quita que si al escribir una composición literaria ha quebrantado la moral, pueda en élla resplandecer la más cumplida hermosura. En caso de sostener el viejo prejuicio de que lo moralmente malo es antiestético, aseveración que quizás pueda mantenerse en el campo de la metafísica pura, tendríamos de condenar como feas y bastardas en los campos del arte, obras como *La Celestina* de Fernando de Rojas, el *Gil Blas*, algunas del realista y satírico Juan Ruiz, del Fénix de los ingenios, de Sófocles el primer trágico del mundo, de tantos otros varones afamados cuyas obras no limpias bajo el aspecto moral, vienen conquistando secularmente la admiración de todos y formando época en la historia de las literaturas nacionales.

Montalvo, no obstante sus severas teorías sobre el escritor y el poeta, fue ingenio de concepciones atrevidas contra la sociedad

de su tiempo, cohibió mano de la crudeza de las imágenes para amasar el ridículo contra hombres e instituciones de su patria, si quiera ceda en disculpa suya su patriotismo descontentadizo y batallador que solía agriarle el ánimo con más frecuencia de la razonable; pero, nadie podrá negar jamás su inmenso poder artístico, aún en lo que escribió de modo que parece había luego de pesarle en la conciencia. "El Poeta, dice en la Mercurial, que sabe su deber, el gran poeta, el poeta verdadero siempre tiene un fin moral elevadísimo en sus concepciones"; y antes, en los Siete Tratados escribió: "Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les haría un bien con tirar su pluma al fuego; provecho moral, universal, no el que proclaman los pseudos sabios que adoran al dios egoísmo y le casan a furto con la diosa utilidad en el ara de la Impudicia"; sin embargo, Montalvo, poeta, gran poeta, (1) algunas veces persiguió con ahínco la más horrible deshonra de sus enemigos; escritor, grande, inmenso escritor, hubiéramos deseado que en ocasiones tirase al fuego la pluma de las Catilinarías, prefiriendo el silencio del hombre injustamente perseguido, el provecho moral y universal de este heroico y elocuente silencio, antes que dotar al mundo con ese libro, admirable monumento de ira, venganza y diatriba en sorprendente consorcio con las más austeras lecciones de moral y de historia.

No sin cierto temor sostengo la afirmación de que nuestro Montalvo era escritor dotado de fantasía creadora, de este sublime don con que pueden ufanarse solamente los Genios, esos prodigiosos seres que marcan su personalidad en el espacio y en el tiempo con caracteres imborrables. Me mueve a sostenerla,

la originalidad constante del estilo de Montalvo que viene a ser algo así como la indestructible huella que dejan en el mundo aquellos a quienes anima una fantasía poderosa; luego, el poder singular que demostró para idealizar la naturaleza, para pintar en breves pinceladas un cuadro, para caracterizar en breves rasgos un personaje; y algunos con vida propia y sustancial, tales como Herculano, Don Juan de Flor, en quien parece se pintó el mismo en la Geometría Moral, obra, si quiera póstuma, tan de Montalvo que pudiera llamarse el octavo tratado, el del amor.



EL TRONCO DEL ARBOL DE  
DON JUAN BAÑOS

(1) La antigua idea de que no puede llamarse poeta sino el que hace versos, está refutada en cualquier libro de moderna Preceptiva Literaria N. del A.

El Quijote de sus Capítulos que se le olvidaron a Cervantes nos dice también de ese mismo insigne poder de la fantasía, puesto que supo mantener el carácter del personaje con singular fascinación, hasta el punto de que el Manco de Lepanto habría podido suscribir ese libro, por la asimilación de su espíritu, por la exhuberante esplendor de la forma, si no por la novedad de la invención encarnada en su inmenso valor representativo de lo sustancial de la comedia humana: la lucha entre el idealismo y la realidad, el espíritu y la materia, la oposición eterna entre el dantesco amante de Dulcinea y el marido de la Cascajo, gloria esta inapeable del nunca bien estudiado y ponderado Maestro de secular de las letras españolas, cristiano resignado, cómico insuperable, hidalgo sin tacha, sabio en luchas y desgracias, rico en luces y portentoso en discreta ironía, el padre admiradísimo de nuestro señor Don Quijote, el verdadero y el único, de Cervantes nacido y por él enterrado como testimonio de una empresa que sólo para él estaba guardada.

Por otra parte, a nadie que sepa penetrar un tanto en el espíritu de un autor, al leer sus obras, puede ocultársele, leyendo a Montalvo, su saber ver las cosas de la naturaleza hasta extraer de ellas el substractum de su valor artístico; por intuición persuadido de que en la naturaleza casi nada hay estático, que élla es perpetua floración de vida y por lo mismo esencialmente dinámica, supo imaginar la composición literaria, no como una copia esquemática y austera de la realidad, ni siquiera con todos los detalles de su inmenso y complicado movimiento, sino la naturaleza tal como puede ser, o sea tal como se espera que produzca seres que no existen, mas cuya existencia, en vez de repugnar a lo bello artístico, constituye su coronamiento y su gloria. ¿Qué es sino fantasía creadora, el poder de idealizar la hermosura de las cosas, aprovechando de los datos suministrados por la imaginación reproductora, hasta combinarla en sus varios aspectos por medio de la palabra, con arte tan espontáneo y natural en apariencia que no enseñan las Preceptivas ni se aprende en las aulas? . . . Montalvo, así como supo comprender como nadie la sustancialidad ideal del Quijote de Cervantes, según lo demuestra en el tratado que escribió sobre esta materia y el múltiple mérito de su autor, dándose perfecta cuenta de que el ingenioso hidalgo era a poder de pura creación, un ser más real y característico que muchos otros de carne y hueso; de análoga manera supo esbozar en sus obras tipos, si no de tan alto valor representativo, dotados de personalidad propia en medio de su misma indefinición y volteriedad, como Herculano, Don Juan de Flor y otros, pues incansablemente repetirse debe que muy pocos escritores como Don Juan Montalvo poseyeron, no digamos la pluma, esa varilla mágica para animar lo que tocaba, ese poder de evocación de lo que en la naturaleza particularmente conmueve el ánimo, ese su don especial para las descripciones, esa peregrina habilidad para trazar con breves palabras una figura, con breves brochazos un cuadro lleno de vida, animación, color y gracia.

No terminaremos este bosquejo de las facultades literarias de Montalvo, sin decir unas pocas palabras acerca de su personalidad de poeta. Este carácter predomina en él, aún en los momen-

los en que parece enderezar su atención a tratar los asuntos de sus obras a guisa de pensador y de filósofo. No hay duda que siembra a la ventura en sus escritos pensamientos de profunda significación y trascendental importancia, pero, son como chispazos de genio, de su inmenso genio de poeta que no es raro coincide en momentos de inspiración con las concepciones frías y austeras de los pensadores. La verdad es una para todos; inmensa la labor para descubrirla, pero, ora asoma tras largas disquisiciones y sutilezas, ora se muestra de bulto, por una de esas intuiciones características de los que llevan su mundo ideal dentro del alma.

Montalvo, singularmente, puede decirse que tenía en su poderoso cerebro un mundo de extensión más grande que el comprendido dentro de los límites mezquinos de la realidad, mundo compuesto de lo visto y observado por él y por los numerosos autores cuyas obras había leído y de lo soñado, y de lo sentido, acervo intelectual y efectivo original y fantástico, pero no por ello menos hermoso ni emocionante. Al margen de los principios y leyes inflexibles de la lógica, tal como surgió esta ciencia a gobernar la actividad del pensamiento, el hervor de su imaginación y sutil inteligencia preside la lógica artística, la que desechó el orden de las categorías y el férreo empuje del silogismo, porque ello nada presta a los poetas, esos sublimes videntes de la hermosura; la que, buscadora incansable de la belleza falta a sabiendas a leyes invulnerables para el filósofo, concede soberana importancia a lo que en concepto del vulgo no la tiene, trastrueca y revuelve los hechos y las imágenes, lógica de lo bello, locura creadora como nada parecida a la grandeza del supremo acto creador que de la nebulosa primitiva sacó las constelaciones de astros que pueblan el espacio.



VISTA COMPLETA DEL MISMO ARBOL

Esta su condición de poeta, esta cruel condición que hace vivir a sus dueños en manos de un dios tirano, lo que los grandes inspirados han llamado su númer o su demonio, es la causa principal de la índole digresiva de las producciones de Montalvo, que le fuerza a pasar de un asunto a otro distinto, perdiendo y reanudando el hilo del discurso. No es otra la razón, que ese su torrente emocional que acompaña a cada idea, de que necesita inundar algunas páginas de un libro para pasar a otra idea, como que no fuera libre para reprimir el curso de sus violentos sentires que luego se apoderan de él en cualquiera de las esferas del cono-

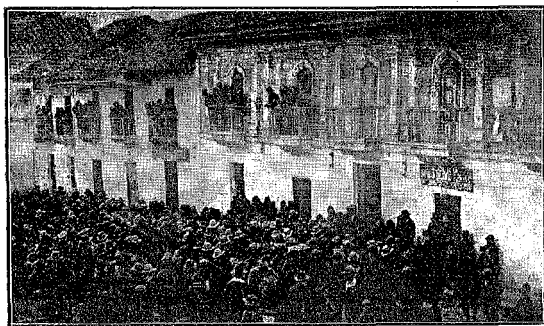
cimiento. Por otra parte, todos los temas por abstractos que ellos fueran, él tenía poder de reducirlos a imagen y a sensación, condición como ninguna propia de poeta; de allí sus maravillosas digresiones, de allí que pasa de un grupo de imágenes a otro, de uno en otro orden de sensaciones, tanto más cuanto que estos geniales arranques le facilitaba sobremedera su enciclopédica erudición en las ciencias y en las artes, erudición inconsistente, quizá sin método recopilada, pero vasta y amena, capaz de infundir interés a todas las ideas que tocaba.

Leer a Montalvo es penetrar en un palacio, uno de los más artísticos del Universo, pongamos el Vaticano hasta por el espíritu cristiano que alienta en lo más recóndito su fuero interior; cuadros de admirable perfección que cautivan la admiración de todos, estatuas de corrección impecable, jardines pintorescos, artesanos, galerías y verdaderas maravillas de arquitectura; todo se visita, eso sí, al son de la música. La armonía de la palabra a torrentes vertida es perenne en este palacio intelectual que levantó en unos cuantos libros el mayor poeta prosador de la América latina. Las escenas, los panoramas, las anécdotas, lo bello, lo cómico y lo sublime se suceden con rapidez vertiginosa; y el lector, admirado y al par encariñado con el autor, no acierta a abandonar esa mansión de hadas. Allí el amor con sus más poderosas creaciones y locos arrebatos; allí la vida en una perpetua germinación de belleza; allí el entusiasmo cívico, la indignación olímpica, la cólera truhanesca, el reto glorioso: todo hecho sensación e imagen a poder del artista más consumado de la palabra que hasta el presente ha visto la luz en tierra ecuatoriana.

El poeta no habla un lenguaje distinto del de la generalidad de los hombres, pues correría el riesgo de no ser entendido; usa su mismo lenguaje, pero, con más extensión y variedad, compuesto y acicalado hasta donde le permiten los extremos límites de la flexibilidad del idioma. No creo que el poeta, el gran poeta ha de realizar con el léxico una como búsqueda paciente y prolija para ir discerniendo los mejores modismos, giros, arcaísmos y frases hechas, a fin de irlos colocando en la composición en una como labor de atauja, artificiosa y cominera. Montalvo puede decirse que en todo pensó, menos en esto. El recuerdo que tenía de la sintaxis castellana a través de las obras maestras de la literatura de España, no le sirvió de arsenal de la forma, por modo de ir entresacando los adornos y eligiendo los sitios en que ha de colocarlos, cual si estuviese ante un tablero de dibujo. Su variada lectura y peregrino don de asimilación de todas las bellezas de la lengua, le sirvió para tener lo que se llama el genio o el ingenio del idioma, una disposición espontánea y natural de la mente para construir con agilidad, gracia, naturalidad inimitable y pasmosa variedad: se diría que había nacido "con un vasto diccionario en la cabeza", o con una aptitud sintáctica prodigiosa, aunque es verdad que resalta siempre la conciencia que él tiene de este mérito, en el lujo y derroche de naturalidad, exactitud, pureza y propiedad de las palabras, fuerza y delicadeza de la expresión, todo envuelto como en los acordes de una lira, en la sucesión de sonidos armónicos y melódicos que pasan con cierto cadencioso ritmo. Las figuras retóricas no son para él recursos

de escritor pobre de palabras, que no acierta a llamar las cosas por sus nombres y se sirve de puentes y rodeos; nó, todo lo contrario, apenas se dará una elocución figurada más conforme a estados sucesivos del pensamiento, más espontáneamente musical y significativa de la elocución interior o natural sucesión de las ideas y de las pasiones del ánimo. Por este aspecto, Montalvo vivirá en los estadios del arte, como una figura de primera magnitud: simboliza el espíritu de la forma, o sea la aptitud milagrosa para construir de mil maneras elocuentes y acertadas en medio del arsenal lingüístico más poético y abundante. (1)

Para concluir este somero análisis psicológico de las facultades literarias de Don Juan Montalvo, añadiré que como poeta fue inspirado. La inspiración es un fenómeno afectivo y mental que al parecer consiste en una excitación singular de las facultades



EL DIA 7 DE AGOSTO DE 1889. UNA COMISION DE HIJOS DEL OARCHI—CON NUMEROSO CONCURSO DEL PUEBLO COLOMBIANO QUE LE VIO, POR MAS DE SIETE AÑOS, PASAR SU VIDA DE PROSCRITO A JUAN MONTALVO.— INAUGURO UNA LAPIDA CONMEMORATIVA EN ESTA CASA DONDE HABITO EL GRANDE E INFORTUNADO ESCRITOR.—IPiales-COLOMBIA

del escritor, nacida del amor de vocación que experimenta. hacia el asunto de sus obras. Montalvo, luego que concebía el plan de sus escritos, ponía en el desempeño todo el entusiasmo, toda la aplicación, todo el fervor de que era capaz su alma de poeta. Un soplo huracanado de inspiración corre por casi todas las páginas de sus libros, como que sus pensamientos antes de ser lectura eran convicción, afán de proselitismo político, párrafos de ataque y de defensa: su literatura es la de un luchador, la de un

(1) Por todos estos méritos literarios, yo insinúe la idea de colocar el retrato de Montalvo en el salón del Ateneo; pero la prensa conservadora de Quito y Riobamba dió a entender que el retrato de Montalvo no estaba allí, por los méritos literarios de éste, sino por su iniquidad. Hay corazonas para los cuales el acierto está en pensar lo peor que se pueda de los actos de los hombres.—N. del A.

inaptado que choca con el medio en que vive y abomina de una piedad falsa que sólo se gasta en palabras y ceremonias, de la mediocridad de los hombres que tienen en sus manos los negocios del Estado, de los actos del gobierno que no cuadran con su ideal republicano y de cuanto asoma a la escena de la publicidad empequeñecido, pobre, raquítico, ora se trate de la valía de los hombres, ora de sus actos y pasiones. En su papel de luchador es temible, porque es inspirado y sabe hacer valer argumentos e ideas que si no van al acervo de las novedades, sorprenden y cautivan por la oportunidad y la escultural belleza de la forma. Como ésta no le es nunca rebelde, antes se le doblega como blanda cera sumisa y obediencia, sabe poner las frases broncíneas para sus arebatos furientos, las frases lapidarias para sus sentencias y condenaciones, idilios alumbrados por la paz de una melancólica Luna para sus requiebros amorosos; pincel maestro para todas las descripciones, música para todo su mundo espiritual que siempre trasciende al exterior vestido con el mejor ropaje, cual si el idioma estuviera hecho para que sólo él no omita nada, no calle nada de los misterios más íntimos de su corazón ni de las más peregrinas modalidades de su genio. (1)

A ninguno de mis ilustrados oyentes se le oculta que este examen que acabo de hacer de las facultades literarias de Don Juan, no es sino algo de lo que sugiere una lección de sus valiosas producciones.

Volúmenes enteros se podía escribir, analizando cómo estas mismas facultades así concebidas, han tenido cumplida realización por entre el plan, detalles de concepción y pormenores de estilo de cada uno de sus libros, si no fuera que esta labor realizó ya en parte el maestro Rodó con esa potencia y ductilidad de espíritu que le habilitan para la crítica ilustrada y justiciera. Para mi modesto trabajo he preferido el análisis de las facultades de Montalvo en lo que tienen de más íntimo, en el germen creador, por decirlo así, de donde ha brotado su imperecedera fama; no ha sido mi propósito el seguir el curso de ellas a través de tales y cuales calidades sustanciales de sus obras, que ya esto tratado fue por el maestro ya nombrado, aparte la narración histórica bastante desfigurada, con competencia tal que difícilmente será igualado, menos superado.

Para concluir, diré algo de las ideas políticas y religiosas de Montalvo, capítulo indispensable para no dejar su personalidad sumida, en parte, en una imperdonable oscuridad.

Disgustaban a Montalvo los partidos políticos de su época, sobre todo por la frecuente confusión que había entre ellos y el sagrado concepto de la Patria. Acerca de su ideal de gobierno se registran en sus escritos candorosidades infantiles, utopías delicadas como la de querer que se restituyan al Ecuador las juntas de los Sánmites griegos, donde los concursantes competían en virtud y el vencedor tenía derecho para elegir la que había

(1) El eminente poeta Sr. Dr. Du. Luis Cordero en su artículo "Las letras en el Ecuador", dice de Montalvo: "sean cuales fueren los defectos de que se le tache al hombre, quedarán siempre iluso el artista y admirable la obra".

de ser su compañera. Todo su ideal político un tanto impreciso y contradictorio está inspirado, eso sí, por esta frase que brotó de su pluma: "no hay grandeza sin fuego; el pecho de un hombre ha de ser un volcán para que éste sea grande; la tibieza es medianía, la friedad, ineptitud". Este fuego, este volcán político, está bramando en sus escritos de censura a García Moreno, no obstante que, por momentos, la ceguera del odio cedió el puesto a las alabanzas e imparciales apreciaciones en honor de ese gigantesco gobernante. A causa de la psicología particular de Montalvo, todo el movimiento político de su tiempo, lejos de infundirle esperanzas, le agriaba cada vez más el ánimo, fomentaba en su pecho un pesimismo desolador, creía no hallar sino improbadores, que sus más fieles amigos le traicionaban, que era tomado en todos sus arranques de indignación contra los tiranos y sus víctimas por un loco, cuando menos por un extravagante. Decía:

"La palidez de Casio, las lágrimas de Wellington son por demás en estos tristes pueblos; el que por vil propensión no es para esclavo, lo es por corrupción; y el que aborrece y huye de estas cosas y de



LA LAPIDA CONMEMORATIVA

otras de peor jaez, es un extravagante". (1) Su patriotismo, esto sí, fue siempre grande, no se ahogaba en el mar de sus tribulaciones; el eco de su prepotente voz despertó y conmovió el corazón de la América cuando se sintió una vez más amagada por la invasión española. Su "Ojeada sobre América" es la exhortación más patética que nadie haya hecho jamás para que las Repúblicas de Hispano-América mantengan la paz interior y exterior, cosa que, por otra parte, tanto contrasta con las alucuciones con que a menudo empujaba a la revolución a sus propios compatriotas. Predicó el asesinato contra Veintemilla, como lo prueba el caso de la bella Ecuña maltratada por Madruñero a quien mató el tutor de Ecuña, símbolo de todos los tutores de la Patria. (2) Antes había predicado con incaica instigación, el asesinato

(1) El Cosmopolita, pág. 39.

(2) Las Catilinares.



contra García Moreno. Por todas estas cosas, porque dice que contribuyó a la caída de Borrero, habla de "su carrera de hombre sin miedo". (1) A los jóvenes empujaba a la revolución y al crimen con palabras como éstas: "Los viejos vulgares no son para acciones eminentes; los hombres comunes pronto empezau a volverse sesudos y no sirven para maldita la cosa". (2) ¡Gran verdad!, si no hubiera sido mal aplicada. ¡Qué mucho que Montalvo profesara la doctrina del tiranicidio, si la profesó y la proclamó el egregio Cantor de Junín: era la índole de los tiempos y el medio ambiente de las doctrinas. Montalvo insultó en la polémica política, inundó sus escritos de anécdotas deprimentes para sus amigos y adversarios, usó de la ironía cruel, seca como un esparto, a veces sin donaire y dura como el bronce, no retrocedió ante el improprio y el calificativo soez y mal sonante, "no puedo negar dice él mismo, que en ocasiones soy un tigre". Debe saberse que luchó también en un tiempo de tigres, tigres para apoderarse del poder con revoluciones no siempre justas, tigres para luchar por la prensa, tigres para fomentar el odio de partido, el odio personal, el odio regionalista y el odio de aldea. ¡Cosa rara!, publicado se halla, por ejemplo de lo que era la lucha personal entonces, todo un soneto del ilustre García Moreno escrito para llamar *¡viento!* a Montalvo, ¿y acaso los escritos y discursos del gran Padre de la patria ecuatoriana, están del todo libres de un agresivo personalismo? . . . ¡A veces me congratulo de que Montalvo y García Moreno hayan sentido con tanta intensidad el furor político, pues ello ha dado brillantes párrafos a nuestra literatura!

Como sembró la mala doctrina, sembró la buena ese hombre contradictorio. Hoy pudiéramos repetir algunas de sus enseñanzas, por ejemplo: "salvar la patria es salvarla verdaderamente, cosa que la comprenderemos bien si sabemos lo que es patria. En estas nacioncillas de partidos cada cual llama patria a su poder y su provecho: patria es el mando, patria el sueldo, patria las bayonetas, patria el partido. Una facción de hombres conspira y con las armas en la mano se lanza a derrocar el gobierno: va a salvar la patria. . . Los que mandaron ya no mandan, los que vivieron de las rentas del Estado ya no viven de ellas. . . pobre patria—está en ruina la patria". (3) De la libertad tuvo una idea cabal, pues dice que para que sea virtud ha de preponderar en el hombre la inclinación al bien. En *El Cosmopolita* aconseja preferir la violación de una ley a la ruina de la Patria, o dejar siquiera dormif a la ley 24 horas como aconsejaba Agesilao, para que el tirano haga durante el sueño de la ley, todo lo que puede hacer un hombre despierto cuando los demás duermen: *no me explico como no llegó a justificar del todo al admirable García Moreno, dando por valedera semejante doctrina. Quería que su Patria se ilustre, que se constituya bien, que se civilice, pues a su parecer la felicidad pública dependía "de la libertad medida, del patriotismo puro, de la igualdad bien entendida". Apunta como principal cau-*

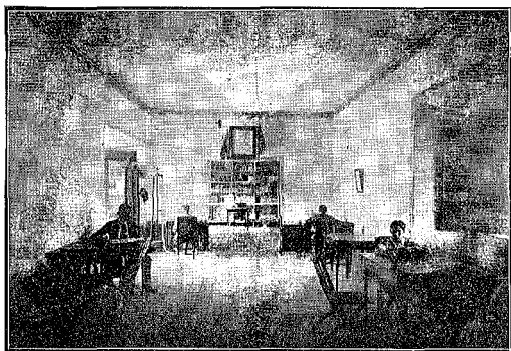
(1) Id. id. pág. 88.

(2) Id. id. pág. 87.

(3) *El Cosmopolita* pág. 254.

sa de las revoluciones la de que "el hispano-americano es inquieto, movodizo, ambicioso, desprecia las leyes; tiene poca cuenta con lo justicia y se quiere engrandecer a toda costa; el procomún es nada para él, su provecho personal es su religión". Sus ideas sobre el poder legislativo son de lo más austeras y moralmente puras que hayan podido salir de pluma de escritor. A la diplomacia no la llamó sino con esta frase sustanciosa y lapidaria; "la verdad autorizada con el poder de los gobiernos". (1)

En tratándose de partidos políticos, a Montalvo se le ha calificado de liberal, y no hay duda que lo fue, si por liberal se entiende la inadaptación constante al medio ambiente en que le tocó vivir, el ansia de reformas no tanto por lo que se refiere a las doctrinas, cuanto a las costumbres corrientes en el campo político-religioso. Afiliado a un partido determinado, quizás no lo fue



CASA DE MONTALVO.—BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES.  
UNO DE LOS SALONES DE LECTURA.—AMBATO

nunca. Tenía sobrada independencia de alma y descomunal orgullo para sentar plaza de subalterno bajo las banderas de un caudillo. Dirigiéndose a los colombianos decía: "no soy hombre de partido, no discuro como parcial: el escritor debe girar en órbita muy dilatada, sin parar la atención en tropiezos incapaces de detenerle en su carrera: no debe expresarse como rojo ni conservador, como secuaz de Mosquera ni Arboloda, como urbinista ni fioreano". (2) Liberal fué también por su odio a los regímenes defectuosos, a las instituciones políticas de engranaje ya gastado, como las monarquías, las aristocracias de la sangre y por su aversión a los injustos privilegios: este liberalismo quizás lo bebió en las fuentes de los directores doctrinarios de la Revolución france-

(1) El Cosmopolita pág. 521.

(2) El Cosmopolita pág. 89.

contra García Moreno. Por todas estas cosas, porque dice que contribuyó a la caída de Borrero, habla de "su carrera de hombre sin miedo". (1) A los jóvenes empujaba a la revolución y al crimen con palabras como éstas: "Los viejos vulgares no son para acciones eminentes; los hombres comunes pronto empiezan a volverse sesudos y no sirven para maldita la cosa". (2) ¡Gran verdad!, si no hubiera sido mal aplicada. ¡Qué mucho que Montalvo profesara la doctrina del tiranicidio, si la profesó y la proclamó el egregio Cantor de Junín!; era la índole de los tiempos y el medio ambiente de las doctrinas. Montalvo insultó en la polémica política, inundó sus escritos de anécdotas deprimentes para sus amigos y adversarios, usó de la ironía cruel, seca como un esparto, a veces sin donaire y dura como el bronce, no retrocedió ante el impropio y el calificativo soez y mal sonante, "no puedo negar dice él mismo, que en ocasiones soy un tigre". Debe saberse que luchó también en un tiempo de tigres, tigres para apoderarse del poder con revoluciones no siempre justas, tigres para luchar por la prensa, tigres para fomentar el odio de partido, el odio personal, el odio regionalista y el odio de aldea. ¡Cosa rara!, publicado se halla, por ejemplo de lo que era la lucha personal entonces, todo un soneto del ilustre García Moreno escrito para llamar *jumento* a Montalvo, ¿y acaso los escritos y discursos del gran Padre de la patria ecuatoriana, están del todo libres de un agresivo personalismo? . . . ¡A veces me congratulo de que Montalvo y García Moreno hayan sentido con tanta intensidad el furor político, pues ello ha dado brillantes párrafos a nuestra literatura!

Como sembró la mala doctrina, sembró la buena ese hombre contradictorio. Hoy pudiéramos repetir algunas de sus enseñanzas, por ejemplo: "salvar la patria es salvarla verdaderamente, cosa que la comprenderemos bien si sabemos lo que es patria. En estas nacioncillas de partidos cada cual llama patria a su poder y su provecho: patria es el mando, patria el sueldo, patria las bayonetas, patria el partido. Una facción de hombres conspira y con las armas en la mano se lanza a derrocar el gobierno: va a salvar la patria . . . Los que mandaron ya no mandan, los que vivieron de las rentas del Estado ya no viven de ellas . . . pobre patria—está en ruina la patria". (3) De la libertad tuvo una idea cabal, pues dice que para que sea virtud ha de preponderar en el hombre la inclinación al bien. En *El Cosmopolita* aconseja preferir la violación de una ley a la ruina de la Patria, o dejar siquiera dormir a la ley 24 horas como aconsejaba Agesilao, para que el tirano haga durante el sueño de la ley, todo lo que puede hacer un hombre despierto cuando los demás duermen: no me explico como no llegó a justificar del todo al admirable García Moreno, dando por valedra semejante doctrina. Quería que su Patria se ilustre, que se constituya bien, que se civilice, pues a su parecer la felicidad pública dependía "de la libertad medida, del patriotismo puro, de la igualdad bien entendida". Apunta como principal cau-

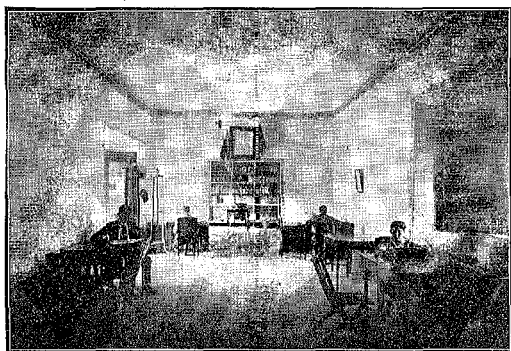
(1) Id. id. pág. 88.

(2) Id. id. pág. 87.

(3) *El Cosmopolita* pág. 254.

sa de las revoluciones la de que "el hispano-americano es inquieto, movedizo, ambicioso, desprecia las leyes; tiene poca cuenta con la justicia y se quiere engrandecer a toda costa; el procomún es nada para él, su provecho personal es su religión". Sus ideas sobre el poder legislativo son de lo más austeras y moralmente puras que hayan podido salir de pluma de escritor. A la diplomacia no la llamó sino con esta frase sustanciosa y lapidaria; "la verdad autorizada con el poder de los gobiernos". (1)

En tratándose de partidos políticos, a Montalvo se lo ha calificado de liberal, y no hay duda que lo fue, si por liberal se entiende la inadaptación constante al medio ambiente en que le tocó vivir, el ansia de reformas no tanto por lo que se refiere a las doctrinas, cuanto a las costumbres corrientes en el campo político-religioso. Afiliado a un partido determinado, quizás no lo fue



CASA DE MONTALVO.—BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES.  
UNO DE LOS SALONES DE LECTURA.—AMBATO

nunca. Tenía sobrada independencia de alma y descomunal orgullo para sentar plaza de subalterno bajo las banderas de un caudillo. Dirigiéndose a los colombianos decía: "no soy hombre de partido, no discurre como parcial; el escritor debe girar en órbita muy dilatada, sin parar la atención en tropiezos incapaces de detenerle en su carrera; no debe expresarse como rojo ni conservador, como secuaz de Mosquera ni Arboleda, como urbinista ni fioreano". (2) Liberal fué también por su odio a los regímenes defectuosos, a las instituciones políticas de engranaje ya gastado, como las monarquías, las aristocracias de la sangre y por su aversión a los injustos privilegios; este liberalismo quizás lo bebió en las fuentes de los directores doctrinarios de la Revolución france-

(1) El Cosmopolita pág. 521.

(2) El Cosmopolita pág. 89.

sa. Independiente fue Montalvo, y, si por liberal quiere entenderse esta cualidad de la independencia afianzada en él por el orgullo de hombre superior, fué liberal en toda la extensión de la palabra; no digo el partido, la Patria era para él un ser objetivo sujeto al análisis de su pluma calenturienta: cuando se vió escritor combatido, ultrajado, cuando se hizo cargo de que el Ecuador era un país donde el escritor "no puede, no vale nada"; cuando amargado escribía que al escritor aquí, en nuestra amada tierra; "el que no entiende por ignorancia lo desprecia; el que entiende, por viles motivos le aborrece, y todos le disfaman", (1) con una tristeza acre y desdenosa exclamaba: "Denme un Ecuador libre, ilustrado, digno, y soy ecuatoriano; de lo contrario me quedo sin patria, porque un hombre de bien no la tiene sino donde impera la virtud". Donde nosotros, los de esta generación, habríamos encontrado un motivo más para amar al Ecuador con un amor tierno y compasivo, el gran Montalvo dejaba exhalar las duras quejas de un amor ofendido. . . . ¡Y qué puras sus ideas acerca de las relaciones entre los hijos de una misma patria!

Antes que GONZÁLEZ SUÁREZ, exhortaba a los ecuatorianos a destruir el odio de partidos, a laborar de común acuerdo por el bien común del cuerpo social: "no seamos gibelinos y gibelinos, avencerrajes y segrios, moros y cristianos; seamos amigos, hijos de una misma madre, ciudadanos de una misma patria que al fin abren los ojos, extirpan la gangrena del corazón, bruñen y acicalan el alma, desembarazándola de espesa empuñadura". (2) En las diferencias de opiniones políticas, en teoría gustaba de que se apreciara por todos a los hombres que las profesaban, mientras éstos fueran honrados. El no creía que el orden, la honradez, la bondad y la verdad eran patrimonio exclusivo de un partido. (a) Citaba esta frase de San Pablo a los romanos: "Tribulación y angustia sobre el alma de todo hombre que practique el mal, del judío desde luego, después del pagano; pero gloria, honra y paz eterna a todo el que practique el bien, al judío y al gentil, porque Dios no hace distinción de personas".—A continuación escribía: "Ya habéis visto, la virtud es virtud en todo tiempo y lugar, y de ella hay ricas fuentes en esas tierras que vosotros cubrís de tinieblas y condenación. El Señor es magnánimo, el Señor es generoso". "Hay muchas moradas en la casa de mi Padre, dice él mismo, y vosotros trabajáis por hacer esa casa mezquina y miserable, donde no hay espacio sino para los elegidos vuestros, y no para los elegidos del Señor". (3) No a la manera de GONZÁLEZ SUÁREZ, que es algo así como la personificación de un apostolado de paz y patriotismo, pero, también Montalvo alguna vez con voz elocuente clamó por la paz, exitaba a los gobiernos de América en el artículo titulado "Canal Interoceánico" a que se ocuparan en empresas de paz: "dadnos vías de comunicación,

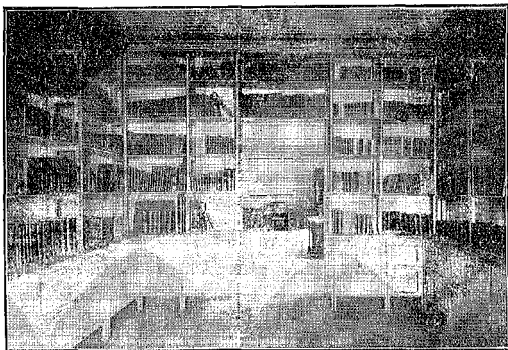
(1) El Cosmopolita pág. 103.

(2) El Cosmopolita pág. 519.

(a) El insigno Sr. Dr. González Suárez en su discurso sobre "La Poesía en la América" llama a Montalvo "ecuatoriano ilustre"; juntamente con otros escritores dice que "ha trabajado con Gloria" y que "lo estima de corazón".

(3) El Cosmopolita pág. 119.

decía, no caminos de perdición...erigid templos a la luz, no cadaveros, trabajad por la vida, no por la muerte: cesen las revoluciones; principie la paz y la concordia, madre del progreso". (1) Montalvo, también, aún terciando en la política de manera tan eficaz y señalada, como que no podía serle indiferente la suerte del Ecuador, pero, hizo gala en su conducta de no abanderizarse en los partidos "hème puesto fuera de los partidos, escribía, para poder ver a todos; no me acojo a bandera ninguna, para reprender lo malo en unos y otros, y ensalzar lo bueno". (2) Combatiendo los abusos de la política de su tiempo, pasaron por su mente ráfagas luminosas, quizás proféticas: en el *Cosmopolita* escribió: "Los hombres de bien de toda la República debían formar un partido que se llame constitucional, ...*racional* en lo sucesivo, y esta sería la parte ilustrada del Ecuador". En "Los Proscritos"



CASA DE MONTALVO.—BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES.  
UN ASPECTO DEL SALÓN DE BIBLIOGRAFIA NACIONAL

exclamaba: "Fórmese un partido, un gran partido de ecuatorianos, y que la hombría de bien, la elevación de carácter, la independencia en el modo de pensar, el talento, no sean motivos de exclusión". Todo esto nos demuestra que la figura política de Montalvo, si envuelta en las sombras de la ambición personal, el odio invencible, el orgullo herido, la inmensa venganza, el desengaño frecuente, la protesta airada; no obstante, sembró ideas bienhechoras destinadas a germinar en frutos de bendición para la patria.

Las ideas religiosas de Montalvo eran generalmente cristianas. Si por liberalismo se debe entender exclusivamente la absoluta incredulidad y el fanatismo sectario, Montalvo no era liberal;

(1) El *Cosmopolita* pág. 171.

(2) El *Cosmopolita* pág. 231.

muy al contrario, sobrados títulos ostenta para que el Cristianismo le reconozca como un creyente y fervoroso prosélito de algunas de sus enseñanzas. El que haya leído "El Padre Yerovi", "El sermón del P. Juna", "El Cura de Santa Ingrencia", "Del Juramento", no puede dudar de los sentimientos cristianos de Don Juan Montalvo. El Canónigo Sr. Dr. Alejandro López, le alabó también por su cristiana carta a Isabel, hermana del Cosmopolita, que era monja de clausura, en el magistral folleto: "La Clausura ante el Derecho y la Razón". En repetidos pasajes de sus obras reconoce y confiesa la divinidad de Jesucristo, igualmente que el misterio de la maternidad excelsa de María. "Bien se me alcanza, escribía, que la pura y limpia virtud, la virtud digna del cielo está en la ley cristiana, ley de Dios". "Jesucristo murió para redimir al género humano, Sócrates no murió por la vanidad. No hay sino una diferencia entre los dos maestros, pero diferencia grande, infinita, la que media del cielo a la tierra, es a saber que el uno era hombre Dios, y el otro hombre puramente". (1) "Todos preferimos siempre María, Madre de Dios a Lucrocía mujer de Colatino"... "la calidad de ser María madre de Dios mismo la separa de las demás personas de su sexo". "María, dice, dechado de virtudes, humilde, justa, compasiva, caritativa, buena, santa". (2) Jamás que yo sepa atacó de frente todos los dogmas cristianos, si no es en la Mercurial el dogma de la infalibilidad del Papa; y, aun el del infierno, si no me equivoco, no está combatido en su esencia, sino en algunas de sus interpretaciones autorizadas o vulgares acerca de lugar y forma; más bien escandalizó a los fieles con sus sátiras contra la conducta del Clero y las prácticas gazmoñeras, antes que intentó destruir sus creencias cristianas. Se burlaba, por ejemplo, de las pailas, huracanes y culebras del infierno y a imitación de Dante condenó al vulgo a un infierno peregrino: "barrer patios y corredores e ir con la basura tras la casa". La contricción cristiana, la castidad, tienen en las Catilinarias párrafos brillantes; los vicios o pecados capitales, admirables cuadros que inspiran horror y repugnancia. El dogma del juicio final está sostenido por su número de poeta con elevación extraordinaria, y así dirigiéndose a un su enemigo le decía: "... maldito eres por esto... y por todo has de estar pálido, temblando en presencia del Juez, cuando él te levante de tu propia ceniza con una voz y te diga: veamos tu vida". Hasta llegó a vislumbrar en la doctrina de Jesucristo su inmensa trascendencia social, desentrañando consecuencias que al presente son objeto de vastos estudios de insignes publicistas que entienden en la enseñanza social de Jesús: "Jesucristo, dijo, tuvo origen noble y consagró la democracia... Jesucristo propendió a la igualdad del género humano en todos sus consejos y sus actos". [3]

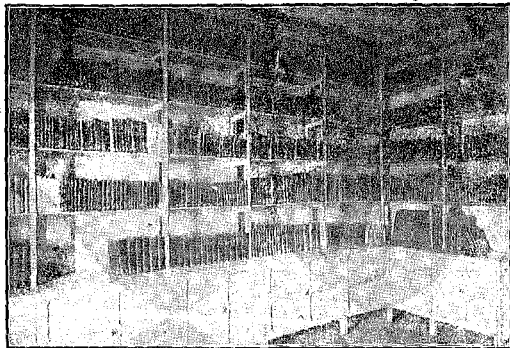
Dije y repito que Montalvo no fue un incrédulo, no fue un fanático contra todos los dogmas cristianos, pero, Montalvo, por desgracia, dió a impulsos del orgullo un salto furibundo del otro lado del Catolicismo, revelándose contra la autoridad de un Pre-

(1) Id. id. pág. 112.

(2) Siete Tratados pág. 36. Tomo 1º Edición de Garnier.

(3) El Cosmopolita pág. 117.

ludo, y, contra la Iglesia como tal en ocasiones enderezó graves ofensas. Resentido estaba e indignado por la prohibición de su obra "Los Siete Tratados" hecha por el Ilmo. Sr. Ordóñez, después que puso en solfa, según era su costumbre de Montalvo, ciertas manifestaciones de indiscreto celo religioso propias de su época, después que fustigó la relajación del Clero, después que gustó de acumular en negros cuadros los delitos de los católicos; resentido estaba e indignado por aquella condenación, cuando en la Mercurial sentó su proposición de que "Prohibir no es disentir; el que me prohíbe no me convence". El Magisterio eclesiástico descansa sobre la autoridad divina y a Montalvo no se le alcanzaba que la autoridad episcopal pueda ser aceptada sin discusión; error, profundo y grave error que de ser generalmente seguido, haría imposible en la Iglesia la existencia de toda autoridad. No obedeció; ¿y a quién no obedeció?, a un Obispo que en el sentir de



CASA DE MONTALVO.-OTRO ASPECTO DEL MISMO SALON

un testigo irrecusable "fue un prelado muy aborrecido en vida", "era severo, usaba más de rigor que de lenidad en el gobierno del Obispado; su trato era serio y adusto, y en política acaudilló el partido conservador, el cual juzgaba el Arzobispo que era el único que no perseguiría a la Religión en el Ecuador".

Montalvo combatió el partido conservador; por entónces, combatido ese partido se pensaba combatida la Religión; por lo mismo, y previo el testimonio citado, un historiador veraz e imparcial, ¿no podrá preguntarse acaso, si la pasión política pudo entrar a la parte en la prohibición de la obra de Montalvo?... También razones graves asistieron al Prelado para aquella condenación, sin duda alguna. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la severidad de un Obispo de tan altas prendas como el Señor Ordóñez, contrastó con la tenacidad de criterio de Montalvo, y el orgullo puso a éste fuera de la comunión con la Iglesia. La seve-



ridad de los Prelados se hace muchas veces necesaria, según la índole de los tiempos, pero, ojalá que la pasión política, como quería el gran GONZÁLEZ SUÁREZ, se mantuviera siempre alejada del pecho sacerdotal.

Por lo demás, Montalvo en la Mercurial se defendía de la acusación de ser enemigo del Clero, lo fue de gran parte del Clero de su Patria, mas no del Clero en general, nó como él mismo decía "del Clero ilustrado, piadoso, útil". Repetía: "no soy enemigo del Clero. Fencón, Masillon son mis clérigos; el Padre Laccordaire, el Padre Ventura de Raúlica son mis frailes: los fanáticos me infunden miedo; los ignorantes, lástima, los perversos, odio, los corrompidos, desprecio". (1) Ahora claro se está que su furor político, su orgullo de perseguido no le dejaba ver clérigo bueno, fraile ilustre sino en muy raros de los sacerdotes. De todo queda en limpio, su escasa humildad, su manifiesta rebelión y la sangrienta calumnia que propagó en la Mercurial, la más enconada e injustificable de todas sus obras, escrita contra la dignidad del Metropolitano de Quito. Vario fue en su conducta respecto de la Iglesia: ora la combatió en su constitución y jerarquía, ora la ensalzó en sus beneficios y en sus varones ilustres: el tipo del escéptico, a veces el tipo debenenemigo violento y agresivo: se ve que no había estudiado la constitución divina de la Iglesia y que la confundía ya con los partidos políticos, ya con los hombres, por donde a todos envuelve en sus ataques como hombre lleno de rencor, audaz de pensamiento y de índole temerario. [b] Hora es ya, sin embargo, de que la gloria se extienda como fúnebre sudario de misericordia sobre la asendereada existencia del primer literato de América. [2]

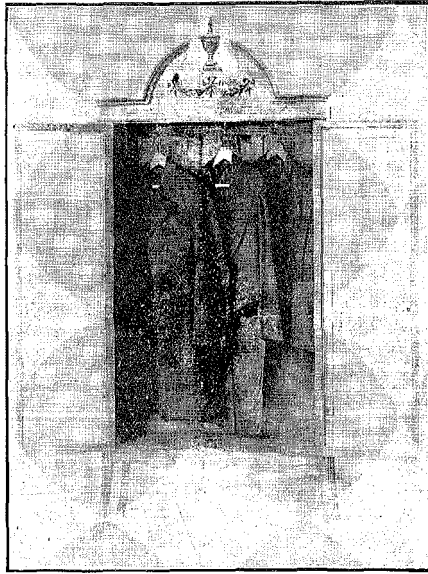
Dije al comenzar esta conferencia que Montalvo había sido ensalzado por unos hasta la idolatría, condenado por otros hasta el insulto. Su suerte ha sido igual en este punto a la del insigne García Moreno. Ningún ecuatoriano como estos dos, ha dejado tras de sí tanto número de enemigos personales, tal séquito de incondicionales admiradores. Sus nombres, por desgracia, hasta el presente están ligados con las luchas de escuela y de partido, son algo así como una bandera de combate que alzan unos contra otros. No es así, en mi humilde concepto, cómo deben ser juzgados los varones ilustres que son honra y prez de una nación y de la humanidad entera. De García Moreno y de Montalvo cumple decir que si fueron blanco de contradicción de opiniones y pasiones políticas, el hombre de la voluntad inflexible y el hombre de la pluma, cada uno en su respectiva esfera de acción, hoy deben ser personajes muy por encima de los partidos y pertenecer por completo al campo de la Historia. Como es un egoísmo suicida negar la grandeza, el genio, los merecimientos del inmortal Presidente del Ecuador, de análoga

(1) Mercurial Eclesiástico, pág. 106.

(b) Estas y otras frases anteriores que apreciará el lector, constituyen las necesarias reservas religiosas en las alabanzas a Montalvo.

[1] Sea esta la ocasión de recordar que Doña Emilia Pardo Bazán, insigne escritora, calificó a Montalvo de "alma religiosa y pensamiento heterodoxo" y que Cantú le ha llamado "honra de su Patria y del género humano".

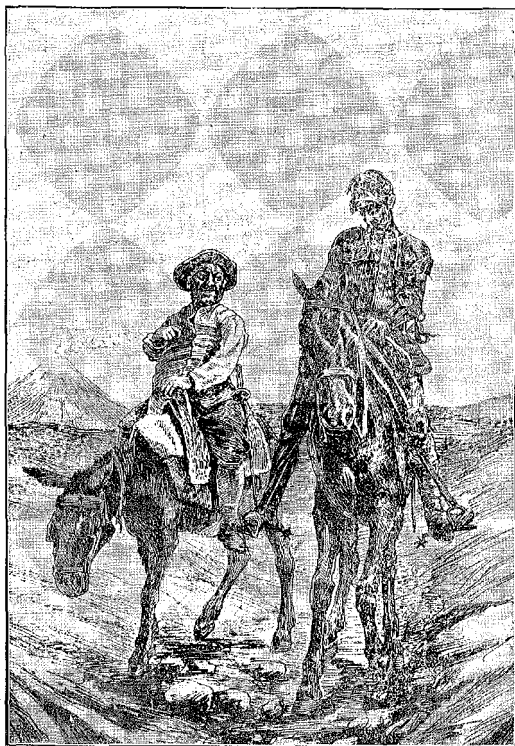
manera, y aunque en un orden distinto de actividad, es ceguera y es locura tomar la memoria de Montalvo para confinarla para siempre en la casa mezquina y estrecha de las conveniencias de partido. Alabemos a Montalvo por todo cuanto merece ser alabado; reprobémosle por lo que merezca ser reprobado, y tengamos siempre muy presentes las palabras del inmortal Menéndez y Pelayo: "DIOS hace salir el sol de la ciencia y del arte sobre moros, judíos, gentiles o cristianos, creyentes o incrédulos según place a sus inescrutables designios, y no es indicio de piedad sino de orgullo farisaico pretender para los cristianos católicos diría



CASA DE MONTALVO.—ALGUNAS PRENDAS DE VESTIR DEL GRAN ESCRITOR

yo ahora) por el mero título de tales, la posesión de aquellos bienes del orden natural que no son incompatibles con el error teológico, ni aún con la voluntaria ceguera del espíritu degenerado, que se empeña en arrancar de sí propio la noción de lo divino". "Nunca he podido comprender a los extraños apologistas que, con negar toda clase de ciencia y de ingenio a los adversarios de la fé, creen haber obtenido sobre ellos la más cumplida victoria".

MANUEL ELIOIO FLOE T.



EL QUE NO TIENE ALGO DE DON QUIJOTE NO MERECE EL  
APRECIO NI EL CARÍO DE SUS SEMEJANTES.

JUAN MONTALVO.

## CONCURSO DE

## "NARIZ DEL DIABLO"

En cumplimiento de la comisión que hemos recibido de la Revista "Nariz del Diablo", y después del examen detenido de los ocho trabajos presentados al concurso literario acerca de la vida y la obra de Don Juan Montalvo, creemos que debe dividirse el premio de 500 sucres, adjudicándose, la mayor parte, esto es, 350 sucres, al trabajo titulado "Juan Montalvo". — (Estudio sintético de su obra), suscrito por *Dulcanara*, y 150 sucres restantes, para la "Síntesis de la vida de Juan Montalvo", firmada por *Graco*.

Abiertas las plicas, se halló que el pseudónimo de *Dulcanara* correspondía al Doctor F. J. Falquez Ampuero; y el de *Graco*, al Señor Agustín Vera Loor.

Expresamos nuestras felicitaciones a los autores premiados y a la Revista promotora de este concurso, por haber contribuido dignamente a la conmemoración del Centenario de Montalvo.

Quito, a 6 de Abril de 1932.

JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

CESAR E. ARROYO

AUGUSTO ARIAS

**JUAN MONTALVO**  
(ESTUDIO SINTETICO DE SU OBRA)

¿SABEIS DE LA TRISTEZA DE LAS CUMBRES, CUANDO SE MIRA A UN LADO O AL OTRO Y TODO ES CUESTA ABAJO?

Jacinto Benavente-De Sobremesa-Serie 3, pág. 44.

Abramos este breve estudio sintético de la obra literaria de nuestro Don Juan, el Don del Ecuador, don Juan Montalvo, con un recuerdo de tiempos más felices, cuando un puñado de mozárrones de buena cepa, soñadores, caballerosos, se reunían principalmente por las

noches, acabadas las faenas del colegio o de la oficina comercial, en un pobre cuarto a medio arruinar de una vieja casa que había sido escuela de muchachas guape-tonas de corazón de mantequilla, que hoy son ya madres de animosa y elegante pollada, o duermen el postrer sueño bajo lápida que lavan inviernos y doran estíos, en la que podemos leer al paso esta súplica dulce: "Ah! sigue pronto amigo, no peses más sobre ella".... Entonces, en una de esas inolvidables sesiones tranquilas, borrascosas, pero siempre decentes, uno de nosotros tomó del anaqueleto en que se guardaba la parva librería un tomo de Jacobo Benigno Bossuet, obispo de Maux y leyó con voz enfática de orador opositorista: "Ella (la reina Enriqueta de Inglaterra), profesaba públicamente la fe católica, y la *resurrección de los muertos*, esta preciosa consolación de los fieles moribundos".... Otro de los contertulios, en un arranque de convicción liberalesca, oponiendo texto a texto, declamó este párrafo del discurso célebre de Juan de Dios Uribe en honor de Máximo Jeréz: "El Partido Liberal *no espera en la resurrección de los muertos*, sino que él mismo los resuscita en la conciencia de los pueblos"....

¡Juventud, fuerza y luz que empujas al hombre a trepar por lo más escabroso de la montaña a picol! ¡Juventud, caudal que pródigamente derrochamos con el orgullo de lo que es nuestro, de lo que no se lo debemos a nadie, sino a esa gran dadivosa que es también una gran mezcla y se llama Naturaleza! ¡Juventud, báculo de la vejez honrosa, tú eres la que, como el bello joven gallico, *resuscitas* y das la inmortalidad a los difuntos que la merecen! A tí se dirigía Chateaubriand; cuando ya anciano y enfermo, escribió a Víctor Hugo, después de la victoria de *Hernani*, esa carta que tiene mucho de la venerable tristeza de una luz de ocaso penetrando al través de una nube de sombra aterciopelada. Hay nada más conmovedor que estas expresiones: "Yo me voy, señor, y vos llegáis. Me recomiendo al recuerdo de vuestra musa. La gloria compasiva debe rogar por los muertos"?....

Montalvo goza del beneficio sagrado de la supervivencia en la memoria de la gente nueva. Su verbo propio está allí; tiene foco en las mentes juveniles, como en vívido crisol, el áureo rayo que fulge, se concentra y depura, para ser luego imagen esplendorosa de vida espiritual. Así el gran hombre se ofrece todos los días a la juventud en una especie de generosa y fecunda eucaristía bajo los símbolos de *pan* y *vino*—ídca y forma— que conserva en las generaciones primaverales intactas las doctrinas que las apartan del vicio y la abyección y las enderezan en direcciones que conducen a su perfecciona-



ELOY ALFARO, EL VERBO DE MONTALVO

miento y a la apoteosis, meta que está brillando lejos, pero asequible siempre para los que tienen el cerebro y el corazón en actividad de laboratorio y de caja de música, y en los labios, los acentos triunfales del salmo rutilante de Longefelow.

Montalvo es, ante todo, un polígrafo inmenso, astro de primera magnitud o más bien, centro de todo el sistema literario ecuatoriano. Su especialidad, dentro del creciente prestigio de sus libros, ese bello y rico género, el *artículo literario*, dramático, descriptivo, crónica ágil, pictórica, de levedad de mariposa, collar de gemas de aguas cambiantes, orquestación de cláusulas sabiamente rompidas, en resumen, hechicería en prosa protéica y gloria de escritores como Adisson, Lord Macaulay, Gauthier, Anatole France, d'Amicis, y esa larga desfilada de varones principales de pluma en ristre, entre los que campean los que llevan pegado al nombre ese don resonante como título de grandeza de primera clase: don Francisco García de Quevedo, don Alberto Lista, don Juan Eugenio de Harztembuch, don Eugenio de Ochoa, don Mariano José de Larra, don Juan Valera, don Juan Montalvo. . . . Cuando nuestro ilustre compatriota sale de este terreno en el que se *irgue* con ciclopéa estatura para gallar con sus naturales arrogancias, verbi gracia, en los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, el continente como que mermara su garboso desembarazo, se advierte algo que descubre el esfuerzo por ser siempre el mismo, el arte infinito substituyéndose a esa ingenua y simpática flamenquería que lo coloca entre los más prestantes prosadores de habla castellana.

Romántico por excelencia en su vida y en sus obras, don Juan lo fué hasta morir con la masculina tonicidad de alma que lo sacaba a la luz aun cuando, como el cocuyo, su genio buscaba el secreto de la penumbra para gozar de la fruición íntima de encontrar buena y bella su obra. Se quiere más acción romántica que la de invitar a Lamartine, pobre y desvalido, a venir al Ecuador a poner fin a una vida gloriosa consagrada al canto y al dolor? Los que van a pie por la ruta polvorosa y soleada, rebaño miserable que no alcanza a comprender que haya quienes desplieguen alas para correr con irrestricta libertad por lo abierto, calificaron de loco y estrafalario a Montalvo, porque con fraternal desinterés convidaba a partir las sombras amigas de su quinta de Ficoa al cisne de Macon. El heroísmo romano de no moverse ni exhalar un quejido, mientras el bisturí le rasgaba las carnes y le dividía las costillas, no culmina en el más aristocrático estoicismo, en el más indígena gesto romántico? La poesía vive y se renueva a pesar de las escuelas y las vicisitudes, y tiene el poder

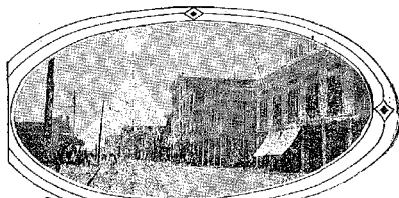
de cautivar a cuantos son capaces de sentir su influencia delicada y de creer en la excelstitud de su origen. El hombre grande es como el águila: la sublimidad del vuelo la hace menos visible y la rodea de un espléndido aislamiento, que es como el castigo de su grandeza. Bajo este respecto, fué que San Agustín dijo en el más heruo-

## GUAYAQUIL

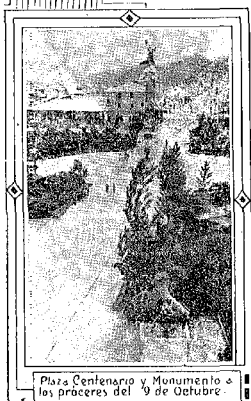
so de sus libros, su autobiografía, que las almas finas se hacen ellas mismas una soledad.

Y cómo no ser romántico y poeta hasta la médula de los huesos,

cuando se traen a la vida estos dones valiosos de la naturaleza—luz y estro—destellos en el entendimiento y armonía en el corazón? Cómo no cantar con el alma de rodillas, si se abrieron los ojos en esa encantadora tierra ambateña, la *Florencia del Ecuador*; si han embalsamado las horas más gratas del hombre las brisas frescas y rumorosas que hacen cabecear de poética soñolencia a sauces, eucaliptos y nopales? Montalvo aprendió allí la visión del paisaje de que rebosan sus páginas maestras: los picos más airosos de la Gran Cordillera le dieron esa atrevida rotundidad que vuelve su prosa insuperable y típica; el cielo despejado, su afil más puro; el Ambato discurrendo cristalino y bullicioso, su voz más alta y sonora, queda y melancólica, para traducir su ánimo, batallador o apacible, según los casos. En la mayor parte de las des-



El Malecón



Plaza Centenario y Monumento a los próceres del 9 de Octubre

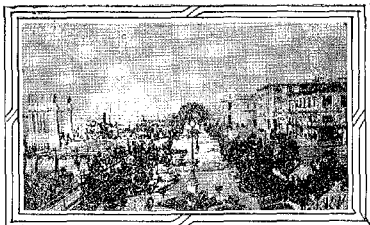


cripciones de Montalvo corren las aguas del río natal, en las que se están mirando vegas y jardines eliseos, como el Arno silencioso, demorando por sitios de soledad y tristeza, es el fondo en que sonríe exquisita y engañosa la Gioconda.

De Montalvo se puede decir lo que un historiador célebre escribió de Napoleón 1º: "su talento excepcional llevó a la perfección el arte de la gran guerra, y es tan consumado en él que no tuvo rivales dignos de su genio, ni ha dejado sucesores". Quién pudo luchar con ventaja en el campo de la controversia política o literaria con Don Juan? Ni clérigos retóricos ni seglares pedantes consiguieron vencer a este titán de la pluma cuando la alzaba en guisa de apastarlos como la maza hercúlea. A los primeros, los desbarató entre una lluvia de sarcasmos de burlón épico en las páginas magistrales de la *Mercurial Eclesiástica* o libro de las verdades. A los segundos, entre los que se contaba un amenísimo y atildado escritor nacional de costumbres, los hizo retroceder amedrentados de la osadía de haberse medido con adversario tan poderoso. Académicos de la lengua, señorones empingorotados que le rehusaron el voto que reclamaban para él padrinos de la talla de Castelar, Núñez de Arce, Valera y Cánovas del Castillo, están desollados vivos en la picota de la *Joya Literaria*, como Marsyas en la rama más alta del árbol en que lo clavó la venganza de Apolo. A más de un fraile agresivo y vicioso le demostró ser más cristiano y conocer y practicar más que sus enemigos el espíritu evangélico. El Arzobispo de Quito Jose Ignacio Ordóñez no sana todavía ante la opinión pública de la resonante y abrumadora azotaina que le aplicó Don Juan indignado porque manos tan toscas hayan tocado con descomedimiento las galas y perfecciones de sus *Siete Tratados*. Montalvo, en este concepto, nos recuerda a Víctor Hugo cuando, en la réplica a un prelado que lo llamó impío y blasfemo, le echó a la cara esta desmentida que se ha hecho famosa: "Si se trata del principio eterno, sencillo, inmenso que piensa, porque Él es, que está en todas partes, y que yo a falta de un nombre más grande lo llamo Dios, entonces, todo cambia, nuestras almas se dirigen en diverso sentido: la tuya hacia la noche, golfo y cloaca en que pululan las risas, las nadas, siniestra visión, y la mía hacia la luz, santa afirmación, himno, destumbramiento de mi ser maravillado, y así soy yo el creyente, fraile, y tú el ateo".

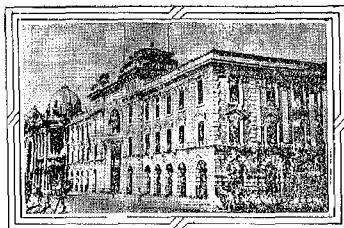
Los más auténticos reflejos de su psiquis personalísima son los libros que salieron para su pluma de oro de su mente luminosa. ¡Qué admirable y estrecha conexión entre el hombre y el escritor! Creo que fué Pascal el que dijo en sus inmortales *Pensamientos* que era ridículo ver al

hombre detrás del escritor. En Montalvo no pasa esto. Ambos tipos se confunden en una bellísima armonía moral que puede servir de ejemplo a todo, el que abraza de buena fe la hermosa carrera de las letras. No es posible apreciar con criterio justo y cabal la obra de Don Juan, sin conocer su modo de ser fatino, sin bucear en las profundidades de su alma-océano y sorprender, junto con los tesoros de elevación espiritual que encierra, la extensión y los efectos de las borrascas que conmueven su individualidad grave y arrogante.



GUAYAQUIL. PASEO DE LA ROTONDA

*El Cosmopolita*, su primer libro contra la elección de García Moreno, es la más genuina personificación de Montalvo. Obra de combate se resiente de los ardores y peripecias de la lucha a muerte que sostuvieron hasta el final



GUAYAQUIL. LA GOBERNACION

de la tragedia a ambos paladines. Esas páginas fragantes y resplandecientes acusan pujanza tropical, presión y fuego de juventud robusta, lucidez de pensamiento que apunta con ese himpido despejó que fué cualidad dominante del peculiar decir de Dn. Juan. ¡Qué fruto más sazonado que este en que se siente palpitar la onda de la vida con ritmo lleno de salud rozagante! Yo lo leo y lo releo cuando quiero vigorizar mis nervios para el diario afanar por la existencia de *tierra baja*. Es un joyero maravilloso, deslumbrador. Mi admiración por esos artículos rebo-

de la tragedia a ambos paladines. Esas páginas fragantes y resplandecientes acusan pujanza tropical, presión y fuego de juventud robusta, lucidez de pensamiento que apunta con ese himpido despejó que fué cualidad dominante

santes de colorido y eufonia sólo iguala a la que me inspiran *Los Trofeos* de José María de Heredia. Auras de primavera olean las hojas de todo el libro, hálito viril de una naturaleza exuberante que gusta de prodigarse con la esplendidez de una selva de la India repleta de sinfonías solemnes, de cantos de pájaros raros, de rugidos de fieras, de vientos huracanados, de perfumes de gomas, bálsamos y flores desconocidos y pungentes. Yo prefiero a los temas políticos, los descriptivos y emocionantes. Esa tierna *Carta de un padre joven* me ha arrancado más de una vez lágrimas que han corrido sin que las enjuge la mano blanca y fina que yo hubiera querido.... En las *Confesiones* de Rousseau hay esta observación que siempre la he aplicado a ese desahogo del pecho de Montalvo: "Cual quiera que, al leer estas dos cartas (se refiere a la del Eliseo y la del paseo del lago que se hallan al fin de la parte cuarta de la *Julia*), no sienta ablandarsele el corazón con la ternura que me las dictó, debe cerrar el libro: no ha nacido para juzgar en materia de sentimiento".

El *Terremoto de Inbabura*, elegía en prosa escrita en francés y dedicada a Víctor Hugo, asimismo, me deleita por la sublimidad del pensamiento y la magia del estilo. A este trozo de sobresaliente composición y acertado desempeño pictórico, sólo le falta el prestigio de la rima. Guillermo Valencia, el poeta alejandrínista de Colombia, prodigio de virtuosismo del poema moderno, me decía en rato de enjundiosa charla de sobremesa en esta ciudad, a su regreso de un congreso internacional en que representó a su culta patria: "Ya sé que mi traducción de los caballos de Herodes es un pasaje muy bello de un cuento de Flaubert. Pero yo lo puse en verso, porque creo que así está bien. El autor de esa brillante descripción lo hubiera hecho de ser poeta". Como el noble lirido colombiano, mi admirado amigo, pienso lo mismo del escrito de Montalvo: debió estar compuesto en epopéyicos versos; pero el Cosmopolita, como Cicerón, como Castelar, era poeta en prosa de los más renombrados, no un vate en la verdadera acepción de esta palabra. ¡Cuán grandilocuente es la invitación al canto en esa briosa riada de cláusulas bien construidas. "El acontecimiento es grande; grande como tu alma, poético según tu poesía. Si el universo es dominio del poeta, encastillate en el Chimborazo y contempla el mundo desde su inmensa elevación". El autor de *Las Orientales*, que sabía el español, debió verter al francés la prosa de ecos metálicos de Montalvo.

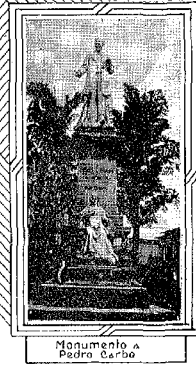
La carta política a García Moreno escrita desde la Bodeguita de Yaguachi, está revelando el templo acorado de su alma educada bajo las austeras normas en que se formaron los hijos de la Roma antigua: esos varones eminentes

que, según el gran decir de Tácito, iban serenos y resueltos al sacrificio de la vida por el deber, porque sabían que se precipitaban en la gloria. Al repetir en alta voz, delante de un retrato del terrible Don Gabriel ese "que el poder no le empeore, llame usted a la razón en su socorro", me figuro oír al través de los tiempos, al orador de las grandes y sinceras frases de la *Petite Couronne*, diciéndole a Luis XV, niño todavía, en presencia del Regente

GUAYAQUIL



Monumento al Libertador  
Simón Bolívar



Monumento a  
Pedro Carbo

del reino, el disoluto Luis Felipe de Orleans: "Sabed, Señor, que Dios está sobre vos, pero las leyes deben tener más autoridad que vos mismo. No mandáis esclavos, sino una nación libre y guerrera, celosa de su libertad, como de la fidelidad que os debe, y cuya sumisión es tanto más segura, cuanto que está fundada sobre el amor. No es el soberano, sino la ley, la que ha de reinar sobre los pueblos. Vos, Señor, no sois sino su ministro y primer depositario. "¿Qué respetable franqueza la del ardo-

santes de colorido y eufonia sólo iguala a la que me inspiran *Los Trofeos* de José María de Heredia. Auras de primavera olean las hojas de todo el libro, hálito viril de una naturaleza exuberante que gusta de prodigarse con la esplendidez de una selva de la India repleta de sinfonías solemnes, de cantos de pájaros raros, de rugidos de fieras, de vientos huracanados, de perfumes de gomas, bálsamos y flores desconocidos y pungentes. Yo prefiero a los temas políticos, los descriptivos y emocionantes. Esa tierra *Carta de un padre joven me ha arrancado más de una vez lágrimas que han corrido sin que las enjague la mano blanca y fina que yo hubiera querido...* En las *Confesiones* de Rousseau hay esta observación que siempre la he aplicado a ese desubogo del pecho de Montalvo: "Cual quiera que, al leer estas dos cartas (se refiere a la del Eliseo y la del paseo del lago que se hallan al fin de la parte cuarta de la *Julia*), no sienta ablandársele el corazón con la ternura que me las dictó, debe cerrar el libro: no ha nacido para juzgar en materia de sentimiento".

El *Terremoto de Imbabura*, elegía en prosa escrita en francés y dedicada a Víctor Hugo, asimismo, me deleita por la sublimidad del pensamiento y la magia del estilo. A este trozo de sobresaliente composición y acertado desempeño pictórico, sólo le falta el prestigio de la rima. Guillermo Valencia, el poeta alejandrino de Colombia, prodigio de virtuosismo del poema moderno, me decía en rato de enojadisa charla de sobremesa en esta ciudad, a su regreso de un congreso internacional en que representó a su culta patria: "Ya sé que mi traducción de los caballos de Herodes es un pasaje muy bello de un cuento de Flaubert. Pero yo lo puse en verso, porque creo que así está bien. El autor de esa brillante descripción lo hubiera hecho de ser poeta". Como el noble lirido colombiano, mi admirado amigo, pienso lo mismo del escrito de Montalvo: *debió estar compuesto en epopéyicos versos; pero el Cosmopolita, como Cicerón, como Castelar, era poeta en prosa de los más renombrados, no un vate en la verdadera acepción de esta palabra. ¡Cuán grandilocuente es la invitación al canto en esa briosa riada de cláusulas bien construidas. "El acontecimiento es grande; grande como tu alma, poético según tu poesía. Si el universo es dominio del poeta, encastillado en el Chimborazo y contempla el mundo desde su inmensa elevación". El autor de *Las Orientales*, que sabía el español, debió verter al francés la prosa de ecos metálicos de Montalvo.*

La carta política a García Moreno escrita desde la Bo-deguita de Yaguachi, está revelando el temple acerado de su alma educada bajo las austeras normas en que se formaron los hijos de la Roma antigua: esos varones eminentes

que, según el gran decir de Tácito, iban serenos y resueltos al sacrificio de la vida por el deber, porque sabían que se precipitaban en la gloria. Al repetir en alta voz, delante de un retrato del terrible Don Gabriel ose "que el poder no le empeore, llame usted a la razón en su socorro", me figuro oír al través de los tiempos, al orador de las grandes y sinceras frases de la *Petite Curene*, diciéndole a Luis XV, niño todavía, en presencia del Regente

## GUAYAQUIL



Monumento al Libertador  
Simon Bolivar



Monumento a  
Pedro Carbo

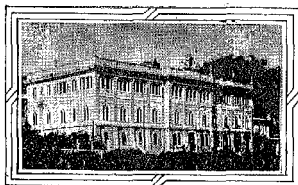
del reino, el disoluto Luis Felipe de Orleans: "Sabed, Señor, que Dios está sobre vos, pero las leyes deben tener más autoridad que vos mismo. No mandáis esclavos, sino una nación libre y guerrera, celosa de su libertad, como de la fidelidad que os debe, y cuya sumisión es tanto más segura, cuanto que está fundada sobre el amor. No es el soberano, sino la ley, la que ha de reinar sobre los pueblos. Vos, Señor, no sois sino su ministro y primer depositario. ¡Qué respetable franqueza la del ardo-

roso Don Juan y la del sacerdote que se dirigía al púlpito con los ojos bajos, el aire modesto y recogido, a predicar la verdad sin gestos de cómico ni violencias de demagogo; pero con entereza y con una honda convicción de la doctrina que enseñaba:

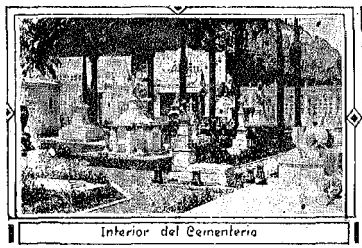
Preguntado el Arzobispo González Suárez, que no puede ser considerado como entusiasta por la figura política de Montalvo, cuál era, en su concepto, la mejor obra de tan insignic escritor, contestó que los *Siete Tratados* era la más estimada por él. Tenía razón juez tan idóneo como el Prelado ecuatoriano, a quien la gratitud de sus numerosas greyes se dispone a levantarle monumento de osos que respeta el tiempo y se conservan siempre enhiestos para salvar un nombre ilustre del olvido, muerte más cruel que la misma muerte. . . . Esta es la obra cumbre de Don Juan Montalvo. En ella, como en glorioso espectro irradian todos los colores, se reúnen los más variados conocimientos de la ciencia y el arte. Cuestión social, política y económica en el tratado de la *Nobleza*; su concepto ilustrado por copiosa doctrina surge a la manera de un surtidor de musicales notas en el de la *Belleza*; en el *Banquete de los filósofos* estudia con amor de sabio y de artista el siglo de Pericles; en el del *Genio* penetra en los abismos del espíritu humano y se extiende en elocuentes digresiones sobre lo que es esa que alguien calificó de "tara gloriosa de ciertos individuos privilegiados"; y, por último, en el tratado contra un *seudocatólico*, diatriba vibrante dirigida al clero secular y regular, expone su manera propia de venerar a la religión cristiana que el fanatismo trata convertir en farsa odiosa para todo hombre que practica la virtud y execra el vicio. Tan múltiples asuntos aparecen embellecidos por los primores de un lenguaje siempre castizo y el lustre de un estilo que recuerda el garbo clásico natural de los mejores modelos del idioma castellano. Montalvo, casi nunca deja de encontrar el epíteto eufónico y adecuado para engalanar su frase. Por este envidiable don de las musas sabias y benignas para él, es acreedor al elogio que don José María de Pereda hizo ya de la poesía de Salvador Rueda: "En su paleta hay colores para todo, hasta para el átomo, y lo que es más raro aún, para sus vibraciones".

Así como Palas salió armada de punta en blanco del cerebro de Júpiter, brotó de la mente de Montalvo esa luménides empuñando un haz de relámpagos aterradores que conocemos con el nombre de *Catibonarios*. Son doce panfletos maravillosos, doce serpientes ígneas del látigo con que Don Juan desgarró las carnes de Veintemilla, doce obras maestras del buen decir, de la sátira implacable con fines moralizadores, de la vieja y crudita fiska rabele-

siana. Desde las estrofas rügentes de indignación de Juvenal, *Las Trágicas* de Agrippa d'Aubigné y *Los Castigos* del indomado proscrito de Guernsey, no ha reventado pólvora de brillos más deslumbradores que los de esas piezas admirables que hacían las delicias, por su verba mordaz, de Manuel J. Calle, discípulo de Montalvo por la fuerza arrolladora de su agresividad periodística y por la ágil donosura del lenguaje. No era digno el flamante Capitán General de sus genizaros de que Montalvo forjara esa docena de espadas relumbrantes, como las que centellean en los combatos de la epopeya de Milton; para el despotismo asiático de los Césares histriones se han hecho la cuerda estranguladora y el molimiento del palo; hojas primorosamente templadas que pueden competir con el repujado de las rodelas, platos y ánforas de Cellini; láminas flexibles de rica empuñadura que se fabrican en los talleres toledanos, de cuyas fraguas y yunques célebres



HOSPITAL GENERAL. GUAYAQUIL



Interior del Cementerio

GUAYAQUIL

está saliendo estridente golpear metálico que contrasta con la soledad de las callejuelas moriscas, son para héroes y caballeros en lances de honor y en los campos de batalla en defensa de ideales....

*El Regenerador* y *El Espectador* tienen su mérito característico, especialmente, la segunda que es obra de académico, sobria y culta. En la primera, llaman la atención los cuadros de tipos y lugares de nuestra serranía. El viaje del Presidente Borrero para posesionarse

está saliendo estridente golpear metálico que contrasta con la soledad de las callejuelas moriscas, son para héroes y caballeros en lances de honor y en los campos de batalla en defensa de ideales....



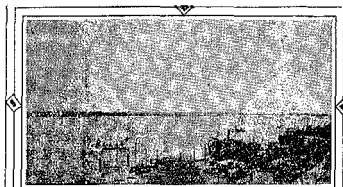
de su alto cargo público es de una comicidad regocijante que lo vuelve un modelo en su género. Don Juan maneja con acierto las sales del epigrama, y su risa, que apenas contraía el semblante de gravedad imponente, era sólo un esbozo de *humour*, una leve claridad de alegría espiritual que iluminaba la adustez castellana del rostro moreno. En *El Espectador*, Montalvo derrama a manos llenas una selecta erudición general adornada con los encantos de su estilo original, inconfundible entre el de otros escritores de habla española, por lo granado y un tanto arcaico de los giros y construcciones, y, sobre todo, por ese como *cachet* de prosapia antañona y patricia que hace advertir su presencia en cada página, en cada período, en cada sentencia, donde se lo ve tieserguido, fantasmal, con la mirada siempre hacia arriba, en acto de descubrir una nueva estrella, de adivinar un enigma, de platicar en muda admiración con la Divinidad o de suplicarle, como Moisés en el poema de Alfredo de Vigni, que lo transportara al empíreo:

*Oh! Seigneur j'ai vécu puissant et solitaire,  
Laissez-mois m'endormir du sommeil de la terre!*

Los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* es una muestra de la arrogancia de Montalvo nacido para todo lo grande y que comporta alientos de gigante, y de la superioridad, por nadie desconocida, de su genio. Atreverse a luchar de solo a solo con el glorioso Manco; sostenerse sin desmayos, aunque sudando sangre, en esta pugna que recuerda la que empeñó Jacob en el silencio de la noche con el ángel; salir, sino vencedor, por lo menos, honrado con el prestigio del encuentro, es ganarse a fuerza de bríos fama de semidiós junto con el derecho de alternar con gente que habita el Olimpo y se sienta a la mesa de los inmortales. Altura de ideas, amplitud de doctrina, equilibrio del criterio, hermosura y pureza del idioma, galas son de esta obra, una de las más elegantes y cumplidas del pasado siglo. No llamemos con exagerado jansenismo cervantino descomedimiento la valiente resolución de Don Juan Montalvo de ensayarse en imitar un libro inimitable. Las inteligencias fuertes como la suya, servidas por una voluntad ajena a la fatiga y al horror por lo sagrado intangible, no reparan en abrir las alas a toda su envergadura y lanzarse a las supremas aspiraciones del vuelo, aunque el éter se combustione para una tempestad y el rayo pueda, entre torrentes de llama, devolver cadáver al ave que simboliza la gloria, el esfuerzo y el genio. Montalvo justificando en palenque abierto con el campeón Cervantes, lleno de entusiasmo, vigoroso, *sin miedo ni tacha*, como los

héroes de la Emancipación Americana por él celebrados, es una figura nimbada por los arreboles de la hazaña, y es acreedora al respeto y al amor de las almas que comprenden la alteza de miras y el pundonor que anima a los hombres de la estatura procerca de nuestro incomparable Don Juan.

GUAYAQUIL



El Rio Guayas y parte del Malendn



Entrada al Cementerio

Montalvo cultivó también el teatro y tuvo aciertos en las escenas anotadas con aplauso por críticos sagaces de *Jara* y *El Descomulgado*. No era partidario del drama servido por resortes comunes y efectos calculados que dejan ver lo que los franceses llaman *ficelle*. El estudio de los caracteres a lo Molière, la espontánea galanura del es-

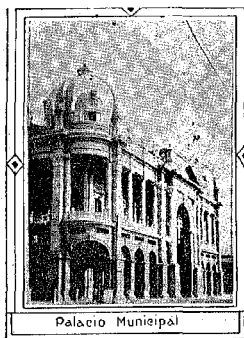
tilo siempre el mismo, impecable y propio, el desarrollo conducido con naturalidad, y como remate digno de la tesis, el triunfo de la virtud, el esplendor de la belleza, la sanción moral del abuso y el vicio, he allí, en definitiva, las prendas de Montalvo dramaturgo.

*Geometría Moral* es obra póstuma, y, como lo considera Don Juan Valera, un a modo de tratado octavo o continuación de los siete anteriores. En ambas, se nota la influencia de Miguel de Montaigne, linajudo erudito que dejó vagar su pensamiento con inquietudes de abeja de una en otra idea, de uno en otro asunto, pillando aquí y allá anécdotas, hechos y dichos ajenos, principalmente en su abundante librería guardada en amplia y clara sala de su castillo señorial, bagaje que le suministraban los autores griegos y latinos que conocía a fondo por serles familiares ambas lenguas. *Geometría Moral* es un libro de amores, en el que el autor, galante con las mujeres, ha empleado, al hablar de faldas y de aceites, el procedimiento aconsejado por Diderot de escribir con tinta de arco-iris y secar la escritura con el polvillo de las alas de las mariposas. ¡Cómo pule y torne a su frase Don Juan al narrar la vida de cuantos fueron enamorados, desde Páris, raptor de Elena, fémica que "pasó de mano en mano, como la copa en la alegría del festín", hasta los grandes poetas italianos del Renacimiento que nunca hurtaron a flor de labio un beso a sus Beatrices, Lauras y Leonoras! El respeto de Montalvo por la mujer es un culto apasionado, si se quiere, pagano, idolatría de sensualismo literario, adoración a la risueña divinidad de Chipre, más que homenaje discreto a la vestal que atiza el fuego, al mismo tiempo que el pudor, más que la llama sagrada, colora sus mejillas.... En este libro, bello como un Decamerón que fuera compuesto por Ovidio, Montalvo nos cuenta la vida y hazañas de otro Don Juan que el padre de *Pepita Jiménez* cree que merece llamarse Don Juan Espantoso. En la narración, los mismos brillantes arreos: lenguaje esmeradamente castizo, imágenes frescas y ricas de colorido, como si estuvieran hechas por el pincel de Rubens o el Veronés. Montalvo, así como ama la suntuosidad joyante de túnicas y dalmáticas, se extasia ante el paros immaculado de las estatuas antiguas, porque sabe que el desnudo en estas divinas insexuadas es, según ya lo anotó Dupanloup, un traje como cualquier otro.

Habla Jacinto Benavente de la desolación de las cumbres, de su profunda tristeza, cuando se mira que todo a un lado o al otro es cuesta abajo. Las testas coronadas de nieve de nuestros montes en las tardes despejadas de la altiplanicie, parece que tuvieran en su misma diaphanidad el velo que oculta las *lágrimas de las cosas*, ese llanto dis-

creto, íntimo, que los corre para adentro, cuando el hombre está más alegre y las cosas, grandes o chicas, caen en pena y nostalgia de un no sé qué dulce, arcano, querido que ellas tienen y que sienten que se les va acabando, como todo lo que se destruye bajo la cúpula, que la luz pinta al fresco y a su sabor. Las cumbres están tristes, porque mientras ellas se tienen en pie, sublimes, rebeldes, el rey de la Creación, hijo mimado de Dios hecho a su imagen y semejanza, abre ojos de estrigos, de nictálopes siniestros en lo más espeso de la sombra, y los mantiene clavados en busca del Oriente que se borra como una pincelada descolorida por el tiempo. Todo anda a gatas sobre la gigantesca esfera de lodo, de humus vuelto infecundo; las torres que el arte orgulloso alzara a costa de trabajos titánicos se derrumban como castillos de naipes, y un sol fatídico y amarillo y pobre como la linterna del filósofo cínico no descubre un hombre entre los abatidos moradores alimentados con el pan del dolor terroso y amargo... Todo es *cuesta abajo*, sólo las cimas con sus plumajines airosos y blancos, en actitud de protesta, erectas, desdenosas, nos están dando ejemplo de altivez, esa cualidad majestuosa, respetable, que fué virtud innata en el carácter inquebrantable y combativo de Don Juan Montalvo.

## GUAYAQUIL



Palacio Municipal

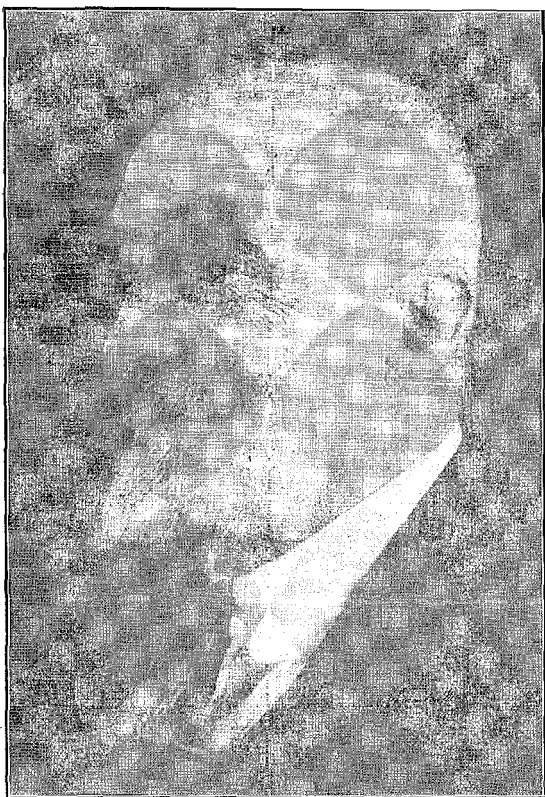
Kemble, famoso actor inglés fué a París en 1800. Los cómicos del Teatro Francés le festejaron, y entre otros agasajos le dieron una comida espléndida. Allí, se habló mucho de la escena de París y de la de Londres. Se charló de arte y de artistas, y, en particular, de la tragedia. De un lado y de otro se dijeron muy bellas cosas acerca de las reglas y de las grandes obras a que ellas han dado origen. Del terreno de las ideas se pasó a las personas y las épocas. Los franceses citaron con orgullo al viejo Corneille. El inglés oponía, con alguna ventaja, a Shakespeare, más antiguo que el autor del *Cid* y *Horacio*. "Señores, dijo Kemble, Corneille, sin duda, es un genio; pero, considerad que era hijo de un abogado de Rouen, que había recibido

una buena educación, en fin, que ya Malherbe le había dado leyes a vuestro Parnaso. Shakespeare, por el contrario, nació en el pobre hogar de un comerciante de lana del condado de Warwick, no habiendo hecho casi ningún estudio, viviendo de la guarda de caballos a la puerta de una sala de espectáculos, tuvo que crearlo todo, y así fue como se elevó, sin ningún apoyo, a una altura que en los mismos tiempos del saber y la cortesía a nadie le ha sido dado igualar".

Los franceses tenían en verdad, excelentes argumentos de su parte, que hicieron valer con alguna ventaja; pero, su misma urbanidad como anfitriones le obligaba a no presionar mucho al actor extranjero, exponiéndose así a perder su causa y a renunciar, por lo mismo, a la victoria. Entonces, fué cuando Michet, viniendo en ayuda de sus conterrános y de la Francia, a la que él consideraba derrotada, levantando la voz en medio del banquete, le dijo a Kemble: "Está bien, señor, pero Moliere?" Michet pensó haber aterrado al inglés, que con la serenidad propia de su raza contestó al instante: "Ah! con Moliere es otra cosa. . . . El no es francés. . . .—Como así arguyeron los comediantes galos. Sin duda lo váis a hacer inglés.—No, Moliere no es inglés.—Felizmente lo reconocéis así. Pero, en fin, de dónde es?—Es un hombre. Yo sé bien lo que debo deciros, señores.—Qué nos queréis decir?—Helo aquí. Me figuro que Dios, en su infinita bondad, queriendo darle al género humano el placer de la comedia, de los más agradables que en el mundo se puede gozar, creó a Moliere y le mandó a la tierra diciéndole: Anda, hijo, a pintar, a divertir, y si puedes, a componer a las gentes de allá abajo. Erá preciso, para cumplir esta misión, que él naciera de algún lado del canal que nos separa o en cualquiera otra parte. Nosotros no salimos favorecidos, sino vosotros, porque cayó en tierra de Francia; pero qué importa? Yo sostengo que Moliere, enviado del Altísimo, nos pertenece también a los ingleses. Acaso os ha pintado sólo a vosotros? Son franceses los únicos que rien al verso por él retratados? No. Ha pintado a todos los hombres, sus obras son el encanto de la humanidad que se siente orgullosa de su genio. Las pequeñas divisiones de reinos y siglos se borran delante de Moliere. Tal país o tal época no tienen derecho a apropiárselo. El pertenece al universo, a la eternidad. . . .".

La soberbia británica rindió, de esta manera, el más completo homenaje a Moliere. Lo mismo, al andar de los tiempos, quizás se diga de Don Juan Montalvo, Príncipe de las letras del Ecuador y la América indo-hispana.

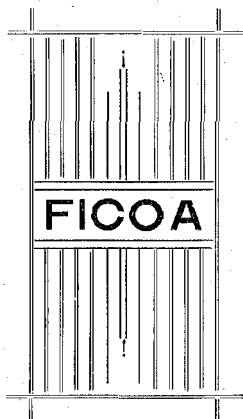
DULOAMARA.



SEÑOR DON AUGUSTO N. MARTINEZ,  
UNO DE LOS VALORES MAS RESPETABLES DE  
AMBATO CONTEMPORANEO.



UNA PALMA DE FICOA



Ensueño vuelto una égloga bajo los cerros grandes  
que beben en el alba su ordeño de rocío....  
Arriba la epevea de nieve de los Andes  
y abajo el himno lírico del cántico del río.

Frescura de la fronda que siembra madrigales  
en los vibrantes surcos cólicos del viento.  
En pitano fiel de aromas manzanos y perales  
sus cantos melodizan con ancestral acento.

Las Hespérides del mito, romántica y florida  
allí vive escondida lo mismo que un tesoro;  
dragones del encanto como cuidar su vida  
vigilan el ensueño de las manzanas de oro.

En voz de arroyos rútilos suena su esquila el agua....  
y para ver esa égloga desdoblan su espinazo  
sobre las altas nubes el alto Chimborazo  
y sobre la distancia con luz el Tungurahua.

Allí todo es dulzura... y aromas y armonía  
y panteísmo geórgico y eterna primavera;  
con su belleza idílica, que río y reverbera  
todo Ficoa vibra como una sinfonía.

Si los cóndores prenden el alba de ese cielo  
-los cóndores que el mismo sol nunca llega a herirlos-  
cu los áureos crepúsculos que al viento dan su vuelo  
encienden las luciérnagas el canto de los mirlos.

Senderos del Elíseo de encanto circunscriptos  
 donde su olor desfloran glicinas y resedas....  
 sobre el coral marino de las capulicadas  
 su azulidad de mar riegan los cuculiptos.

Sobre esa tierra fértil el roble indicohispano  
 de don Juan irguió el torso de su figura homérica  
 y arqueó de allí su espíritu hasta la linda ibérica  
 para traernos el oro del verbo castellano.

Allí soñó sus sueños.... y mientras por el arco  
 de su espíritu fueron sus quejas en exilio  
 bajo osas sombras dulces platicó con Plutarcó  
 y habló del elasticismo latino con Virgilio.

Los Andes encendían sus cumbres de diamantes  
 y cuando el pitagórico cantar daba su brote,  
 sentábase don Juan muy junto con Cervantes  
 para escuchar entre ambos la voz de don Quijote.

Toda la Cohorte antigua de la sabiduría  
 llamada por la magia de la voz ludohispana  
 allí encontró un asilo de estirpe castellana  
 para los festivales de la filosofía....

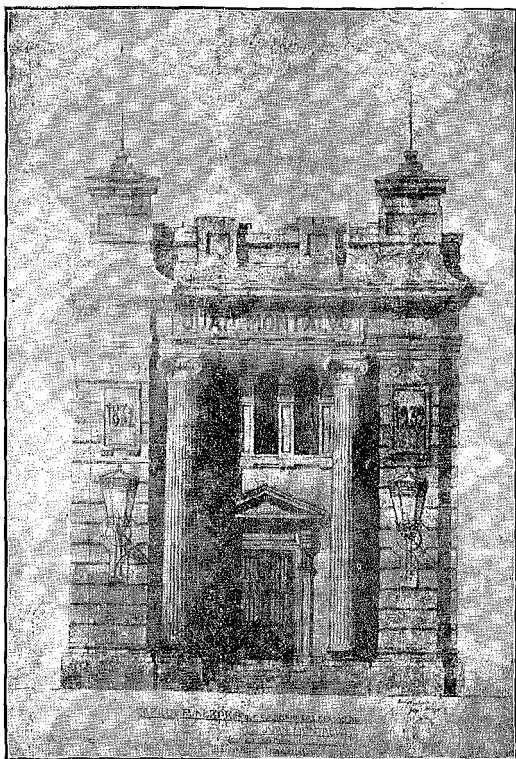
Viejo rincón histórico que huyendo a todo invierno  
 siempre estará el tesoro de su recuerdo en salvo:  
 porque en sus frondas pródigas vivió don Juan Montalvo  
 sobre todos los siglos su encanto será eterno.

ANTONIO MONTALVO.



LA CASA DE MONTALVO EN PICOA





MONUMENTO LEVANTADO POR LA GRATITUD DE  
LOS ECUATORIANOS, EN LA CIUDAD DE AMBATO,  
PARA GUARDAR LAS VENERANDAS CENIZAS  
DE DON JUAN MONTALVO.

## MONTALVO DE CIEN AÑOS

DE AYER Y DE HOY

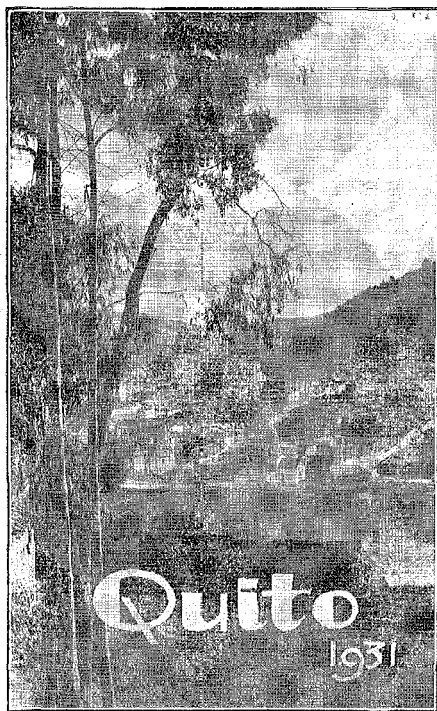
Juan Montalvo cumple cien años. Nos parece, sin embargo, que hubiera existido en más luengo decurso. Pero, ¿no viene acaso de un largo pasco a la diestra de los griegos, de una visión de las clásicas bellezas, de un encuentro con el castellano Cervantes, de una experiencia, a veces como heredada, como acopiada en observaciones personales en otras, de los más ilustres países, de las mejores épocas, de las ideas más duraderas, de los combates más recios, de los amores más sabios y, por eso, silenciosos? Se nos antoja héroe plutarqueano de perfiles severos y firmes y queremos observarlo con la firmeza de mirada a que nos obligaron siempre las *Vidas Paralelas*, pero habla de pronto, ya no con sus frases de mesurado aticismo, ni con los giros redondos de sus *Tratados* y si más bien con la gracia de cáusticas alusiones de sus *Catilinarias* y el paisaje criollo cobra nuevo valor, la política del tiempo recupera sus formas acerbas o cómicas, parte el ginepe de *posta* causando alarma entre el silencio de los maizales y pensamos descubrir a Montalvo, triste paseante a la vera de los jardines del Tungurahua, paliendo frente al horizonte la prosa de sus golpes verbales, ciceroniana en un ápice, y por su tendencia a la caricatura como retrato deformado, casi diríamos aristofanesca. De ayer y de hoy es don Juan, como lo fueron los hombres del Renacimiento, los de la Enciclopedia, como habrán de serlo aquellos que consiguen evadirse de la temporalidad, que no darán su polvo mortal a la gota desesperante de la clepsidra y que rompieron sus versos de la primera hora para no recordar en octosílabos. Tal vez hay quienes piensan en la caducidad de algunas de las ideas de don Juan y puede que tengan razón. Pero nosotros convenimos en que hasta varias de sus anotaciones de revista o de periódico que figuran en *El Cosmopolita*, en *El Espectador*, en *El Regenerador* han de volver en cada primavera mental por el soplo que las anima, y es que don Juan supo poner alas de pensamiento en la noticia, infundir alma en el dato. Viene de muy lejos, y por lo mismo, suyos son el valor y la alegría de viajar. Todavía circula por el mundo. Se aleja y retorna, y el equilibrio que en él nos sugiere y

nuevo nuestra simpatía es el goce integral de comprender y amar que tan justamente fue descrito por la Pardo Bazán que halló en la virtud del Cosmopolita un alma religiosa y un pensamiento heterodoxo. No se burla de sus semejantes. Los fustiga más bien. Su piedad es cristiana. La imperfección suscita en su gran espíritu un sentimiento de tristeza o condolencia. El orgullo le subleva y la humillación lo enciende. Su responsabilidad es de inigualada estructuración de cristal. Firme y transparente. No habría podido ser anónimo. Su nombre, como un dardo sobrio, Juan Montalvo, voló hasta en la mínima hoja suelta y se clavó quizá, rematando la carta amorosa, en el corazón de las mujeres. Mitologista y buceador de las perlas divinas de Homero, alma templada para visitar el Averno y corazón de goces prístinos para embebercerse del ambiente de los campos Eliseos, en el pórtico del Renacimiento, mirando del vértice de la ciudad al campo de la égloga, como el pastor de Garcilaso, con enternecido pero varonil reclamo, habría llamado a una pastora amateña, *dulce y sabrosa más que la fruta del cercado ajeno*, y en hora actual hubiera cedido a la tentación múltiple del ensayo, a la viva recreación de la biografía, y, don Juan de vanguardia, para celebrar la metáfora difícil del verso nuevo, hubiera llevado a su prosa, como miniatura de esmalte, el paisaje de detalle pero de brevedad, de realismo y de espíritu, de límite y de ilimitación, que logran con tan repentina seriedad o con sonrisa tan fácil los poetas de hoy o que se frustra también bajo los repelidos lápices del calco y el vano artificio.

Un día invitó a Platón al banquete de los filósofos y con él se puso a discutir acerca de la suerte de la República. Se nos objetará que Montalvo no fue un filósofo y estaremos de acuerdo en reconocerlo más bien como a un meditador. Pero la meditación nos acerca a la filosofía y place mejor el viaje por el gran Seminario socrático o por los jardines epicúreos, la estancia en el museo de las alegrias contorsionadas de Nietzsche, la gira por las simbolistas curvas de Bergson, el arranque de dinámica nueva, en el motor del Conde Kepslerling, que la elaboración de la propia filosofía gris como el camino arenoso de los hombres o de los colores varios con que nos miente el cielo, al alejarnos su Paraíso en la remotanza de las tardes.

Por eso vivo y perdura. Sus meditaciones, como las espirales de la columna salomónica, sirven para que por allí trepen las nuestras. Don Juan es voluntad de columna en la estética múltiple, superpuesta, de motivos varios, como la del barroco, que tratamos de descubrir y fijar en nuestras letras. Columna, sin que se acuse de trunca, porque a poco que la miremos, ya florecen sobre ella los capri-

chos de friso, la composición arquitectural que se dijera vitalizada porque carece de los perfiles fríos de la regular y se insinúa en las curvas o en los contornos de la espontánea y audaz. Columna por su grávida conciencia y su



fortaleza. Ella también de imagen antigua, de raíz cósmica, como la de los árboles, las primeras columnas que formaron las naves de los templos paganos, del templum, del bosquecillo, en donde veneraban los griegos a sus dio-

ses mayores, de belleza limpia y quieta, de simbolismos delicados o terribles, de leyendas heroicas, pero francos en su bien o en su crueldad, sensibles al voto como no lo fueron los humanos.

Los filósofos, encerrados en su gravedad, no quisieran escucharnos. Les oíríamos, llevándonos su fenómeno o su teoría a nuestro laboratorio de silencio o de música, para analizarlos o comprenderlos. Los meditadores pueden ser nuestros amigos con más segura fortuna. Su voz se parece más a la de la confianza que a la del precepto. Conversan con nosotros y no preceptúan la vida. No espían los rincones de la existencia como algunos de los moralistas y pasan, más bien, sin demostrarnos su reparo de lo deforme o lo incompleto, porque saben comprender que en medio de la desarmonía de los otros, ha de alzarse su ritmo, como una fortaleza o un madrigal.

Se puede hablar de las moralidades de Don Juan, pero, ¡cuan distintas de la de los espejos de fija edificación! En esa, la imagen refleja su contorno asombrado, desaparece con el azogue, se quiebra con el golpe de la prueba. En las de Don Juan la vida sigue su curso variable, se forma en la discusión de los tratados, sigue las líneas o las curvas de la Geometría, es el Padre Lachaise, la nobleza, el genio, los filósofos, los héroes de América, el Quijote.

Don Juan Centenario vuelve—¿pero se ha marchado alguna vez?—como si de su lugar de experiencia nos trajera un vino templado, arcaico y nuevo. Al ofrecérsenoslo, no le vemos en la actitud de soberbia indómita en la cual le observaron sus contemporáneos. El tiempo ahuecó el ímpetu de sus palabras. Ya no viven los hombres de su escenario con existencia sensible, pero la prosa montalvina modeló de tal forma sus figuras que ya las vemos pasar, desprendiéndose del volúmen que nos mira con el ojo dorado de su título. Veintemilla por el nuevo Montiel de sus Capítulos de contextura cervantesca.... Monseñor Ordóñez dolido de la acerbidad de la Mercurial....

#### EL ANUNCIADOR

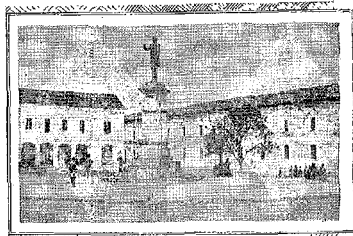
Montalvo es el amigo. La relectura de sus libros mueve en nosotros el placer de las anotaciones. Su *Cosmopolita* es el mapa inicial. Allí está el Montalvo de los primeros años, con gracia parecida a la que se extiende por su frente tranquila, tal como lo ha visto Villacrés en uno de sus últimos lienzos. Vuelve del paseo de meditación a través del pintoresco laberinto de la capulicada. Ha conocido ya el encanto de los ríos originarios, de aquellos que invitaron con su frescura grata al ascenso de las civiliza-

ciones. Un atisbo del fulgor espiritual del ciudadano del mundo brilla en sus cuartillas de las Cartas del Padre Joven. Ya quebrará los endecasílabos profanos en su prosa magnífica. Don Juan no ha de perseverar en el verso. Le reclama el ritmo libre de la cláusula. Ya golpea el estilo sobre la tablilla de la forma. Su punzón es greco romano por el ancestro del ingenio y castellano por la seguridad con que dibuja los caracteres.

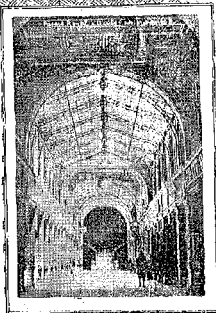
Amigo por la destreza con que remueve las ideas que no envejecen, hincando el camino con su arado de luz y forma el cauce para que por allí circulen y lleguen las aguas limpias de los géneros contemporáneos. Montaigne es el padre del ensayo: visión múltiple, enlace sagaz, unidad para relacionar lo aparentemente dispar, vuelos de armonioso conjunto en lo externamente disconforme. Pero la nueva inicial idéntica se levanta en el frontispicio de otros siete Libros: Los Tratados.... Así, con parecido vaivén, penetran los modernos en el insinuante palacete del ensayo. Recuerdan y borran. Aspiran a grabar, en la estancia mejor, un medallón clásico. Bordan frisos de historia y fijan detalles de leyenda, animan el contorno de una figura, gozándose en el aura vivificadora del ambiente y, tal como lo quería Gómez de Baquero, interpretan, con nueva agilidad, el deseo horaciano.

No fué otra la visión de uno de sus libros póstumos,

#### QUITO



Monumento al Mariscal Sucre



PASAJE ROYAL

el octavo tratado, digamos el primer ensayo. Un tanto pitagórico, un algo platónico, logró armonizar el trazo elemental del geómetra con las contemplaciones de la moral y hombres de las letras y las artes hallaron su línea y su figura, su triángulo o su parábola, su estancia circular o su punto finito. Quizá faltaron dos cuartillas: la recomposición de la Geometría que hubiera podido inventar Juan de Flor para el espacio de sus pensamientos. Tal vez el volúmen. Acaso la espiral que se complace en liberar al círculo de su perfección de constante regreso y de vuelta infinita.

... Ya le revelaba *El Cosmopolita*. Y si Adisson le prestó el nombre para una de sus revistas unipersonales, *El Espectador*, las anotaciones marcadas con el lápiz de Cronos son originariamente suyas. Crítica, crónica, divagación, esbozo de novela, cuento, rasgo costumbrista, retrato, comentario, juicio, poema en prosa, política, glosario... Todo lo que constituye el mundo del periodista fué familiar para Montalvo. Sólo que sus artículos no han de perecer como los de cotidianismo telegráfico. Formados sobre el tiempo, el mismo se ha encargado de abrillantarlos como a singular metal de resistencia. Varios y completos, sensibles como el diapason, detallistas como el paisaje, carecen de la superficialidad del horario, cuyos dos brazos, como esclavos del tiempo, apenas si saltan, imperceptibles, ante la mirada estática.

#### EL DOCUMENTO VIVO

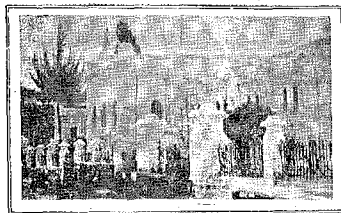
Don Juan Centenario, ¿podrá repasar por nuestros campos con apostura idéntica a la de sus días de *El Cosmopolita*? La biografía reclama, con insistencia, su airosa figura y su valor esencial. El Montalvo accionante y vivo no conoce aún el libro que nos lo traiga en espíritu y en forma humana. Aparte de los datos ordenados por Yerovi en la biografía cronológica, el primer código de su vida y de su obra, el soberbio medallón de Rodó, esculpido con golpes magistrales, ha fijado para siempre las líneas de su fisonomía... Ciertamente que el prosador uruguayo penetra en la fronda de sus concepciones estéticas con visión cariñosa e iluminada. Ciertamente que descubre vuelos de su alma y de su genio en el solar de Ambato, en cuya descripción se afana, sin conocer a la ciudad con los ojos terrenos, pero adivinándola con raros aciertos, como si la hubiera soñado en tangible presencia. La verdad que se adelanta, por el acopio de los documentos vivos, a la biografía que hoy adquiere singulares milagros de plástica por el arte urgido y emocional que estudia por análisis y recompone por síntesis, ensayando la parábola de Dios al

soplar con sus labios creadores en el barro de la forma adánica. Mas, el retrato rodoniano, de seguridad y de ambiente, espiritual y físico, histórico y estético, no es el de la viviente figura como lo quiere el repaso centenario. Digno de la majestad del Proteo, relaciónase más bien con el bronce que salió perfectísimo de las manos de Plutarco o con el alabastro heroico que pulió Carlyle.

Rodó, el autor de *Montalvo*, también quiso modelar, con su grave sapiencia, un magnífico *Bolívar*. De aquel ensayo, con encantadoras proporciones, surge el Libertador, esbozándose en sus líneas de la más pura epopeya.

Al conocerlo en las páginas de Rodó se nos ha vuelto inolvidable. Esa es la figura magra, ese el vencedor aliente, esa la diestra que dió vida al rayo, esa la voz de la proclama, ese el jinete de la vanguardia que no halló difíciles los

Andes para su galope.



QUITO. PLAZA SUCRE

De la tierra colombiana, el escritor Fernando González, llamado a espléndida fortuna en el mundo de las letras, despachó a su amigo y filósofo, a la mitad gandhiana y quieta de su

QUITO. ESCUELA MILITAR

movible alma de Nietzsche, a su Lucas Ochoa, para que viajara en busca de los datos íntimos de Bolívar. No los encontró en la Patria de Santander, a lo menos en la potencia que busca su empeño, siquiera como átomo de su propia vida. Ochoa visitará el Ecuador, en las orillas de Paíta querrá en vano remover las cenizas de Manuelli-



ta.....iráse a Venezuela, aunque sus compatriotas se burlen de su pasión andariega y le reprochen su desamor por la casta....Pasaráse largas horas en el patio de la casa de los Bolívar, y sin encontrar el aro que echó a rodar Simón niño, romperá el barril del agua nueva para tenerlo a imagen y semejanza del antiguo....Enternecido por la reconstrucción, pensará que la Hipólita, ese "lacrimatorio de basalto", le cuenta, como a Simoncito, la historia de la mula coscoja y otras fábulas extrañas para el alma del niño varonil.... Marchárase hacia el Orinoco, se desmayará sumergido en sus aguas como en la noche pávida de Casacoima. Trotará en mula por los llanos....

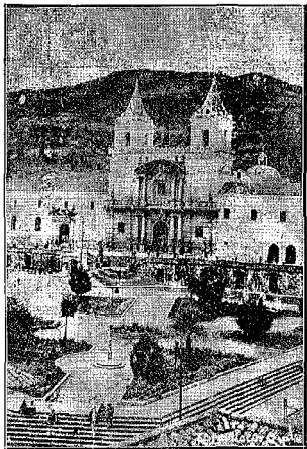
Nosotros también hubiéramos querido que nuestro Lucas Ochoa emprenda viaje parecido por las rutas montalvinas. Que se detenga en Baños y repare en la piedra multicolor que fue pedestal de su cansancio. Que sorprenda su diálogo mudo con el Pastaza. Que adivine como frente a los milagros de la Naturaleza comprendió la belleza de los clásicos, sin modelo antiguo; como hubo de sujetar a su Prometeo a la roca imposible; como recurrió por en medio de tanta belleza diseminada y virgen, a través del sub-trópico, resbalando en los senderos que orillan al tributario del Amazonas, como en nueva Odisca, pero esta si solitaria y meditativa.... Como, en la roca negra, desnuda, de corte profundo, advirtió cierta tiniebla del Averno y bajo el cielo azul de ese otro valle, dijo quizá, dando libertad al suspiro: ¡El Elíscio!.... Como se bañó en la Juvencia de la Virgen de Agua Santa o quiso probar del Leteo amazónico.

Que acompañe a Montalvo en su paseo vespertino por el Ficoa. Que, cerca de los libros amados, espanto al sueño que se filtraba en su vigilia de lectura y pensamiento. Que le siga, observando sus rasgos de pluma sobre los cuadernillos albos, de hojas regulares y de costura igual.... Que le sorprenda en su fácil invitación al arcaísmo, en él como de habitual parlamento. Que le descubra en su desazón de tachar la frase imperfecta. Que le contemple en su rápida memoria de la etimología. Que le siga en sus recuerdos enlazados y prodigiosos de tanta lectura, lejos de los libros, de cara al sol, en su mediocridad de producción.... Que mire, en su rostro, la onda momentánea de rubor frente a la mujer amada, raro contraste de aquel espíritu que pudo decir de un privilegiado valor y un férreo brazo: Mi pluma lo mató.... Que le admire en su lento sorbo del vino pascual que nunca prendió en su pecho la llama ascendente de la embriaguez. Que le siga a París, en sus veinte y cinco años ilusionados, y más tarde en su dura expatriación, que viva con él en Ipiales, que oiga su plática con Lamartine, que le acompañe a las Biblio-

tecas y a los Museos de Francia, que sienta con él el garfio del hambre y el duro acero de la soledad. ....

**ALGUNOS DE LOS AMIGOS DE MONTALVO**

.... Parece que no es un vencero el Montalvo anecdótico. Sin embargo, su amigo y Secretario preferido, Celiano Monge, ha escrito esos recuerdos, picantes e íntimos, que tanto descubren el verdadero carácter y que sirven, por sí solos, más que una profunda y lenta penetración de exégesis. Gonzalo Zaldumbide, con la justeza parnasiana de sus juicios, nos ha dicho algo del Montalvo joven. Congregó a la *élite* del pensamiento francés, frente a la casa mortuoria de Montalvo, en la rue Gardinet de París y en exámenes sagaces, completos, artísticos, ha revelado nuevas condiciones del estilo de Montalvo, de la elaboración de *El Cosmopolita*, de *El Espectador*, de los *Siete Tratados*. Isaac J. Barrera, buscó, en la inagotable vena del Cervantes de América, la vocación investigadora del crítico y su perspicacia analizadora se detuvo también en el epistolario de Montalvo.



SAN FRANCISCO. QUITO

Oscar Efrén Reyes con firmeza parecida a la de sus relatos de la Historia de la República, trazó, en las páginas de la Monografía del Tungurahua, la vida de Don Juan, en esquema que, por su mismo laconismo, despierta el anhelo de penetrar en el detalle. César E. Arroyo ha bordado su emoción de castellana loanza en varios de los capítulos de Montalvo y de Rodó y estudiado al Montalvo cervantino. Benjamín Carrión nos ha ofrecido un libro de la vida y de la obra del Cosmopolita, entre los muchos que anuncia y que vendrán, copiosos y floridos. Alejandro Andrade Cosllo comentó la obra de El Cosmopo-

lita en sus *Motivos Nacionales* junto a los estudios acerca del sabio Maldonado, del orador quiteño José Mejía y del épico Olmedo. Manuel Elicio Flor, en el Salón del Ateneo Dominicano, cedió a la simpatía que le inspiraba el santo laico, ofreciéndole un voto de su elocuencia. Julio P. Mera nos contará del camino fecundo de su letra, en la prensa ambateña, en las hojas periodísticas fecundadas en horas de lucha, en la simiente que hubo de afirmar, en la candela que prendió en compañía de Juan Benigno Vela, en la primicia, en fin, de la dicción límpida y combativa que no fué raro escuchar, más tarde, en la frase de sus Epígonos: Aparicio Ortega, Manuel J. Calle....

### EL LIBRO DE LA VIDA

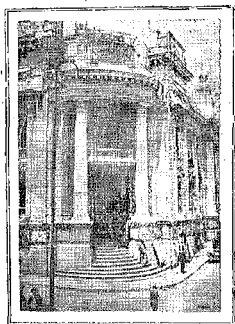
Se ha creído que la biografía moderna puede presentar dos facetas en su estructura viva y completa. La primera, reclamada por los devotos de la Historia, se cuidará de que predomine la verdad en las líneas del retrato y en el ambiente que le sirva de fondo o de cielo. No han de faltar las condiciones éticas del biografiado. Se penetrará sagazmente en el estudio de su carácter. Integro e imparcial el aprecio de la obra. Toda pasión se volverá falsedad, absoluta o relativa, en ese relato de la vida, cjemplar o armoniosa, heroica o lúcida, artística o poderosa, que debe ser la biografía. La segunda se ofrece a varias consideraciones. La *vida* que ha logrado impresionarse en pensamiento admirativo, que al fin nos conquista y nos obliga a interpretarla y describirla, puede salir del marco de la Historia. No vamos a relatar escuetamente. Nos sentimos estéticamente apasionados. Interpretamos un gesto de nuestro héroe. Queremos hallar, en el fondo de esa insinuante frase, algo más que un enlace sintáctico, que una imagen de Retórica, que una coherencia de Lógica. Somos los buzos de un alma—mejor si hemos revuelto su tranquila superficie—y vamos hacia el fondo en donde se retraen las perlas, los corales y las esponjas. Por el comienzo:—la vida exterior, la que se refleja en los documentos, la que muestra su semblante en las biografías cronológicas,—hemos querido llegar a la vida esotérica, a la que se guarda en la tersura de una página, a la que no se puede ocultar en una confesión, buscada y oculta en la voz de otro tiempo verbal, o surgida de pronto, como en el escape de los suspiros, como en la ingenua efusión de las lágrimas, como en los actos primos.

Así, ¿desnaturalizaremos la biografía, recargaremos los tonos, nos volveremos líricos o hiperbólicos, iluminaremos el retrato hasta lo indecible?

Siempre volveremos al eclecticismo. Concierto. Disposición igual de aptitudes y de gustos. Toda construcción fue armonía en su esencia y en su forma. Seamos eclécticos y armoniosos y para escribir una vida no pensemos únicamente en la regularidad de la fotografía. Estudiémosla biológica, estéticamente. No nos apartemos de la Historia, pero busquemos también ese contenido sin documento, sin fecha fija y sin ubicación sensible, el adarme de locura o amor de las vidas ejemplares, el desencanto de los hombres sonrientes, el miedo de los héroes, la tentación de los santos.

El espejo, ¿podrá devolvernos nuestra imagen con la misma nitidez con que nos impresionamos en la retina de nuestros amigos que se entusiasman con nuestra inteligencia o hurgan en nuestros pecados? El auto retratista no ha visto jamás su rostro. El auto analizador se comprenderá con íntegra frialdad sólo cuando consiga elevarse sobre su propio orgullo o su timidez orgánica.

Nuestro don Juan trazó un auto retrato, joya de nuestro verso profano, de la rica Antología de nuestra prosa. El auto retrato queda grabado en la memoria visual... La frente; los anillos de azabache, los ojos, balas negras y penetrantes o globos de fuego celeste para el corazón de las mujeres..



QUITO. BANCO CENTRAL DEL ECUADOR.

Aquí el documento, el auto retrato, el poder creativo de la palabra, la imagen, la estética arcilla plasmada con cierto amor, pero este sí varonil y nuevo, de narcisismo.

¡Los amores de don Juan! Geómetra moral, alma enternecida frente al reclamo tímido de la limosna, ¿pudo amar, como su homónimo el Tenorio, en lances de aventura y peligro...? ¿Fue de verdad el sortilegio de sus ojos...? Importará tal detalle a los biógrafos que traten de acompañar a Montalvo en su repaso centenario, vivo, accionante, íntegro, antes de que dijera a su médico francés que la vida se le concentraba en el cerebro y pudiera escribir una elegía, antes de que exhalara en ánima, cerca de los tres claveles comprados a una florista de Pa-

rís, cuya belleza núbil, como la otra flor, se consumía bajo el invierno.

¡Flores, flores!... Siempre nos ha cautivado este rasgo poético de las postrimerías de Montalvo, alma heroica que dejó huellas de su viril conciencia en las mejores estancias de sus libros y que ya ordenó para su Quijote americano el epitafio cordial, el de las lágrimas de Dulcinea, recordando al Cid que pidiera el llanto de Jimena: "¡Item. Mando no dispongan—que me lloren plañideras—Al llanto ajeno renuncio—que me llore Dulcinea—... Rocio serán sus lágrimas—que mis lauros humedezcan—las compradas nada valen—yo ambiciono las sinceras..." Resonancias del Romancero se prolongan en los octosílabos de Montalvo, tan rebelde a las medidas. Comprendió, eso sí, que en los epitafios había de presidir la mensura. Octosílabos. Cuenta gotas para las lágrimas de Dulcinea!

Sea la prosa española de América la viril plañidera de Montalvo o trace las líneas de su biografía algún joven latino, de la estirpe de Romain Rolland el que genialmente comprendió el movimiento de esas tres vidas de ciclópea labor, de proteica tristeza y de construcciones que, aun con su temblor de inacabadas, ascendieron hasta el punto de la perfección que tortura a las almas: Bethoven, Miguel Angel y Tolstoi... El amor de la millonésima sinfonia, la cabeza de Moisés que quisiera hablar en un soneto, la novela de carne y espíritu o la escuela de Yasnaia que quisiera volverse madre y camino.

#### EL HOMBRE DE CIENTO AÑOS

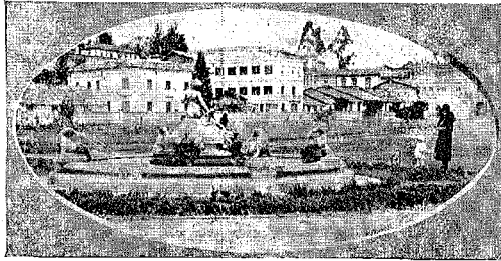
Como retornara Montalvo si le fuera dado salvar la distancia que ya no sabe responder. Las sienes matizadas de una escarcha centenaria; el corazón, en el cual no picaron las Harpías, más resistente y noble... ¿Volvería a ordenar la cremación del *Judas*, escrito en Ipiiales, buscaría en su escritorio los papeles de antaño?

No. Su fraterno espíritu opondrías, otra vez, al paseo de las Euménides. Dejaría que el nombre de su Mercurial continuó en el *Index* y ante la reliquia, cuadrangular como una piedra fundamental de su casona de Ambato, sollozaría tal vez como el ausente agradecido que repara en la devoción con que sus parientes conservaron hasta el muro en donde se creyó encontrar algo de la familiaridad del viajero corporalmente desaparecido.

Los escritores de América reciben con grande júbilo este gran onomástico. De la revisión de sus libros, los nuevos estudios han de revelarnos cómo la fuerza montalvina de pensamiento y estilo, se afirma cada día más en el

bosque secular de los clásicos. Montalvo, el primer clásico de América.

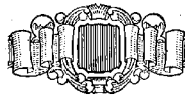
Viajeros que trepen la cordillera y que busquen para su dulce asiento de unas horas el florido valle de Ambato, verán cómo allí, en homenaje al que supo injertar las yemas clásicas de la greco latinidad en el árbol de castellana cepa y de flores ecuatorianas, los jardineros se glorían de haber vencido la terquedad de las arenas y podido conseguir para la sed de los pascantes el limpio jugo de la viña.



QUITO. LA FUENTE DE LA INSIDIA EN EL PARQUE DE MAYO

Y el canto nativista, el que se anuncia para vibrar en todas las cuerdas de la lira y en el sentido de los paisajes y en la vitalidad de todas las raíces nuestras, algún día pedirá, para su viaje por el Amazonas, una piragua de las maderas de Ficoa y la compañía del espíritu libertario de Montalvo que se unió con tan entrañable don a la belleza que no muere.

AUGUSTO ARIAS.





## LA MERCURIAL ECLESIASTICA

Este libro, raro y hermoso, digno de particular estudio, fue escrito bajo la impresión del profundo desagrado que le causara a su autor el anatema eclesiástico recaído sobre los "Siete Tratados", obra maravillosa que hasta hoy no tiene rival dentro del acervo literario latino-americano. Algunos espíritus apasionados han creído encontrar en las páginas de la Mercurial Eclesiástica un desahogo de clerofobia, cuando nó el testimonio de la ponderada irreligiosidad de don Juan Montalvo; pero nada más erróneo que esto, porque el gran Apóstol de la libertad no era enemigo sistemático del clero ni un odiador de la religión de sus mayores. Al contrario, conceptos tiene, en todos sus varios escritos, llenos de elocuencia y sabiduría en favor del sacerdote virtuoso, fiel al cumplimiento de sus deberes evangélicos, que no los trazara quizá ni el más ferviente padre de la Iglesia. Cualquiera que leyere lo que nos dice del Obispo Yerovi, por ejemplo, habrá de sentirse conmovido y fuertemente dominado de respeto, ante la figura humilde, al mismo tiempo que gigantesca, de aquel manso discípulo de Cristo, adornado de excelsas virtudes. Mansedumbre, caridad, lealtad, humildad, grande humildad dignamente sostenida en acciones y palabras, constituyen el bagaje moral con que pasa por en medio de la multitud humana, ese prelado ejemplar, derramando el bien en el corazón de los que sufren. Y no digamos nada del Cura de Santa Engracia, cuya silueta sugestionadora hemos contemplado todos los que admiramos a Montalvo en sus inmortales libros. El Arzobispo de Quito—personaje que figura en el drama "La Leprosa"—es otro sacerdote que se destaca radiante por la austeridad de las costumbres, la resignación en las adversidades y la entereza con que amonesta a los suyos para recibir con valor el golpe que sobre ellos asestara el destino.

A cada paso encontramos, en las obras de Montalvo, pruebas elocuentes de su veneración y respecto por los Ministros del Altar que no se apartan de la doctrina de paz y amor que hizo la redención del mundo. Y en cuanto a la religión cristiana, en general, pura, elevada y noble, tal como la pregonó el Mártir de Galilea, son múltiples los



SEÑOR DON MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

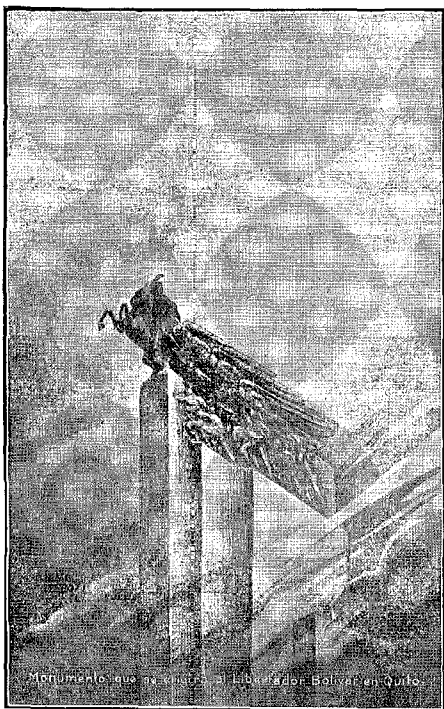


testimonios de su acatamiento, considerándola constantemente como doctrina fecunda en bienes espirituales, digna de quien la selló con su propia sangre sobre la cumbre del Calvario. Desde luego, Montalvo no estaba conforme con la hojarasca puesta por la Iglesia Romana en la obra de Jesús, desfigurándola por completo con fines especulativos encaminados a satisfacer combinaciones políticas y a mantener la preponderancia del clero, mediante la sujeción de las conciencias timoratas de los crédulos, que se dejan gufar sumisos por las enmarañadas selvas del misterio, tras la pálida antorcha de la fe, que no alumbraba la senda ni permite ver el más allá de las cosas eternas. ¡Valiente antorchá que nos mantiene siempre a oscuras!...

En los tiempos de Montalvo, y posteriormente, hasta el advenimiento del partido liberal, la clerecía manejaba la República del Ecuador como cosa propia, como feudo hereditario, y dejaba ver por todos lados el sombrío espectro de la sotana y el bonete. El Poder Legislativo, en manos de obispos y clérigos, dictaba leyes terribles, tales como la pena de muerte, el destierro, el azote en los cuarteles, el tormento para los ciudadanos independientes que no comulgaban con semejantes infamias; adjudicaba al Papa de Roma, a las casas santas de Jerusalén, al santo sepulcro, a la construcción de Basílicas y Capillas casi todas las rentas del Erario; condenaba y limitaba la libre emisión del pensamiento, y excluía de los derechos de ciudadanía a los que no eran católicos, apostólicos, romanos. Las comunidades religiosas y el clero poseían cuantiosos bienes consistentes en joyas, latifundios y rentas tributarias, tales como el cobro de diezmos autorizado por la Ley: todo lo cual testimoniaba la poca importancia que solían dar los sacerdotes de aquel tiempo—y acaso también ahora sucede lo propio—a las enseñanzas de Cristo, defensor de la pobreza como base cierta para ganar la salvación de las almas.

En este estado de cosas, en este medio ambiente cargado de fanatismo, los pocos liberales de la época hacían grandes esfuerzos por contrarrestar la intromisión de los religiosos en las cuestiones de Estado; y así es como se entabló, a poco menester, la lucha política con el más vivo encarnizamiento. García Moreno, hombre de extraordinaria mentalidad, surgió de un lado, y de otro, Juan Montalvo, luminoso cerebro alma nacida para el combate, quien asumió la defensa de las libertades públicas. La contienda era desesperada. García Moreno contaba con el apoyo incondicional de la clerecía y el pueblo; mas su fuerza estaba principalmente en la legislación inquisitorial dictada por tonsurados y frailes de levita. Montalvo, a su vez, contaba con la alianza de la juventud, la santidad de

la causa que él defendía y la pujanza de su pluma. Después de la muerte de García Moreno la situación no se modificó, y así los prelados se valían, unas veces, de las leyes Garcianas para la satisfacción de sus aspiraciones po-



Monumento que se erigió al libertador Bolívar en Quito.

líticas o de odios y rencores personales, y ótras, de las excomuniones; la cruel negativa de la sepultura para los cadáveres de los *hacerejes* que morían sin confesión; la censura de los libros de autores liberales, y demás medios vio-

lentos, tiránicos, y contrarios a la sana razón bajo todo concepto.

Los "Siete Tratados" de Montalvo, obra que ha merecido, elogios de parte de sabios y moralistas de fuste —entre ellos el eminente González Suárez— fue condenada por el Arzobispo José Ignacio Ordóñez. Montalvo recibió en París la pastoral anatematizadora y ella le sirvió de tema fecundo para escribir uno de sus mejores libros: "Mercurial Eclesiástica, Libro de las Verdades", impreso en la capital de Francia por la "Biblioteca de Europa y América"—Rue de Rennes, 1884; esto es, casi ya medio siglo. La injusticia palpitante en la desacertada pastoral, acaso le irritó menos al autor de los "Siete Tratados" que el espíritu de venganza y odio político del prelado de Quito quien se arrepintió, sin duda de su ligereza y tal vez lloró a sólo al recibir el condigno castigo. Efectivamente, Montalvo le colocó en su sitio al señor Obispo, con aquella severidad propia del sublime panfletario, cuya pluma ha condenado a perpetuo escarnio los nombres de muchas personas de nuestra infortunada política.

Las páginas de la Mercurial Eclesiástica, trazadas con abrumador sarcasmo, en magnífico estilo, encierran grandes enseñanzas. Su autor ha querido llamar a esa obra "Libro de las Verdades", y a fe que las dice grandes como un templo.

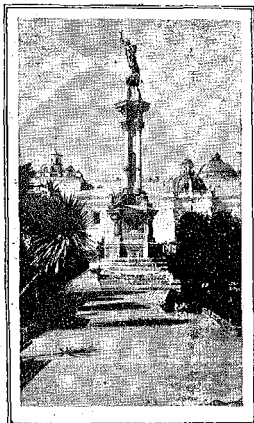
"El Arzobispo de Quito—anota en el prolegómeno— ha condenado mi obra titulada "Siete Tratados", y ha prohibido su lectura, por herética, dice, inmoral y blasfema. Ha estado esperando ese desventurado que mi libro merezca la aprobación de esos que no lloran ni se afligen, si no comprenden; ha estado esperando que entidades morales de gran peso como Gobiernos y Academias honren de mil maneras a su autor, para salir él, ente infeliz sin inteligencia ni virtud, a llamarle mentiroso, impío y blasfemo. Pues yo me atengo a los que han visto en ese libro pura moral y profunda filosofía antes que al que no ha hallado en él sino impiedades y perversidades. Este llora y se indigna sin haber comprendido; los otros comprenden, y alargan la mano del hombre de bien, la mano del filósofo, al que los ha convencido con sus discursos, y los ha conmovido con los afectos de su corazón".

En efecto, son conocidos los juicios que emitieron sobre los "Siete Tratados" católicos de talla como César Cantú y otros grandes genios del pensamiento; y habría sido inexplicable la censura lanzada por el Arzobispo Ordóñez contra esa obra pletórica de moral y sanas enseñanzas, si no hubiesen estado de por medio la pasión política y el rencor personal. Prohibir la lectura de libros buenos es, a todas luces una injuria grave a la civilización; mas

ésto ha sido, por desgracia, el sistema de la Iglesia católica, desde los primeros tiempos del papado.

"El Ultramontanismo—añade Montalvo—siempre ha sido una vasta servidumbre: el que quiere pensar con su pensamiento, muere; el que cree según su convicción, muere; el que alza la voz muere, que sea santo, que sea sabio. Si no quiere morir, abjura, se humilla: dígalo Galileo. Si no quiere abjurar, si no quiere humillarse, muere: dígalo Savonarola". Y luego agrega:

"El error es enemigo débil y cobarde; vuela la espalda, huye: si triunfa, es porque los amigos de la verdad no la despiertan, no la llaman: El triunfo del error es cargo tremendo contra los que combaten por la ley y la justicia, la religión y la felicidad, grandes verdades que ojalá siempre se llevaran de calles a los errores. "El error triunfa". Y por qué triunfa? Pensáis acaso, oh gente errada y oscura, que nosotros nos gozamos en ese triunfo, o que sacamos alguna ventaja del predominio de las falsas ideas? Si defendemos nuestros principios, es porque los tenemos por verdaderos; si estamos triunfando es porque la verdad, como vosotros mismos decíais, no puede ser vencida. Prohibir no es discutir; el que me prohíbe no me convence; y lo que yo quisiera fuera que me convenciesen los más inteligentes, los más sabios".



QUITO. MONUMENTO A LOS PROGRES DEL 10 DE AGOSTO

La "Mercurial Eclesiástica" preciada joya de nuestra literatura, se lee invariablemente con la sonrisa en los labios, porque enseña deleitando, como el Quijote de Cervantes. Llena de episodios interesantísimos; de saludos comentarios, de argumentación fácil, de lógica contundente en la defensa de la verdad, va tachando todo aquello que significa farsa premeditada, puesta en juego para explotar la tímida conciencia de los ignorantes; por donde resulta, la obra de Montalvo, obra de bendición en favor

de la flaca humanidad que necesita creer lo que no entiende, para ocultar en la sombra del misterio una chispa lejana de esperanza sobre la vida de ultra-tumba, como consuelo y pobre compensación de las miserias y lágrimas del mundo. La espontaneidad de la cita, para vigorizar la réplica dirigida contra el obispo condenador de los "Siete Tratados", prevalece graciosamente en la "Mercurial Eclesiástica", como en todos los escritos de Montalvo; el episodio de costumbres criollas, sencillas y naturales, surge, de vez en cuando, como flor campesina perfumando el ambiente y embelleciendo con vivos colores los cuadros trazados con mano firme de artista indiscutible. La procesión en el pueblo de Baños, verificada en el momento mismo en que se da el aviso espeluznante de que se acercan tropas *rechutadoras*: la confección de las *santas imágenes* en un apartado pueblo del norte; la fingida sobriedad de cierto glotón que se queja de inapetencia, y otros pasajes semejantes, dan a la "Mercurial Eclesiástica" cierto delicado sabor de nacionalidad y serranía que la hacen aún más interesante.

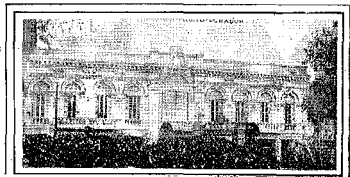
Al hablar del ayuno y la abstinencia retrata las costumbres de cuaresma con singular donaire recordando cómo hacían por la salvación eterna los ayunadores empedernidos de entonces y los que hallaban en la abstinencia de la carne una segura tabla de salvación para redimirse de los tormentos infernales.

"Sabido es, dice, que la comida de queso es cosa de santos: mientras más queso coma un buen católico, más probabilidades le corren de ganar la gloria eterna. En Francia los devotos de las escuelas de Luis Veuillot comen *maigre* los viernes, las temporadas y vigiliás; esto es, comen flaco: En la América española los que se están criando para bienaventurados comen queso, mucho queso, sin perjuicio de la carne: la bula, los cuatro reales a la Iglesia, les quitan a las viandas sus propiedades injuriantes, como dijimos arriba. Para rehuir los pecados que provienen de la carne, los inteligentes católicos comen queso. Yo quisiera que para evitar las tentaciones del robo, la envidia, la murmuración, comieran algo".

Del Teatro, como es natural, hace la debida defensa y abruma al señor Ordóñez con citas de autores, fechas fehacientes y el testimonio de historiadores conspicuos, para demostrar el favorable concepto que los hombres cultos tuvieron en toda época de aquella gran manifestación del Arte.

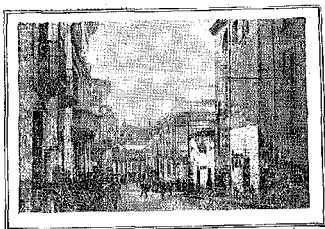
Censurando una frase de la pastoral en cuestión habla de la *vergüenza* en esta forma:

"Vergüenza, oh vergüenza, santa vergüenza, vuélveme tímido, sálvame en ese acoquinamiento en que el alma se retrae, cuando tiene miedo de lo ilícito, o echa de ver que una de sus obras le acarrea desconsideración o infamia. Así como no podemos vivir vida material sin el fuego, elemento del mundo físico, así la vergüenza es el fuego del espíritu, y uno de los elementos de la naturaleza del hombre. La vergüenza siempre está virgen: los que la violan, la matan; y viven pálidos, a un cuando, viudos desamorados, no echan lágrimas".



PALACIO MUNICIPAL. QUITO

Todos los puntos de la pastoral, relativos a la prohibición de los "Siete Tratados", Montalvo los copia textualmente y le dan materia inagotable para defender el libro anatematizado, demostrando a las claras que el error, la falta de caridad, de imparcialidad, de moral cristiana, está latente en el escrito del Obispo Ordóñez, escrito que



CALLE GUAYAQUIL. QUITO

bien merecía caer bajo el Índice de la conciencia pública y la condenación de la posteridad. El nombre del Obispo José Ignacio Ordóñez queda inmortalizado en las páginas de este libro singular, atrayente por la belleza de la forma, y admirable por el vigor de la defensa y el ataque; este libro que resplandece y vibra, como fuego de misteriosa fragua, en cuyo seno los dioses inmortales están purificando de continuo la verdad y la justicia.

M. A. ALBORNOZ.

## MONTALVO CIVILIZADOR

Quien en lo futuro estudie la psicología de nuestro pueblo, y logre reproducir el medio ambiente en que apareció Don Juan, y se penetre de la originalidad y grandeza de su genio, y contemple todo el desarrollo de su incontrastable influencia en la vida nacional y su soberana eficacia, concluirá exclamando, infaliblemente: "este hombre es toda una época". Para su patria y aun para gran parte de este continente, Montalvo es la *revolución*, la verdadera, la salvadora, la que debe considerarse como arrobador e imprescindible remate de la que con la Independencia iniciaron nuestros mayores. Es Montalvo el que da el golpe de muerte al tradicionalismo y el que muestra y abre la nueva senda para el porvenir.

Todo pues lo que se dice de Sarmiento y más todavía, nada es respecto a la influencia de Montalvo en el despertamiento y la nueva vida de su patria. Y Sarmiento llega a la cumbre del poder, desde donde todo se le facilita; Montalvo no avanza ni a una Tenencia de parroquia. Rosas es el miserable combatido por el primero; un García Moreno por el segundo; Sarmiento cooperador o un gran capitán, si se quiere, pero a la cabeza de formidable falange; Montalvo, solo, completamente solo; y héle allí con la planta sobre la cabeza del dragón y lo que es más aún, con el pie sobre los escombros de otra Bastilla que aparecía imperecedera! Y mira zureñidor este hombre de frases *afiligranadas*!... eterna miopía o injusticia sistemática la de la pobre humanidad?

¿Diarios? ni uno en toda la República. ¿Periódicos? algunos de vez en cuando, y tan insulsos y fútiles que ninguno llegó al número 20. Una sola voluntad, y bien aviesa, cerniéndose por todo el ámbito de una nación, trémula de terror; sobre la conciencia de todos y en lo más íntimo del hogar, el fraile, pero sólo con la omnipotencia que nuestro Felipe II le permitía... en una palabra, Job en el estercolero, o mejor el *sumo* del *Tázar* bíblico, tal era el Enador cuando por primera vez retumbó aquella voz estentórea que a cuantos los allí nacidos nos puso los pelos de punta.

¿*Cosmopolita*?... Hubiérase visto el asombro, el espanto, la zozobra, la ira, el frenesí que en donde quiera produjo el primer grito de ese *desalmado*, de ese *hereje*, de ese *bandido*, de ese *masón*, de ese *ignorante*, de ese *cancalla*!... pero de los de la turba quién no chilló, quién no espumajó, quién no tuvo a dicha cubrir de improperios a Montalvo y escupirle y abofetearle y pisotearle y revolcarlo en el cieno? Con decir que hasta García Moreno, en un soneto, se rebajó a decirle que "a Europa había ido en *dos putas* y que tanto había adelantado que *regresó en cuatro*!" Para remate, hasta un clown sacristanesco con sus piruetas tomó a pecho dar en tierra con el coloso!—"Pobre Montalvo! se humilló para siempre, está enterrado; y lástima, porque parecía bastante hábil el jovenito!",



SEÑOR DON ABELARDO MONCAYO



palabras del bueno de Don Pedro Cevallos al ver a su paisano más sarandeado y molido que el célebre caballero por los yangtíses. Cuando apareció el N° 4º, ya la vocinglería y el escandaloso espanto producido por el primer trueno, habíase trocado en algo



EL LAGO DE SAN PABLO

como el palpitante silencio de un circo, cuando los concurrentes esperan ver algo horrendo en la arena. Y a muerte, en efecto, fue el duelo trabado entonces en todo el ámbito de la República: de un lado todas las preocupaciones, los atavismos, las hipocresías y las



OTRA VISTA DEL MISMO LAGO

miserias infinitas de la tradición con las armas de un poder omnímodo en la mano; y del otro, sólo en la estacada, completamente solo, repito, y nada más que con la Verdad, la Justicia y el Derecho por única espada, el representante del porvenir, de la civili-

zación verdadera, el genuino representante del espíritu del gran siglo de Victor Hugo.

A manos llenas y en poquísimas páginas relativamente, el gran sembrador había sembrado, por donde quiera la fecunda, la escogida semilla. Y cómo germinó, y cómo floreció, y cómo se extendió la multiforme cosecha, aún a despecho de los mismos que, sin sospecharlo siquiera, la aprovechaban. Amor a la luz, amor a la vida y todo lo que es bondad y belleza; amor a la humana dignidad, al pulimento del carácter, al cultivo de las virtudes cívicas, y ante que todo, amor a la libertad; odio implacable a la arbitrariedad, a la hipocresía, a la superstición, al fanatismo; odio a la baja, a la baja más que al propio crimen, como base esencial de la formación de un ciudadano completo... he aquí la estupenda labor del apóstol; y de allí, por inmediata consecuencia, desasarnarnos, ex-claustarnos, hacernos hombres. Civilizar todo un pueblo y encender en donde quiera el amor a lo grande, a lo bello y únicamente por la enorgaña del propio pensar, soberanamente expresado ¿no será esto el supremo ideal de la gloria?

Montalvo en Ipiales es propiamente Prometeo en el Cáucaso, siempre perseguido por las garras del buitre que sobre él se cierne; pero él... como si ni reparase en la alimaña. Pues es entonces cuando más elabora y acendra la delicada miel con que dulcificará las sustancias que aun ha de suministrar a sus hermanos, en proporción con la fuerza de cada organismo. Pero cuidado si a la alimaña se le antoja creer para siempre encadenada a su víctima! si a mayores se alza todavía, si quiere perpetuar su dictadura, lo habrá sonado su hora. Tan es así, que pronto y con noble desenfado exclamará: *mi pluma lo mató.*

Otro timbre exclusivo de Montalvo: cuanto es innúmera su descendencia intelectual, ascendientes no me dan uno sólo... a no ser que se vaya a buscarlos en pueblos muy lejanos de América; y aun entonces, de tal manera revestido el sello de otras civilizaciones que aparece como fruto natural de una zona interandina, de su dulce Picoa, por ejemplo. No se me censure este dulce, pues ocurretme sin pensarlo el *dulces moriens venienscitur Argo* de Virgilio. Si, Picoa, de seguro, como debe de suceder a todo proscrito, fue la última, la dolorosa imagen del que, a orillas del Sena, en tanta soledad y desamparo agonizaba....

ABELARDO MONGAYO.



## COMO CONOCI A MONTALVO

Conoci a Montalvo en Quito a fines de 1868, cuando el Ecuador se hallaba estremecido de asombro debajo de aquella erupción salvadora que Don Juan había bautizado de "El Cosmopolita". Iba él por la acera de una calle central, yo por el frente. El Cosmopolita! oí decir a varios transeúntes que se detuvieron a mirarlo. Cruzé la calle y me coloqué cerca de él, en el momento en que García Moreno aparecía a cincuenta pasos de distancia. Iban a encontrarse aquellos dos adversarios temibles, pero la pantera evitó al domador, entrándose por el zaguán de una casa. Montalvo siguió adelante, orgullo, cogitabundo, imponente. Hallábase al ras de los treinta y cinco años, y toda su majestuosa persona exhalaba ese como fluido que cautivaba o repelia, según el temperamento de los que se amontonaban a su paso, atraídos, cuándo por la admiración y el cariño, cuándo por el rencor y el miedo a su palabra. Su estatura era realmente excelsa y descollante, recta, cenceña, bien proporcionada: jamás he visto cabeza de varón mejor colocada sobre los hombros que la del noble Don Juan.



EL CHIMBORAZO, REY DE LOS ANDES

Y su rostro era moreno y enjuto; pero de facciones muy regulares: la viruela empueteció su semblante, como él mismo lo confiesa en uno de sus rasgos admirables de egotismo. Chello nervudo y flexible, barba redonda y saliente, labios en cuyas delineaciones estaba escrita la costumbre de pensar, así como la incorrupción de su existencia, y ligeramente cubiertos por un bigotillo largo, pero ralo. Destierros, privaciones, calumnias, contratiempos, empleo cotidiano de la fuerza interior denominada energía, meditación, estudio, soledad, desengaños, muchos y muy crueles, melancolía profunda especialmente; todo esto había plegado la piel, corridos los años, en la comisura derecha, como lo observa el señor García Ramón, y marcado en la fisonomía un dejo de "reconcentrada amargura". Esta observación me la hizo por primera vez Abelardo Moncayo en 1874, delante del retrato de Don Juan: "¿es este desdén o tristeza?"—"Uno y otra", contestéle. Mucho después del timbre



SEÑOR DON ROBERTO ANDRADE

de su voz, la cual no era para resonar en la tribuna: ahogábase la pasión al salir, salía en modulaciones entrecortadas por involuntarias retenciones, viva, aguda, insonora; pero jamás revelaba tanto el temperamento encendido de Don Juan, como cuando recitaba composiciones en verso, o discurría acerca de algo tierno o lacrimoso: entónces manaban de su garganta, inflada como la de la paloma al arrullar, sonidos "empapados en lágrimas", según la expresión del enamorado *Tomarivool*. [1] La nariz era "valiente" y recta, amplia la frente, "explosión de enormes anillos de azabache", cuya abundancia era de sorprender en una cabeza tan pensadora. "La forma de los labios, añade el escritor europeo, quien lo conoció poco antes de morir, acentúa la expresión de cansancio y languidez que adopta la cabeza cuando se inclina en actitud de escuchar, doblándose un poco sobre el pecho al peso de hondas desdichas y altas ideas. Esta actitud era en él más característica que el arrogante porte con que se levantaba cuando sentía los ojos del observador fijos en los suyos. Brillaban éstos entonces bajo la arqueada ceja, negros, profundos por lo reducido de la córnea; afables y cariñosos, cruzábanlos fugitivas llamaradas de la fogsosidad interior de aquel espíritu que con tan completa sinceridad dijo de sí: "Humilde con el Señor, alto con los altos, me hago pequeño como Filotas, cuando las hé con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio; para los malvados, odio; para los criminales, espanto". "Los hombres extraordinarios en los ojos tienen rayos con que se alumbran y animan, aterran y pulverizan", dice Montalvo hablando de Bolívar. El héroe de Chucabuco y Maipú fué célebre por el modo de mirar, como lo fue el de Junín y Boyacá; los ojos de Montalvo eran extraordinarios realmente por la exactitud de las revelaciones de todas las tempestades del alma. Casi nunca tuve ocasión de mirarlos relampagueantes o indignados; mas aún meditando en la calle y caminando con paso regio, claudicando levemente a causa de una enfermedad de la pierna, que en su juventud le tuvo en cama siete meses, época de la cual se sirvió para admirar con su instrucción; caminaba despacio, con gravedad, como quien está seguro de vencer en caso de alguna investida repentina. Vestía el día en que le conocí un sobretodo negro y muy largo, puños y cuello muy blancos, corbata y pantalón también negros y sombrero de copa alta. Jamás se me ha separado de la imaginación la idea de que influyó mucho en las minuciosidades exteriores de su vida la lectura de aquel Byron, cuyo nombre le causaba estremecimientos con frecuencia. Uno y otro admiraron a la naturaleza y pregonaron esta admiración en páginas que son eflorescencias melódicas: lloraron, se rieron, se echaron de hinojos, inquirieron al otro lado de las nubes la carilla de un serafín juguetón, en los lagos la de alguna nereida embelusante, en el cáliz de la flor un beso, en el océano y el firmamento al Todopoderoso. "En mi juventud compuse versos, nos decía a Moncayo y a mí en 1878, compuse un poema de viajes por el estilo del *Childe Harold*: después he salido bien en la prosa, y el poemita ha quedado relegado para pasto de ratones: lo publicaré algún día, pero anónimo". No lo publicó y murió: cómo si las mejores de sus obras duermen todavía en el sumidero de un implacable silencio? Oh infortunio! Oh Ecuador! Cuánta es la diferencia, con todo eso, en lo concerniente a la incorrupción y rectitud, entre el poeta de "alma de Apolo y sangre de Venus" y el incomparable discípulo de Zenón de Elea y el predicador de la Montaña!

ROBERTO ANDRADE.

(1) Anagrama de Montalvo.—Carta de un padre joven

Donde encontrar un excelente surtido en

Confites, Caramelos y Galletas?

CONOCE UD. LA FABRICA MAS ANTIGUA DE QUITO:

LA LORENA

SITUADA EN LA AVENIDA 24 DE MAYO?

Pues allí, encontrará, toda esta clase de artículos,  
para su gusto más exigente. ACUDA Y SE CONVENCERA

JOYERIA



CUENCANA

Especialidad en  
esmaltes  
Novedades  
Elegancias

Carrera Guayaquil N° 17

Teléfono 8-6-7

JOYAS FINAS



OFICINA DE COLOCACIONES

Teléfono 17-48

Apartado 590

Olmedo 32, entre Guayaquil y Flores

El servicio que Ud. necesite, para su casa.

Hacienda u Oficina. Personal garantizado.

Con este aparato  
hasta un NIÑO puede  
rápidamente y sin  
igual perfección

### Zurcir y Remendar

medias, calcetines y  
tejidos de todas clases,  
sean de seda, algodón,  
lana o hilo.

Se remite libre de  
gastos, previo envío  
de TRES DOLLARS  
oro americano, en  
billetes de banco,  
cheque o por giro  
postal Internacional a

### PATENT MAGIC WEAVER

Calle de Aribau, 226  
BARCELONA, España,

# ¡NOVEDAD!

## LA ZURCIDORA MECANICA

**NO DEBE  
FALTAR EN  
NINGUNA  
FAMILIA**

Su manejo es sencillo  
agradable y de efecto  
sorprendente.

**LA ZURCIDORA  
MECANICA**

va acompañada de las  
instrucciones precisas para  
su funcionamiento.

PREMIADA CON MEDALLA  
DE ORO EN LA EXPOSICIÓN  
INTERNACIONAL DE  
BARCELONA DE 1930.

